

LORD KIT ASTON - LIBRO SEIS

LA AMENAZA OCULTA



JACK MURRAY

LA AMENAZA OCULTA

Lord Kit Aston Misterio 6

Jack Murray

Los misterios de Kit Aston

Una tarjeta de Navidad envenenada
Los asesinatos del tablero de ajedrez
El caso del diplomático francés
El fantasma
El halcón de San Francisco
Próximamente: El Club Barba Azul

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Notas de Información](#)

[Sobre el Autor](#)

[Agradecimientos](#)

Copyright © Edición original 2020 por Jack Murray
Copyright © Edición en español 2024

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor. Para solicitar permiso, escriba al editor, a la dirección «Attention: Permissions Coordinator», a la siguiente dirección de correo:

Jackmurray99@hotmail.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos, locales e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Portada del Libro: Kathleen Dawson

Prólogo

Palacio de Blenheim, Oxfordshire, agosto de 1908

Winston Churchill se arrodilló ante el druida de túnica blanca. Si no parecía un maldito idiota, desde luego se sentía como tal. ¿Pero qué podía hacer? Todos los demás habían pasado por la iniciación. Todos habían suplicado ante el gran maestro o como se llamara a sí mismo. ¿Era sumo sacerdote? Sí, eso era. Sumo sacerdote. «Debo recordarlo», pensó. Y enseguida lo olvidó.

Realmente ridículo. Se balanceó ligeramente y luchó por controlarse. Se le pasó por la cabeza que debería haber esperado hasta después de la iniciación para tomar el tercer brandy. La cabeza le daba vueltas. El alcohol, la sensación de frío en el ambiente y el hecho de estar arrodillado ante un falso druida en un falso templo dedicado a una diosa griega le hacían sentir como en un sueño.

Mañana iba a ver a Clementine Hozier. La traería allí y le pediría que se casara con él. El druida se aclaró la garganta. Se preguntó cuál sería su respuesta. ¿Qué pensaría ella si alguna vez se enteraba de este pequeño espectáculo? Tal vez el gran maestro druida podría quedarse para dirigir el servicio.

¿Hacían bodas?

¿O solo funerales?

Sacrificios humanos. Sí, este era su fuerte. También lo hacían en Grecia, ¿no? Tal vez celebrar la ceremonia en el Templo de Diana no era una idea tan descabellada después de todo. Detrás del druida podía ver las pálidas columnas jónicas del templo que se elevaban hasta el tejado inclinado. Churchill centró su mirada en el cielo. No había ni rastro de nubes. Todo parecía muy despejado.

En ese momento, Churchill no sabía si reír o retorcerse. Las siguientes palabras del sumo sacerdote casi lo llevan al límite.

—Nequaquam ut oblitus esse pristina sua consuetudine, Et non duxitadanimum.

¿En latín?

¿Desde cuándo los druidas hablaban un idioma que no llegó al país hasta unos miles de años después? Entonces las palabras del sumo sacerdote tomaron forma en la mente de Churchill. Estuvo a punto de ponerse a cantar su propia traducción.

Los amigos de Churchill, sentados frente al sumo sacerdote, pudieron ver cómo le temblaban los hombros. Un signo revelador de que su amigo ya no se tomaba el asunto en serio. Del sacerdote era imposible saber lo que sentía. Llevaba una barba gris postiza. De moda entre los druidas, al parecer. La larga túnica blanca completaba su aspecto teatral. A ambos lados de él había otros sacerdotes con aspecto solemne, al menos hasta donde era posible detectar a través de sus pobladas barbas. También ellos vestían túnicas. Era una lástima que no las llevaran todos. Winston debería haber insistido.

Una vez terminada la iniciación, un sonriente Churchill fue a reunirse con sus amigos. Estaban con otra docena de hombres vestidos de oscuro, todos sentados en semicírculo presenciando los acontecimientos. Un aplauso claramente generalizado estalló entre la congregación reunida. Churchill, por los pelos, se abstuvo de saludar con la mano, como habría hecho instintivamente durante la campaña electoral. Tuvo que tener fuerza de voluntad aún mayor para no encenderse un puro. Ahora mismo habría hecho cualquier cosa por tomarse otra copa.

Todo esto no era más que un poco de diversión. Con un poco de suerte, las iniciaciones

terminarían pronto. Podrían volver todos a casa y dedicarse a los verdaderos asuntos de la noche. Beber, charlar y más beber.

Y luego estaba Clemmie. Queridísima Clemmie. Quizás era mejor que hicieran esta tontería esta noche. Al día siguiente le habría hecho de cambiar opinión. Un gran día en su vida. Un gran día en la vida de cualquiera.

Ahora estaba aburrido. Otro iniciado pasaba por su admisión a la Antigua Orden de los Druidas. Una ligera brisa acarició su cara. Un ligero roce. Como un recordatorio. Por primera vez esa noche sintió un verdadero escalofrío.

Capítulo 1

Londres, septiembre de 1920

Un hombre pequeño, con cuello de toro caminaba por la calle con paso decidido. La expresión contraída de su rostro era una defensa contra el aire frío de la noche. Y cada vez hacía más frío. Le acompañaba un hombre más alto y delgado, de tez rubicunda. Su rostro afilado, más que sugerir astucia, la gritaba desde lo alto de una colina. Tras los dos hombres iba una mujer de entre cuarenta y sesenta años. Era alta, esbelta y caminaba con un porte casi noble.

Más adelante aparecía un grupo de policías con antorchas luminosas. Cuando se acercaron a esas luces, tres policías uniformados salieron de la casa. En el extremo opuesto de la calle, un hombre que llevaba un grueso abrigo, una bufanda aún más gruesa y un sombrero cruzó la calle para unirse a los policías. Del sombrero asomaban unos bigotes grises que se extendían como un contagio por su mejilla. Todos llegaron al lugar unos instantes después.

—Doctor French —dijo el hombre más bajo.

El hombre de los impresionantes bigotes asintió. —Bulstrode —respondió el buen doctor sin mucho entusiasmo. Parecía que prefería estar en cualquier sitio menos donde estaba y con otra compañía. Le disgustaban el inspector Bulstrode y su compañero de fechorías, el sargento Beloved.

«Un apellido de lo más dulce para una persona tan amarga», pensó French. Un canalla. Los dos iguales.

Dos gotas de agua.

—¿Vamos? —dijo Bulstrode y entró en la estancia sin esperar respuesta. Beloved, el doctor French y la mujer siguieron a Bulstrode.

Los recién llegados miraron el cuerpo de la mujer muerta. La herida del cuello hacía innecesario preguntar la causa de la muerte. Bulstrode se sintió temporalmente perdido. Entonces recordó a la mujer que los había acompañado hasta allí. Estaba apartada del grupo y se tapaba la boca, ya fuera por el horror o porque se sentía mal.

Bulstrode puso los ojos en blanco y volvió a concentrarse en la joven. Se arrodilló junto al cadáver y le miró el estómago. Sintió que el médico se arrodillaba a su lado. Levantó el brazo y comprobó su flexibilidad. Los ojos de Bulstrode no se habían apartado del estómago de la mujer.

—Parece una estrella.

—Por supuesto, es una maldita estrella —dijo French—. Mira, ¿por qué no haces tu trabajo y me preguntas por la estimación de la hora de la muerte?

—Adelante.

—Yo diría que doce horas. No más de veinticuatro.

Bulstrode miró su reloj de bolsillo. La una y veinte de la madrugada. Miró a Beloved. Con cierta irritación, se dio cuenta de que el sargento seguía muy alejado del cadáver.

—¿Eres delicado?

—Muy gracioso.

Beloved se adelantó y examinó el cadáver. Se acercó al otro lado y le miró a la cara.

—¿La conoces?

Beloved negó con la cabeza, pero guardó silencio.

—¿Seguro? —insistió Bulstrode.

El sargento se levantó, entrecerró los ojos y asintió a su jefe. Bulstrode lo miró atentamente. Parecía poco convencido. Luego se volvió hacia la mujer. Le hizo un gesto para que se acercara a ver el cadáver.

—¿Qué crees que estás haciendo, Bulstrode? —dijo French con enfado. Los bigotes no eran el único aspecto victoriano del buen doctor. Bulstrode hizo caso omiso de su sensibilidad victoriana.

De mala gana, la mujer dio un paso adelante; sus ojos estaban fijos en el cadáver. Se detuvo un momento frente al doctor. El doctor la miró a los ojos oscuros. Ninguno de los dos dijo nada. Parecía haber algo diabólico en aquellos ojos. O algo más.

La mujer apartó de la mirada del médico. Sintió una ligera brisa procedente de la ventana abierta. Los árboles se agitaron fuera y unas cuantas hojas entraron en la estancia cayendo como lágrimas cerca del cuerpo.

—¿Es esta la mujer que viste? —preguntó Bulstrode.

La mujer asintió y se dio la vuelta. Salió de la estancia, de la casa y se alejó de la escena del crimen.

Entonces Bulstrode se dio cuenta de lo que había visto en sus ojos: ira.

Mientras se alejaba, las lágrimas le escocían los ojos. Era exactamente lo que había visto. La mujer. Aquellas marcas. Era abrumador. Sentía el pecho oprimido, la respiración agitada. Se sintió débil. Siempre era así cuando sentía espíritus en el aire. Espíritus malignos. La intensa conciencia de algo malévolos.

Oyó pasos detrás de ella. Corriendo. Ella los ignoró. Sabía dónde encontrarla.

El sargento apareció finalmente junto a ella. Ella le miró un momento y luego siguió caminando. Su rostro delataba miedo. Angustia.

—La conocías, ¿verdad? —dijo la mujer.

Beloved la fulminó con la mirada. Ahora la ira sustituía a la angustia.

—¿No podías haber hecho algo para detenerlos? —preguntó Beloved.

La mujer se detuvo. Luego hizo algo que hizo que el grupo de policías que estaba fuera se girara sorprendido. Se rio.

—¿Cómo? —La mujer agitó los brazos como si estuviera dirigiendo una orquesta. Luego se detuvo y miró fijamente a Beloved antes de volver a reír—. ¿Crees que es un truco de magia? ¿Como sacar un conejo de un sombrero?

Beloved se arrancó el sombrero y lo tiró al suelo con rabia. Se apartó de la mujer, inseguro de lo que iba a hacer. Llamó la atención de Bulstrode, que había salido para ver qué pasaba. Su jefe le miraba con extrañeza. Era el momento de recuperar el control. Giró hacia la mujer y la señaló con el dedo.

—Deberías mostrar más respeto por los muertos. La mujer le miró perspicaz.

—Quizá tú deberías mostrar más respeto por los vivos.

Se dio la vuelta y siguió caminando. Al cabo de unos metros se detuvo. Beloved la miró y se encogió de hombros.

—Llévame a casa. Ahora tienes gente a la que ver, ¿no?

*

Resulta que el sargento Beloved tenía gente a la que ver, pero solo Dios sabía cómo se había enterado esta mujer. Por otra parte, si no era una charlatana, ¿por qué no iba a saberlo? Esto era preocupante por varios motivos. Se maldijo por su reacción en la escena del crimen. Había actuado como un policía novato. Se volvió y marchó hacia Bulstrode.

—¿Puedes decirme qué diablos está pasando? —preguntó Bulstrode. Si no hubiera habido otros policías presentes, su lenguaje habría sido mucho menos delicado.

—Lo siento, señor, quiere irse.

Beloved se encogió de hombros, como hacen los hombres cuando se enfrentan a ese espécimen tan raro que es la mujer irracional. Como soltero de toda la vida, la experiencia de Beloved con esta subdivisión de la humanidad era algo limitada. De hecho, su contacto con las mujeres provenía principalmente de frecuentes visitas recreativas a los burdeles. Allí, encontró una clase de mujer más complaciente. Excepto Fenella, por supuesto, pero ella era estrictamente para las ocasiones en que él se había portado mal.

Bulstrode puso los ojos en blanco. Era tarde. Quería irse a casa. El doctor French, de pie en el umbral, estaba ensimismado. Parecía fijarse en la mujer cuya grácil figura se alejaba en la distancia. Poco a poco, French se dio cuenta de que Bulstrode le miraba. Sin apartar la mirada, hizo una pregunta.

—¿Era Eva Kerr?

—Sí.

French no reaccionó ante la noticia. Miró al detective y recordó que había trabajo que hacer. Pero no por él. Se puso los guantes e indicó el cadáver con una ligera inclinación de cabeza.

—Ya pueden llevársela. La examinaré mañana por la mañana. En realidad, creo que lo haremos por la tarde. Quizá pueda organizar nueve hoyos de golf.

—Sí, señor —respondió Bulstrode antes de preguntarse por qué había llamado «señor» al doctor. Se dio cuenta de que no sabía qué rango tenía el médico. Sin embargo, sonaba como un ricachón. El rango era relativo. El médico vivía en otro mundo.

Ambos se volvieron y miraron a Beloved, que iba rápido hacia Eva Kerr. Se le encogió el corazón al ver que se detenía un taxi. Un grupo de periodistas salía de él. Una mala noche estaba a punto de empeorar. Le entraron ganas de gritar a la luna, pero en lugar de eso, maldijo. Sintió que le tocaban el brazo. El doctor French saludó con la cabeza a los periodistas y esbozó una sonrisa macabra. Había poco rastro de simpatía cuando se hizo eco de los pensamientos de Bulstrode.

—Parece que tienen otro asesinato oculto que resolver.

Capítulo 2

Londres, Belgrave Square, septiembre de 1920

La puerta principal del apartamento de Kit Aston en Belgravia se abrió de par en par. Después de un mes en Estados Unidos, Kit entró en el lujoso piso recibido por su perro, Sam, que ladraba alegremente y saltaba para saludarle.

—Hola, chico —dijo Kit agachándose para coger a su excitado y nervioso jack russell. Como recompensa por su esfuerzo, el pequeño terrier le lamió su cara. Esto provocó una sonora carcajada tanto de Kit como de su criado, Harry Miller.

—Parece que está perdonado, señor.

—Desde luego. Lo siento, chico, ha pasado mucho tiempo, ¿no?

Sam dejó de lamer y miró a su amo durante un largo momento. Si no asintió con la cabeza, sus ojos tenían la expresión de «no vuelvas a hacerlo». Kit miró a su perrito con afecto. Lo había echado mucho de menos y una oleada de culpabilidad le recorrió. Acarició a Sam detrás de la oreja. Esto hizo que el pequeño terrier prácticamente ronroneara.

De hecho, Kit podía oír claramente el ronroneo.

—Dios mío, Harry. Nunca había hecho eso antes.

—Ah, sí, señor —respondió Miller—. Hay algunas cosas que quería decirle.

Uno de los aspectos más sorprendentes de Sam, al menos en lo que a Kit y Harry se refería, era su aparente capacidad para entender la conversación humana. En un momento, Sam era un tipo de la variedad canina, ganándose un mimo bien merecido de un amo que regresaba, y al siguiente era un lobo feroz a la caza de su presa. En un instante, saltó de los brazos de Kit al sofá Chesterfield de cuero, ladrando con todas sus fuerzas.

Kit miró al objeto de la ira de Sam. Lo encontró sentado y acurrucado en su sillón favorito. Se volvió hacia Harry con una mirada inquisitiva.

—¿No es ese...?

—Simpkins, señor.

—Sí, Simpkins.

Se volvió y miró más allá de Sam, que se había puesto furioso al ver la forma oscura que residía en el sillón de su amo.

Era un gato.

Un gato negro, de hecho. El felino en cuestión siguió ignorando a Sam. Tal falta de miedo en presencia de una bestia temible como Sam nunca le iba a sentar bien a este canino. La intensidad de su ataque verbal alcanzó un nuevo nivel de vehemencia. Simpkins se volvió y miró a Sam por un momento. Esto hizo que el perrito dejara de ladrar. Entonces Simpkins volvió a centrar su atención en el examen de su pata.

Sam se dio la vuelta y miró a su amo. Si hubiera podido encogerse de hombros en ese momento, sin duda lo habría hecho. Kit, mientras tanto, se volvió hacia Miller, con una ceja levantada.

—¿Qué decías, Harry?

—La condesa Laskov, la de abajo, murió anteayer.

—¿En serio? Lamento oírlo. Debía de tener por lo menos setenta años.

—Setenta y tres, señor.

—Una vida larga hoy en día. ¿Puedo preguntar cómo falleció?

—Por causas naturales, señor.

Harry Miller detectó alivio en el rostro de su amo. Era demasiado temprano por la mañana para un asesinato. De todos modos, había sido un largo viaje por mar y luego en tren de vuelta a Londres. Lo último en lo que pensaba Kit era en investigar.

—Bueno, supongo que deberíamos ir al funeral. Sospecho que será mañana. La tía Agatha también querrá ir. Eran conocidas. Lamentaré darle la noticia.

Los dos hombres miraron a Simpkins. El gato les devolvió la mirada. Incluso Sam miraba a los dos hombres. La estancia quedó en silencio por un momento.

—¿Y Simpkins? —preguntó Kit.

—Bueno, señor, después de que la ambulancia se llevara a la condesa, subió las escaleras y empezó a arañar la puerta. Oí los arañazos y abrí. Le vi entrar y sentarse en su silla. No se ha movido mucho desde entonces.

—¿En serio? Pero ¿y la criada de la condesa Laskov? Tunney, ¿no?

—Tunstall, señor. Se mudó del apartamento. No he podido averiguar por qué, pero oí un portazo una noche, así que está claro que no fue en buenos términos.

Simpkins escuchó atentamente la conversación sin poner ninguna objeción a su veracidad. Sus oídos estaban erguidos y fijos en los dos humanos que, en ese momento, estaban discutiendo su futuro. Sam también era todo oídos.

—¿Cómo se lleva con Sam? —preguntó Kit.

—¿Cómo se lleva Sam con cualquiera? —Era más un comentario que una pregunta.

Los dos hombres miraron al terrier y al gato negro. Una vez más, reinó el silencio hasta que Sam lanzó un gruñido. Desde su punto de vista, las perspectivas no eran buenas. El oscuro intruso no había sido descartado sumariamente. Cada segundo que pasaba era uno demasiado largo en la humilde opinión de Sam. Entonces oyó el ronroneo de Simpkins. Sam se volvió hacia Simpkins y luego hacia Kit, como diciendo: —¿Te lo vas a tragar?

—Bueno, nos quedaremos con el pequeño por el momento y veremos mañana, o cuando sea el funeral, si hay algún interesado.

Consciente de que había estado de pie más tiempo del esperado, Kit avanzó hacia su silla. Sonrió a Simpkins y le hizo un gesto para que se fuera.

—Vamos chico. Estás en mi asiento. ¿Hay alguna posibilidad de que te muevas?

Simpkins permaneció en la silla de Kit. Ahora había vuelto a limpiarse la pata. Kit se volvió hacia Miller. La mirada de Miller no era en absoluto comprensiva con la situación de su amo. Estaba claro que Kit estaba solo.

—Simpkins, estás sentado en mi sitio.

Kit sospechaba que no era el único que pensaba que aquel ruego era impropio de un héroe de guerra, espía, gran maestro de ajedrez y, bueno, miembro de la nobleza. Simpkins no parecía impresionado. No estaba por la labor.

El apoyo moral de Miller no parecía llegar para Kit. De hecho, su criado se estaba riendo sin control. Como mínimo, decidió Kit, Miller debería ser cómplice de lo que se estaba convirtiendo en una derrota aplastante.

—No eres de ninguna ayuda.

Miller levantó las manos en señal de reconocimiento. El alcance de este mea culpa se vio socavado cuando tuvo que utilizar las manos para apoyarse contra la pared, tal era su diversión.

—Bueno —dijo Kit—, supongo que puedo sentarme aquí de momento. —Se dirigió a uno de los dos sillones Chesterfield, uno frente al otro, y se sentó.

Una vez concluida su retirada estratégica, pidió a Miller un poco de té. En tales situaciones, incluso de crisis, un inglés no puede tener mejor consuelo, ni mejor inspiración para sus ideas, que una taza de té. Con leche.

Cuando Miller fue a la cocina a preparar el té, Kit pensó en algo.

—Harry —gritó Kit.

—Sí, señor.

—Recuerdo que la condesa Laskov también tenía un criado. ¿Bentham o algo así?

—Sí, señor —respondió Miller—. Se fue justo antes que Tunstall.

Esto era extraño. Perder a un miembro del personal era una desgracia. «Perder a dos», pensó Kit, rozaba de ser cuestionable. Sin embargo, morir pocos días después era, francamente, llevar la credibilidad demasiado lejos. Todo aquello parecía sacado de una de esas novelas negras tan queridas por sus tíos.

Unos minutos más tarde, Miller entró en la estancia empujando un carrito. En él había un tarro de plata que contenía el elixir mágico y algunas galletas. Kit pensó en otra cosa.

—Dijiste que eran varias las cosas que querías comentarme, Harry.

—Sí, señor —dijo Miller, que levantó la tetera y empezó a pasar el té por un colador. Mientras lo hacía, llamaron a la puerta.

Los dos hombres se miraron. Nada en el semblante de Miller indicaba que esperase visita. Los golpes se hicieron insistentes. Miller dejó la tetera y el colador y fue a abrir. Kit oyó abrirse la puerta y la voz de un hombre. Era una voz que conocía muy bien.

Esto no hacía menos increíble que estuviera allí. Normalmente, no hacía visitas a domicilio. Algo le decía que era poco probable que esa visita fuera social. Tampoco era un buen augurio. Apenas había cruzado la puerta tras resolver un caso en Estados Unidos y parecía que otro se dirigía en su dirección.

Kit miró con nostalgia el té y luego hacia la puerta del salón. Parecía que los acontecimientos se sucedían con gran rapidez.

La puerta se abrió y entró su visitante. Miller no tenía ni idea de quién era el hombre, pero supuso, acertadamente, que Kit le conocería. Kit se levantó de su asiento y le tendió la mano. Miró a Miller. La expresión de la cara de Miller sugería que se trataba del otro asunto que quería comentarle.

Kit miró al hombre que tenía delante. Era ligeramente más bajo que Kit. Llevaba un abrigo azul marino y se apoyaba en un bastón. Kit sabía a ciencia cierta que dentro del bastón había una espada. El hombre no era muy mayor, pero tampoco de mediana edad. El pelo plateado asomaba bajo su sombrero. El toque final era un monóculo que podía o no ser de cristal.

—Kit, siento mucho tener que visitarle así. Puede suponer que no lo habría hecho si no fuera un asunto de la mayor urgencia y, francamente, delicadeza.

—Sí, señor. Siéntese, por favor. ¿Té? —preguntó Kit esperanzado.

—Lo siento, Kit, pero no tengo tiempo. ¿Podría acompañarme a Whitehall ahora?

La cara de sir Mansfield Smith-Cumming, «C» para los que trabajaban a sus órdenes en el Servicio Secreto de Inteligencia Británico, sugería que negarse no era una opción. Kit sonrió y aceptó su segunda derrota en otros tantos minutos.

—Sí, señor. ¿Quiere que Harry nos lleve?

—No, tengo un chófer fuera.

Sam empezó a ladrar, claramente descontento por ver a su amo marcharse tan pronto después de llegar. Esto provocó una sonrisa de Smith-Cumming. Sabía que no era popular con Sam.

Smith-Cumming volvió hacia la puerta.

—Démonos prisa, Kit.

Capítulo 3

Londres, Grosvenor Square, septiembre de 1920

El reencuentro de las hermanas Cavendish, después de pasar un mes separadas, puso maravillosamente de relieve la diferencia entre los hombres y el bello sexo. Cuando Kit reconoció a Harry en Kings Cross, Mary se divirtió ante la formalidad de los dos hombres. Además, Kit hizo un rápido comentario sobre la falta de actividad de su criado, que le había hecho engordar un kilo o tres.

Mary, por su parte, dio a Miller un suave beso en la mejilla, declarándose encantada de su completa recuperación de la herida sufrida mientras perseguía al «Fantasma». Después de que Miller recibiera su recompensa, Mary miró con sorpresa a su futuro marido. Kit, mientras tanto, ignoraba la fuente de la diversión de su prometida. Se daba cuenta de que algo la había entretenido. Que no supiera qué, no le molestaba lo más mínimo. Formaba parte de la infinita fascinación que ella sentía por él.

Afortunadamente, la tía Agatha puso fin rápidamente a cualquier vacilación en el andén. Como siempre, se puso en marcha sugiriendo a Harry que se encargara de que les entregaran las maletas en las dos direcciones. Veinte minutos más tarde había, depositado a las dos damas en la suntuosa morada de tía Agatha en Grosvenor Square.

A la puerta había respondido el siempre fiable Fish. El anciano mayordomo de tía Agatha respondió a la llamada de su señora con toda la rapidez y el entusiasmo de un oso perezoso.

El reencuentro de Agatha y Fish fue más que breve. A los pocos segundos de su llegada, la tía Agatha estaba dando órdenes a su anciano criado. Esto fue una especie de shock para su organismo. La paz y la tranquilidad del último mes habían sido de su agrado.

Mary miró un momento a su hermana Esther y luego se abrazaron. No había duda de la calidez y el afecto que había entre ellas. El abrazo duró unos minutos y derramaron alguna que otra lágrima. Finalmente, se separaron. Ambas sonrieron. Un momento después, las cejas de Esther Cavendish se alzaron esperanzadas.

Mary sacudió la cabeza.

Entonces Mary inclinó un poco la cabeza y sus cejas se alzaron ligeramente. Esto fue respondido con un movimiento de cabeza y una cara de tristeza fingida. Con la información debidamente comunicada, se dieron cuenta de que la tía Agatha había entrado en la estancia un poco más silenciosamente de lo habitual. Se volvieron hacia ella. Ella había observado su reunión con lo que solo puede describirse como una mueca en su cara.

—¿Crees que estoy completamente senil?

Mary negó con la cabeza y Esther, sin saber el significado de senil, siguió el gesto de su hermana.

—Bien. Recuerda que vuestra tía Emily está a solo una llamada de distancia.

«Una llamada y unos cientos de kilómetros no son suficientes», pensó Mary. Agatha dirigió toda la intensidad de su mirada a Esther.

—Tú, jovencita, te vas a casar en unas semanas. No volvamos a hablar de esto. Ambas estáis advertidas.

Ciertamente lo estaban. Si iban a hablar de esos temas, y estaba claro que ambas tenían muchas

ganas de hacerlo, era mejor que lo hicieran fuera del alcance de su septuagenaria guardaespaldas. Énfasis en

«guarda».

Ambas sonrieron a modo de disculpa, pero la mente de Agatha ya había pasado a otros asuntos. Natalie, la criada francesa de Agatha, apareció en la puerta.

—Señora, han llegado las maletas.

—Excelente. Dile a Fish que las traiga.

De hecho, el estimable Fish estaba fuera de la estancia. Había oído la orden con un corazón que, más que hundirse, se cayó al suelo. Salió y vio unas diez bolsas bastante grandes que habría que transportar a la casa y subir tres tramos de escaleras.

Se dio la vuelta y estaba a punto de soltar en silencio un torrente de palabras que había aprendido hacía sesenta y un años cuando vio a la joven francesa que le miraba.

Fish sonrió con valentía, pero sospechó que su intento de sonrisa era más bien el de un tipo que se enfrenta a su siempre comprensiva esposa tras una agradable velada en el pub con sus amigos. Natalie vio la cara del pobre mayordomo e inmediatamente reconoció la causa de su consternación.

—Yo le ayudaré, monsieur Fish —le susurró guiñándole un ojo.

La combinación de lo que dijo y cómo lo dijo, el bajo ronroneo galo y el lento guiño, casi acabaron con Fish. Asintió en señal de gratitud y se volvió, con algo parecido al vigor juvenil, a la tarea que tenía entre manos.

*

Mientras Agatha se encargaba del proyecto de reintegrar sus pertenencias en la casa de Grosvenor Square, las hermanas Cavendish aprovecharon para escaparse a la ciudad. Aunque sería agradable informar de que sus primeras conversaciones versaron sobre la salud y la felicidad de los miembros de la familia visitados, así como sobre las impresiones de los emocionantes lugares visitados, por desgracia un tema dominó sus pensamientos.

—Quizá me esté volviendo paranoica, pero en un momento dado estaba convencida de que hasta las gaviotas nos espiaban.

—Es increíble. ¿Sabes que todas las noches llamaba por teléfono a la señora Bright para saber lo que yo había hecho ese día hasta que ella subió al Aquitania? La madre de Richard ponía los ojos en blanco cada vez que sonaba el teléfono.

—Essie, ¿alguna vez tienes la sensación de que no se confía en la devoción de las hermanas Cavendish por su virtud?

Las dos chicas se echaron a reír mientras caminaban por Brook Street en dirección al centro de la ciudad. Llegaron a la conclusión de que tía Agatha las comprendía demasiado bien. Esther se detuvo momentáneamente y miró al cielo. Era mediodía. El sol intentaba, sin conseguirlo, asomarse a través de un espeso manto de nubes.

—No falta mucho, supongo.

—Seis semanas para tu gran noche.

Esther sonrió, pero luego su rostro se puso más serio. En un momento la cara de Mary cambió y se volvió más reflexiva.

—No hace ni un año que perdimos al abuelo. ¿No crees que es demasiado pronto? —dijo Esther. Mary abrazó a su hermana.

—Si recuerdas, quería casarnos. Tú con Kit y yo con... —se detuvo un momento, incapaz de pronunciar el nombre del hombre que había matado a su abuelo.

—Van a ahorcarlo el día siguiente a la boda —dijo Esther.

Mary asintió y luego dijo: —No hablemos de él, Essie. Pensemos en el futuro. Sé que suena mal, pero realmente creo que el abuelo habría querido esto. Le habría encantado vernos tan felices con hombres como Richard y Kit.

—Lo sé.

Las dos hermanas caminaron en silencio durante unos minutos, sumidas en sus recuerdos. Justo delante vieron Claridge's. Se miraron y sonrieron. El almuerzo en uno de sus restaurantes favoritos sería perfecto y era el lugar ideal para ponerse al día de su mes de separación. Entraron en el hotel justo cuando empezaban a caer las primeras gotas de lluvia.

—No hemos traído paraguas —señaló Esther con tristeza.

—Excelente, tendremos que quedarnos aquí hasta que pare. Esther sonrió. —Estoy segura de que la tía Agatha lo entenderá.

*

En ese momento, Agatha estaba preocupada por asuntos más importantes. El equipaje, la mayor parte del cual seguía en la calle, corría peligro de empaparse. Aunque no se podía poner en duda la tenacidad con que Fish cumplía con su deber, Agatha no pudo evitar notar que el ritmo era paralizantemente lento. Incluso con la ayuda de Natalie, era evidente que el pobre hombre estaba luchando. Sintió una punzada de compasión por su envejecido mayordomo.

Él estaba haciéndose mayor.

Tal vez pronto llegaría el momento en que tendría que decidir sobre Fish. Mientras pensaba esto, la lluvia empezó a caer con más fuerza. Miró al pobre hombre que luchaba con el equipaje. Le vino a la mente la imagen de dos jóvenes. Su marido, Eustace Frost y su criado Judson Fish.

Hacía tanto tiempo.

La vista desde la biblioteca se oscureció por la lluvia que corría como gotas de lágrimas por la ventana, pero la mente de Agatha estaba en otro siglo. Aún podía oír las risas de los dos hombres. Aún podía ver la primera vez que Eustace la había mirado. Él susurro a Fish y el hecho de que los dejara solos en el andén para cumplir con algún que otro deber. Por supuesto, le había echado para que Eustace tuviera una excusa para entablar conversación con ella.

Hacía tanto tiempo.

¿Realmente habían pasado cuarenta años? ¿Adónde va el tiempo? Para Agatha podría haber sido ayer. Las vistas, los sonidos, el calor y los olores seguían con ella. Solo tenía que cerrar los ojos. Una época tan maravillosa. Y triste. La fortuna distribuye sus dones de manera desigual. Al final lo descubrimos, ¿no?

Pobre Fish.

Agatha se despertó una hora más tarde. La lluvia golpeaba contra la ventana como pequeñas piedras lanzadas por un niño bruto. Alguien había colocado una manta de tartán sobre ella para protegerla de cualquier corriente de aire. Miró a su alrededor. La biblioteca estaba vacía. Probablemente las chicas habían salido a comer. Sin duda tenían mucho de qué hablar. De aventuras. De romances. Tías mayores que les negaban el rico tapiz de experiencias que tanto deseaban. Esto la hizo sonreír. Estaba cumpliendo su papel a rajatabla; porque papel era. Recordó a otra. Una tía que había desempeñado un deber similar en su vida.

La puerta se abrió silenciosamente y una cabeza se asomó. Era Natalie.

—Madame, je m'excuse.

—No pasa nada, Natalie, estaba despierta. Gracias por ponerme la manta.

—Fue Fish, madame.

—Debo darle las gracias entonces.

—He desempacado todo, madame —dijo Natalie.

—Muy bien. De hecho, ¿puedes acompañarme un momento?

Natalie miró un poco nerviosa a Agatha antes de acercarse a la ventana de la biblioteca donde estaba sentada. Agatha le hizo un gesto para que se sentara. Esto no era habitual y puso a Natalie nerviosa por un momento.

—Quiero hablar del futuro. En concreto, de tu papel, Natalie.

Natalie Doutreligne estaba muy preocupada. Agatha leyó la expresión de su criada y levantó la mano para tranquilizarla.

—Sé que cuando contraté tus servicios por primera vez, Natalie, fue a corto plazo. —Agatha se detuvo un momento. Ojalá hubiera pensado mejor cómo iba a continuar la siguiente parte de la conversación.

Claramente, las circunstancias eran inusuales.

«Actuar como seductora para el sobrino de mi señora, que estaba en la cúspide de un matrimonio potencialmente perjudicial, sin duda se califica como inusual», pensó Natalie.

—Oui, madame.

—Bueno. Sin embargo, Natalie, debo confesar que tu desempeño de los, digamos, requisitos más tradicionales de una criada me han impresionado. De hecho, esperaba que pudiéramos prorrogar tu contrato indefinidamente.

Esto fue inesperado. Natalie se quedó con la boca abierta. Los ojos de Agatha se abrieron ligeramente, lo que hizo que la boca de Natalie volviera a su aspecto normal.

—Madame, es usted muy amable.

—Bueno —dijo Agatha, sin saber si era un sí o un no. Levantó las cejas un grado o dos para sugerir que una respuesta sería bienvenida a su oferta de trabajo.

Natalie no tuvo que pensar demasiado su respuesta.

—Me encantaría quedarme, madame.

—Perfecto —dijo Agatha, golpeando la mesa en un espontáneo gesto de felicidad. Era una buena noticia, y estaba segura de que así lo verían las chicas y Kit. La única cuestión que quedaba por resolver era la situación de Fish.

—¿Serías tan amable de pedirle a Fish que venga un momento? Eso es todo.

Natalie se levantó de la silla y fue a buscar a Fish. Se dio cuenta de que su alegría por la oferta de trabajo estaba matizada por la preocupación por lo que significaría para Fish. No hacía falta ser un académico de Cambridge para darse cuenta de que su vigor ya no era el de antes. Esperaba que madame no tuviera intención de prescindir de los servicios del venerable mayordomo. Esto arrojaría una nueva luz sobre sus propias intenciones.

Varios minutos después, Fish apareció en la biblioteca. La larga espera era algo a lo que Agatha ya estaba acostumbrada. Lo vio acercarse lentamente hacia ella. A juzgar por el tictac del reloj, el trayecto de unos metros duró casi treinta segundos. Le hizo un gesto para que tomara asiento.

Para Fish, que le pidieran que se sentara era algo poco frecuente. Recordaba una ocasión al inicio de la guerra. La Segunda Guerra de los Bóer. Aunque no se sentía necesariamente al límite, sus sentidos estaban en alerta máxima.

—Fish. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando de empleado doméstico?

—Muchos años, milady —respondió el mayordomo con sinceridad.

—Bueno, estoy segura de que ninguno de los dos necesita contar los años que has estado conmigo.

Baste decir que ha sido un tiempo considerable.

Fish asintió. Una tristeza se apoderó de él. Pudo ver en los ojos de Agatha que sabía lo que estaba pensando. «Razón de más para ir al grano», pensó Agatha, no tenía sentido titubear.

—Acabo de preguntarle a Natalie si quiere seguir siendo mi criada.

Fue una sorpresa para Fish. Había previsto que la joven francesa dejaría el servicio a su regreso. En ese momento empezó a preguntarse qué significaba eso para él.

—Ya no eres un hombre joven, Fish.

«Esto no pinta bien», pensó Fish, aunque fuera cierto.

—Tal vez ha llegado el momento de pensar en la vida después del trabajo.

«¿Existe tal cosa?», se preguntó Fish. El servicio era todo lo que había conocido. Era hijo de un mayordomo. Su abuelo también había sido mayordomo. El mundo exterior era una abstracción. Su mundo estaba aquí.

—Por supuesto, depende de ti —continuó Agatha.

«Mejor», pensó Fish.

—Pero me pregunto si no serías más feliz con una reducción de tus obligaciones. Deja que los más jóvenes se encarguen.

«Mucho mejor».

—¿Qué te parece, Fish?

La pregunta le fue lanzada tan inesperadamente, que Fish se quedó sin palabras. Lady Frost quería su opinión. Una opinión sobre un tema relacionado directamente con su futuro. Pasaron unos segundos y Fish se esforzó por ordenar sus pensamientos con algo que sonara comprensible.

—Sé que esto es un poco chocante —dijo Agatha.

Fish sintió por fin que había llegado el momento de controlar de algún modo la dirección de la conversación.

—No tengo quejas, milady.

De hecho, disfrutaba bastante de su vida. Lady Frost podía ser una arpía cuando quería, pero sus exigencias eran mínimas. Que Natalie continuara sería ciertamente agradable a la vista, aunque estaba seguro de haber sido sorprendido por ella, en algunas ocasiones, disfrutando de su aspecto trasero. Sin embargo, ella era francesa y, en todo caso, era un deber adicional, aunque no particularmente oneroso, que él debía cumplir.

Agatha no estaba segura de que sus pensamientos hubieran penetrado lo suficiente en la conciencia de su mayordomo, así que fue al grano.

—Lo que quiero decir, Fish, es que deberías considerar la posibilidad de una jubilación parcial. Añado que no deseo que abandones esta casa. Puedes seguir supervisando al personal, pero deberíamos pensar en un futuro en el que los más jóvenes hagan el trabajo y tú disfrutes de un merecido descanso.

La entrevista terminó con esta nota tan satisfactoria. Entendió que Natalie asumiría el papel de ama de llaves y que ambos contratarían a una nueva criada que se encargaría de muchas de las tareas de Natalie.

«Sí», pensó Fish de camino a la cocina, un resultado satisfactorio. Decidió que debía celebrarlo con una pequeña copa. Tal vez pudiera convencer a la joven francesa para que le acompañara. Si no recordaba mal, había una botella de vino en lo alto de uno de los armarios. Podría ayudar a Natalie a alcanzarla. Para ello, por supuesto, tendría que sujetarla por la cintura mientras ella se subía a la silla. No hacerlo sería inseguro y, desde luego, poco caballeroso.

Capítulo 4

Kit y Smith-Cumming permanecieron sentados en silencio durante la mayor parte del viaje. El único comentario de Smith-Cumming fue que el tiempo estaba a punto de cambiar. En lugar de conversar sobre un tema que no interesaba a ninguno de los dos, Kit esperó a ver adónde se dirigían. No tuvo que esperar mucho. Se detuvieron frente a un edificio que Kit conocía muy bien. Su amigo Charles «Gordito» Chatterton trabajaba allí.

El edificio de la Oficina de Guerra en Whitehall era relativamente nuevo, a pesar de su aspecto más bien barroco. Se había terminado de construir hacía poco más de doce años. La fachada que daba a Whitehall, a partir del segundo piso, tenía una hilera de columnas jónicas. A lo largo del tejado había una serie de figuras esculpidas que simbolizaban la paz y la guerra, la verdad y la justicia, la fama y la victoria. En la esquina del edificio trapezoidal había una cúpula decorativa. A Kit le pareció algo exagerado.

Los dos hombres subieron cojeando los escalones. Cada uno ayudó instintivamente al otro. Ambos habían perdido parte de las piernas. Smith-Cumming había perdido la suya en un accidente de coche y se la había amputado él mismo utilizando una navaja para escapar de los amasijos; Kit había perdido la suya durante la guerra.

Tuvieron cuidado al subir los escalones de la Oficina de Guerra, ya que la lluvia los había dejado un poco resbaladizos. Una vez dentro de las puertas principales, se encontraron con más escalones. Por mucho que le cayera bien su amigo Gordito, rara vez visitaba las oficinas, ya que los escalones eran una tortura. Kit esperaba que la reunión fuera en la planta baja.

—Es en el siguiente piso —dijo Smith-Cumming, frustrando las esperanzas de Kit. El jefe de espionaje notó la sonrisa de pesar y asintió—. Sí, la verdad es que es un poco molesto.

Llegaron ante una oficina con una gran puerta de roble. El letrero de la placa junto a la puerta rezaba:

«Secretario de Estado de Defensa». Kit enarcó las cejas y siguió a Smith-Cumming a través de las grandes puertas. Los recibió un hombre al que Smith-Cumming presentó como el subsecretario parlamentario de estado, Arthur Peel. Kit sonrió al hombre moreno que tenía delante. Su bigote parecía cubrirle no solo la cara, sino medio Londres.

—Hola, Arthur —dijo Kit, estrechando la mano del primer vizconde Peel, el hijo menor de Robert Peel.

—Así que ya se conocen —dijo Smith-Cumming poniendo los ojos en blanco. Debería haber sabido que en aquellos círculos todos se conocían. Para ser justos, era verdad, casi todos se conocían.

Junto a Peel había otro hombre vestido con un traje oscuro. Llevaba el pelo canoso hacia las sienes. Una profunda hendidura corría verticalmente entre sus ojos, ocultos tras unas gafas redondas. Un bigote recortado le adornaba el labio como una medalla. La tirantez de sus labios hacía juego con la rigidez de su personalidad.

—Este es Vernon Kell.

Smith-Cumming no añadió nada. Kit percibió una atmósfera entre ellos, como la de dos boxeadores que se encuentran en medio del cuadrilátero antes de un combate. En una ocasión, Kell había intentado reclutar a Kit y habían trabajado juntos brevemente antes del final de la guerra. Dirigía la rama hermana del servicio secreto, el MI5. Esta rama del servicio de inteligencia

se ocupaba de investigar el espionaje, el sabotaje y la subversión dentro de Gran Bretaña.

La mirada de Peel era bastante seria, así que las conversaciones se redujeron al mínimo. Condujo a Kit, Kell y Smith-Cumming hasta el despacho principal. Había un hombre detrás de un escritorio de roble impresionantemente grande y sorprendentemente alto. No era corpulento, pero sus ojos llamaban la atención. Se levantó cuando entraron y rodeó la mesa para saludarles.

—Caballeros, me alegro de que hayan podido venir con tan poca antelación —dijo una voz que algún día se convertiría no solo en la más famosa de Gran Bretaña, sino quizá del mundo. Era una voz profunda, con textura y cálida. La voz de alguien acostumbrado a dar órdenes.

El [secretario de Estado para calidez de defensa](#), Winston Churchill, estrechó la mano de Kit y Smith-Cumming. Kit había visto a Churchill en varias ocasiones. Sobre todo, sociales. Churchill era un Marlborough. La familia Marlborough había estado al lado de todos los reyes desde el monarca William. Fueron a un despacho con techos muy altos y retratos de Joshua Reynolds adornando las paredes. Era una sala seria donde se tomaban decisiones serias. El ambiente era grave. Kit se abstuvo de hacer ningún comentario y esperó a que los hombres de la sala le explicaran por qué deseaban verle. No tuvo que esperar mucho. Curiosamente, no le pidieron que se sentara. Los cinco hombres permanecieron de pie mientras Churchill hablaba.

—Sin duda se preguntarán por qué les he hecho venir.

Kit asintió, pero guardó silencio. Su recuerdo de Churchill era que le gustaba hablar. Largo y tendido.

«Bueno», pensó Kit, «si a él le gusta ser el centro de atención, adelante». Churchill le entregó un sobre. Kit miró a Churchill y luego el sobre.

—Vamos, ábralo.

Kit lo hizo. Sacó tres fotografías. Estudió la primera, pero no dijo nada. En el centro estaba Churchill. Parecía haber sido tomada hacía al menos una década, ya que Churchill parecía mucho más joven. Flanqueaban a Churchill varios hombres, algunos con traje y otros, lo que resultaba más intrigante, con túnicas blancas. Si Kit no lo supiera, habría dicho que eran...

—Druidas. Sí, Aston, son druidas —dijo Churchill.

La segunda fotografía parecía haber sido tomada en la misma ocasión, pero era difícil estar seguro. Churchill estaba de pie en el centro y algunos hombres vestían túnicas de druidas. Esta vez había, además, una mujer vestida como una diosa. Llevaba una corona de olivo alrededor de la cabeza y una larga túnica blanca. Estaba de pie junto a Churchill. Kit pudo ver que era joven, quizá de unos veinte años, y atractiva. Tenía los ojos fijos en la distancia.

—Parece que no sabía que se estaba haciendo esta fotografía, secretario de Estado.

—No lo sabía —confirmó Churchill sombríamente.

La tercera fotografía provocó un grito ahogado de Kit. Miró a Churchill y luego a los otros tres hombres. Churchill tenía la cara enrojecida por la ira y la voz tensa por el miedo y la rabia.

—Yo tampoco conocía esta fotografía. No había visto a esta chica en mi vida.

Kit, de mala gana, volvió a mirar la foto. Era la misma joven de la fotografía anterior. Estaba desnuda y claramente muerta. Junto a ella había tres hombres enmascarados y vestidos con túnicas. Uno de ellos sostenía el cuchillo utilizado en el asesinato.

Kit miró atentamente su estómago. Parecía haber algo en él, pero la fotografía carecía de suficientes detalles para estar seguro de si realmente era así o no.

—Sí —dijo Churchill, dándose cuenta de que Kit estaba mirando el estómago de la joven—, yo también lo he visto, pero es imposible ver exactamente qué es.

—¿Tiene alguna idea de lo que puede ser? ¿Podría ser algún símbolo relacionado con la

ceremonia a la que asistió?

Churchill miró a Kit a los ojos. Durante unos instantes se hizo el silencio mientras evaluaba al hombre que tenía delante. Conocía a Kit, pero no bien. Aunque lo sabía todo de él. Smith-Cumming le había informado la semana anterior. Lo que acababa de contarle era un enorme acto de fe. Si se hacía público, su carrera y, probablemente su matrimonio, quedarían destruidos. Kit Aston representaba una última y desesperada apuesta. Cuando miró profundamente a los ojos del hombre que tenía delante, Churchill vio su última oportunidad. No estaba seguro de si se sentía reconfortado o simplemente mareado por el miedo. Tiró los dados.

—Tal vez deberíamos sentarnos —dijo Churchill—. Se lo contaré todo.

*

Era última hora de la tarde cuando Kit regresó a su piso. Entró en el salón y vio que Simpkins seguía en su asiento. A su lado, en el sofá Chesterfield, estaba sentado Sam. Había entre ellos un silencio sorprendentemente complaciente, como el de dos viejos caballeros en su club.

—Veo que no hay movimiento —dijo Kit.

—No, señor, no mucho. Sam parece haber aceptado la nueva visita desde su regreso.

Kit se acercó y cogió a Sam en brazos, para regocijo del pequeño terrier. Simpkins levantó la vista, pero no dijo nada. Como era evidente que el gato no iba a cederle el sitio a Kit, este se sentó donde Sam había estado sentado y colocó al perrito sobre sus rodillas. Se arriesgó a acariciar a Simpkins detrás de la oreja. Simpkins le dejó hacerlo.

Mientras acariciaba al gato, Kit se fijó por primera vez en el collar. Era plateado y parecía una estrella. Como Simpkins apretaba la cabeza contra los dedos de Kit, era difícil verlo con claridad. Kit supuso que era la estrella de David. Pensar en ella le recordó al funeral de la condesa Laskov.

—Harry, ¿pudiste averiguar algo sobre el funeral?

—Tenía razón, señor, es mañana por la mañana.

—¿Se sabe algo de los dos criados?

—No, señor, pregunté en mi red habitual, pero parece que han desaparecido. Por cierto, la policía ya está abajo. Observé su llegada unos diez minutos antes de que usted llegara.

—¿Ahora?

—Sí, señor, el inspector jefe está abajo.

Kit levantó a Sam de su regazo disculpándose. Miró a Miller y se encogió de hombros como un hombre que no puede evitarlo. Miller respondió con una sonrisa. Uno o dos minutos después, Kit llamaba a la puerta del piso de la difunta condesa Laskov. Al momento, abrió la puerta un agente de policía uniformado. Miró a Kit con desconfianza.

—¿Puedo ayudarle?

Kit esperaba que aquella fuera su frase, pero sonrió al ver aparecer al inspector jefe por el pasillo de atrás.

—Lord Aston —dijo el inspector jefe Jellicoe—, me preguntaba cuándo bajaría.

Kit soltó una carcajada culpable. ¿Era tan previsible? Probablemente. Jellicoe le hizo señas para que entrara y se estrecharon la mano. Condujo a Kit al salón principal. Habían pasado varios meses desde la última vez que Kit había estado en el piso de la condesa. Incluso más. Con una punzada de remordimiento, recordó que había sido una fiesta de copas prenavideña para los residentes del edificio. Otra vida. Antes de conocer a Mary.

—Bueno, inspector jefe, como ya me tiene por un entrometido desvergonzado y un observador pasivo, debo de confesar todo. Soy el asesino —bromeó—. ¿Puedo preguntarle qué le trae a usted por aquí? —Kit acentuó el «usted» para indicar su sorpresa de que fuera Jellicoe.

Jellicoe era un hombre poco dado a las muestras naturales de cordialidad, por no hablar de la falta de apariencia externa de felicidad. Tenía un aire naturalmente melancólico, amplificado por un bigote bastante exuberante. Esto no significaba que estuviera deprimido. Hacía tiempo que Kit había detectado en él un astuto sentido del humor que incorporaba sutilmente a su conversación y a sus preguntas. Su aspecto era menos un reflejo de su personalidad que una consecuencia de la naturaleza seria y a menudo triste de su trabajo. Un trabajo en el que había demostrado muchos logros. A Kit le gustaba el inspector jefe tanto como lo respetaba, y eso era mucho.

—Buena pregunta, señor —convino Jellicoe—. En el curso normal de los acontecimientos, una muerte así sería tratada por otras personas. Sin embargo, dado el rango, y la religión, de la condesa Laskov, así como la aparente desaparición de su personal...

Jellicoe dejó el resto sin decir y miró a Kit, que asintió.

—¿Pero su muerte fue por causas naturales?

—¿Dudó el inspector jefe antes de responder afirmativamente? Desde luego, esa fue la impresión de Kit.

El hecho de que no le mirara a los ojos hizo que a Kit le hormiguearan los sentidos.

—Fue un ataque al corazón, según tengo entendido —respondió Jellicoe.

Kit echó un vistazo al salón. Había cambiado mucho desde su última visita. Las paredes se habían pintado de nuevo y ahora eran oscuras, mucho más oscuras de lo que recordaba. Las cortinas de terciopelo eran negras, largas y agobiantes. Antes habían sido de color crema, aunque Kit recordaba que habían vivido tiempos mejores. En la repisa de la chimenea había velas negras. Era difícil distinguirlas, pero parecían tener forma de estrella.

Jellicoe miró a Kit y observó la estancia. No dijo nada hasta que Kit terminó sus observaciones. Los dos hombres se miraron. No era necesario hacer ninguna pregunta.

—Muy diferente de la última vez que estuve aquí.

Kit explicó detalladamente lo que recordaba de su anterior visita. Al cabo de unos minutos, los dos hombres se separaron. Kit esperaba que el inspector jefe tuviera trabajo que hacer y no quería robarle demasiado tiempo. Volvió a subir al piso.

Miller le esperaba en el salón. Era evidente que estaba ansioso por saber lo que había ocurrido abajo. Kit sonrió a su criado. Una vez más, reflexionó sobre la buena suerte que había unido a los dos hombres. Le debía la vida. Después, Miller se había adaptado bien a la vida de servicio, así como a los aspectos más inusuales de su función, que había incluido, durante el último año y medio, el robo y el espionaje.

—Menudo día, Harry.

Kit procedió a exponer los aspectos más destacados de sus dos reuniones. Cuando terminó, Miller le sugirió que se tomara una taza de té.

—Algo más fuerte, creo. Ahora, Harry, una pregunta.

Miller levantó la vista de la bandeja donde estaba preparando un brandy.

—¿Cuánto tiempo crees que tarda una chica en prepararse para la noche?

—Difícil de decir, señor. ¿Una hora?

—¿Y si fuera más como un chico?

—Diez minutos, más o menos.

—Creo que eso es suficiente. Otra pregunta, ¿cuánto tiempo llevaría conducir desde Grosvenor Square a Belgravia?

—A esta hora, señor, no más de cinco minutos.

Kit sonrió y asintió. Se dirigió al teléfono y pidió a la operadora que le pusiera con un número

de Grosvenor Square. Para su sorpresa, contestaron con bastante rapidez. No era habitual en Fish.

—Ah, Natalie. Hola.

—Su señoría. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Natalie al otro lado de la línea.

—¿Está mi tía o Mary disponible?

—Lady Frost está descansando en su habitación y mademoiselle Mary se está vistiendo, creo.

Hubo una pausa en la línea el tiempo suficiente para que Natalie pusiera los ojos en blanco y se maravillara de lo ridículamente parecidos, y simples, que eran los hombres. Ni el rango ni la edad marcaban la diferencia en el asunto de la forma femenina sin ropa.

Al cabo de unos instantes, Kit se dio cuenta de que probablemente debería poner fin a las deliciosas imágenes que corrían por su mente y transmitir un mensaje en su lugar.

—Diles a las señoras que he vuelto de mi reunión con el secretario de Estado de Defensa. Poco después de llegar a casa, me encontré con el inspector jefe Jellicoe abajo. Está investigando una muerte en el edificio. Gracias, Natalie.

Comunicado el mensaje, Kit se sentó y miró el reloj. Eran poco más de las seis y media. Miller también miró el reloj y sus miradas se cruzaron.

—¿Veinte minutos?

—Menos, señor.

Dieciséis minutos más tarde, la puerta de Kit había sido prácticamente arrancada de sus goznes por lo que parecía una combinación de puñetazos.

—Parece que tenías razón, Harry.

Capítulo 5

Mary y Esther llegaron a Claridge's y entraron por la puerta de Davies Street. Un portero uniformado las recibió al entrar. Dentro, enormes lámparas de araña iluminaban el vestíbulo. El suelo de baldosas blancas y negras daba al interior el aspecto de un cuadro de Pieter de Hooch. Alrededor había gente joven, hombres y mujeres, adinerados y poco propensos a preocuparse por la necesidad de trabajar. Era como si todos los jóvenes oficiales de la guerra hubieran acudido a Claridge's para celebrar su supervivencia.

Esther sonrió a Mary y dio voz a los pensamientos de ambas.

—Da un poco de pena al estar ya prometidas.

—Essie —exclamó Mary, pero se rio igualmente. Mary sabía que nunca lograría convencer a Kit de que viniera. Para ser sincera, le gustaba aún más por eso. De vez en cuando era más que suficiente para ella. No envidiaba la diversión de los jóvenes que habían sobrevivido. Ella había visto lo que la guerra podía hacer a un joven. ¿Por qué no celebrar la vida? La censura que mucha de esta gente valiente recibía de las generaciones mayores por vivir una vida dedicada a la frivolidad era inmerecida. Su generación había sido puesta a prueba hasta el límite en los campos de Flandes. Y no había salido mal parada.

Oyó una carcajada especialmente fuerte de un joven que agarraba una botella de champán. Las hermanas Cavendish pusieron los ojos en blanco al unísono. Sí, su generación había demostrado ser decidida y valiente, pero tal vez esto no se aplicaba a todo el mundo.

Se dirigieron al restaurante y hablaron con el maître, que les dijo que tendrían que esperar media hora para conseguir mesa. Les sugirió que esperaran en el bar.

—¿Por qué no? —dijo Mary.

El bar estaba abarrotado, pero Mary se apresuró a coger un par de asientos libres cerca de la ventana. Era evidente que muchos jóvenes se habían dado cuenta de su llegada. A los pocos minutos, llegó una camarera avergonzada y le entregó una nota a Esther. La camarera permaneció junto a la mesa mientras esperaba su respuesta.

—Tus admiradores no han tardado en salir a la luz —dijo Mary con una sonrisa.

—No solo yo, querida hermana. Al parecer, estos dos jóvenes quieren que los acompañemos a tomar champán. Dicen que quieren celebrar.

—Me lo imagino.

Esther miró a Mary con curiosidad y luego dijo: —A veces puedes ser, cómo decirlo, cínica.

Mary lo tomó sin malicia y lo aceptó como una medalla de honor. Sin embargo, no pudo resistir la tentación de poner a prueba los criterios de su hermana.

—Entonces, ¿nos unimos a ellos?

—Estás bromeando —dijo Esther riéndose de su propia duplicidad. Dejó la nota sobre la mesa y garabateó una respuesta.

Mary leyó la respuesta al revés y asintió con la cabeza. Luego pidieron dos cócteles. Durante los veinte minutos siguientes, Mary le contó todos los detalles de su reciente viaje a Estados Unidos. Esther se sorprendió del nivel de riesgo al que Mary se había expuesto.

—Sí, a veces estaba bastante expuesta —reconoció Mary, que había olvidado mencionar los requisitos de vestimenta, o la falta de ellos, para su compromiso como cantante en el Lehar's de San Francisco.

El jefe de camareros no tardó en invitarles a entrar en el restaurante. La mesa estaba al fondo de la sala. A Mary se le encogió el corazón al pensar que tendría que desfilar por el restaurante con decenas de ojos puestos en ellas. Sospechaba que pronto llegarían más notas a su mesa.

De hecho, se equivocaba. Un par de jóvenes de la misma edad que Kit y Richard emplearon un método más directo. No se podía decir que ninguno de los dos careciera de confianza, riqueza o, para ser justos, aspecto. Resultó que ya había conocido a uno de ellos.

—Anda, eres tú, Esther —dijo el primer hombre. No era especialmente alto, pero su voz, su vestimenta y sus modales denotaban rango.

Esther levantó la vista y sonrió.

—Hola, Xander. —Se volvió hacia Mary y le presentó al recién llegado—. Este es Alexander Lewis. Lord...

—No te preocupes por eso, Esther. ¿Es la famosa Mary Cavendish?

Mary sonrió a Lewis y asintió. Durante un breve período, se había hecho famosa entre la clase noble por ofrecerse voluntaria como enfermera durante la guerra bajo un nombre falso. Ya estaba acostumbrada a su notoriedad.

—Le presento a Bobby Andrews —dijo Lewis. El hombre que tenía detrás parecía salido de las páginas de una novela romántica. Alto, moreno y guapo, apenas reflejaba la gracia peligrosamente fácil del hombre que tenía ante sí a las hermanas Cavendish.

—Lo siento si estamos interrumpiendo. Le dije a Xander que te dejara en paz.

—Tonterías, Bobby, Esther es una vieja amiga —respondió Lewis—. ¿Podemos acompañaros? Esther miró a Mary y sonrió disculpándose. Deseaba desesperadamente pasar tiempo con su hermana, sin ser interrumpida por el macho de la especie en pleno cortejo. Mary aceptó que la situación escapaba a su control.

—Estaremos encantadas de que os unáis a nosotras.

¿Qué daño podría causar? Seguramente sabrían que Esther y ella estaban prometidas. Si no, se haría evidente mientras charlaban. No había nada inusual, por no decir inapropiado, en que cuatro jóvenes disfrutaran de un almuerzo juntos.

Los dos hombres acercaron dos sillas para unirse a las chicas. Pronto pidieron la comida y una botella de champán.

No hay nada como la presencia de un miembro atractivo del bello sexo para registrar un alto grado de interés en el macho de la especie. A los pocos segundos de su llegada, y a pesar de la presencia inmediata de los dos jóvenes pretendientes en la flor de la edad, la mesa de Esther y Mary pronto se convirtió en un punto focal para otros jóvenes atractivos que competían por llamar la atención.

Varios jóvenes, en su mayoría titulados si nos atenemos a sus estrafalarios tweeds, visitaron la mesa con la excusa de conocer a Andrews o a Lewis. Mientras que este último parecía encantado con la compañía, era evidente que Andrews estaba lívido. Sin embargo, ambas hermanas, como admitieron más tarde, disfrutaron de la atención de estos ejemplares de primera clase. La tarde transcurrió de forma bastante agradable antes de que Esther provocara una oleada de consternación entre la compañía cuando anunció que era hora de que regresaran.

Los galanes se ofrecieron a acompañarlas a casa. Las chicas se negaron educadamente. No se sintieron ofendidos cuando las hermanas manifestaron su gratitud saludando los pretendientes. Esto fue tan delicioso para los receptores como palpablemente insuficiente para el alto, moreno y apuesto macho principal de la manada.

Mientras salían, Mary se detuvo un momento en un cartel publicitario que había en la pared.

Esther ya había salido y no oyó a su hermana decir: —Qué interesante.

La lluvia había amainado lo suficiente como para que las chicas regresaran a pie a Grosvenor Square. Entrelazaron sus brazos y caminaron alegremente por la calle riéndose de los sorprendentes rituales de apareamiento de los hombres de cuya compañía habían disfrutado las últimas horas.

—Debo decir, sin embargo, que Bobby Andrews era impresionante —dijo Esther, riendo.

—Sí, ciertamente es guapo. Demasiado gallito para mi gusto.

—¿De verdad? Creo que le has gustado, Mary.

Mary miró a su hermana, pero, extrañamente, no discrepó. Normalmente, los jóvenes tendían a enamorarse de Esther. Probablemente era más guapa y, desde luego, una compañía más serena. Mary era

«difícil». De hecho, sabía que Bobby Andrews estaba prendado de ella si la nota que le había pasado por debajo de la mesa le servía de algo. La había invitado a comer al día siguiente. Mary había dejado la nota sobre la mesa.

—Aun así, fue una forma agradable de pasar la tarde. Me sentí aliviada cuando llegaron los otros chicos

—dijo Esther.

—Sé lo que quieres decir —dijo Mary, antes de añadir, alegremente—, quizá podamos volver algún día.

Esther soltó una carcajada. Ella había pensado lo mismo. El corto paseo de vuelta a Grosvenor Square apenas fue suficiente para ponerse al día sobre los aspectos más detallados del tiempo que habían pasado separadas. Perceptiva como siempre, Mary dio con un tema que preocupaba a la futura señora Bright.

—¿Richard ha decidido mudarse a Harley Street o no? Esther frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No es exactamente socialista, pero detesta el funcionamiento actual del sistema. Creo que quiere ayudar a la gente que lo necesita desesperadamente. Eso, como era de esperar, excluye a gente como nosotros. Así que, por el momento, está trabajando como suplente. Pero eso no puede durar para siempre.

—Bien por él —respondió Mary.

—Estoy de acuerdo, pero está por ver cómo se resuelve. Necesitará dinero para instalarse en Londres. Desgraciadamente, como sabes, los dos estamos un poco apretados.

Mary enarcó una ceja.

—Ya sabes lo que quiero decir —rio Esther—. Tener una casa con personal y montar una consulta cuesta más dinero del que me dan como asignación monetaria.

Mary sonrió y estaba a punto de decir algo cuando los ojos de Esther se abrieron de par en par con fingido horror.

—No me digas que vives con tía Agatha.

*

Natalie abrió la puerta al regreso de las hermanas.

—¿Dónde está Fish? —preguntó Mary, sorprendida al ver a Natalie abriendo la puerta. Natalie explicó los nuevos arreglos, que contaron con la aprobación de las chicas. Ambas se sentían culpables de tener que pedirle nada al anciano mayordomo y acabaron haciendo las cosas por su cuenta.

—¿Y la tía Agatha?

—Se fue a la cama a descansar. Ha sido un día ajetreado. Fue a una agencia para contratar a una nueva criada. Luego vino la señora Simpson.

—¿Tomaron brandy? —preguntó Mary. Natalie asintió.

—¿Cuántos?

—Más de uno, mademoiselle.

Las tres jóvenes se sonrieron. Sería justo decir que, tras un comienzo difícil, las hermanas Cavendish adoraban a la tía de Kit. Desde luego, no le envidiaban una o dos copas a última hora de la tarde. Como no iban a ver a Kit hasta las ocho y Richard seguía trabajando en Kent, las chicas decidieron darse un baño antes de prepararse para la noche.

Mary se sumergió en la bañera con una sensación cercana al delirio. A veces leía un libro cuando estaba así instalada. Con las prisas se había olvidado de coger uno. No importaba, la sensación del agua caliente y la espuma del jabón rodeando su cuerpo era suficiente compensación.

En cualquier otra circunstancia, se habría quedado una hora más. Sin embargo, a veces la vida tiene un sentido del humor cruel. Distribuye generosidades y desgracias al azar, a menudo en raciones, a veces mezcladas. Así fue cuando oyó que llamaban a su puerta.

—¿Sí?

—Mademoiselle, soy Natalie. Lord Aston acaba de llamar. Mary se incorporó inmediatamente.

—Dijo que la señora del piso de abajo murió ayer en circunstancias sospechosas y que fue a Whitehall a ver a Winston Churchill.

Los ojos de Mary se abrieron de par en par.

—Natalie, ¿puedes transmitir este mensaje inmediatamente a tía Agatha y a mi hermana, por favor?

—Pero la señora está durmiendo.

—Despiértala, Natalie. No le importará, créeme.

—Muy bien —respondió Natalie.

—De todos modos, si conozco a mi prometido, probablemente tiene una apuesta con Harry sobre lo pronto que llegaremos.

Capítulo 6

Miller abrió la puerta. Esto hizo que las tres mujeres del otro lado cayeran en el piso de Kit. Afortunadamente, cuando se producen accidentes tan cercanos, las mujeres suelen recuperar su compostura mucho más rápidamente que los hombres. Para ello recurren a una serie de ingeniosos recursos, el más popular de los cuales es la rápida, aunque difícilmente imparcial, atribución de culpas a otros.

Adecuadamente reprendido por no haber advertido suficientemente de su intención de abrir la puerta, Miller se apresuró a retirarse. Agatha le pidió tres brandis mientras él iba a la cocina. Después, Agatha siguió la mirada de Kit hasta la mesa, donde, sobre una bandeja de plata, había tres copas de Napoleón.

—Ah, bueno... al menos has hecho algo bien.

Tras este leve elogio, con los ojos fijos en el premio, Agatha marchó en línea recta, seguida por una sonriente Esther.

Mary miró a Kit. Sus ojos se entrecerraron.

—¿Quién ha ganado?

—Aposté veinte minutos —dijo Kit.

—Gané yo —dijo Miller, que reapareció en ese momento llevando a Sam.

—Veo que mi amo y señor ya no confía en mí —dijo Mary, antes de dirigirse majestuosamente hacia los Chesterfield. Las tres damas estaban ahora sentadas y miraban expectantes a Kit como niños en un espectáculo circense.

—Bueno, ya que lo preguntáis, sí, me he recuperado bien de mi largo viaje —dijo Kit sardónicamente.

—Adelante —dijo Agatha—. Guárdate tu humor de patio de colegio para los tontos de tu club.

Las hermanas Cavendish estuvieron a punto de aplaudir encantadas, pero en lugar de eso optaron por sonreír, lo que habría provocado que la mitad del clero de la Iglesia de Inglaterra se hubiera enzarzado en una pelea masiva para llamar su atención.

—Veo que me superan en número —dijo Kit.

—Pero no en número de votos. Incomprendiblemente, Essie y yo no tenemos derecho a voto.

—Correcto, Mary. Ahora cuéntanos lo que ha pasado hoy —dijo Agatha, con los ojos brillantes como un cazador avistando a su presa.

Mientras se producía este intercambio, Simpkins se levantó del asiento de Kit, se estiró y miró alrededor del salón. Sus ojos se posaron en Esther. Se dirigió hacia ella y se posó sobre sus rodillas.

—Este es Simpkins —dijo Kit a modo de explicación.

—¿El gato de la condesa Laskov? —exclamó Agatha—. ¿Qué diablos hace aquí?

—Buscaba un lugar donde quedarse —respondió Kit.

Esther sonrió y empezó a acariciar la cabeza del gato. Momentos después, Sam saltó de los brazos de Miller y corrió alrededor de los sofás ladrando con entusiasmo. Simpkins lo ignoró. Un rápido vistazo reveló que había un regazo libre. Miró expectante a Mary. Segundos después, un par de manos delgadas lo levantaron antes de depositarlo sobre un par de muslos igualmente delgados.

—Por lo visto, solo soy el arrendador —dijo Kit con sorna. Luego abordó el tema del

fallecimiento de la condesa Laskov.

—Quizá sea lo mejor —dijo Agatha cuando Kit hubo terminado—. Deduzco que echaba mucho de menos a su marido David. ¿Por qué se interesó la policía?

—El inspector jefe Jellicoe no fue muy comunicativo. Intuía que había algo más que un ataque al corazón. Creo que tendremos que esperar y observar. ¿Sabías, sin embargo, que había perdido a su personal recientemente? La abandonaron.

Agatha admitió que no lo sabía.

—Bueno, hace tiempo que no la visito.

—¿Quieres ir al funeral mañana? —preguntó Kit.

—Creo que sí. —Agatha miró a Mary y a Esther. Estaba claro que Esther no tenía ningún interés en asistir, pero Mary indicó que los acompañaría.

—Bueno, es muy triste, pero la vida continúa. Todos conoceremos a nuestro creador algún día. Ahora, Christopher, ¿por qué estabas con nuestro estimado secretario de Estado de Defensa? —preguntó Agatha en un tono de voz que lograba combinar la desaprobación hacia el titular del cargo, así como una reprimenda hacia su sobrino por tener un canal de acceso que, incuestionablemente, le habría sido negado a ella.

Kit sabía que era un momento importante. Lo que estaba a punto de revelar probablemente podría haberse clasificado como secreto de Estado. Sin embargo, no dudaba de la integridad de sus invitados. El calor de la curiosidad ardía entre su público. No ofrecer un informe detallado sobre su encuentro con Churchill podría haberle ocasionado lesiones graves y una posible hospitalización. «Mejor empezar desde el principio», pensó Kit.

—Podría estar a punto de ser chantajeado. Han aparecido fotos de él con un grupo de druidas modernos y una joven que fue asesinada.

Esto fue acogido con un silencio atónito. Al cabo de unos instantes, Kit se dio cuenta de que el silencio se había convertido en su propia pregunta y, por la expresión de la cara de Agatha en particular, se necesitaba una respuesta cuanto antes.

*

No fue idea mía, por supuesto. No recuerdo quién lo sugirió primero. Tal vez Sonny Masterson, pero no estoy seguro. Había comenzado hace un tiempo. Yo tenía algunos amigos que eran miembros de la Logia Albión de la Antigua Orden de los Druidas. Me hicieron creer que las actividades de la logia eran menos espirituales y más de carácter fraternal. Ciertamente, parecía inofensiva.

Conocía a varios de los miembros, como ya he dicho, pero había muchos que, o bien no me eran familiares, o bien iban togados. No conocía a los togados y, a decir verdad, me aburría bastante la ceremonia de iniciación. Sonny y yo decidimos rápidamente que sería más correcto volver a casa.

La ceremonia en sí no fue nada del otro mundo. Un montón de galimatías, un trago de algún líquido que casi seguro contenía alcohol y he aquí que yo era miembro de la logia. En cuanto a la joven, no la recuerdo. De hecho, pensaba que era un club de hombres. Recuerdo que todos habíamos bebido un vaso o dos. No recuerdo haber estado tan bebido como para no recordar a una mujer joven entre nosotros. Por supuesto, no le di importancia y nos fuimos casi tan pronto como terminó la iniciación.

En el palacio, los que habíamos sido iniciados nos reímos mucho de todo aquello. Podría decirse que al final de la noche yo ya estaba un poco mareado. Todos lo estábamos. Me fui a la cama y lo siguiente que recuerdo es a Sonny sacudiéndome para despertarme, diciéndome que

Clemmie estaba a punto de irse a casa. Fue una catástrofe, ya que tenía la intención de declararme ese día.

Afortunadamente, pude salvar la situación, aunque me sentí indispuerto. Clemmie y yo nos casamos un mes después. No mencioné la logia y, para ser sincero, tuve poco que ver con ellos a lo largo de los años. Debo decir que, aparte de cuando estaba con algunos de mis amigos, apenas había vuelto a pensar en ella.

*

—¿Cuándo recibió las fotografías?

—La semana pasada. Lo sé, me pareció un poco raro —dijo Kit, al ver la reacción de Mary.

—¿Dónde ocurrió todo esto? —preguntó Agatha.

—En el palacio de Blenheim, la sede familiar. En el Templo de Diana.

Agatha se inclinó hacia delante. Sus ojos se clavaron en Kit como los de un profesor que interroga a un alumno travieso.

—Seguro que conocía a la mayoría de los asistentes a la ceremonia. Después de todo, ¿por qué los invitaron a Blenheim?

—Deduzco que el asunto tiene cierto carácter masónico —replicó Kit—. No son masones como tales, pero sospecho que Churchill y algunos de sus amigos sí lo son. Creo que se habría aceptado el secreto con respecto a algunos de los sacerdotes druidas. Churchill afirma que apenas conocía a más de media docena de los miembros y no tengo motivos para no creerle.

—Necesitaremos una lista si queremos investigarlos —dijo Agatha.

—¿Nosotros? —replicó Kit.

Este comentario sonó como una palabrota en un bautizo. Kit se dio cuenta de que, tal vez, había cometido un error táctico. La mirada de Mary, por no hablar de la de Agatha, sugería que era necesaria una retirada, y bastante rápida, además.

—Naturalmente, con mucho gusto recurriré a vuestra sabiduría colectiva. Pero —dijo Kit, con el corazón hundiéndose como un barco francés después de encontrarse con Nelson—, la naturaleza de esta investigación impide que nadie más que yo pueda ser visto investigando.

Por mucho que Mary se sintiera decepcionada por no poder trabajar junto a Kit, reconoció que sería injusto darle importancia.

—Tonterías —dijo Agatha.

Mary se volvió hacia Agatha y le sonrió en señal de apoyo. Volvió a mirar a Kit, enarcó las cejas y sonrió.

—Quizá puedas decirnos los nombres de las personas que te dio el señor Churchill.

Kit suspiró, lo que sorprendió a Mary. Estaba claro que era reacio, pero sentía que les debía una especie de rama de olivo.

—Vamos —pidió Agatha, impaciente. Le hizo un gesto a Miller para que le llenara la copa.

Kit se metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel. Se lo entregó a Agatha, que estaba más cerca. Agatha, a su vez, buscó sus anteojos y leyó los nombres en el papel. Cuando leyó el último, miró a Kit con asombro.

—Dios mío.

Kit sonrió y replicó con algo más que una pizca de desdén: —No tan bueno, pero sin duda un lord. Mary y Esther, mientras tanto, se miraron.

—¿Alguien va a compartir el gran secreto? —preguntó Mary.

Kit cogió el papel de Agatha y se lo entregó a Mary, que inmediatamente se inclinó hacia Esther para que ambas pudieran leerlo.

—Interesante —dijo Mary, y a continuación lanzó una exclamación antes de mirar a Kit—. ¿Tu padre?

—Parece que sí.

—¿Significa esto que por fin conoceré al vizconde Aston?

Mary no hizo ningún esfuerzo por disimular el nerviosismo de su voz. Kit la miró con empatía y luego, al recordar que no estaban solos, asintió. Su rostro era neutro, pero la tensión en su cuerpo era evidente.

—Eso parece.

Tanto Kit como Mary se volvieron hacia Agatha. Por una vez, su rostro era ilegible. No podían ver la ligera caída de sus hombros, la repentina falta de aliento y la tristeza que la invadía como un virus. Intuía que nada bueno podía salir de aquello, pero ahora se sentía impotente para detener una cadena de acontecimientos que se había puesto en marcha.

Tal vez había llegado el momento.

Capítulo 7

La sinagoga de Bevis Mark, la más antigua de Gran Bretaña, acogió el funeral de la condesa Laskov. Kit, Mary y Agatha se sentaron frente a la enorme arca de estilo renacentista que contenía los rollos de la Torá. Estaban en bancos paralelos a las paredes laterales, mirando hacia el centro.

—Hermosa escultura —susurró Mary.

—Parece que es de madera —dijo Kit refiriéndose al relicario de color mármol.

Mary miró fascinada la sinagoga. Era la primera vez que visitaba un lugar de culto semejante. Encima había siete candelabros de latón que simbolizaban los días de la semana. El servicio comenzó y Mary tomó nota de que volvería a visitarla.

A lo largo del servicio religioso, la mente de Kit divagó. Había asistido a más funerales de los que cualquier joven debería presenciar. Pensar en algunas de las personas que había perdido le produjo una oleada de dolor. A su alrededor podía oír la angustia sofocada de los demás. No lloraba por la condesa, aunque habían sido amigos. Se preguntó hasta qué punto el dolor que sentimos en los funerales de personas que no nos son especialmente cercanas se debe más a nuestras propias pérdidas que a la persona que está siendo velada.

Terminó el servicio y siguieron a la procesión que salía de la sinagoga. A Kit le sorprendió ver cuántos parecían conocer a Agatha. Supuso que eran de la misma generación.

Un hombre mayor, alto y elegantemente vestido, y una mujer de edad parecida le interesaron a Kit, pero apartaron la mirada cuando los vio. Había algo en la mujer que le resultaba familiar, pero no lograba ubicarla. Al cabo de unos minutos, Agatha se llevó la mano a la boca y susurró en tono de conspiración:

—¿Has visto quién está ahí?

Una multitud de abrigos oscuros y sombreros negros que ocultaban el pelo gris les hizo dificultar la visión. Kit no podía diferenciarlos. Agatha señaló con la cabeza a un anciano acompañado de una mujer unos veinte años más joven que él. Estaban de pie, a tres metros de distancia, charlando con unos dolientes más jóvenes.

—¿Conoces a Arthur Conan Doyle?

Kit miró a su tía afectuosamente, aunque de una manera que los jóvenes han hecho durante eones para transmitir el hecho de que no son unos completos imbéciles.

Doyle miró en su dirección y sonrió. Unos instantes después se dirigía hacia ellos.

—Dios mío —dijo Kit mirando a Mary y a Agatha—. ¿Crees que me ha reconocido?

—Agatha, me alegro de volver a verte. ¿Estás implicada en algún caso más?

Los ojos de Agatha se abrieron de par en par y hubo un imperceptible movimiento de cabeza que vieron tanto Kit como Mary, que se miraron entre sí, con las cejas levantadas. «Para otra ocasión», pensó Kit.

—Arthur —dijo Agatha aceptando su abrazo—. Lady Doyle —añadió abrazando a la esposa del famoso escritor.

—Este, Arthur, es mi sobrino Christopher. Y su prometida, la señorita Mary Cavendish.

Kit miró al famoso escritor. Era un poco más bajo que Kit, pero más ancho. Tenía un carisma innegable. Irradiaba inteligencia y genialidad. Su rostro estaba dominado por un impresionante bigote gris que se extendía por sus mejillas, pero que no podía ocultar la calidez de su sonrisa.

—No se me ocurre una pareja más atractiva y admirable —dijo Doyle, estrechando la mano de

Kit e inclinándose ante Mary—. He leído sobre los esfuerzos de ambos durante la guerra.

Al mencionar la guerra, una sombra recorrió las facciones de Doyle. La sonrisa de Kit se desvaneció y los dos hombres se miraron por un momento.

—Nunca conocí a su hijo, sir Arthur. Conozco a muchos que sí lo hicieron y me hablaron muy bien de él. Doyle asintió, pero en aquel momento parecía demasiado emocionado para decir nada más sobre su difunto hijo. En lugar de eso, el grupo se dio la vuelta y siguió a la comitiva hasta la calle.

—¿Cómo conoció a la condesa? —preguntó Doyle.

—Era mi vecina, por así decirlo —respondió Kit—. Tengo el apartamento encima del suyo.

Doyle se detuvo y miró a Kit. —¿De verdad? Estuve en su apartamento varias veces. Ojalá lo hubiera sabido.

Kit se rio y dijo lo mismo añadiendo: —Crecí leyendo sus historias, sir Arthur.

—Y yo —dijo Mary, alegremente. Por su mente pasaron recuerdos felices de su juventud, no tan lejana. Leyendo Sherlock Holmes en la cama después de apagar las luces. Fue uno de sus primeros actos de rebeldía. La mirada de la institutriz Curtis cuando Mary denegaba haber leído un libro tras otro. Recordándolo ahora, Mary estaba segura de que en realidad lo sabía.

Doyle apartó el tema de su gran detective. Enrojeció ligeramente. Nunca se había acostumbrado a esta celebridad.

—¿Y usted, sir Arthur? ¿Como la conoció?

—Teníamos un interés mutuo en los fenómenos psíquicos. El espiritismo, si lo prefiere.

Doyle miró a Kit para ver su reacción. Kit solo se sorprendió un poco. Aunque era bien sabido que Doyle era un destacado defensor del espiritismo, no había relacionado a la condesa con tal interés. Las velas negras de su salón tenían ahora más sentido. Lo más obvio era pensar que era viuda.

—¿Hicieron sesiones espiritistas en su apartamento? —preguntó la asombrada tía Agatha.

—En una ocasión lo hicimos. No conseguimos contactar con su marido —respondió Doyle.

«Eso puede deberse a que es una farsa», pensó Kit. Por respeto a Doyle y a la difunta condesa, guardó silencio. Esperaba fervientemente que Doyle no aprovechara el momento para evangelizar sus convicciones. De hecho, quería salirse del tema. Pero...

—¿Ha participado alguna vez en una sesión de espiritismo? —preguntó Doyle.

—Conocí a varias personas en Francia que estaban convencidas de esta nueva revelación, pero nunca me uní a ellas en ninguna de sus reuniones —respondió Kit.

La procesión se había detenido cuando el ataúd fue introducido en un coche fúnebre. La familia de la condesa Laskov había solicitado un entierro privado, así que Kit y su grupo, junto con Doyle, se separaron en ese momento.

—Me he dado cuenta de que has estado circunspecto —dijo Mary mientras se alejaban—. ¿Detecto escepticismo acechando bajo ese hermoso exterior tuyo?

Kit sonrió a su prometida y enarcó las cejas.

—Sí, lo detectas. No me atrevería a decir que todo son tonterías, pero la mayoría de esos médiums son falsos. Peor aún, se aprovechan del dolor de mucha gente que sigue sufriendo tras la guerra y la pandemia de gripe. Lamentablemente, sir Arthur ha dado credibilidad a este movimiento con su defensa. Me parece extraordinario que el hombre que creó la encarnación del racionalismo en Sherlock Holmes pudiera tener algún interés en este ámbito. Casi tan fantástico como decir que tengo una fachada hermosa. Gracias, mi amor.

—De nada, milord —respondió Mary y sonrió. A Kit le dio un vuelco el corazón. Faltaban poco

más de cuatro meses para que se casaran. Mary podía leer la mente de Kit y puso cara triste. Como siempre, fueron interrumpidos por Agatha, que ignoraba felizmente el intercambio que había tenido lugar.

—Debemos hacer planes para ir a Cleves.

Kit ahogó otro gemido ante la idea de visitar la sede de su familia. No estaba seguro de si era porque quería evitar la casa familiar, su familia o si lamentaba haber compartido los detalles de la reunión. Se dio cuenta de que esto último era tan inevitable como la idea de que quisieran ayudarle. Sin embargo, la naturaleza del problema hacía difícil ver qué tipo de ayuda podían prestar. Luego estaba el origen del posible asesinato.

Estaba claro que había habido un elemento ritual en su muerte. ¿Qué otra explicación podía haber? Si los asesinos solo querían ocultar su identidad, ¿por qué elegir túnicas? El despiste parecía descabellado, dado que habían participado en una ceremonia druida con un personaje público en los terrenos de uno de los palacios más famosos del país. Si el chantaje era el objetivo final, ¿por qué ahora? Las fotografías tenían doce años. El pensamiento racional escaseaba desde cualquier ángulo que considerase el problema.

Sabía que lo siguiente que Kit dijera caería como el apoyo a la prohibición de cócteles en un bar.

Mary percibió la mirada distante de Kit. Cada vez más atenta a su estado de ánimo, reconoció su inquietud. Se quedó pensativa unos instantes y se preguntó si había sido provocada por el comentario de Agatha. De ser así, sería decepcionante.

—Vamos —dijo Mary—. ¿En qué estás pensando? Kit miró a Mary, pero esta vez no sonrió.

—Tengo que ver a Spunky.

Mary no necesitaba ser clarividente para saber que eso la excluiría a ella y a Agatha. Curiosamente, no le importó. De todos modos, tenía planes para la tarde que, para variar, no le incluían a él.

Iba a volver a Claridge's para acudir a la cita con Bobby Andrews.

Capítulo 8

Miller dejó primero a Mary y Agatha en la residencia de Grosvenor Square antes de partir, siguiendo instrucciones de Kit, hacia el número 1 de Melbury Road, en West Kensington. El viaje por Londres transcurrió con rapidez, pero Miller observó cómo cada vez aparecían más coches en las carreteras. Diez minutos más tarde, el Rolls se detuvo frente a un alto chalet de ladrillo rojo que daba a Holland Park.

—No tardo mucho, Harry —dijo Kit saliendo del coche.

Pasó el control de seguridad de la puerta principal y subió las escaleras hasta el segundo piso, donde se encontraba el despacho de Spunky. Alba, la secretaria de Smith-Cumming, lo recibió en el rellano y lo condujo hasta donde estaba su amigo.

Aldric «Spunky» Stevens saludó cordialmente a Kit.

—Kit, me alegro de que hayas vuelto. Cuéntame más sobre tu caso en América. No puedes mantener a raya a un sabueso.

A pesar de sus comentarios y chistes absurdos, Spunky poseía una de las mentes más agudas del Servicio Secreto de Inteligencia Británica, el MI6. Spunky formaba parte del servicio desde mediados de la guerra, cuando resultó gravemente herido y no pudo continuar en primera línea de combate.

Kit hizo un resumen del caso con el que se había tropezado en San Francisco antes de pasar al motivo de su visita. Antes de empezar a hablar, Spunky levantó la mano.

—Creo que sé por qué estás aquí, amigo. Como siempre, estoy en ello.

—Momentos después, Spunky sacó varias carpetas delgadas de su cajón.

—Creo que ahí encontrarás la respuesta a tus preguntas.

Kit miró las dos primeras carpetas. Eran dos de los nombres de la lista que le había dado Churchill. Los hojeó brevemente y luego echó un vistazo a la carpeta inferior. En la portada había un nombre: Vizconde Lancelot Aston.

—¿Tienes un expediente de mi padre? —dijo Kit con ironía—. Difícilmente lo consideraría un subversivo o un anarquista, a menos que considere que ser un adúltero disoluto es suficiente calificación.

La profundidad del desprecio de Kit tomó a Spunky por sorpresa. Sabía que Kit y su padre distaban mucho de ser íntimos, pero aquello se acercaba peligrosamente a la animadversión.

—Tranquilo, amigo. Seguro que no es un santo, pero ¿quién de nosotros lo es? Estos archivos no son nuestros. Pertenecen al equipo de Kell en el MI5.

Kit miró sombríamente a Spunky, pero no respondió nada. La cantidad de información sobre su padre se limitaba a los hechos conocidos, en su mayoría extraídos de artículos en la prensa. Sobre su relación con Churchill, no había nada.

—¿Alguien más ha hablado con ellos? —preguntó Kit.

—No. Estábamos esperando su regreso. Queríamos mantener todo dentro de... —Spunky hizo una pausa mientras buscaba la palabra adecuada.

—Nuestro círculo —respondió Kit, enarcando las cejas.

—Eso, sabueso. «C» valora tus habilidades tanto como yo. Pensaron que lo mejor era tener a tus dos cerebros en el caso.

—No soy tan listo.

—Sí que lo eres, pero me refería a Mary.

Kit se rio. Era inútil negar que se lo había contado todo a Mary.

—Está desesperada por involucrarse.

—Sospecho que Agatha también. Por supuesto, eso incluirá tía Betty.

—No he hecho un gran trabajo manteniendo el secreto, ¿verdad?

Spunky sacudió la cabeza y fumó lánguidamente de su fino cigarro.

—Como tú dices, se mantiene dentro de nuestra clase.

—¿Hay algo más que deba saber? —Kit observó la decepcionante delgadez de los expedientes que había sobre la mesa. Estaba claro que tendría que ir a ver a cada uno de los hombres y preguntarles sobre lo que recordaban de lo ocurrido aquella noche. Con suerte, alguno de ellos, o todos, podrían añadir nuevos nombres a la lista. No había mucho que contar. Un momento después, Spunky lo confirmó.

—Me han dicho que es todo lo que tenemos. Ahora te toca a ti —dijo con su alegría habitual, que no permitía pensar en el fracaso de su amigo.

*

—¿Adónde, señor? —preguntó Miller cuando Kit subió al coche después de la reunión.

—Al río, y sigue recto hacia el agua.

Miller miró a Kit. —Señor, parece un poco deprimido. —No era muy difícil adivinar la razón principal; sin embargo, era posible que hubiera otras cosas rondándole por la cabeza—. Utilizar el revólver podría ser más rápido, señor. Así no me mojaría.

—Buen punto, Harry. Estoy siendo egoísta.

Hubo silencio en el coche durante los dos minutos siguientes. La lluvia había vuelto en forma de una llovizna persistente y molesta. Kit caviló la idea de mirar dentro de las carpetas antes de dejarlas en el asiento de al lado.

—Creo que tendremos que organizarnos para ir a Cleves. No hay forma de evitarlo.

—Muy bien, señor. Miraré los horarios de los trenes. ¿Este fin de semana?

—No, tal vez el fin de semana siguiente, a menos que podamos resolver el caso antes. Empezaré con los otros nombres de estos archivos.

—¿Debería incluir a las mujeres?

Kit soltó una sonora carcajada e incluso Miller se unió a la carcajada. Esto ayudó a levantar el ánimo en el coche. Quizá no fuera tan malo. Quizá su padre se portara mejor. Quizá Marge estuviera menos resentida. Y también Edmund.

El hermano Edmund. ¿Existía la posibilidad de que hubiera crecido un poco? ¿Madurado? Kit sintió una punzada de culpa al pensar en su hermanastro. Había enviado algunas cartas a principios de año. No obtuvo respuesta, así que se dio por vencido. Sabía que no era suficiente. ¿Qué clase de hermano era?

¿Qué clase de hijo?

Cuanto más tiempo dejas el contacto con las personas a las que una vez fuiste más cercano, más difícil es reanudarlo. Es como una herida que se deja sin vendar, o un corazón hambriento de amor. La corrupción se instala y el tejido muere. No era solo el cáncer lo que había matado a su madre.

Tan obvio, ¿no? Sin embargo, estaba sentado, con la conciencia nublada y la duda invadiendo su mente. Probablemente había otra historia. Estaba en los ojos de su padre, de Marge y de la tía Agatha. Se contaba a través de los silencios y las miradas que se dirigían. ¿Y quién era él para condenar? Si no era un hijo desleal, al menos era una excusa poco cariñosa e inadecuada para

serlo. Nunca había perdonado a su padre por traicionar a su madre. Tampoco había perdonado a Marge, siempre actriz de teatro, por su papel en la tragedia. Había interpretado su papel de amante mientras su madre agonizaba.

El resultado de esta traición, Edmund, difícilmente podía ser culpado de su existencia. Sin embargo, Kit sabía que había intentado perdonar a su padre y a Marge. Había intentado ser un hermano mayor. Durante mucho tiempo, fue el héroe de Edmund. De algún modo, en algún lugar o alguien había envenenado su relación. No era difícil adivinar quién.

Pensó en Marge.

Mientras conducían por la calle, Kit vio a un repartidor de periódicos que vendía una edición del periódico de primera hora de la tarde. El titular de la valla publicitaria de la acera rezaba: «Otro Asesinato Oculto».

—Harry, ¿puedes parar un momento y comprarme el periódico? Mira el titular.

—Dios santo —respondió Miller, lo que implicaba que no lo había mirado. Miller bajó del coche y recompensó generosamente al joven por sus esfuerzos de venta.

Un par de minutos más tarde estaban de nuevo en camino. Fue un corto trayecto hasta Belgrave Square. Kit leyó los puntos clave del artículo.

—La policía está desconcertada. Espero que no sea el pobre Jellicoe. Es el segundo asesinato. Es enigmático que ha trascurrido tanto tiempo entre uno y otro.

—El primero fue justo antes de que se fuera a América, señor, ¿no? Las cosas se calmaron en el caso. No estoy seguro de lo que le pasó a la médium. Parece que desapareció.

—La primera fue en Yorkshire. Un hombre de mediana edad. Esta es una mujer joven. No han dado más detalles.

—¿Era el mismo médium? —preguntó Miller.

—Sí —dijo Kit, hojeando el periódico.

—¿Eva Kerr?

—Sí, ese era el nombre.

Kit siguió leyendo los artículos, pues había más de uno. Como de costumbre, la policía era objeto de críticas. Kit supuso que era por su negativa a alimentar el insaciable apetito de la prensa. Al llegar al final del artículo, hizo algo que nunca había hecho antes, dado el truculento contexto de su discusión. Se echó a reír.

—¿Pasa algo, señor? —preguntó Miller, tan sorprendido como curioso.

—Nunca adivinarás a quién ha enviado Scotland Yard para investigar.

*

Llegaron a su destino unos minutos más tarde. Kit salió del coche y subió las escaleras hacia su edificio. No vio el coche grande aparcado al otro lado de la calle. Dentro había dos hombres. Vieron a Kit abrir la puerta y entrar.

—¿Es él?

—Es él.

—¿Y su hombre?

Vieron a Miller desaparecer a lo lejos en el Rolls. El hombre del asiento del copiloto miró al otro.

—Yo no me preocuparía por él. Vamos.

Los dos hombres salieron del coche y se dirigieron hacia la fachada del bloque de apartamentos.

*

Kit se detuvo ante el apartamento de la condesa Laskov. Probó abrir la puerta. Estaba cerrada.

Fue una decepción, pero supuso que Jellicoe tendría cosas más importantes que hacer si las noticias sobre el último asesinato resultaban ser tan importantes como Kit pensaba.

Subió las escaleras con cautela y entró en su apartamento. Sam vino corriendo a recibirle. Cogió al pequeño terrier para abrazarlo. Simpkins levantó la vista de la silla de Kit, pero no parecía dispuesto a abandonar su sitio ni a saludarle.

—Hola, Simpkins —dijo Kit—. Espero que estés cómodo. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Una cena que incluya pescado tal vez? ¿Un poco de vino?

Simpkins pareció comprender que se burlaban de él y no dignificó el sarcasmo con una respuesta. Kit se sentó cerca de él y empezó a acariciar al gato detrás de la oreja. Esto ya era otra cosa. Simpkins empezó a ronronear. Mientras tanto, Sam se acomodó en el regazo de Kit, inmovilizándolo en el asiento.

Mientras estaba así entretenido, Kit oyó que llamaban a la puerta. Esperó un momento antes de darse cuenta de que Miller había ido a aparcar el coche. Después de dejar con cuidado a Sam en el asiento de al lado, se levantó y se dirigió a la puerta. Los golpes eran insistentes, pero no agresivos.

Kit abrió la puerta y vio ante él a dos hombres con abrigo. Ninguno de los dos parecía un antiguo alumno de la escuela pública ni un miembro del clero. Uno de ellos tenía la nariz rota demasiadas veces.

Sin embargo, le resultaban familiares. Y no agresivos.

—Su señoría, lamento molestarle de esta manera, pero nos gustaría que viniera con nosotros. Kit miró el bolsillo del hombre. Tenía la mano metida y parecía apuntarle con una pistola.

Kit miró de nuevo al hombre y entonces lo reconoció.

—Dios mío, ¿no es...?

*

Harry Miller volvía del aparcamiento, a la vuelta de la esquina del apartamento. No era la primera vez que se maravillaba de la suerte que le había traído hasta aquí. Una vida temprana como ladrón, una vida que estuvo a punto de terminar más de una vez en los campos de Francia y ahora, viviendo con la nobleza en el centro de Londres. Era el tipo más afortunado del mundo. Justo cuando pensaba esto, sintió la primera gota de lluvia. Pero no le importó.

A cincuenta metros de la puerta principal, vio salir a varios hombres del bloque de apartamentos. Sus sentidos se agudizaron y la escena le pareció extraña. Segundos después reconoció a Kit subiendo a la parte trasera de un coche. Estaba a punto de gritar cuando se dio cuenta de que los hombres podían estar armados. En lugar de eso, echó a correr. Justo cuando lo hacía, vio que se acercaba un taxi. Lo llamó.

El coche de Kit se detuvo justo delante del taxi. Miller vio a Kit mirándole por la ventanilla. No parecía especialmente preocupado, pero recordó que su amo era un tipo tranquilo en esas situaciones.

El taxi se detuvo y Miller subió a la parte de atrás, un poco sin aliento. Estaba a punto de hablar cuando el taxista levantó la mano.

—Déjeme adivinar. ¿Sigo a ese coche?

Capítulo 9

—Vamos a almorzar, tía Agatha —dijo Mary, tomando a Esther del brazo y conduciéndola al vestíbulo de la casa de Grosvenor Square.

—¿Vamos? —preguntó Esther, algo sorprendida por la noticia.

—Sí, ¿no lo recuerdas, Essie? —dijo Mary, abriendo los ojos lo suficiente para que Esther supiera cómo debía reaccionar.

—Sí, lo había olvidado.

Agatha no estaba prestando mucha atención a lo que sucedía. De hecho, tenía sus propios planes que podían o no involucrar a las hermanas. Las despidió distraídamente mientras iban hacia el perchero. Salieron de la casa antes de que Agatha se diera cuenta de que se habían ido. Se quedó un momento mirando la puerta, desconcertada. Luego se encogió de hombros y se dirigió al teléfono.

—Betty Simpson, Fitzrovia 6263, gracias. Esperaré.

—Al cabo de unos instantes se oyó una voz.

—Betty, soy yo. Tenemos un nuevo caso. Vale, te veré en unos minutos.

Colgó el teléfono y fue al salón a llamar a Fish. Natalie apareció unos instantes después.

—¿Sí, señora?

—Ah, Natalie, ¿podrías traer té? Lady Simpson viene de visita.

—Muy bien, señora.

*

—¿Por qué tanto secreto?

—Voy a encontrarme con Bobby Andrews —anunció Mary mientras se apresuraban por la calle.

Esther se detuvo. Esto obligó a Mary, que la sujetaba del brazo, a detenerse.

—¿Te has vuelto loca, Mary? —Estaba realmente sorprendida. Mary era, y siempre había sido, una rebelde, pero esto parecía llevar las cosas al límite.

—No seas tonta —respondió Mary—. De todos modos, no solo quiero ver a Bobby. Te necesito como protección.

—¿Protección? —respondió Esther, desconcertada.

—Por supuesto, Essie. No me gustaría encontrarme con Bobby sola.

—No estoy segura de que te convenga reunirse con él y punto, Mary. Mary soltó una carcajada y abrazó a su hermana.

—Vamos, llegaremos tarde, te lo explicaré por el camino.

*

Las hermanas llegaron a Claridge's unos diez minutos más tarde. Nada parecía haber cambiado respecto al día anterior. El ruido rozaba lo intolerable. El agobiado personal del hotel echó un vistazo al reloj antes de darse cuenta de que tenían que pasar varias horas más en compañía de los ricos ociosos que gastaban sus ingresos no ganados en su incesante carrera por emborracharse espectacularmente.

—¿No es maravilloso? —dijo Mary, esquivando por los pelos a un joven que había caído a sus pies.

La cara de Esther sugería que no le parecía tan maravilloso como a Mary. Pero conocía bien a su hermana y sonrió.

—Deberías ser antropóloga.

Mary sonrió y miró a un joven divertidamente tonto que estaba de pie sobre una mesa. Estaba demostrando la forma correcta de bailar la rumba. La falta de música o, de hecho, de sentido del tiempo, no inhibía en absoluto su exhibición. Cada movimiento de sus caderas era recibido con una leve histeria.

De los hombres. Los miembros más educados de la especie respondían con risitas avergonzadas. Era discutible de qué carecía más el joven, si de inteligencia o de ritmo.

—Podría escribir un artículo sobre las personas crónicamente estúpidas. Seguro que lo publicarían en alguna revista científica.

Esther miró a su alrededor y vio a alguien que se dirigía hacia ellas.

—Prepárate, Mary.

Bobby Andrews llegó con una sonrisa peligrosamente seductora y un atisbo de triunfo brillando en sus ojos. Mary notó la mirada y miró a Esther. Su hermana consiguió permanecer impasible.

—Me alegro de que hayas decidido volver. ¿Has quedado con alguien? —preguntó Andrews.

Mary lo miró fijamente a los ojos y respondió: —Contigo. —Con el rabillo del ojo vio que Esther se daba la vuelta.

—Quizá deberíamos ir a un sitio menos concurrido.

—Excelente idea.

Salieron del bar, entraron en el vestíbulo del hotel y encontraron asientos libres cerca de la puerta. Las ventajas de estar lejos del ruido y de la depravación moderada se vieron ligeramente cuestionadas por la corriente de aire que entraba por la puerta. Pidieron té. Esto les proporcionó la doble ventaja de darles una razón para estar allí y de calentarse las manos.

Andrews miró inseguro a Esther y le preguntó cómo iban los planes de boda. Esther habló bastante del tema. Disfrutó cada segundo del evidente aburrimiento del joven. A medida que Esther se explayaba en detalles superfluos, la sonrisa de Mary aumentaba. Finalmente, Esther sacó al joven de su miseria con un abrupto final a su resumen novelesco.

—Bueno, les deseo lo mejor a usted y al doctor Bright.

Curiosamente omitió preguntarle a Mary sobre sus planes de boda, aunque obviamente los conocía. La presencia de Esther estaba teniendo el efecto deseado. Reducido a mantener una conversación cortés, su encanto disminuía al mismo ritmo que aumentaba su hastío. No ayudaba el hecho de que Mary pareciera más interesada en una procesión de mujeres que entraban en el hotel y se abrían paso junto a ellos.

Andrews finalmente se dio cuenta de la fuente del interés de Mary y se volvió para mirar a la procesión.

—¿Qué pasa?

—Hay un discurso en la sala de conferencias —contestó Mary.

—¿En serio? ¿Hay alguien de interés?

—Millicent Fawcett.

Andrews tardó unos instantes en acordarse del nombre; entonces recordó que tenía algo que ver con las sufragistas. Esto le planteó un dilema. Aunque no tenía nada en contra del movimiento sufragista, no se le podía considerar un partidario, y mucho menos un experto en sus objetivos.

—Dios mío, no te tenía por sufragista, Mary.

—¿Por qué no, Bobby? ¿Me quieres acompañar?

Sería justo decir que nada en la cara de Bobby Andrews, a estas alturas, sugería que tuviera el menor interés en escuchar a una anciana hablar largo y tendido sobre por qué se debería permitir

votar a las mujeres. Vio sonreír a Mary. Luego se inclinó hacia delante, mirándole directamente a los ojos, con la mano en su rodilla.

—Tal vez puedas llevarme a bailar después.

Esther estuvo a punto de atragantarse con el té cuando oyó a su hermana hacer algo más que un indecente intento de seducción. Mary estaba jugando un juego peligroso. Bastante eficiente, para ser justos.

Se levantaron de la mesa y empezaron a seguir a la multitud de mujeres hacia la parte trasera del hotel.

Mientras lo hacían, una voz familiar los llamó.

—Anda, Bobby. Hola Esther. Mary.

Era Xander Lewis. Bobby Andrews se volvió y sonrió con desgana a su compañero de colegio. Mientras tanto, las chicas recibían amistosos piquitos en la mejilla por parte del siempre entusiasta, es decir, ebrio señorito.

—¿Adónde vais todos?

—A acompañar a las damas a la sala de conferencias para escuchar a Millicent Fawcett.

—Lewis se quedó callado un momento y luego sonrió.

—Me suena el nombre. No consigo recordar de qué.

—Una sufragista —respondió Bobby Andrews.

Lewis dirigió una arcada mirada a su amigo y dijo: —Bueno, si a vosotras no os importa que os acompañe otro caballero, me encantaría escuchar lo que la señorita Foster tiene que decir.

Andrews miró a Mary. Afortunadamente ella estaba sonriendo. Puso los ojos en blanco para indicar que no era un bufón como su amigo. Los ojos de Mary se entrecerraron ligeramente de una manera que casi hizo que el joven olvidara sus recién adoptadas convicciones y retrocediera a una resolución más primitiva de su ardor.

*

El grupo encontró asientos cerca de la parte delantera. Se había montado un escenario bajo con dos mesas y cuatro sillas dispuestas sobre él. A la derecha de las mesas había un estrado. Detrás del estrado había una pancarta. Decía: «Votos para las Mujeres».

Mary la miró y sintió una oleada de rabia. Todavía no se había ganado la batalla por el derecho al voto. Solo podían votar las mujeres casadas mayores de 30 años. ¿Cómo podía una sociedad justa permitir esto?

¿Cómo podía ser justo que la mitad de la población, hasta hace pocos años, no tenía voz ni voto en la gestión del país? Sacudió la cabeza ante tanta desigualdad. Miró a Bobby Andrews. Él se volvió hacia ella y sonrió esperanzado. Su mente estaba en otras cosas: principalmente, en cómo convertir esta inesperada oportunidad en una velada memorable.

La sala tardó unos minutos en llenarse. Mary miró a su alrededor con evidente curiosidad. Entre el público había unas cincuenta mujeres y un puñado de hombres de todas las edades. El parloteo se acalló casi de inmediato cuando unas cuantas mujeres entraron en el escenario desde una puerta situada justo detrás.

Mary soltó un grito ahogado cuando una de ellas subió al escenario. Esther se volvió hacia Mary y le hizo una pregunta con el ceño fruncido. Pero Mary no pudo responder. Sus ojos estaban fijos en una mujer que la miraba con poca alegría.

—¿Quién es?

—¿Recuerdas cuando estuviste en Brighton con Richard?

—Sí, estabas en el caso «Fantasma».

—Sí. La mujer para la que hacía de criada está en el escenario, la segunda por la derecha. No nos separamos en buenos términos.

Esther hizo una mueca y luego sonrió.

Los ojos de la señora Isabelle Rosling volvieron a mirar a Mary y a su grupo justo cuando una mujer joven presentaba, largamente, a la oradora principal. Finalmente, Millicent Fawcett se levantó y se dirigió al atril. Un fuerte aplauso llenó la sala.

La presencia de esta gran defensora de los derechos de la mujer produjo una sensación de calidez y admiración. Hacía poco que había anunciado su retirada de la primera línea de batalla, pero no había abandonado la lucha. Junto a las chicas, Bobby Andrew y Xander Lewis aplaudían y vitoreaban. «Un poco escandaloso», pensó Mary.

Millicent Fawcett estaba de pie detrás del atril con la cabeza apenas visible por encima. En las finas líneas de su inteligente rostro se reflejaba toda una vida dedicada a luchar por el derecho al voto de las mujeres. El ruido de los aplausos tardó unos instantes en desaparecer. Entonces se adelantó y empezó a hablar, sin notas, a su público.

Y ellos eran su público. Escuchando, embelesados ante su heroína. Todos, salvo los dos acompañantes masculinos de las hermanas Cavendish, estaban ahí por una sola razón: la oportunidad de ver a esta figura legendaria y, en última instancia, de contribuir a la lucha en curso por el sufragio universal. Fue un privilegio estar en su compañía. Y las mujeres y los hombres del público fueron unos privilegiados.

—Estamos en vísperas de que se haga realidad nuestra esperanza. El objetivo por el que muchas de nosotras hemos luchado durante casi medio siglo está a la vista. Hago un llamamiento a todas y cada una de mis compañeras sufragistas para que no se confíen, sino que actúen como si el éxito de nuestra causa dependiera solo de ellas mismas.

Mary permaneció sentada durante el discurso, absorta. Incluso Esther, para quien la causa había sido una idea más abstracta, se dejó llevar por las palabras de una mujer que había dedicado su vida a dar voz a las mujeres. Bobby Andrews, por su parte, aprovechó el tiempo para reflexionar sobre los siguientes pasos en la conquista de Mary Cavendish.

Cuando terminó el discurso, unos veinte minutos más tarde, el público se levantó al unísono para aclamar a la oradora. Ninguno fue más entusiasta en su reacción, ni menos propenso a haber escuchado una sola palabra, que los dos hombres sentados a ambos lados de las hermanas. Los dos hombres tuvieron que soportar varios discursos más después de Millicent Fawcett. Los demás oradores fueron, afortunadamente, más apasionados que largos. La reunión terminó al cabo de una hora.

—¿Vas a quedarte para intentar conocer a la señora Fawcett? —preguntó Bobby Andrews, deseoso de dar la impresión de que ahora era un apasionado defensor del sufragio femenino. Mary sonrió a su pretendiente y observó, una vez más, que sus ojos oscuros tenían un destello genuino. Sin embargo, por muy oscuros y elegantes que fueran sus ojos, la intención que se escondía tras ellos era totalmente transparente. Mary no podía decidir si era intencionado o no.

—Qué va. Vayamos a algún sitio donde podamos bailar —espetó Xander Lewis.

La visión de la señora Rosling, que aparentemente se dirigía hacia ellos, hizo que la idea de ir a un club nocturno resultara más atractiva de lo que habría sido en otras circunstancias.

—Sí, vamos —respondió Mary, cogiendo a Bobby Andrews del brazo y despertando en el joven algo más que esperanzas.

—¿Adónde vas Bobby? —preguntó Lewis.

—¿A Dalton's? —sugirió Andrews.

—Perfecto —dijo Lewis.

Mary miró a Esther y sonrió. Era evidente que su hermana estaba atrapada entre el deseo de poner fin a esta aventura y una genuina curiosidad por ver el infame club nocturno de Leicester Square, donde los jóvenes se mezclaban con el mundo del espectáculo y el crimen. Era un cóctel letal. Y depravado, si los rumores eran ciertos.

—Maravilloso —dijo Esther, abriendo los ojos en dirección a Mary. Siguió la indicación de Mary, se cogió del brazo de Xander Lewis y se dirigieron a la salida, negando así a la señora Rosling la oportunidad de alcanzar a su antigua doncella. Mary echó un vistazo en dirección al escenario. Vio que la señora Rosling los miraba con menos enfado que genuina curiosidad. Al salir, los cuatro hicieron una donación considerable a la causa que había ocupado su atención durante la hora anterior.

Fuera, empezaba a oscurecer. La noche se acercaba. Hacía frío.

—Dime, ¿cómo está el Conde de Gresham? —preguntó Mary.

—¿Mi padre? —respondió el honorable Robert Andrews—. Es el típico anciano. Fuerte.

—¿He visto una foto suya recientemente con nuestro estimado secretario de Defensa? —continuó Mary.

—No debería sorprenderme. Fueron amigos de niños. Como uña y carne.

—¿En serio? —dijo Mary, apretando la cara contra el brazo del galán que la escoltaba—, cuénteme más. El señor Churchill me parece un hombre muy interesante.

Capítulo 10

El dependiente miró a la mujer que tenía delante. Sin duda, era una de las mujeres más altas que había visto nunca. También una de las más formidables. El pelo oscuro asomaba por debajo del sombrero. Su rostro era ancho, con pómulos altos y mandíbula fuerte. Era difícil conciliar a esa mujer con el vestido tan fino que llevaba. La sonrisa era amable, aunque un poco diabólica. Parecía en desacuerdo con los duros ojos grises y, si el joven Ernest Dalrymple no lo sabía, con el hecho de que parecía mascar chicle.

La acompañaba otra mujer que, en comparación, era liliputiense. Las dos damas examinaban el collar de perlas que tenían delante. Estaba claro que discrepaban educadamente sobre sus méritos. Esto era frustrante para el joven Ernest Dalrymple. Estaba desesperado por hacer su primera venta. Lamentablemente, el señor Potter no estaría para verlo. Acababa de salir a comer cuando llegaron las damas. Ernest Dalrymple se quedó con instrucciones estrictas de no mostrar ninguna gema a los clientes. No se podía ser demasiado cuidadoso, dijo. Pero el entusiasmo de Ernest era mayor que su inteligencia.

La discusión entre las dos damas se prolongó interminablemente. Abarcó temas tangenciales como los vestidos, el color del pelo y, en un momento especialmente surrealista, los caniches. Ernest se encogió de hombros ante tales divagaciones como una característica inmutable del bello sexo. Afortunadamente, no había llegado ningún otro cliente. En un momento dado, conscientes de que Ernest era una especie de espectador en el debate, las señoras le pidieron su opinión sobre la idoneidad del collar para la mujer más corpulenta.

Los sinceros elogios de Ernest sobre el collar y su capacidad para complementar la complexión de la mujer en cuestión no lograron imponerse. Esto se hizo evidente cuando la mujer más pequeña sugirió que probaran con un broche en su lugar y, «oh, esos dos colgantes de ahí».

Ernest estaba convencido de que se trataba de una gran venta. Esas dos mujeres bien habladas iban a comprar algo. Solo era cuestión de qué. Sin embargo, la diferencia de opiniones se estaba volviendo bastante acalorada. Al principio, el joven Ernest trató de disimular una sonrisa cuando la mujer más pequeña hizo un comentario insultante sobre el novio de la otra. Este tema le pareció a Ernest un terreno poco prometedor para la venta de joyas. La discusión había llegado ya al tema de la diferencia de estatura entre la joven y su prometido. Ernest intentó que las damas volvieran a la venta.

Pero ya era demasiado tarde. La mayor de las dos mujeres se echó a llorar. Salió furiosa de la tienda.

La más pequeña miró a Ernest, se encogió de hombros y se disculpó.

—Volvemos enseguida —prometió, y siguió rápidamente a su amiga. Al bajar las escaleras, quitó un cartel de «cerrado para comer», lo dobló y lo tiró. Fuera la esperaba otra mujer.

—Rápido —dijo la mujer—. Veo venir a Potter.

La otra mujer entró corriendo en la tienda. Dentro, Ernest estaba hecho un manojo de nervios. Juraría que había sacado un broche para que las mujeres lo miraran. Por su vida, y era una situación de vida o muerte en su primer día, no podía verlo. Justo cuando empezó a entrar en pánico, se abrió la puerta. Entró una señora de edad indeterminada. Sonrió y pidió ver al propietario.

Ernest se vio atrapado entre la búsqueda del broche desaparecido y el trato con la señora. En un

momento, y con una comprensión del arte de la venta al por menor que le sería muy útil durante décadas, decidió que el cliente era lo primero.

—Acaba de salir a comer. ¿Puedo ayudarle?

La señora vio varios colgantes y el collar de perlas que Ernest estaba guardando. Señalando los objetos, la señora preguntó: —¿Puedo verlos, por favor?

—Por supuesto.

Movió los objetos sobre el mostrador mirándolos y comentándolos. Por desgracia, lo que Ernest no vio fue una mano deslizándose bajo el mostrador en busca del broche que su amiga había pegado allí con chicle minutos antes. Una vez localizado, hizo una mueca a Ernest y le dijo: —No, no es exactamente lo que buscaba.

Ernest puso mala cara, pero se sintió aliviado cuando ella se despidió. Ahora estaba desesperado por encontrar el broche antes de que volviera el señor Potter. Por desgracia para Ernest, el broche de perlas salía de la tienda escondido en la manopla de la mujer.

El señor Potter, tras una comida apresurada en un café cercano, se cruzó con la mujer en la escalera.

Llevaba fuera menos de treinta minutos. ¿Qué daño podría haber sufrido en tan poco tiempo?

La mujer, mientras tanto, dobló la esquina y saltó a un gran coche de ocho cilindros que arrancó a toda velocidad justo cuando se cerró la puerta del copiloto. La mujer sacó las manos de la manopla y mostró el broche. Las tres señoras sonrieron y se sentaron a disfrutar del viaje.

El viaje por Londres hacia Elephant and Castle transcurrió rápidamente. Se respiraba un aire de celebración, cortesía del orgullo compartido por una tarde de trabajo productivo.

Cuando se acercaban a su destino, un pub llamado Duke of Wellington, las tres señoras vieron que un taxi se detenía de repente en la entrada. Un hombre salió a toda prisa e irrumpió en la calle. Corrió hacia la entrada del bar.

La mayor de las tres miró a sus dos compañeras.

—Esto parece interesante.

*

—¿Qué está pasando? —preguntó el taxista a Miller.

—No tengo ni idea, amigo —respondió Miller con sinceridad—. He visto a mi jefe metido en el coche. No me ha gustado nada. ¿Alguna idea de adónde nos dirigimos?

—Supongo que al sur del río.

Condujeron en silencio durante unos minutos antes de cruzar el río por el puente de Waterloo. El coche en el que viajaba Kit se detuvo en Waterloo Street, frente a un pub. Le dio el dinero al taxista y saltó del coche, corriendo hacia la entrada que habían utilizado Kit y los tres hombres.

Una vez cruzadas las puertas del pub, Miller entró en el salón. No había mucha gente y no había rastro de Kit. Se volvió y subió las escaleras. En el segundo piso había un bar más pequeño, pero estaba vacío. Miller divisó un pasillo al fondo del bar. Se dirigió hacia él. Al hacerlo, un hombre salió de detrás de la barra. Era un hombre de estatura mediana y complexión corpulenta. Su nariz había visto tiempos mejores. Las orejas también.

—Los servicios están abajo, señor.

A Miller le sorprendió el uso de la palabra «señor» y entonces recordó que llevaba traje. Un traje caro. El hombre le miraba con cierta incertidumbre. Parecía que intentaba decidir si echarlo o llevarlo a la parte de atrás.

Miller le dio una tercera opción.

—He venido a ver a su jefe —dijo Miller con un acento que no habría desentonado en el club de

Kit—. Hay algunas anomalías en sus cuentas.

Probablemente fue la palabra «anomalías» la que ganó la partida. Dan «Haymaker» Harris, un exboxeador de peso medio cuyo ranking nunca había alcanzado las vertiginosas alturas de los diez primeros, no era el más inteligente de los hombres. Le impresionaba la elocuencia. El hombre que tenía delante parecía pulido y un poco ricachón. Haymaker no se hacía ilusiones sobre su posición en la vida. Su trabajo no consistía en pensar, sino en obedecer. Esto era especialmente pertinente si la instrucción era del tipo: «Dan, ve a hacer daño a esa persona». Tendía a ser deferente con sus muchos superiores.

—Venga conmigo —dijo Haymaker. Como eso era lo que Miller quería, siguió al expúgil hasta un despacho al final del pasillo. Golpearon suavemente la puerta y Haymaker entró seguido de Miller.

Kit estaba sentado frente a un hombre pequeño y bien vestido que parecía haber estado también en el ring. De pie, a un lado, había otro hombre que era claramente el hermano del hombre sentado.

El hombre de detrás de la mesa dirigió una salva de palabras a los recién llegados. La mayoría profanas. Entre ellas había una pregunta sobre quién era el recién llegado y qué hacía allí. Pero había que prestar mucha atención para escucharla entre las palabrotas.

Kit levantó la mano, lo que acalló de inmediato el lenguaje insultante y, al mismo tiempo, tranquilizó a Miller al asegurarle que la vida de su amo no corría peligro inminente.

—Este es Harry Miller —explicó—. Es mi criado.

Las dos últimas palabras las repitió Wag a su hermano de forma un tanto exagerada. Miró detenidamente a Miller.

—Me resultas familiar. ¿Te conozco?

—No lo creo —respondió Miller—. Mi padre se llama Daniel Miller. Mi hermano también se llamaba Daniel.

Charles «Wag» McDonald registró tanto el nombre como el uso del tiempo pasado. No tuvo que preguntar por qué. Había dejado su papel de jefe de una banda en 1914 para alistarse en el ejército. Señaló a Miller con la cabeza, reconociendo el corte de su voz al pronunciar el nombre de su hermano.

—Eres el hijo de Daniel Miller. Parece que no has seguido la tradición familiar.

—De hecho —intervino Kit—, Harry sí siguió la tradición familiar. Conseguí convencerle de que considerara un camino alternativo.

—¿En serio? —dijo Wag, mirando de amo a criado y viceversa.

—Me salvó la vida.

Wag estudió al pequeño londinense que tenía delante. Había que tener valor para entrar en la casa del líder de la banda más temida del sur de Londres.

—Parece que intentaba hacerlo de nuevo. Kit sonrió y miró a Miller. —Sí, es una mala costumbre. Algún día podría resultar herido. Harry, este es el señor Charles McDonald, aunque estoy seguro de que lo has adivinado. El caballero que está de pie es el señor Wal McDonald. Y el amable caballero que te ha dejado entrar es Haymaker Harris, a quien tuve la gran suerte de ver pelear hace diez o doce años.

—¿Cómo le fue? —preguntó Wag McDonald, realmente curioso.

—Lamentablemente, no fue su noche —respondió Kit ante las carcajadas de los hermanos McDonald y la gran incomodidad del pobre Haymaker.

Mientras Kit decía esto, se abrió la puerta. Dos mujeres entraron en el despacho. La más alta

miró a Miller y luego a Kit. Wag McDonald sonrió y se recostó en su silla.

—No podías haber llegado en mejor momento, mi amor. Caballeros, les presento a Alice Diamond. Ella es... —Se detuvo un momento y miró a la señorita Diamond. Ella enarcó las cejas y sonrió—. Una asociada —continuó McDonald—. Una asociada del tipo de las que visitan joyerías y sitios semejantes. Alice, ¿quieres decirle a lord Aston y a su hombre por qué le hemos traído aquí? — Mientras decía esto, sacó una fotografía del cajón de su escritorio. Se la entregó a Alice Diamond.

Por un momento pareció sobrecogida. Miró detenidamente la fotografía y luego se la entregó a Kit.

La imagen impresionó a Kit. Mostraba a una mujer joven. Desnuda y muerta. La herida de la garganta era evidente. También lo eran las marcas de su estómago. Kit tardó un momento en darse cuenta de lo que estaba viendo.

—Dios santo —dijo antes de fijar la mirada en Alice Diamond.

—¿Quién es?

—Enid Blake —respondió la señorita Diamond. Su voz era grave y hablaba despacio. Kit permaneció en silencio, así que ella continuó—. Enid formaba parte de nuestro grupo. Algunas de nosotras trabajamos en tiendas, otras en casas y luego, bueno, ya sabe.

Kit asintió y miró, de mala gana, a la mujer muerta.

—¿Cuándo ocurrió?

—Encontraron su cuerpo anoche.

La siguiente pregunta estaba en los labios de Kit, pero se detuvo justo a tiempo. Miró el sombrío rostro de Wag McDonald. El jefe de la banda pareció leerle la mente.

—Tenemos nuestras fuentes.

—Creo que las conozco —replicó Kit, pensando en el sargento Beloved.

McDonald asintió, pero no ofreció más información sobre su fuente. Miró a Kit detenidamente. Pudo ver que los ojos de Kit estaban fijos en la fotografía.

—¿Qué ves, lord Aston?

Kit devolvió la mirada a McDonald. A diferencia de la fotografía que Churchill le había mostrado, la forma tallada en el estómago de la joven era demasiado clara. Por alguna razón, Kit sintió que McDonald sabía a qué se enfrentaban. El asesinato tenía poco o nada que ver con las frecuentes guerras intestinas entre las bandas. Se trataba de algo totalmente nuevo y aún más inquietante por serlo.

—¿Reconoces este símbolo? —preguntó Kit. McDonald asintió y respondió: —¿Y lo reconoces tu?

—Sí, es un pentáculo. Invertido. Si esto significa lo que creo que significa, entonces estás tratando con una secta. Un culto dedicado a Satanás.

—¿Puedes ayudarnos a encontrar a quien hizo esto? —preguntó Wag.

Kit sospechaba que algo así pasaría, pero una pregunta seguía sin respuesta, aunque intuía la respuesta.

—¿Por qué yo?

McDonald miró a Alice Diamond y esbozó una sonrisa macabra. La respuesta se la dio la mujer alta y convincente de ojos grises inexpresivos que estaba junto a la mesa de McDonald.

—Porque fueron ustedes quienes lo hicieron.

Capítulo 11

—Realmente espacioso —dijo Kit, sentado entre Wag McDonald y Alice Diamond. Iban en un coche en dirección a Stepney. En la parte delantera iban el conductor, Haymaker Harris, Miller y la diminuta compañera de Alice Diamond, que había sido presentada como Maggie Hill. Esta última se pasó la mayor parte del trayecto mirando fijamente a Miller. Había algo maniaco en sus ojos que sugería o bien una disposición psicótica o bien que se había enamorado.

Por desgracia para Miller, ambas cosas eran ciertas.

—¿A quién vamos a ver? —preguntó Kit cuando le informaron de su destino: una iglesia en la zona este de Londres.

McDonald se permitió una sonrisa y contestó: —Como estamos tratando con Lucifer, pensé que tenía sentido visitar a un sacerdote.

No añadió nada más a esta observación bastante enigmática, aunque lógica. El resto del viaje transcurrió en un silencio bastante extraño. Especialmente extraño, de hecho, desde donde estaba sentado Miller.

El trayecto hasta el East End llevó a Kit a través de algunas de las zonas más deprimidas que había visto en mucho tiempo, por lo menos desde un viaje a la India el año anterior. Captó la mirada divertida de Wag McDonald.

—Un poco diferente, ¿verdad?

Kit asintió. Lo era. Parecía que la civilización había terminado hacía unos minutos. Se detuvieron frente a una iglesia en medio del infierno. Una multitud de niños se reunió rápidamente alrededor del coche. Todos estaban sucios. No iban vestidos con harapos, pero muchos no llevaban zapatos. «Una tierra digna de héroes», pensó Kit con amargura.

Haymaker bajó del coche y estaba a punto de darles un par de tirones en la oreja cuando Wag McDonald le advirtió: —Déjalo.

—¿Quién de vosotros es el mayor?

El chico más alto se adelantó. No parecía tener más de diez u once años. En su rostro cetrino destacaba una nariz grande. Parecía desnutrido, pero no había duda del ardiente orgullo de sus ojos.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó McDonald.

—William, señor. William Hill.

—¿Puedo llamarte Billy?

—La mayoría lo hace.

—Bien, Billy. Uno de los hombres de allí te va a dar algo de dinero. Asegúrate de que el coche esté limpio cuando volvamos.

Billy Hill se volvió hacia Kit y Miller. Kit sonrió ante el descaró de McDonald y su astucia. Mientras tanto, Miller se adelantó y entregó al muchacho varias monedas. Con un movimiento de cabeza del muchacho, varios de los niños corrieron a buscar cubos de agua.

—Gracias, Billy —dijo Kit. McDonald se contentó con mover el pelo del niño. Los dos hombres caminaron juntos hacia el vestíbulo.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que el joven Billy sea rival tuyo?

McDonald sonrió a Kit y contestó: —Será su única salida para salir de estas calles, señoría. Incluso podría reclutarlo yo mismo. El chico es un líder nato.

Miller, mientras tanto, se encontró acompañado por las dos mujeres. Alice Diamond entabló conversación con Miller, como haría un padre con un joven que viene a pasear con su hija.

—Así que eras un ladrón. ¿Cómo le conociste?

Miller dio una versión muy resumida de su encuentro que reducía significativamente el extraordinario heroísmo que había demostrado al rescatar a Kit de la tierra de nadie durante la guerra.

—¿Dónde vives?

Miller miró a la ladrona amazónica.

—¿Te apetece hacernos una visita, cariño?

Sonrió. Siempre funcionaba. Era descarada. Como siempre, la reacción de Alice Diamond le dijo que había dado en el blanco.

—Anda ya —se rio la enorme mujer—. Solo es curiosidad.

Miller sonrió y les contó algo más sobre su vida en Belgravia, aunque no mencionó la dirección. Siguieron a Kit y McDonald hasta la sala de la iglesia. Estaba abarrotada de hombres y mujeres. Todos habían intentado vestirse para la iglesia: trajes y vestidos ataviados para honrar su fe. Todos eran pobres. Cada una de las esperanzas habían sido aplastadas por la realidad de la vida y el miedo al pecado. Les estaban dando de comer en el comedor improvisado.

—Bonito lugar —dijo McDonald al ver al hombre que habían venido a ver. Era pequeño, de complexión fuerte y sacerdote. Su pelo gris asomaba por los lados del sombrero. Estaba sentado con un grupo de mujeres indigentes.

El hombre en cuestión se percató de la llegada de McDonald y los demás. Su rostro permaneció impassible, pero la ira en sus ojos era inconfundible. Se apartó del grupo y se acercó a los recién llegados.

—Si has venido a confesarte, McDonald, creo que el día no da para más.

—No se preocupe, padre Vaughan. Necesito su ayuda, definitivamente no la ayuda del Señor por el aspecto de este lugar.

El padre Bernard Vaughan miró a su alrededor antes de responder con ira apenas disimulada: — Todos necesitamos su ayuda.

—¿Dónde está entonces? —replicó McDonald. Levantó un poco la cabeza y agitó el brazo a su alrededor. Tanto él como Vaughan se miraron como dos boxeadores unos segundos antes de que sonara la campana. Finalmente, el sacerdote se percató de Kit y lo miró de arriba abajo. Kit vio que Vaughan tenía probablemente unos setenta años. Su nariz en forma de pico y su porte parecían casi nobles. De hecho, había nacido en el seno de una familia adinerada.

—Como el señor McDonald no parece tener prisa por presentarme, me llamo Kit Aston. Creo que conozco a su hermano.

El sacerdote escuchó a Kit. Estaba claro que venía de otro mundo que el líder de la banda. La pregunta a Kit estaba en sus ojos, pero fue McDonald quien respondió.

—Creo que las explicaciones de por qué estamos aquí y por qué lord Aston se asocia con gente como yo deberían responderse en algún lugar privado.

Ni siquiera el padre Vaughan pudo discutir esta lógica, aunque al ardiente sacerdote le hubiera encantado hacerlo.

—Sígueme. Les daré cinco minutos.

Vaughan dio media vuelta y caminó en dirección a una puerta al fondo del pasillo.

*

Haymaker Harris estaba fuera vigilando a los chicos que rodeaban su coche. En sentido estricto,

no era su coche, pero se sentía dueño de él en la medida que correspondía a un hombre orgulloso de su trabajo y muy leal a su jefe. Wag McDonald siempre había cuidado de él. Lo menos que podía hacer era devolverle el favor.

Estaba bastante seguro de que no podía confiar en la pandilla de niños para nada. Billy Hill reconoció la falta de confianza. Después de dirigir a sus «hombres» en las operaciones, se acercó a Haymaker para mantener al hombre de aspecto poderoso de su lado.

—¿Cómo se unió a esta banda, señor?

—Yendo a lo mío —respondió Haymaker. Curiosamente, era cierto. Hacia el final de su carrera, cuando perdía más de lo que ganaba, ignoraba esos momentos en los que victorias que deberían haber sido derrotas eran victorias. Guardaba silencio cuando veía a sus oponentes salir del vestuario con unos cuantos billetes más en el bolsillo que los que él había ganado en los tres combates anteriores. Extrañamente,

nunca le pidieron que se tirara al suelo. Tenía la suficiente autoconciencia de sí mismo para saber que probablemente no era necesario en su caso.

La respuesta molestó al joven maestro Hill.

—Vamos, señor. Solo preguntaba.

Haymaker sugirió que no lo hiciera, proporcionando así al joven Billy Hill una temprana lección sobre cómo gestionar la lealtad del personal. El chico asintió y se alejó para asegurarse de que su equipo hacía un buen trabajo.

*

La oficina estaba abarrotada. Alice Diamond y Maggie Hill rechazaron la oferta de Kit de ocupar los dos asientos frente al padre Vaughan. En cuanto estuvieron todos sentados, McDonald habló.

—Mira esto.

Las dos fotografías que Kit había visto antes se pusieron sobre la mesa, lo que hizo que el sacerdote aspirara ruidosamente. Sacudió la cabeza, realmente molesto por la imagen. Miró a McDonald y luego a Alice Diamond. Ella le devolvió la mirada impasible, pero permaneció en silencio. No era solo por respeto a McDonald; algo en la intensidad del anciano sacerdote la ponía nerviosa. Por el rabillo del ojo vio que McDonald la miraba. Era el momento de hablar.

—Era una de mis chicas. Enid Blake.

—¿Es el asesinato oculto sobre el que leí antes?

—Probablemente —respondió McDonald.

El sacerdote señaló el pentáculo grabado en su cuerpo. Miró a los dos hombres sentados frente a él.

—¿Saben qué es esto? ¿Qué significa?

Kit asintió y contestó: —Conocí a un hombre en Francia. Hodgson. William Hope Hodgson. Escribió algo sobre ocultismo.

Vaughan hizo una mueca al mencionar a Hodgson.

—Novelas frívolas. Me sorprende que lea esa basura, lord Aston.

—No leo ese género, padre Vaughan. Escuché las historias directamente de Hodgson mientras estábamos sentados en una trinchera esperando para atacar a los alemanes.

McDonald miró a Kit y sintió ganas de aplaudir. Nunca había visto a Vaughan desafiado así. Había una inconfundible nota de respeto en su mirada. Él había estado allí. Había sentido lo que Kit habría sentido sentado allí con los hombres, con las tripas revueltas. Cualquiera que supiera cantar o contar una historia en la trinchera era estimado, incluso apreciado.

Vaughan asintió y aceptó la leve reprimenda.

—¿Por qué cree que el asesino ha utilizado este símbolo?

La rabia se encendió en los ojos de Vaughan. Su rostro parecía a punto de estallar.

—Me alegro de que haya dicho asesino, lord Aston. No se equivoque, está tratando con gente que ha asesinado muchas veces antes de esta manera. El sacrificio de sangre es tan antiguo como el hombre. Fue practicado en Egipto, México. Incluso Abraham lo habría realizado.

—¿Por qué? —preguntó Kit.

—Poder. Para demostrar que tenían el poder o, tal vez, para obtener algún tipo de poder mágico si el sacrificio se realizaba bajo ciertas condiciones: una ceremonia, dentro de un pentáculo.

En este caso creo que intentan disfrazar sus malvados actos como parte de algún ritual a Satán, pero no son más que asesinos. Son fraudes impotentes. El 99% de ellos. Sus creencias son una farsa. Ya sea el ocultismo, el espiritismo; todo es lo mismo. Falsedad. Y hay tontos como Doyle que van por ahí legitimando esta farsa.

Kit se sorprendió por la vehemencia del ataque a Doyle, pero una pregunta atravesó la diatriba.

—Lo siento, padre Vaughan. ¿Puedo interrumpirle un segundo? Ha dicho «ellos». Si no le importa que se lo diga, implica que usted sabe quiénes son ellos.

Vaughan miró a Kit. La rabia de sus ojos desapareció de inmediato. En su lugar solo había tristeza. Un profundo pozo de desolación.

—Ojalá fuera así. No puedo demostrar que se trate de un grupo, ni siquiera del mismo grupo. Sin embargo, estoy convencido de que hay algunos entre ellos que han perpetrado los crímenes más viles contra mujeres jóvenes. Llevan haciéndolo muchos, muchos años. Vi por primera vez este tipo de delitos hace quince años. He oído hablar de cosas parecidas. Las autoridades nunca han hablado de ello probablemente porque temen que provocaría el pánico.

—O que otros copien estos actos despreciables.

—Cierto, pero hay otra razón.

Kit miró al padre Vaughan y durante unos instantes se hizo el silencio en el despacho. Finalmente, fue McDonald quien habló.

—Cree que los asesinos están entre ellos, ¿verdad? Las autoridades. Los ricachones. Vaughan fulminó a McDonald con la mirada.

—¿Y usted es un santo?

—No es mi juego, padre.

Kit levantó la mano y sacó del bolsillo una de las fotografías que le había dado Churchill. La colocó sobre la mesa junto a la que le había dado McDonald. Aparte de la indistinción de las marcas en el cadáver, parecían hechas por la misma mano.

Tanto Vaughan como McDonald estaban en shock. Alice Diamond fue la primera en reaccionar.

—¿Quién es?

Kit la miró y respondió: —No lo sé. Alguien me ha pedido que averigüe quién es y quién... — Dejó el resto de la frase en suspenso. Luego añadió una pregunta que parecía superflua—. Es difícil ver el estómago de la joven, pero parece que tiene marcas. ¿Cree que podría ser la misma persona que hizo esto?

El padre Vaughan miró con desgana la segunda foto. Puso el dedo sobre lo que parecía el vértice de una estrella.

—No puedo asegurarlo, pero su edad y lo que se ve de la marca me hacen pensar que es la misma mano. ¿Cuándo ocurrió este asesinato?

—1908. Sé que lo verá como una señal de que los ricos cubren las huellas de sus crímenes, pero no estoy en libertad de decir más sobre el tema. Confirmaré que todas las pruebas, y hay muy pocas, sugieren que fue perpetrado por gente rica en un ritual druida.

—¿Cuándo, en 1908? —preguntó el padre Vaughan.

—Agosto, creemos.

Vaughan se recostó en su silla. Parecía confuso. Entonces vio que Kit le miraba con el ceño fruncido.

—Parece extraño —dijo Vaughan—. Las fechas son importantes para estos dementes. Los druidas veneran el solsticio de verano y de invierno. Los satanistas, en cambio, veneran la víspera de San Walpurgis y la víspera de Todos los Santos. Ambas fechas son importantes para sus ceremonias. Todas estas fechas pueden implicar sacrificios humanos para sus neófitos que desean alcanzar niveles superiores de iluminación dentro del grupo. Si el sacrificio se produce en un día fuera de su calendario tradicional, entonces me lleva a sospechar que se trata simplemente de asesinar a alguien que puede revelar quiénes son.

—¿Está diciendo que el asesino puede ser cualquiera del grupo? —preguntó McDonald.

—Todo el grupo es cómplice. Tengo entendido que suele ser un sumo sacerdote designado el que lleva a cabo el sacrificio real. Creo que la sangre se utiliza como parte de la ceremonia para el neófito. No me atrevo a decir lo que he oído, pero estos son individuos verdaderamente depravados, y deben ser llevados ante la justicia. ¿Es por eso que está involucrado, lord Aston?

Kit era consciente de que todos los ojos de la sala estaban puestos en él. Tenía la cara inmóvil, el corazón oprimido, pero sentía que la ira le quemaba por dentro.

Asintió en señal de confirmación.

*

Era de noche, más cerca ya de las nueve. Vaughan fue fiel a su palabra y dio por terminada la reunión al cabo de cinco minutos. Kit volvió al Elephant and Castle para discutir con McDonald sus ideas sobre

cómo debían proceder. Durante toda la reunión, Miller fue incómodamente consciente de la mirada enamorada de Maggie Hill. Si su día no hubiera estado envuelto en un tema tan desolador, Kit podría haberse burlado de los sentimientos románticos provocados por su criado. Haymaker llevó a Kit y a Miller de vuelta a Belgravia, acompañados por Alice Diamond, que tenía curiosidad por ver dónde vivían.

—Oye, Haymaker, ¿puedes parar allí un momento? —preguntó Kit, divisando a un vendedor de flores cuando el coche se acercaba a Grosvenor Square.

Alice Diamond sonrió.

—¿Estamos en apuros?

—Sospecho que sí.

Unos minutos más tarde, el gran coche se alejó de la mansión de tía Agatha en Grosvenor Square. Kit se acercó a la puerta principal. Le abrió Natalie. Después de saludarla, Kit se dirigió al salón. Natalie le abrió la puerta.

Dentro encontró a tía Agatha y a Betty Simpson. No había rastro de ninguna de las hermanas Cavendish. Kit se sintió un poco tonto agarrando las flores. Miró a las dos ancianas. Estaban sentadas delante de un libro con recortes de periódico.

—Hola, señoras. ¿Qué estáis tramando?

La pregunta no pareció gustar a la tía de Kit. Al ver la reacción, Kit decidió preguntar lo que realmente le preocupaba.

—¿Dónde están Mary y Esther?

—Buena pregunta. Parece que no contigo.

—Parece que no. —Ahora le tocaba a Kit sentirse irritado. Arrojó las flores a la silla.

—Así que, mientras tú estabas fuera investigando con Betty... —dijo Kit enfadado.

Agatha se levantó y Kit se detuvo en seco. Hay algo en el hecho de que una tía se te acerque, con ira en los ojos, que puede reducir incluso al más heroico de los hombres a un tembloroso y temeroso desastre.

—Es inútil que te enfades conmigo. Eres tú quien ha desaparecido todo el día. Ninguna llamada telefónica, ningún interés en compartir lo que estabas haciendo. Puede que ya no sea una joven enamorada, pero mi recuerdo de la experiencia era un fuerte deseo de que no me mantuvieras a distancia.

Todo lo cual era cierto, pero no justo. Kit tuvo la tentación de señalar que había sido secuestrado. Sin embargo, él también estaba enfadado y no quería que le vieran poniendo excusas. Le quedaban pocas opciones. Ninguna era buena.

—Buenas noches —dijo Kit y salió de la estancia y de la casa en busca de un taxi.

Betty miró a su amiga y dijo: —Bueno, una parte de mí se alegra de ver que no es perfecto. Si no, sería un poco aburrido.

Agatha sonrió, pero, en realidad, estaba disgustada. No con Kit. Para ella, todos los hombres eran niños. Los egos de cáscara de huevo alojados en cuerpos poderosos eran a veces un cóctel catastrófico. Era lo bastante mujer como para tener en cuenta la belleza y el sentido del humor. Kit tenía ambos en abundancia. Eustace también los tenía, en otro tiempo. No, su preocupación era Mary.

Cuando Betty se hubo marchado, Agatha se sentó junto a la ventana, con las flores sobre el regazo. Dentro de la habitación estaba tan oscuro como fuera. Pasó una hora. Luego otra. Finalmente, vio que un coche se detenía frente a la casa. Las hermanas Cavendish salieron del coche riendo. Se despidieron de dos jóvenes que iban en el coche antes de subir bailando los escalones de la casa. Agatha oyó abrirse la puerta principal.

*

—Shh, Mary —dijo Esther. Estaba un poco pasada de copas, pero no del todo borracha. Mary había tenido cuidado de beber menos, pero sin duda había bebido lo suficiente como para ser inusualmente valiente. Esto se pondría a prueba en un momento.

Mary susurró: —Sospecho que la tía Agatha está...

—Lo está —dijo Agatha saliendo de la estancia. Extrañamente, y lo que era más preocupante, su tono no era de enfado. De hecho, una mente astuta habría detectado una nota básica de tristeza. Mary tenía una mente así y se tranquilizó al instante. Miró las flores en la mano de Agatha y supo lo que vendría a continuación con la misma certeza con la que sabía que las lágrimas estaban a menos de un latido de distancia.

—De Kit —dijo Agatha, entregándole las flores a Mary—. Espero que sepas lo que estás haciendo. —Se dio la vuelta y dejó a las dos chicas de pie en el vestíbulo. Solas, juntas...

Capítulo 12

Esther se quedó en la cama a la mañana siguiente para cuidarse de la resaca y evitar la inevitable autopsia de la tía Agatha. Mary, en cambio, fue a enfrentarse a su destino con una combinación de coraje y no poca pasión. Si le hubieras preguntado qué sentía, le habría resultado difícil precisarlo, pero algo sentía, y la tía Agatha no iba a tenerlo todo como quería. Ni tampoco Kit. Tales eran sus pensamientos mientras bajaba suavemente las escaleras en dirección al comedor para desayunar, aunque no tenía hambre.

Al llegar abajo, Natalie se le acercó con un telegrama. De repente, el ánimo de Mary creció un poquitín. Abrió el sobre y leyó la nota.

—Oh.

El ceño se le frunció. Mary inspiró profundamente y entró en el comedor. Agatha estaba sentada junto a la mesa bebiendo té. Con la mirada al frente, Mary fue a reunirse con ella. Agatha la miró con extrañeza, al menos si una ceja levantada podía describirse así. Mary se sentó y esperó a que Agatha dijera algo.

Extrañamente, al menos para la tía Agatha, se quedó callada. Mary frunció el ceño un poco más. Entonces oyó una ligera tos que provenía de la ventana. Mary se volvió y vio a Kit sentado en un sillón. Tenía un periódico en el regazo.

Se miraron unos instantes en silencio.

—Buenos días —dijo Kit.

*

El sargento Beloved dejó el periódico y miró al inspector Bulstrode. La sonrisa del inspector era más amplia que el Támesis. El color de sus dientes recordaba sin duda a la famosa vía fluvial de Londres. Bulstrode encendió otro cigarrillo y miró el periódico que había dejado su sargento.

—Buenas noticias. Esto va a ser importante. Dejaré que Su Alteza se ocupe de ello.

Beloved sonrió satisfecho. Una sonrisa, incluso en los mejores momentos, no aparecía con frecuencia en la cara del sargento. Ciertamente menos que una mirada lasciva, pero solo marginalmente.

Así era el hombre al que se dirigía Bulstrode. Ninguno de los dos se alegraba mucho de la personalidad del otro, pero habían formado un equipo brutalmente eficaz. Sus métodos requerían casos menos notorios para cosechar el éxito del que habían disfrutado durante la última década o más.

—Entonces, ¿está todo arreglado? —preguntó Bulstrode.

—Creo que sí. Ayer incluso llevaron a Aston a ver a un sacerdote.

Bulstrode negó con la cabeza. No sabía qué hacían allí, y ya no le importaba. Ahora era problema de otro y no antes de tiempo. Recogió el expediente y se lo entregó a Beloved.

—¿Puedes llevárselo a Jellicoe junto a mis saludos?

La sonrisa de Beloved se transformó en una carcajada tan repugnante que incluso Bulstrode retrocedió. La risa se detuvo temporalmente por la repentina aparición de tos al salir del despacho. Justo después de que Beloved se marchara, sonó el teléfono. Bulstrode contestó y escuchó durante unos segundos. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Esperando a Beloved en el despacho de Jellicoe había una desagradable sorpresa.

*

—Señor, con el debido respeto, debo protestar —dijo Jellicoe de una manera que mostraba más pasión de la que el comisario recordaba haber visto nunca en él, normalmente, imperturbable inspector jefe. El comisario y exgeneral de brigada William Horwood levantó las manos de la forma en que uno lo hace cuando quiere dar a entender que está fuera de su control. El hecho de que esta propuesta no solo estaba bajo su mando, sino que también había sido idea suya, fue algo que olvidó mencionar al cada vez más iracundo inspector jefe. Por lo visto, una idea parecida se le había ocurrido a él. ¿Puede haber mejor sensación en el mundo que empatar antes de que el otro equipo marque? Probablemente, pero en aquel momento al comisario no se le ocurría ninguna.

—James, es solo temporal.

La respuesta de Jellicoe fue tan sucinta como explícita a la hora de transmitir su consternación. El comisario sintió que estaba perdiendo los estribos, pero luchó por mantener el control. Para ser justos con el hombre que tenía delante, Jellicoe no solía dar muestras de insubordinación. Sin embargo, a los ojos del exsoldado, la última salida de tono se había acercado peligrosamente al motín y había sobrepasado con creces el punto de la insubordinación pura y dura.

El comisario Horwood guardó silencio. Con ello se cerró el tema. Jellicoe le fulminó con la mirada un momento y salió del despacho.

*

Kit se acercó a la mesa y se sentó al otro lado de Mary. El alivio que Mary había sentido al ver a Kit se disolvió lentamente al empezar a sentir que había aterrizado en medio de una inquisición.

—Gracias por las flores. Eran preciosas —dijo Mary. Su rostro no indicaba que pensara algo parecido.

—Me sentía culpable —admitió Kit.

—Deberías.

—En realidad, no, no debería —dijo Kit. Su tono era cortante.

Esto detuvo a Mary en seco. Sospechaba que Kit se había visto obligado a asistir a reuniones a las que, siendo realistas, no podía invitar a Mary. No era justo culpar a Kit y, sin embargo, lo hizo. Por otra parte, ella había tenido razones igualmente buenas para su noche de juerga con Bobby Andrews. Sin embargo, Kit iba a tener que esforzarse más para escucharlas.

—Dime en qué punto del caso te encuentras.

La palabra «te» picó a Kit. Normalmente, Mary se incluiría en la investigación de los casos con Kit. Esta vez, se excluyó a propósito. Mary se dio cuenta de que había acertado y se arrepintió de inmediato.

Kit resumió brevemente los acontecimientos del día. Cada frase aumentaba en Mary la sensación de que estaba siendo injusta. En realidad, el problema al que se enfrentaba escapaba al control de Kit. Era un problema al que se enfrentaban ella y cualquier otra mujer. Si Kit hubiera podido involucrarla, sospechaba que lo habría hecho. Aunque de mala gana. Pensó en el telegrama que tenía en la mano. Sería incendiario. Cuando Kit terminó, se hizo el silencio. Él evitó deliberadamente preguntarle dónde había pasado la noche y con quién. Era igualmente obvio que tía Agatha se lo había dicho. La pelota no había rebotado en su campo, sino que había explotado en él. Mary estudió el rostro de Kit.

—¿Tienes la lista contigo? ¿La que te dio el señor Churchill?

Kit parecía confuso, pero metió la mano en el bolsillo interior y la depositó sobre la mesa. Mary la miró y luego cogió un bolígrafo que estaba cerca de tía Agatha y escribió otro nombre en la lista.

Kit se quedó atónito. Tomó el trozo de papel en la mano y volvió a estudiar la lista. Lentamente, una sonrisa se dibujó en su rostro y miró a Mary. A estas alturas, Agatha, cuyos niveles de

paciencia estaban a la altura de un león hambriento mirando fijamente a una manada de antílopes echando una siesta en el Serengueti, estaba a punto de estallar. Kit le entregó la nota antes de que el pequeño Vesubio entrara en erupción. Tardó un momento.

—Oh.

—Exactamente —dijo Mary, incapaz de mantener una nota de triunfo en su voz.

—Eres muy astuta conectando al conde de Gresham con el honorable señor Andrews. ¿Qué tuviste que hacer para conseguir el nombre? —preguntó Kit. En su rostro se dibujó una lenta sonrisa. Esto provocó una reprimenda tácita de tía Agatha, aunque era demasiado curiosa para regañarla.

—Nada de lo que debas preocuparte, querido, pero mis pies me están matando.

—¿Es un buen bailarín?

—Maravilloso.

—Deduzco que es guapo.

—Sus ojos brillan. No exagero. De hecho, me pidió que fuera a bailar con él esta noche otra vez.

—¿En serio? ¿Y qué le dijiste?

—Le dije que le avisaría. Estoy esperando a ver si recibo una oferta mejor.

Kit sintió una punzada de remordimiento. Sabía que su jornada le obligaría a estar lejos de Mary. Además, se sentía avergonzado por no haberle contado a Mary toda la verdad sobre sus descubrimientos.

No había mencionado ninguna conexión con el satanismo ni los detalles del reciente asesinato de la joven. Mientras luchaba desesperadamente por encontrar una forma de introducir el tema, le llegó la inspiración.

—Tía Agatha —dijo Kit—. ¿Qué has estado haciendo? Te vi con Betty Simpson anoche. Eso solo puede significar una cosa.

Tía Agatha logró la improbable hazaña de parecer inocente, ofendida y astuta, todo al mismo tiempo.

Incluso Mary se maravilló de cómo lo conseguía. Años de práctica, supuso.

—Me alegro de que preguntes, Christopher. No me atrevería a decir que hemos resuelto el caso, pero sin duda estamos mucho más avanzadas de lo que he oído hasta ahora.

Sería justo decir que Agatha se sintió más que gratificada por la sorpresa en los rostros de los dos jóvenes en su presencia. Siguió una mirada «no me subestiméis». Se inclinó hacia delante, se lamió los labios y comenzó.

—Como sabéis, Betty y yo hemos recopilado, a lo largo de los años, recortes relacionados con...

—Asesinatos de lo más escalofriantes —intervino Kit. Las dos mujeres lo miraron fijamente.

—Ignóralo, tía Agatha.

—Lo haré. Betty y yo volvimos a los asesinatos sin resolver relacionados específicamente con mujeres jóvenes. Me entristece informar que hay muchos. Es desgarrador. No te estoy culpando de ninguna manera, Christopher, pero tu sexo ha cometido un número incalculable de crímenes contra mujeres.

Habría sido imposible para cualquier hombre no sentir una intensa vergüenza. Mary miró a Kit con simpatía y le cogió la mano.

—Los casos se remontan al menos a doce años atrás, pero fue entonces cuando Betty empezó a recopilar los detalles. Es casi seguro que esto ha estado ocurriendo durante más tiempo.

—Lamento preguntarlo, pero ¿los periódicos proporcionan algún detalle sobre la naturaleza de los asesinatos?

Agatha negó con la cabeza.

—No, esto es lo que nos pareció interesante. Normalmente hay alguna indicación sobre el arma homicida o la causa de la muerte.

Kit miró a Agatha y luego a Mary. Vaciló antes de decir: —Esto se corresponde con lo que sé del asesinato de Enid Blake. Parece probable que su muerte formara parte de una ceremonia.

—¿Un sacrificio? —dijo Agatha, incrédula.

—Sí. Había marcas en su cuerpo asociadas a símbolos satánicos. Kit sintió la presión en su mano mientras Mary digería la noticia.

—¿Qué horror —dijo Mary—. ¿Cómo puede la gente...? —dejó el resto sin decir. ¿Qué razonamiento puede aplicarse a un asesinato? ¿Un crimen pasional? ¿Magnicidio? ¿Venganza? Cada uno tenía una lógica retorcida. Lo oculto era otra cosa. Aunque el ocultismo no le inspiraba ningún temor, temblaba involuntariamente. La ejecución premeditada o el asesinato ritual le parecían otro nivel de horror.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Mary.

Kit levantó las manos disculpándose: —Tengo que reunirme con Churchill. ¿No te importa?

—Claro que no —sonrió Mary—. Yo también he quedado para comer.

El rostro de Kit se ensombreció. Miró un telegrama que había sobre la mesa. Mary lo empujó hacia delante. Kit la miró y recibió la confirmación de que podía leerlo.

Momentos después dijo: —Dios mío. Mary le sonrió y enarcó las cejas.

—¿Podría alguien decirme qué está pasando? —preguntó Agatha como quien no ve con buenos ojos la telepatía como forma de comunicación.

—¿De verdad vas a comer con ella? —preguntó Kit. Vio que Agatha estaba a punto de sufrir una combustión espontánea, así que añadió en su beneficio—: Con la señora Rosling. ¿Recuerdas a la antigua jefa de Mary en el caso de «El Fantasma»?

Fue el turno de Agatha de exclamar: —¡Dios mío! —junto con las preguntas típicas que giraban en torno a la pérdida del juicio de Mary, y cosas por el estilo.

—La vi ayer. Brevemente. Y ella me vio a mí. Asistí a una reunión de sufragistas en Claridge's. Ella no era oradora, pero estaba en la mesa principal. De todos modos, ¿cuándo volverás de Whitehall?

—Creo que a última hora de la tarde.

—Así que por fin te tendré para mí sola —sonrió Mary.

—Bueno, tal vez quieras acompañarme a otra cita.

—¿Con quién?

—Con un sacerdote.

Uno de los atractivos más interesantes de Mary era que sus ojos podían transmitir tanto en cuestión de segundos. Primero, se ensanchaban esperanzados en perfecta sincronía con su sonrisa antes de estrecharse sospechosamente con el ceño fruncido. Una vez más, Kit lamentó que su matrimonio tuviera que esperar hasta después de la boda de Esther y Richard y el aniversario de la muerte de su abuelo.

—Olvidé mencionar que mi visita de anoche con nuestros amigos del hampa fue a un tal padre Bernard Vaughan. No es precisamente un admirador de tu amigo Doyle, tía Agatha.

—Espero que no pienses ni por un momento que Mary y tú vais a ir solos —dijo Agatha.

—No se me ocurriría ir sin ti y sin Betty —dijo Kit noblemente. Miró el reloj de la repisa de la chimenea—. De hecho, confío en que estéis allí. Será una gran reunión. Ahora debo irme.

Mary acompañó a Kit hasta la puerta. Por una vez, Agatha consideró prudente dejar solos a los

dos amantes. Por suerte, ambos estaban en una edad en la que los momentos de resentimiento solo servían para justificar nuevas declaraciones de amor eterno. Al menos por parte del hombre. Porque siempre hay que concluir, en estas situaciones, que fue él quien se equivocó.

*

Mary regresó al comedor y encontró a Agatha escudriñando el periódico.

—¿Qué buscas, tía Agatha? —preguntó Mary. Después de ocho meses juntas en la casa, Mary tenía licencia para hacer preguntas que podrían haberse considerado impertinentes.

—Esperaba más noticias sobre los asesinatos ocultos, pero parece que no hay ninguna. Háblame de ayer. Hace años que no veo a Millicent Rosling.

—¿La conociste?

—La conocí hace mucho tiempo —respondió Agatha enigmáticamente.

—¿Eras sufragista?

—De haber estado más tiempo en Inglaterra, lo habría sido. —Agatha se detuvo un momento. El recuerdo de un hombre apareció—. Acababa de perder a Eustace. No estaba preparada para enfrentarme al mundo de nuevo durante un tiempo. Tiene más o menos mi edad. La admiro muchísimo.

Mary asintió.

—Quiero hacer más, tía Agatha. Tengo la sensación de que la señora Rosling me pedirá que me una. Lo voy a hacer.

—Deberías.

—No he hablado con Kit de esto.

—¿Por qué deberías? Tienes derecho a tener tus propios intereses. De todos modos, hará lo que le digas y le gustará. Puede que sea vieja y decrepita, pero me he dado cuenta de cómo te mira. En este sentido, los hombres hacen que los perros parezcan la definición misma de la impenetrabilidad.

Mary estaba menos segura. Se le frunció el ceño.

—Dices eso, pero a veces me gustaría saber lo que piensa.

—No saber es quizás la salida más afortunada. Puede que mi sobrino sea el mejor de la raza, pero eso no significa que haya escapado por completo a las limitaciones de la especie.

Capítulo 13

Mary estaba nerviosa. Tal vez incluso más nerviosa de lo que se había sentido en su primera visita a Sloane Gardens y la casa de señora Rosling. Entonces, había venido disfrazada de posible candidata para una vacante en el personal. El recuerdo de haber trabajado de incógnito para encontrar a un ladrón de joyas que ella y Agatha habían creído acertadamente que tendría como objetivo la casa le hizo sonreír.

Subió los escalones y llamó al timbre. La puerta se abrió y la recibió el rostro familiar de Grantham, el mayordomo. El paso de varios meses y el caso «Fantasma» habían hecho poco por diluir el sentido de su propia dignidad.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que Mary era la mujer que había conocido como la señorita Tanner, la criada. Entonces la luz del recuerdo brilló brevemente en sus ojos. Aquella mujer se había disfrazado y los había dejado a todos en ridículo. Ahora, por razones incomprensibles, era la invitada a comer de la señora de la casa.

—Por favor, venga por aquí, señorita Mary.

A partir de este momento, Grantham fue el profesionalismo piadoso personificado. Consiguió hacer sentir a Mary que estaba en presencia de alguien que podía elevarse sin esfuerzo por encima de sus anteriores fechorías. La esforzada facilidad con que lo consiguió divirtió tanto a Mary que se sintió mucho más relajada cuando entró en el comedor donde había servido la cena a la dama con la que se iba a reunir. La dama en cuestión estaba sentada a la cabecera de la mesa. Delante de ella había un libro abierto boca abajo, Aristófanes, *Thesmophoriazousae*.

—Señorita Mary —dijo la señora Rosling, levantándose para recibir a su invitada.

—Señora Rosling —dijo Mary, adelantándose con más confianza de la que hubiera imaginado hasta entonces.

—Espero que me llame Isabelle. Y tutéame —sonrió la señora Rosling.

—Solo si tú me llamas Mary.

Se sentaron; el ambiente era relajado gracias a la serena inteligencia de la mujer que estaba conociendo. Mary preguntó por el señor Rosling y por su apuesto, aunque algo agresivamente romántico sobrino, Whittaker Rosling. A su vez, la señora Rosling preguntó por Kit.

—¿Vas a casarte pronto?

Mary se rio y se dio cuenta de que había confundido a la señora Rosling.

—Ojalá. Llevamos prometidos casi todo el año.

—¿Por qué tanta espera?

—Es una larga historia. Conocí a Kit cuando perdí a mi abuelo. Al mismo tiempo, mi hermana conoció al hombre con el que se casará dentro de unas semanas. De todos modos, con el dolor, el juicio...

—¿El juicio?

—Te dije que era una larga historia. Esther y yo estábamos de luto, así que las bodas estaban descartadas. Como Esther es la mayor, acordamos que debía casarse primero. Cumpló veintiún años el uno de noviembre, una semana antes de su boda.

—Veintiuno —se rio la señora Rosling. Era un sonido agradable—. Oh, volver a ser joven. Y enamorada

No se podía discutir. Era maravilloso.

—Mi hermana y Richard estarán de luna de miel hasta Navidad. Y Navidad es el aniversario de la muerte de nuestro abuelo. En fin, resumiendo, Kit y yo decidimos casarnos en febrero.

—¿No será en San Valentín? —preguntó la señora Rosling con una sonrisa.

—Sí —dijo Mary, poniéndose un poco colorada. Sin embargo, la señora Rosling la recibió con un aplauso y una cálida sonrisa.

—Qué romántico. Si me permites, tu prometido es la viva imagen de un héroe romántico.

—Si, permitido —rio Mary.

Mientras hablaban, se sirvió el almuerzo. Mary miró a su sustituto y le dio las gracias con una sonrisa. Una de las lecciones que había aprendido de su estancia en el piso de abajo era que nunca ignoraría los esfuerzos del personal. La señora Rosling se fijó en su sonrisa y, cuando la criada se hubo marchado, dijo:

—Sospecho que ahora sientes cierta empatía por su papel.

Mary se rio y asintió con la cabeza.

—¿Qué pasó con nuestro Fantasma?

Mary evitó responder directamente a la pregunta.

—Deduzco que evitó ser capturada. Pero el collar de diamantes fue recuperado, ¿no es así?

—Sí —dijo la señora Rosling, con una lenta sonrisa dibujándose en su rostro. Estaba claro que Mary le caía bien. También estaba claro que quería algo.

—Perdóname por ir al grano al estilo americano, pero creo que te lo debo a ti explicar la razón para invitarte hoy aquí. Aunque, después de haberte conocido bien, sospecho que podría pasarme la tarde charlando de muchas otras cosas.

—Me lo preguntaba. No estaba segura de que nos hubiéramos separado en tan buenos términos.

La señora Rosling sonrió: —Créeme, no lo hicimos. No creo que Carlisle o Grantham hayan tenido que trabajar tan duro como cuando vosotras dos señoras, abandonasteis la casa.

Mary no estaba segura de ser tan comprensiva con la difícil situación del ama de llaves, pero, pensándolo bien, ni ella ni Caroline Hadleigh le habían hecho la vida fácil. De hecho, la mención del ama de llaves le produjo un inesperado sentimiento de culpa.

—Tal vez podría ver a la señorita Carlisle después. Siento que le debo una disculpa.

—Por supuesto, pero no estoy seguro de que necesites disculparte. En fin, a lo nuestro. Naturalmente, me sorprendió verte ayer. Fue, puedo decir, una agradable sorpresa. ¿Qué te trajo a la reunión?

Mary se detuvo unos segundos. ¿Por dónde empezar? Procedía de una familia privilegiada, pero nunca se había sentido cómoda con ello ni con la suposición de que el rumbo de su vida se hubiera decidido en el vientre materno. Era el siglo XX. El cambio no era solo lo que ocurría a tu alrededor, era algo que había que moldear a tu voluntad. Y entonces cristalizó en su mente por qué había ido a ver a Millicent Fawcett.

—Me molesta el hecho de no poder ser lo que elijo ser. Miembro del Parlamento, médico o cirujana; abogada o jueza; banquera o trabajadora del comercio. ¿Soy menos capaz que un hombre? No lo creo. La sencilla razón por la que no puedo llegar a ser ninguna de estas cosas es que la ley del país o las costumbres sociales me lo impiden. Eso debe cambiar. La ley, en este caso, es estúpida.

—Muchas de estas cosas son posibles ahora.

Mary enarcó una ceja, lo que hizo que la mujer mayor sonriera y revisara su pensamiento.

—En teoría.

La conversación continuó así durante el almuerzo. La señora Rosling siguió sondeando a Mary

para comprender mejor su motivación. Ambas reconocieron el tema subyacente. ¿Hasta qué punto estaba dispuesta Mary a implicarse en el movimiento? La respuesta a esta pregunta era más compleja de lo que Mary estaba dispuesta a admitir. Por un lado, quería utilizar su tiempo libre para apoyar iniciativas planificadas por otros. Sin embargo, su vida con Kit representaba un contrapunto inconveniente a su fuerte y genuino deseo de ser un agente de cambio. Esto era algo que no había discutido con Kit, y parecía inapropiado hacerlo con la señora Rosling.

Al final, Mary transigió y aceptó asistir a las reuniones y actos organizados por el movimiento, pero no aceptó formar parte de ningún comité directivo o de planificación. La señora Rosling aceptó su razonamiento: estaba muy implicada en dos bodas. Esto era cierto hasta un punto, pero Mary no se hacía ilusiones de que la señora Rosling no estuviera ni totalmente convencida ni totalmente satisfecha.

Al final del almuerzo, se abrió la puerta. Herbert Rosling estaba de pie en el umbral. Era difícil saber quién estaba más sorprendido. Mary o el marido de la señora Rosling.

—¿Te acuerdas de Mary, Herbert?

Los ojos de Rosling miraban oscuramente a Mary, tanto que casi se estremeció. Le pareció que la odiaba. Mary sintió que su espíritu se levantaba ante este pensamiento. Era un hombre que pensaba que podía tomarse libertades por su posición.

—Hola, señor Rosling.

—Señorita Mary —dijo Rosling inclinándose—, me alegro de verla de nuevo. Confío en que esté bien.

Al menos no mencionó el pasado. Su expresión se suavizó y miró a su mujer.

—¿Reclutamiento?

—Se podría decir que sí, Herbert —respondió señora Rosling.

—Le dejaré con la persuasión de mi mujer, a menos que quiera usted escapar ahora.

Mary sonrió y dijo: —Bueno, todavía no me siento como si me hubieran convencido suficiente.

—Es pronto —contestó Rosling, despidiéndose. Mary se dio cuenta de que parecía insinuar algo más que lo que había dicho la señora Rosling. No le dio más vueltas.

*

Mary declinó la oferta de la señora Rosling de acompañarla a la cocina para ver a la señorita Carlisle. Se separaron en el rellano y Mary bajó sola las escaleras que había visitado por última vez la noche del robo, hacía casi seis meses.

Al llegar fuera de la cocina, Mary descubrió, para su sorpresa, que volvía a estar nerviosa. Llamó ligeramente a la puerta y oyó una voz sorprendida que decía: —Pase.

Mary entró y encontró a la señorita Carlisle sentada y a Rose, la cocinera, junto al fregadero. La señorita Carlisle se levantó de inmediato e hizo una reverencia. El saludo de Rose fue más acorde con la personalidad exagerada de la simpática cocinera. Se acercó a Mary y la abrazó.

—Oh, Mary, que bueno verte de nuevo, mi amor.

—Señorita Cavendish, Rose —dijo la señorita Carlisle con rigidez.

—Oh, cállate —dijo Rose sonriendo.

—Soy Mary, señorita Carlisle. Me alegro de veros. Tenía tantas ganas de volver a veros.

Mary se volvió hacia la señorita Carlisle y sintió una oleada de emoción que no podía explicar y que, desde luego, no podía controlar. La señorita Carlisle la miró confundida. El rostro del ama de llaves seguía tan demacrado como Mary lo recordaba. Toda una vida de servicio grabada en una boca que hacía tiempo que había olvidado cómo sonreír.

—Quiero disculparme con las dos, pero especialmente contigo, Carlisle.

—No hay razón para ello, señorita Cavendish —dijo la señorita Carlisle. Quería añadir algo más, pero no se le ocurría cómo explicar lo que sentía. El espacio entre sus emociones y su capacidad para articularlas era demasiado grande. Siempre había sido así. Su posición por defecto era no decir nada. Permanecer impasible.

En el silencio que siguió, Mary miró a los ojos del ama de llaves y lo que vio acabó con sus defensas.

Las lágrimas le escocían los ojos y luchó infructuosamente por contenerlas. Rose volvió a abrazarla.

—Lo siento —dijo Mary finalmente—. Os he engañado a las dos. Y...

¿Y qué?

Hizo una pausa, como la señorita Carlisle, incapaz de comprender lo que sentía. ¿Por qué estaba ahí?

¿Para buscar el perdón, tal vez? Por culpa, probablemente. Su aventura se había burlado de una mujer decente. Su consecuencia había dejado a la misma mujer expuesta en su trabajo y probablemente minado su confianza en la naturaleza humana. La tirantez que Mary veía alrededor de la boca, la fijeza de la mirada, la falta de voluntad para dar un poco de sí misma con la gente era el resultado de cientos de desaires de este tipo que esta mujer había experimentado en su vida. El de Mary no era más que una contribución más. Otro granito de arena.

Mary asintió a ambas damas en señal de disculpa.

—Te estoy reteniendo. Me voy.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de los sirvientes. La señorita Carlisle le abrió la puerta. Las dos mujeres volvieron a mirarse. Una vez más Mary sintió que las lágrimas aparecían como un invitado no deseado en una fiesta.

—Si alguna vez necesitas algo. Quiero decir cualquier cosa, dímelo. Te ayudaré en todo lo que pueda.

El rostro de la señorita Carlisle se suavizó momentáneamente. Asintió con la cabeza, pero no dijo nada mientras Mary subía los escalones del sótano y salía a la calle.

Capítulo 14

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando Mary llegó de nuevo a Grosvenor Square. Natalie abrió la puerta y la saludó con una sonrisa. De fondo, Mary oía claramente música de jazz. No estaba muy alta, pero no parecía proceder de ninguna estancia de la planta baja. Frunció el ceño, perpleja, y miró a Natalie en busca de una explicación.

—Monsieur Fish ha comprado un gramófono. Es para su dormitorio.

—Santo Dios. ¿Qué tenía que decir la tía Agatha al respecto?

—Ella estaba en su habitación antes, escuchando la música de jazz.

—Las maravillas nunca cesan. No creerás que estaban bailando, ¿verdad? —preguntó Mary. Las dos mujeres soltaron una risita de conspiración.

Cuando Mary entró en el salón le aguardaban algunas sorpresas agradables. El doctor Richard Bright había regresado de sus prácticas. Mary se dirigió inmediatamente hacia su futuro cuñado para darle un abrazo.

Al hacerlo, vio a Kit sentado junto a la ventana. Llevaba un enorme ramo de flores. Otro gran ramo yacía sobre la mesa, probablemente para Esther, que parecía haber recuperado la energía tras una mañana que, en el mejor de los casos, solo podía calificarse de asquerosa. Sonreía de felicidad por el regreso de Richard, solo que... Mary detectó algo más.

—Kit, no tenías por qué —dijo Mary, sonriendo.

—Lo sé —replicó Kit, con una sonrisa aún mayor—. Mira la tarjeta.

Mary no tuvo que leer la tarjeta para adivinar la procedencia de las flores. Entonces vio la cara de tía Agatha. Si se puede decir que una cara es como un trueno, entonces esta estaba más cerca de una tormenta del Atlántico Sur.

—Ahh, mi amante secreto —dijo Mary.

—Ya no es tan secreto. Ni tampoco el de Esther —replicó Kit mirando hacia el otro ramo.

—Siempre puedo ir a Bournemouth e interrogar al conde de Gresham.

—Bueno, sin duda es una buena idea —respondió Kit, que se acariciaba la barbilla pensativo. Inevitablemente fue Agatha quien puso fin al tema.

—Cuando hayáis terminado vuestro parloteo de music-hall.

En tales situaciones solo hay una cosa en Inglaterra que pueda ayudar a los ricos detectives aficionados en la seria tarea de detectar y descubrir los crímenes de los demás ricos del país.

—¿Puedes poner el té por ahí, por favor, Natalie? —dijo la tía Agatha a la joven francesa que conducía el carrito.

Mientras Mary y Esther servían el té, todas las miradas se volvieron hacia Kit para enterarse de su reunión con el secretario de Defensa. Kit se recostó en su sillón con una sonrisa irónica.

—Por cierto, ¿vendrá Betty Simpson? —preguntó Kit.

—Llega tarde, como siempre —respondió Agatha con brusquedad.

—Este té está buenísimo. ¿Es de la tienda Fortnum por casualidad? —preguntó Kit, prolongando el suspense con cierta fruición.

—Adelante, Christopher.

Así, por orden de Agatha, Kit cedió y comenzó un breve resumen de todo lo ocurrido, que resultó ser más breve de lo que había imaginado.

—Me encontré con Churchill en el pasillo de la Oficina de Guerra en Horse Guards y dimos

una vuelta en la calle. Le dije que creíamos que había una conexión entre la joven de la foto y otros asesinatos que habían tenido lugar en la última década y media.

—¿Qué dijo?

—Naturalmente, estaba horrorizado. Curiosamente, creo que se sintió aliviado. Tengo la sensación de que no le preocupa lo más mínimo cualquier revelación sobre el druidismo, ya que lo ve como algo social. Como los disfraces. El hecho de que esta muerte no esté relacionada únicamente con esa velada probablemente le ayude de alguna extraña manera, aunque sigue siendo una situación horrible, evidentemente. De todos modos, está de acuerdo en que debemos compartir lo que sabemos con la policía. Puede que tengas que controlar tus emociones ante esto, pero a él le gustaría que trabajara junto a Scotland Yard. De hecho, envió instrucciones inmediatamente después de que le viera.

—¿Qué más has hecho hoy?

—Le dije a ese horrible hombre, Bulstrode, que me gustaría reunirme con él para discutir estos asesinatos. La buena noticia es que Jellicoe le ha sustituido. Nos reuniremos con él a las cinco. Le sugerí que se reuniera con el padre Vaughan. No tuvo mucho tiempo ayer y ha accedido a darnos un poco más de información hoy.

—¿Vamos a Stepney? —preguntó Mary, bastante intrigada por la idea de visitar una parte de Londres en la que nunca había estado.

—Desde luego que no, jovencita —respondió Agatha, pero había algo en su voz que resultaba menos ofensivo. Si a Kit le hubieran pedido que le pusiera un nombre, habría dicho que era tristeza. No podía culparla. Por lo que había visto de aquellas calles, no era un lugar para Mary ni, de hecho, para las pobres almas obligadas a vivir en aquellas condiciones.

—No —respondió Kit—. De hecho, el padre Vaughan está bastante cerca. A la vuelta de la esquina, en Mount Street. Podemos ir andando. Será una reunión interesante.

Mary miró atentamente a Kit, pero por la media sonrisa de su rostro quedó claro que no diría nada más sobre el tema. Mary le hizo una mueca que no hizo más que aumentar la sonrisa de su prometido.

La llegada de Betty Simpson no iba a ser un asunto tranquilo. Entró en el salón con toda la energía de un cliente iracundo a punto de quejarse de un mal servicio. Unos instantes después, un certero lanzamiento hizo que su gorra de tweed se posara cómodamente sobre la cabeza de la Helena de Troya de Canova. No era la original, por supuesto.

Agatha puso los ojos en blanco e hizo un sonoro «pfff». Esto fue recibido con sonrisas por toda la sala, aunque las dos damas en cuestión parecían ajenas al impacto de su rutina de music-hall.

—Siento llegar tarde. Jugué dieciocho hoyos de golf porque hacía un día estupendo. No me preguntéis cómo me fue.

—No lo haremos.

—He jugado terriblemente mal. Los greens eran una completa desgracia, por supuesto. Si pilló a ese greenkeeper, se llevará una buena bronca.

—Estoy segura de que lo encontrará tan estimulante como todos nosotros, querida.

Terminada la autopsia de la ronda, Betty se dirigió a la silla junto a Agatha y se sentó. Colocó un gran álbum de recortes sobre la mesa, entre las dos señoras.

—¿Empezamos? —preguntó Betty, dispuesta a trabajar. Agatha volvió a poner los ojos en blanco.

*

Kit encabezaba una delegación bastante numerosa en el corto paseo hasta la residencia del padre Vaughan, en el número 114 de Mount Street. Caminando junto a Kit iba Mary. Detrás de

ellos, Agatha y Betty Simpson caminaban en silencio. Betty llevaba su álbum de recortes encuadernado en cuero.

Aparcados fuera había dos coches. Uno era grande y parecía lleno hasta los topes. En el otro, más pequeño, solo viajaban dos personas. Kit saludó a ambos con la cabeza.

Llegaron a una casa de ladrillo rojo de cuatro plantas con una gran puerta negra. Estaba conectada con la Iglesia de la Inmaculada Concepción, un edificio abovedado de estilo gótico dirigido por jesuitas. Subieron los escalones hasta la puerta.

Un ama de llaves les abrió y les condujo al comedor. Allí les esperaba Vaughan. Si estaba sorprendido por la cantidad de gente que había venido con Kit, no lo demostró. Se comportó como un perfecto anfitrión y estrechó la mano de todos.

El comedor era grande, oscuro y austero. Parecía, inexplicablemente para Kit, católico. No se debía únicamente al gran crucifijo de madera de la pared ni al cuadro de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Ni tampoco por el cuadro del Papa Benedicto XV con cara de que el artista acababa de interrumpirle leyendo a Wittgenstein. La estancia tenía una dimensión espiritual, una seriedad que Kit rara vez encontraba en otros lugares. Por un momento se preguntó si realmente había «algo más» en el cuarto o si era simplemente su expectativa de que fuera así.

En el aparador había una pequeña fotografía del padre Vaughan junto a un biplano con gafas de vuelo. Había volado a Flandes para reunirse con los soldados durante la guerra. El padre Vaughan vio a Kit mirando la foto. Se miraron un momento, pero no hicieron ninguna referencia al viaje. Luego, el sacerdote observó a sus invitados con una sonrisa de bienvenida.

—Sospecho que vendrán más —dijo Vaughan a Kit con complicidad.

—¿Puedo traerles algo de beber? —preguntó el ama de llaves a Agatha y Betty.

—Sí, un brandy estaría bien, querida —dijo Agatha.

El ama de llaves se detuvo, miró fijamente a Agatha y luego echó una mirada triste a la jarra de agua que había sobre la mesa. Sus ojos se cruzaron con los del padre Vaughan, que mostraba una expresión divertida. Le hizo un gesto con la cabeza y ella se marchó a la sala a preparar la bebida para las damas.

Kit respondió al padre Vaughan que se esperaban más. Al decir esto, el sonido de unos golpes resonó por el pasillo y entró en el cuarto. Unos instantes después, el inspector jefe Jellicoe y el sargento Beloved entraron en el comedor. Este último fue una sorpresa para Kit. Y no fue agradable. Intercambió miradas con el inspector jefe. Si Jellicoe parecía descontento por tener un compañero como Beloved, era poco probable que alguien fuera capaz de reconocer la diferencia respecto a su disposición normal.

Se hicieron las presentaciones. Jellicoe miró a Kit y dijo con lo que podría haber sido una sonrisa irónica: —Esto es algo inusual, su señoría.

Kit asintió, pero no sonrió. Esta reunión era más que inusual. Probablemente no tenía precedentes. Se oyó otro golpe en la puerta y el ama de llaves, la señora Tring, lanzó un sonoro suspiro que provocó la risa en la sala de todos los que lo oyeron. Incluso el padre Vaughan, un hombre que en comparación con el inspector jefe hacía que este pareciera muy jovial, se permitió sonreír.

La puerta de la habitación se abrió un minuto después. Entraron Wag McDonald y Alice Diamond. No hubo apretones de manos ni presentaciones. Los recién llegados se limitaron a saludar con la cabeza a los presentes y se sentaron a la gran mesa del comedor. La atención de Alice Diamond se centró de inmediato en Mary Cavendish. Las dos jóvenes se observaron como pistoleros en una taberna mejicana.

—Excelente —dijo Kit poniéndose en pie—. Ya estamos todos.

Miró a su alrededor e inmediatamente le asaltó la idea de que aquello parecía un momento sacado de un formato literario.

—En las novelas de misterio que tanto le gusta leer a mi tía, este suele ser el final. El momento en que se revela el asesino. Por desgracia, aún no estamos en esa situación. Sin embargo, todos tenemos en nuestras manos piezas de un gran rompecabezas bastante inquietante, lo que significa que todos, independientemente de lo que sintamos unos por otros en general, debemos trabajar juntos. Hay un enemigo común. Un enemigo peligroso, malicioso y asesino.

Kit hizo una pausa y volvió a mirar a su alrededor. Wag McDonald y Alice estaban sentados frente a los dos detectives. Las dos partes se miraron, ninguna dispuesta a ceder un ápice en la intensidad de su mirada.

—Este es, posiblemente, un momento sin precedentes en el que, se podría decir, los dos lados de la ley deben trabajar juntos. ¿Están ustedes de acuerdo en que, por el momento, cualquier hostilidad que sientan cesará mientras dure esta investigación?

Todos los ojos se volvieron hacia el inspector jefe Jellicoe. Asintió con la cabeza. Kit miró a Wag McDonald. Este asintió secamente.

—No estoy seguro de que se sostenga en los tribunales —continuó Kit—. Pero es un tipo de acuerdo.

Kit se acercó a su tía y a Betty Simpson y se colocó detrás de ellas. Esto desconcertó un poco a Agatha, ya que no podía ver a su sobrino. No era su manera de disimular la irritación cuando era posible comunicarla al mundo. Hubo algunas sonrisas a ambos lados de la mesa ante su reacción.

—Mi interés por este caso comenzó hace uno o dos días. Viene del gobierno de Su Majestad.

—¿Quién? —preguntó Wag McDonald.

—No puedo decírtelo, Wag, aunque me sorprende que no lo sepas, ya que esta mañana has hecho que alguien me siguiera.

—Te perdió.

Kit sonrió y se encogió de hombros modestamente.

—He tenido ocasión de hacer este tipo de cosas antes. Solo lo menciono porque este caso, aunque trágico por su desenlace para tantas mujeres jóvenes, tiene implicaciones más amplias que podrían hacer que nuestro país fuera chantajeado por una potencia extranjera o... —Kit se detuvo un momento y trató de pensar en la mejor forma de describir ORCA, una organización con la que se había topado en casos anteriores—, ...o alguna otra organización dedicada al terror y al anarquismo. El ministro en cuestión es consciente de que los hilos de este caso están entrelazados con otros que se remontan a bastante tiempo atrás. Le dije que esto no es el principio del fin, sino el final del principio. Tenemos mucho que hacer y empieza esta tarde. Debemos compartir lo que sabemos. Escucharemos a nuestro anfitrión, el padre Vaughan, que tiene algún conocimiento del área que estamos tratando. Específicamente, el ocultismo o satanismo. Esta gente es peligrosa y hay que detenerla.

Kit miró a los dos detectives.

—Inspector jefe, ¿cuántos casos creemos que están relacionados con este reciente asesinato? —Jellicoe tenía un expediente sobre la mesa. Se volvió hacia Beloved.

—¿Sargento?

Beloved no necesitó mirarlo. En lugar de eso, miró a Kit antes de contestar.

—Trece.

Hubo casi un grito ahogado colectivo ante la cifra. Era inimaginable que pudieran haber

asesinado a tantas mujeres sin que la prensa dijera ni una palabra que relacionara las muertes. Incluso el inspector jefe, señaló Kit, parecía sorprendido por la cifra. Eso quedaba para otra ocasión, al igual que la razón por la que tantos asesinatos habían permanecido sin conexión durante tanto tiempo.

—Todas eran mujeres jóvenes. Todas asesinadas de forma ritual y con las mismas marcas en el cuerpo. El primer caso registrado fue en Bournemouth en diciembre de 1907. Hubo al menos uno cada año hasta 1914 y luego ninguno hasta principios de este año, cuando se reanudaron. Enid Blake fue la segunda este año.

—Aquí es donde el señor McDonald y la señorita Diamond entran en escena —dijo Kit, tomando control de la conversación—. Enid era amiga de la señorita Diamond y del señor McDonald. Una vez más, lamento su pérdida.

Mary se quedó mirando, fascinada por la mezcla de personalidades en torno a la mesa. Al mencionar a Enid Blake, fue claramente consciente de la mirada que Alice Diamond dirigió al sargento Beloved. No había ira ni antagonismo en la mirada. Si acaso, simpatía.

—Su muerte, la primera de las asociadas de la señorita Diamond...

—La segunda —dijo Wag McDonald.

Una vez más se produjo un silencio atónito. McDonald enarcó las cejas hacia Jellicoe, pero para el inspector jefe era una clara noticia.

—Liza Shepherd. 1913.

La mención del nombre provocó una oleada de actividad en Betty Simpson, cuyos dedos hojeaban el álbum de recortes con una agilidad y una rapidez que contradecían sus más de setenta años. Encontró la página justo cuando Jellicoe hablaba.

—No sabíamos que era una de tus socias. —Jellicoe abrió el expediente, encontró la página que se refería a Liza Shepherd e hizo algunas anotaciones en ella.

—Liza y Enid trabajaban como criadas. Buscaban trabajo en una casa grande, se familiarizaban con la distribución, con lo que valía la pena robar. Luego se marchaban por una razón u otra. Unas semanas después, la casa recibía la visita de alguien como tu criado Miller, señor Aston.

Hubo algunas sonrisas irónicas, pero duraron poco. El ambiente era demasiado cargado, el tema demasiado serio y la causa demasiado urgente.

—Necesitaremos los nombres de los últimos lugares donde trabajó la señorita Blake —dijo Jellicoe.

Alice Diamond asintió. El paso de las sospechas al asunto en cuestión se produjo casi sin que nadie se diera cuenta. Kit se apartó de Agatha y se colocó cerca del padre Vaughan.

—Antes de escuchar al padre Vaughan, creo que deberíamos saber más sobre la participación de Eva Kerr.

—¿Deberíamos? —dijo el padre Vaughan. Jellicoe esbozó una sonrisa.

—Sí, padre —respondió Kit—. Piense lo que piense de esta mujer, médium o lo que sea, el hecho es que ha conducido a la policía a la escena de dos asesinatos. ¿No hay indicios de que el primer asesinato esté relacionado con estos asesinatos rituales, inspector jefe?

—Ninguna, la víctima era un hombre —respondió Jellicoe.

—Ya veo. ¿Puede decirnos qué clase de médium es?

—Una impostora —susurró el padre Vaughan.

Jellicoe se volvió hacia Beloved. El sargento se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—La señorita Kerr afirma poder tener experiencias extracorpóreas. Habla con los espíritus en una sesión de espiritismo, por lo que sabemos, pero no en estas ocasiones. Dice no saber cómo ve

estas visiones. Le vienen a veces, pero no siempre, cuando está en estado de meditación.

—El viaje astral es una tontería —anunció el padre Vaughan. Kit frunció el ceño y miró hacia Beloved.

—Esas visiones —insistió Kit—, ¿eran exactas?

—No dio nombres ni direcciones, su señoría —dijo Beloved, lo que provocó un murmullo de diversión—. Sin embargo, su descripción de las personas y de los lugares donde encontramos los cadáveres fue extraordinariamente precisa.

—¿Puedo conocerla? —preguntó Kit a Jellicoe.

—Si me lo permite, me gustaría hablar con usted en privado —respondió Jellicoe.

Kit se volvió hacia el padre Vaughan. El sacerdote, hasta el momento, se había limitado a unos pocos comentarios en torno a su escepticismo hacia la médium. Miró a Kit.

—La palabra parece ser mía. Muy bien. No añadiré nada más a mis observaciones sobre Eva Kerr. En su lugar, deseo hablar sobre el satanismo tal y como entendemos este culto. Específicamente, abordaré el papel del sacrificio. Repito, este culto no tiene base espiritual. No pueden invocar los poderes de Satán más de lo que un médium que practica la nigromancia puede invocar a los muertos para preguntarles cómo están disfrutando de la vida en el otro lado.

No había ningún intento de disimular su hostilidad hacia esta práctica. Vaughan era un escéptico y quería que todos los presentes compartieran su escepticismo.

—Estas personas están bien versadas en folklore. Son estudiantes serios de ocultismo. Sus actividades a menudo encuentran expresión en la magia negra o la misa negra. Se trata de una parodia de la misa católica romana de la Edad Media. No es más que una excusa para practicar la peor de las depravaciones. En determinadas ocasiones, como los dos solsticios, la víspera de Todos los Santos y la víspera de San Walpurgis, el 30 de abril, puede dar lugar al asesinato de mujeres jóvenes y solteras. Sospecho que no muchas de las víctimas habían cumplido los veintiún años.

—¿Alguna de las fechas de las otras muertes o edades coincide con la evaluación del padre Vaughan?

—preguntó Kit.

Todos miraron a Jellicoe, pero, extrañamente, fue Betty Simpson quien habló primero. Tenía los ojos clavados en el álbum de recortes que tenía delante.

—Dios mío, la mayoría de ellos parecen estar relacionados con la Noche de Todos los Santos o la Noche de San Walpurgis. Hay una, no, dos que tuvieron lugar durante el solsticio de verano. Algunas otras fechas, también, por lo que parece. Nada sobre las edades, me temo.

Betty levantó la vista y dirigió su atención hacia los dos policías. Jellicoe asintió a Betty y luego habló.

—Solo hay dos excepciones, pero sí, todas las muertes se produjeron en las fechas mencionadas por el padre Vaughan o en torno a ellas. Solo podemos especular sobre los otros asesinatos, pero puede que fuera para acallar a las que daban problemas o alguna iniciación. Por lo que recuerdo, pocas de las víctimas tenían más de veintiún años.

Agatha había seguido la conversación con la mirada fija en cada uno de los oradores. Si la policía o Wag McDonald se preguntaban por qué había dos ancianas en la sala, Agatha acabó con sus dudas cuando habló.

—No entiendo por qué los asesinatos están relacionados con los solsticios. Seguramente esto se relaciona con los druidas. Adoran a un dios mucho más antiguo, el Sol.

El padre Vaughan levantó las manos y reconoció la verdad de esta afirmación.

—Sí, pero el satanismo y el druidismo no tienen escrituras originales que sobrevivan como las religiones monoteístas. Son construcciones totalmente modernas que utilizan textos creados en la Edad Media. De hecho, la moda del satanismo puede haber sido provocada por un reciente libro francés de Huysmans, *La-Bas*.

—¿Francés? Debería haberlo sabido —dijo Agatha—. Dudo que al Satán francés le repugne el ajo. El padre Vaughan se permitió una sonrisa.

—Dudo que el verdadero Satanás sea desanimado por cualquiera de los encantos y artimañas que estos viejos textos creen que lo ahuyentan.

—Entonces, si podemos concluir, padre Vaughan —dijo Agatha—, estos practicantes están realizando ceremonias de su propia invención. No nos estamos enfrentando a nada ni remotamente espiritual u oculto.

—Correcto. No lo estamos.

Agatha se inclinó hacia delante. Según la experiencia de Kit, esto siempre era el preludio de una pregunta de una perspicacia inusual.

—Pero ¿los practicantes creen eso?

El padre Vaughan se echó hacia atrás y sonrió. Hizo un gesto de reconocimiento a Agatha.

—No puedo asegurarlo, lady Frost. La fe es una idea extraña e incomprensible. No hay razón para suponer que muchos de los neófitos no sean verdaderos creyentes. Sin embargo, una vez que alcanzan niveles más elevados de, y utilizo la palabra con cautela, iluminación, ¿quién sabe en qué creen? Esta orden se denomina Ipsissimus. En este nivel, teóricamente, estás libre de limitaciones. Me atrevería a decir que se creen libres de moralidad. Los hombres, y debemos suponer que son hombres, que cometen estos crímenes, estarán, estoy seguro, en el nivel de Ipsissimus.

—Y siempre son las mujeres las que sufren.

Las palabras de Mary dejaron atónita a la sala. No solo porque era Mary. No solo porque era claramente la voz de una mujer joven. También porque era una afirmación contundente y no una pregunta. Hasta ese momento, había permanecido en silencio. Sin embargo, las propias palabras, la rabia reprimida en su voz y su inocencia juvenil devolvieron a todos la conciencia de lo que estaba en juego.

—Y siempre son las mujeres las que sufren —repitió el padre Vaughan a modo de confirmación. Una sensación de abatimiento se apoderó de la sala. También de rabia.

—Hacia finales de la década de 1880 —continuó Vaughan—, se formó una organización llamada la Orden Hermética de la Aurora Dorada. Se dedicaba al estudio de lo oculto. Se parecía bastante a la orden masónica en su jerarquía y prácticas de iniciación. Muchas personas de las que ustedes habrán oído hablar eran miembros. El poeta Yeats, Doyle probablemente, la actriz Florence Farr. La intención no era, creo, malévolas. Buscaban la iluminación espiritual. Los documentos de origen eran probablemente falsos, sin embargo. No obstante, mi opinión es que la Orden se disolvió a principios de siglo y sus seguidores se dividieron en varios grupos. Creo que los asesinatos que estamos viendo pueden haber sido perpetrados por un miembro de uno de estos grupos disidentes.

Silencio.

La implicación estaba clara para todos. Kit, por fin, dio voz a los pensamientos que circulaban por la sala.

—Tenemos una serie de asesinatos de mujeres jóvenes, cometidos por personas de los estratos más altos de la sociedad, encubiertos por esos mismos estratos y una investigación policial de hace dos décadas que apenas ha avanzado. Gracias, padre Vaughan. Creo que esto cubre la situación

actual. Nos da varias vías de investigación. La siguiente cuestión que tenemos que decidir es cómo vamos a trabajar juntos.

Kit se volvió hacia Agatha y Betty. Ambas estaban terminando sus respectivas copas de brandy con cierto gusto. Agatha hizo un gesto de aprobación al padre Vaughan.

—He tenido algunas ideas sobre cómo enfocar, bueno, para ser más exactos, mi tía ha sugerido algo de esto. ¿Tía Agatha?

—Ah, sí. Hablando antes con mi sobrino... —Se detuvo un momento, consciente de que Mary la miraba con recelo—. Estabas en la cama, querida, de lo contrario habrías sido bienvenida de unirse a nosotros.

Kit se encogió de hombros, mientras Mary lo miraba con recelo. Agatha continuó con sus pensamientos.

—¿Dónde estaba? Ah, sí. Está claro que estos actos viles son perpetrados por personas que pertenecen a los escalones sociales más altos, incluso a la aristocracia. Como miembro de esta clase, puedo confirmar que su habilidad para cerrar filas no tiene igual. Es poco probable que la policía haga impacto en los muros de esta ciudadela. Para continuar con la analogía, necesitamos un caballo de Troya. Mi propuesta es simple. Betty y yo vamos a tratar de convertirnos en miembros de grupos que están involucrados con el espiritismo bajo el pretexto de desear comunicarnos con nuestros maridos. Esto nos proporcionará, creemos, una posible apertura para identificar potenciales practicantes de las artes oscuras a las que se refiere el padre Vaughan.

—¿Qué le hace pensar que los grupos espiritistas están relacionados de algún modo con los satanistas? —preguntó el inspector jefe Jellicoe.

Unos instantes después, algo arrojado por Kit cayó sobre la mesa que tenía delante. Sorprendido, Jellicoe miró a Kit y recogió el objeto. Tras examinarlo unos instantes, preguntó: —¿Dónde lo ha encontrado, su señoría?

Levantó el objeto para que todos los presentes pudieran verlo. Era un collar pequeño. Algo que se pondría a una mascota. En el collar había una estrella de plata.

—Pero esto es un pentagrama invertido —dijo el padre Vaughan, inclinándose repentinamente hacia delante.

—Lo sé —dijo Kit—. Y ha estado delante de mis narices durante los últimos dos días. El collar lo llevaba un gato llamado Simpkins. Perteneció a la difunta condesa Laskov. Simpkins parece haberse mudado a mi piso. Una notable coincidencia de la que dudo que se saliera con la suya ningún escritor de novelas negras, pero verdad de todas formas.

Jellicoe miró el collar de gato. Desde el momento en que había entrado en el piso de la condesa Laskov había percibido un ambiente sobrecogedor. Las paredes le susurraban como solían hacerlo en la escena de un crimen. Sin embargo, no se había cometido ningún crimen. La muerte de la condesa había sido por causas naturales. Ahora habría que comprobarlo.

Por el momento, estaba impresionado por la situación en la que se encontraba. Una locura, en realidad. Sentado con la aristocracia de un lado y criminales conocidos del otro. Todos ellos buscando un enemigo común. Sacudió la cabeza.

—¿Inspector jefe? ¿Hay algo que quiera añadir? —preguntó Kit, observando a Jellicoe.

—Lo que usted propone es, con todos los respetos, una locura.

—¿Tiene un plan alternativo?

Jellicoe miró bruscamente a Kit. El tono había sido más duro de lo que él consideraba apropiado dada la compañía en la que se encontraban. Estaba claro que Kit no estaba de humor para disculparse. También estaba claro que no había ningún plan alternativo.

La sala quedó en silencio. Todos observaban fascinados la batalla de voluntades entre los dos hombres.

Fue el padre Vaughan quien habló a continuación.

—Es una pregunta justa, inspector jefe. Creo que la policía debería considerar aceptar ayuda de cualquier fuente disponible. Especialmente si eso significa poner fin a estos viles crímenes.

Jellicoe finalmente asintió. Su reticencia era evidente. Sin decir nada, no tenía más remedio que claudicar. Kit trabajaba para el gobierno en un asunto que podía ser de importancia nacional. Jellicoe sabía que no había más remedio que cooperar.

—Entonces, si todos estamos de acuerdo, habrá un alto el fuego. Lo que discutamos en adelante no será usado en el futuro contra los demás. ¿Sí?

Alrededor de la mesa hubo asentimientos. Kit se volvió hacia Wag McDonald y Alice Diamond.

—Vuestro papel será fundamental en la recopilación de información.

El jefe de los Elephant Boys y la líder de los cuarenta ladrones se miraron entre sí y luego a Jellicoe. Alice Diamond se aclaró la garganta. Mirando directamente al inspector jefe, dijo: —Sin salir nosotros perjudicados. ¿Verdad?

Todos se volvieron hacia Jellicoe. Asintió antes de añadir una pregunta.

—¿Cómo obtendréis esta información?

Alice Diamond sonrió. Sería justo decir que la sonrisa carecía de una cierta solemnidad que uno asocia con el bello sexo. Los ojos eran demasiado astutos, demasiado sabios, demasiado duros para permitir que esa luz entrara en el mundo oscuro e incierto en el que vivía.

—Algunas de mis chicas trabajan ahora en casas. Mis chicas tienen amigas, hermanas, primas en el servicio. Hay mucha gente.

Miró a Kit, que tomó el relevo en ese momento.

—La señorita Diamond podrá averiguar si alguna de las familias ricas con las que sus asociadas tienen contactos muestra un comportamiento, digamos, extraño. Se lo comunicaremos directamente a usted, inspector jefe.

—Si me permite la pregunta, su señoría, ¿cuál será su participación?

Kit sonrió y contestó: —Por supuesto que tiene derecho a saberlo. Tengo una lista de personas. Personas de alto rango. Quizá puedan arrojar luz sobre uno de los asesinatos de 1908. Como comprenderá, no estoy en libertad de decir más que eso. Todo lo que pueda servir para agilizar este caso, naturalmente, le será comunicado de inmediato.

No era un mensaje cómodo de comunicar. Daba la sensación de que Kit estaba apoyando la conspiración que había impedido que la noticia de esos asesinatos llegara al público.

—Como habrá supuesto, inspector jefe —dijo Kit—, necesitaremos saber más sobre la Orden Hermética de la Aurora Dorada, sus miembros y qué fue de los grupos disidentes. Estoy seguro de que Kell, del MI5 podrá ayudarnos en esto.

La reunión había llegado a una conclusión, aunque Jellicoe se sentía visiblemente incómodo. No hubo despedida entre ambas partes. Se marcharon en silencio. Solo quedaron Kit y su grupo.

El ama de llaves apareció y preguntó si había algo que pudiera traer a los invitados. Betty Simpson cogió la copa de brandy y levantó las cejas, esperanzada.

—Creo que ya has bebido bastante, mi amor —dijo Agatha.

Capítulo 15

El grupo llegó de nuevo a la residencia de Grosvenor Square hacia las ocho. El sonido de la música jazz bailaba escaleras arriba. Agatha y Natalie intercambiaron miradas cómplices que intrigaron a Kit. Miró a Mary, que enarcó las cejas.

—Parece que la fiesta está en marcha —dijo Kit—. ¿Están lady Esther y el doctor Bright aquí?

—No, su señoría, salieron a cenar hace una hora.

—¿Voy a ver al señor Fish y le pido que baje el volumen de la música? —preguntó Natalie.

Agatha sacudió la cabeza y dijo: —No, lo haré yo. —El tono era suave, no áspero ni condenatorio. A Kit y a Mary les pilló un poco por sorpresa. Unos instantes después estaban solos en el salón.

Escucharon durante unos segundos el sonido de los pasos de Agatha bajando las escaleras.

—Qué extraño —dijo Kit.

Instantes después sintió que un par de brazos le rodeaban el cuello. En una situación así, solo hay una manera de que un caballero responda, y Kit no era más que un caballero. El deber exigía una prolongada muestra de su devoción, aunque, a decir verdad, Kit cumplía con sus obligaciones con igual o mayor entusiasmo que el objeto de su afecto.

—Me interesó especialmente lo que dijo el padre Vaughan sobre la edad de las mujeres —dijo Mary unos minutos después.

—Yo también me di cuenta.

—Interesante, ¿no crees?

—La única conclusión que se puede sacar es que estoy en una posición maravillosa para proporcionarle protección contra todo tipo de espíritus malignos y malhechores.

—Requerirá un gran sacrificio de tu parte —dijo Mary.

—Te aseguro que no pensaría en mí mismo. Tu seguridad es primordial.

La conversación llegó a un prematuro final cuando se oyó abrirse la puerta principal y unos pasos en el vestíbulo. Richard y Esther entraron en el salón cogidos del brazo y riendo.

—Por lo que parece, no podéis dejar de meteros en líos. Ninguno de los dos, de hecho —dijo Bright, sonriendo.

Kit se encogió de hombros y reconoció que era cierto. Sin embargo, estaba más interesado en conocer los planes de Bright.

—Dudo que se me arregle nada antes de año nuevo. Ya estoy harto de trabajar de interino. Me gustaría algo más permanente, pero no en Harley Street.

—Seguro que encuentras un hospital que te acepte.

Bright parecía inseguro. La idea de trabajar en un hospital tenía cierto atractivo, pero era un círculo cerrado. Tampoco estaba seguro de estar preparado para la política y así lo manifestó.

—No quiero parecer el señor Micawber de David Copperfield, pero estoy seguro de que surgirá algo.

De hecho, lo siguiente que surgió quizás no era lo que Micawber tenía en mente. La tía Agatha entró en el salón. La música de abajo había cesado.

—Tía Agatha, no era necesario pedirle a Fish que dejara de escuchar el gramófono —dijo Kit.

—No lo he hecho. Últimamente se ha aficionado a leer algunas de mis novelas negras.

—Qué estimulante —dijo Kit con una sonrisa.

Agatha lo fulminó con la mirada, pero no se dignó honrar el insulto con ningún tipo de respuesta. En lugar de eso, volvió al asunto que tenía entre manos.

—¿Qué va a pasar ahora?

Kit parecía algo triste, cosa que Mary captó.

—¿Qué te pasa, Kit?

—Nada. Te lo diré mañana —contestó Kit con cierta tristeza—. Lo primero que tengo que hacer es irme, pero luego he pensado en ir a Bournemouth a ver al conde de Gresham. Podemos coger el tren del mediodía en Waterloo.

Agatha sacudió la cabeza y dijo: —Mary y tú tendréis que encargáros de eso. Quiero quedarme aquí y poner las cosas en marcha con Betty.

Kit y Mary se miraron. Aquello era una sorpresa y, si Kit había interpretado bien a Mary, lo que sin duda era cierto, planteaba todo tipo de consideraciones.

—Por supuesto, Natalie puede acompañaros —añadió Agatha un instante después.

Esto puso fin a la deliciosamente inapropiada corriente de pensamiento que viajaba a toda velocidad por las mentes de la pareja que pronto se casaría, pero no lo bastante pronto.

—Gran idea —dijo Kit con todo el entusiasmo que pudo reunir, lo que provocó un ataque de tos en Bright, que luchaba por contener la risa.

—¿Serás capaz de arreglártelas sin Natalie aquí? —preguntó Mary, con más esperanza que expectación.

La expresión de Agatha era una exquisita combinación de burla unida a la sensación de haber sido ofendida.

—Fish y yo lo hemos llevado bastante bien esta última década. No veo por qué no podemos arreglárnoslas uno o dos días más.

Una vez expuesta su opinión, Agatha hizo lo que suelen hacer las tías en estas situaciones. Se dio la vuelta e hizo una gran salida.

—Ya estás amonestada, Mary —dijo Esther, moviendo el dedo. Luego su rostro se volvió más solemne. Tenía tantas cosas en la cabeza, que decir lo que pensaba habría parecido, en el mejor de los casos, mezquino y, en el peor, cruel.

Mary percibió el conflicto dentro de Esther y le cogió la mano.

—No te preocupes, Essie. Con la ayuda de Kit, resolveremos el caso y podremos disfrutar de tus últimas semanas de libertad.

—Espero poder darte el apoyo que necesitas —dijo Kit noblemente a su amigo Bright.

—Estoy seguro de que lo harás, amigo —respondió Bright—. Sin embargo, espero que estas últimas semanas de libertad, como tú las llamas, Mary, no requieran más noches de baile en Dalton's.

—¿Fuiste a Dalton's? —La pregunta de Kit fue más acusadora que el tono o la sonrisa que la acompañaban.

Mary sonrió y se encogió de hombros inocentemente ante Kit.

—Quizá nos encontremos con mi nuevo pretendiente en Bournemouth.

—Creo que sería mejor que el honorable señor Andrews se mantuviera alejado —respondió Kit—. Harry hizo algunas reservas en Highcliffe Mansions para nosotros. Podemos usarlo como base para ver a Gresham y el otro nombre que conseguiste sonsacarle a Andrews, Mary.

—Bien hecho, Mary —dijo Esther.

—¿Quién es la otra persona de la zona que vais a ver? —preguntó Bright. Mary y Kit intercambiaron miradas. La respuesta pesaba en el corazón de Kit.

—El conde de Hertwood —respondió Kit. Su rostro pareció distante por un momento.
—Me suena su nombre —dijo Bright—. ¿Por qué lo conozco?
—Es el padre de Olly Lake.

Capítulo 16

—Lo sabía y no me lo dijo —dijo Kit, sin intentar ocultar su enfado.

Mansfield «C» Smith-Cumming esbozó una sonrisa falsa. Parecía realmente divertido por la reacción de Kit.

—Claro que lo sabía. Es mi trabajo.

—¿Y por qué no me lo dijo? ¿Por qué hacerme perder el tiempo? —Estaba inclinado sobre la mesa, mirando a «C».

—¿Cómo iba a saber si era el hombre adecuado para el trabajo?

Esto desanimó un poco a Kit. Un problema de Kit, desde la infancia, había sido su capacidad para mantener simultáneamente en su cabeza las dos partes de una discusión. Las ventajas solían superar a los inconvenientes, salvo en situaciones como esta. De hecho, se sentía realmente perdido sobre cómo responder al astuto jefe de la inteligencia británica.

Finalmente, a falta de algo más inteligente, dijo: —¿Así que era una entrevista de trabajo?

—Supongo que es una forma de verlo. Pero debo felicitarle. Lo ha resuelto en dos días.

—Hemos perdido dos días, querrá decir.

—No ha habido más contacto con nuestro preocupado secretario de Defensa, así que no me preocupa ningún retraso. De todos modos, deduzco que no solo ha demostrado unos impresionantes poderes de deducción, sino que parece haber reunido una coalición bastante inusual.

—¿Cómo lo sabe? ¿Me están siguiendo?

Smith-Cumming se encogió de hombros benignamente.

—Tengo entendido que no fui el único que tuvo esa idea —dijo Smith-Cumming.

—Esquivé al otro.

—Eso deduje. Afortunadamente, nuestro hombre se aplicó un poco más a la tarea que tenía entre manos.

Este tema de discusión se había agotado. El siguiente tema era obvio.

—¿Puedo preguntar qué más no me ha contado?

«C» le entregó a Kit una carpeta. Era más gruesa que la original. Kit la cogió y la hojeó rápidamente. Dentro estaban todas las víctimas. El horror empezó a calar hondo en Kit al ver nombre tras nombre. Todas mujeres jóvenes. Algunas tenían fotografías. Un rápido vistazo a sus fechas de nacimiento confirmó que todas tenían menos de veintiún años. Se parecía mucho a la que Jellicoe había traído el día anterior.

—¿Cómo se mantuvo algo así en secreto? Empequeñece lo que hizo Jack el Destripador.

«C» se quitó el monóculo y lo limpió. Volviéndolo a colocar, estudió a Kit.

—Una analogía obvia. Quizá haya alguna comparación, estoy de acuerdo. En cuanto a por qué se ha mantenido en secreto, Kit, ¿realmente necesita que le responda?

Kit negó con la cabeza. La respuesta estaba demasiado clara. Aparentemente había consideraciones prácticas. El deseo de evitar que cundiera el pánico. Un deseo aún mayor de desalentar los asesinatos por imitación o la habitual colección de idiotas que quieren confesar. Sin embargo, una razón más objetable había surgido hacía tiempo en la mente de Kit.

Se hizo el silencio en el despacho. Un pájaro se posó en el alféizar de la ventana y graznó. Ambos hombres se volvieron hacia el pájaro y luego hacia el otro. Smith-Cumming, como Kit,

procedía de la alta sociedad. Su padre era banquero. Se había casado con una heredera. Los crímenes que investigaban habían sido cometidos por gente como ellos.

—Dios no permita que la clase baja no se entere de que sus superiores están convirtiendo sus asesinatos en una práctica habitual —dijo Kit.

—Yo no lo habría dicho así, Kit —dijo «C»—, pero en esencia es correcto.

Los dos hombres volvieron a mirarse. Mansfield Smith-Cumming hacía de las muñecas rusas el epítome mismo de la transparencia. Evidentemente, Kit había recibido de «C» todo lo que podía darle.

—¿Cuál es su plan?

Kit se levantó y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo y se dio la vuelta.

—Voy a Bournemouth. Tanto Gresham como Hertwood viven relativamente cerca.

—Hertwood —dijo «C» sombríamente—. Podría ser una conversación incómoda. Tengo entendido que no ha aparecido por Sheldon's desde principios de año.

—No se le puede culpar.

—¿Está seguro de que no está compinchado con su hijo?

—Dígamelo usted —contestó Kit.

Smith-Cumming se echó a reír. Empezó como un gruñido, pero se convirtió más bien en una risita.

Miró a Kit cariñosamente.

—A decir verdad, no lo sabemos. Creo que es poco probable. Tenemos a un hombre vigílándolo, por supuesto, por si Olly Lake reaparece. No estoy seguro de qué clase de bienvenida tendrá, dado que desenmascaró a su hijo como anarquista.

—Resulta que estaba pensando lo mismo. Con este fin, tengo una petición que hacerle.

—Por supuesto. Si puedo ayudarle, lo haré.

Una de las grandes cualidades de Mansfield-Cummings era que nadie, ni siquiera aquellos con los que no estaba de acuerdo, podía enfadarse con él durante mucho tiempo. Su reacción a la petición de Kit fue reírse durante varios minutos. No fue el único que se rio.

*

Al bajar las escaleras, Kit llamó a Spunky Stevens. Su amigo miraba distraídamente por la ventana hacia el parque. Kit se acercó por detrás y observó lo que miraba su amigo. La joven en cuestión paseaba a su perro.

La acompañaba una formidable mujer mayor vestida de tweed de combate. Su mirada ya había hecho correr a dos hombres que habían cometido el atroz delito de quitarse el sombrero.

—La veo con bastante frecuencia a esta hora —dijo Spunky, sintiendo la presencia de Kit.

—Veo que está bien defendida.

—Armamento pesado. No creo que un asalto frontal tenga éxito.

—Puede que sea necesario un ataque de flanco.

—Estoy en ello —dijo Spunky dándose la vuelta mientras la joven y su tía-madre-guardiana desaparecían de la vista.

Kit mostró a Spunky el archivo que le había dado «C». Siguieron unas palabras poco propias de Spunky que confirmaron que todo esto era nuevo para él. Kit le creyó. Era muy probable que «C» hubiera ocultado esta información a Spunky. Kit mencionó la prueba a la que le había sometido «C». Esto hizo reír a Spunky.

—Ya sabes cómo es el viejo. Ruedas dentro de ruedas.

—Lo sé demasiado bien —dijo Kit—. Me sorprende que Alba no te haya mencionado nada.

—Sí, bueno, eso ya se ha acabado. Volvió con su prometido. La boda es en enero.

Sería justo decir que Spunky estaba soportando con entereza el final de su aventura amorosa, así que Kit decidió que no tenía mucho sentido mostrar simpatía.

—¿Recibiste una invitación?

—Curiosamente, no. Dime, viejo amigo, ¿en qué estás trabajando con la tía Betty? La llamé ayer por la tarde y me dijo que está mano a mano contigo en este caso. No me dijo exactamente en qué. Tengo que decir, Kit, que deberías avisar a tu amigo con un poco de antelación en estas cosas. Me sentí como un maldito tonto.

—¿Estás preocupado?

—No, ni mucho menos. Ella y tu tía probablemente han olvidado más de estas cosas de lo que nosotros nunca sabremos.

Kit se sorprendió, pero tenía otras cosas de las que hablar con su amigo. Se quedó otros diez minutos antes de bajar las escaleras y salir a Holland Park. Observó con cierta diversión que el objeto de la atención de Spunky caminaba hacia él. Seguía acompañada de su labrador y de la señora mayor, que Kit juzgó de peso welter.

Para divertirse, Kit levantó noblemente el sombrero ante ambas y fue recompensado con una dulce sonrisa y dos fruncidos de ceño: uno de la mujer mayor y otro, para no variar, del perro. Mientras pasaban, Kit miró hacia la ventana del tercer piso de la villa del Servicio Secreto de Inteligencia. Spunky le sonrió y saludó. Kit saludó a su amigo, riéndose.

*

La estación de Waterloo seguía siendo una obra en construcción en su mayor parte. La estación estaba situada en Waterloo South Bank, cerca del Támesis. Mientras caminaba hacia la entrada, Kit se maravillaba de cómo una estación tan concurrida podía funcionar en lo que parecía un caos. La construcción del arco de la victoria aún estaba incompleta, lo que obligó a Kit a tomar otro camino para llegar a la estación principal.

Al llegar al vestíbulo principal, vio a Mary de pie con Natalie bajo el gran reloj de cuatro esferas recién instalado. Algunas otras personas habían tenido la misma idea de utilizar la posición justo debajo del nuevo reloj como punto de encuentro. No fue difícil identificar a las dos jóvenes. Ambas atraían la atención de muchos transeúntes. Mary llevaba un abrigo color camello. Cada una llevaba un sombrero cloche. Natalie iba vestida de negro de pies a cabeza. A sus pies había dos pequeñas bolsas de viaje. Aunque Natalie era ligeramente más alta y Mary más delgada, desde lejos podrían haber pasado por hermanas.

Mary saludó y sonrió al ver llegar a Kit. Aquella sonrisa. Nunca se cansaba de verla. Mientras consideraba su manifiesta buena suerte, una oscura sombra cruzó su mente. Pensó en las jóvenes mujeres asesinadas. Sintió un frío escalofriante durante unos instantes. Lo suficiente para que Mary viera el cambio. Sus ojos se entrecerraron momentáneamente.

—¿Estás bien?

—Sí, cariño —respondió Kit, sin avergonzarse de decir una mentira. Sonrió y señaló en dirección al andén—. ¿Vamos?

Mary no parecía creerle, pero otro pensamiento entró en su mente.

—¿No viene Harry con nosotros a Bournemouth?

Kit levantó la segunda maleta y sonrió enigmáticamente.

—Sí, pero nos veremos allí.

Esto era convenientemente ambiguo y obviamente estaba diseñado para irritar una curiosidad tan inmensa como la de Mary. Y así fue. Justo cuando Mary estaba a punto de sacarle una

confesión a Kit con su paraguas, vio una media sonrisa en su rostro. Mary se contentó con apuntar la punta del paraguas al pecho de Kit.

—Si no me cuentas lo que te pasa por la cabeza cuando estemos en el tren, no querrás saber lo que te voy a hacer con este paraguas.

El viaje en tren duró dos horas y media. Kit, Mary y Natalie se sentaron juntos en un vagón con un vicario, una institutriz y lo que parecía un oficial retirado del ejército. No hacía falta ser adivino para saber qué pensaba Mary de sus compañeros de viaje. Al final del viaje, Kit le preguntó.

—¿Cuál era el asesino?

—El hombre que se hacía pasar por vicario.

—¿Cómo?

—Sus manos.

—Noté que eran dos —dijo Kit—. ¿Me he perdido algo más?

—No eran las manos de un vicario —dijo Mary.

—¿Cómo son las de un vicario?

—Más delicadas. Refinadas. Eran las manos de un estrangulador. O de un obrero.

—¿Hay alguna diferencia en tu mundo? —dijo Kit, mientras salían de la estación. Fuera, Kit llamó a un taxi.

Mary sonrió a su prometido y dijo: —A veces careces de imaginación.

—He descubierto que las pruebas suelen funcionar mejor para condenar a nuestros criminales.

—La imaginación es a las pruebas lo que las estrellas eran a los antiguos marineros —replicó Mary primorosamente. Ambos reían mientras el taxi les alejaba de la estación. El trayecto hasta el hotel duró solo unos minutos.

Highcliffe Mansions dominaba las arenas doradas de Bournemouth. Estaba encaramada en lo alto del acantilado, con una vista que lo abarcaba todo, desde el muelle y la playa hasta un horizonte de mar azul. Si fuera verano.

Mary se acercó todo lo que pudo al borde y oteó el horizonte. El viento le daba en la cara. Tuvo que agarrarse el sombrero cuando una ráfaga amenazó con volárselo. Su risa onduló en el aire como el burbujeo del agua en un arroyo.

Se dio la vuelta y miró las paredes encaladas del hotel, que se erguían con toda su crudeza sobre el cielo despejado de las primeras horas de la tarde.

—¿Nos registramos en nuestra habitación? —dijo Mary con una sonrisa sugerente en los labios.

—Habitaciones.

—Ah, sí, me olvidaba de Natalie.

Kit enarcó las cejas al ver a su prometida dirigirse hacia la entrada del hotel.

—Claro que sí —se dijo Kit mientras seguía a las dos mujeres al interior.

Después de recibir sus llaves, Kit y Mary subieron las escaleras, cogidos de la mano.

—¿A qué hora nos espera el conde?

—A las siete, creo.

—¿Cuándo veremos a Harry?

—Sospecho que no será hasta mañana a esta hora.

Llegaron a su planta y caminaron por el pasillo. Mary miró la alfombra. El diseño era un horrible escudo rojo oscuro y pan de oro. Se dio cuenta de que no le interesaba demasiado. Mirando hacia arriba, se dio cuenta de que los cuadros de la pared eran una mezcla de paisajes y arte ecuestre. Tampoco le interesaban.

De hecho, toda su atención se centraba ahora en su respiración. Inexplicablemente, se estaba

convirtiéndose en todo un reto. Quizá tuviera algo que ver con el hecho de que su corazón latía como el bombo de una banda de música. Sintió una ligera corriente de aire en la cara que le produjo un ligero escalofrío en todo el cuerpo.

Llegaron a sus respectivas habitaciones.

—Espero que Natalie venga pronto con tu maleta —dijo Kit, alegremente. Mary sonrió a Kit.

—Creo que tardará un poco.

Kit frunció el ceño con una atractiva mezcla de diversión y curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque es francesa.

Capítulo 17

La motocicleta avanzaba por la carretera a ochenta kilómetros por hora. Miller estuvo tentado de ir más deprisa, pero decidió no hacerlo. El riesgo de encontrarse con una vaquilla paseando perezosamente por la carretera era demasiado grande. El viaje desde Londres había comenzado muy temprano por la mañana y le había llevado por zonas de Londres que se alegraba de haber dejado atrás.

Ahora estaba en el campo y su ánimo aumentaba en correlación directa con cada kilómetro que se alejaba de la capital. El cielo estaba despejado. Las estrellas brillaban con intensidad y la luna actuaba como un foco gigante.

Ya fuera por la oscuridad, por el vacío de las carreteras o por algo aún indiscernible, el viaje era para Miller una oportunidad para pensar. Por mucho que disfrutara estando con su señor, se preguntaba qué le depararía el futuro. La boda tendría lugar en febrero. Sin embargo, no se había mencionado cómo o dónde vivirían todos.

No es que estuviera dispuesto a marcharse. Ni mucho menos. Le gustaba demasiado el trabajo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Y entonces volvió a pensar en esta noche. No, el trabajo había demostrado ser lo mejor que le había pasado nunca. El miedo desgarrador que había sentido aquella noche de hacía tres años, cuando se había arrastrado hasta la tierra de nadie, cambió dos vidas para siempre.

El aire fresco del campo y la ausencia de gente atrajeron a Harry Miller, nacido casi veintisiete años antes en Peckham. El olor del aire era diferente. Miller se dio cuenta de que no podía beber lo suficiente. Parecía teñido de azul o verde. Una forma de vida independiente, igual que los árboles, el ganado y los cultivos por los que pasaba.

En ese momento, Miller se sintió tan feliz como no recordaba haberse sentido. Pero la felicidad es efímera. Hay que besar la alegría mientras revolotea, escribió el poeta. Miller recordó que su señor había citado un poema de un tal Blake. Miller estaba de acuerdo con el sentimiento. El momento en que nos sentimos más felices suele ser el momento en que aparece la primera nube.

Así le ocurrió a Miller. La imagen de Ida acudió a su mente, como ocurría a menudo esos días. Aquellos días en París parecían haber pasado hace toda una vida. Miller apartó sus pensamientos de ella y volvió a la carretera. Conducir una moto era divertido, aunque un poco peligroso. Tenía que concentrarse en lo que tenía delante.

Unos veinte minutos más tarde, tres horas después de haber salido, Miller vio la primera señal de que se acercaba a su destino. En la cresta de una colina, vio unas grandes piedras erguidas. Miller aminoró la marcha para ver mejor Stonehenge. Había oído hablar de él, por supuesto. Su educación básica le había dado algo de historia. Cuando su señor le habló de la nueva misión, fue a la biblioteca y averiguó un poco más.

Se detuvo a un lado de la carretera y bajó de la moto. Momentos después, trepaba por la valla baja del perímetro y subía por la ligera pendiente hasta las piedras. Pudo ver algunas lámparas de peregrinos a lo lejos. Se detuvo y se sentó en la hierba a unos cincuenta metros del perímetro exterior del círculo prehistórico. Eran alrededor de las tres y cuarenta de la mañana. Una fina niebla cubría la base de los monolitos de piedra.

A medida que se acercaba el amanecer, aumentaba el número de personas que llevaban lámparas. Había una mezcla de hombres y mujeres, pero no más de treinta o cuarenta en total. La

mayoría llevaba abrigos. Un pequeño grupo de unas cinco personas vestía túnicas blancas. Sus rostros estaban ocultos por lo que Miller supuso que eran barbas postizas. Los miró y sintió ganas de reír. Pero decidió que no sería una buena idea. Levantándose de mala gana de la hierba, caminó lentamente hacia los peregrinos.

A cada paso que daba sentía que le recorría un estremecimiento extraño y enfermizo. Metió la mano en el bolsillo y buscó la presencia tranquilizadora del metal, las llaves de su motocicleta. Miller vio que otros rezagados como él se acercaban al círculo de piedras. Fue un alivio.

Las cinco figuras con túnica estaban ahora en el centro del Stonehenge. Miller sintió que la luz empezaba a cambiar. La noche empezaba a dar paso al día. Un ligero viento surgió de la nada. El único sonido que oía era el chasquido de las lámparas contra los postes y el susurro de las hojas de los árboles. Nadie le miró cuando entró en el círculo. Todos los ojos estaban fijos en los sacerdotes.

Lo extraño de lo que estaba presenciando era aún más espeluznante por la ausencia total de ruido. Le dio la sensación de que algo inhumano era inminente. Sintió un cosquilleo en la piel y las palmas de las manos empezaron a sudarle un poco a pesar del frío. En realidad, si hubiera podido huir, lo habría hecho, y no era un hombre que se dejara llevar fácilmente por el miedo. Pero sus piernas estaban paralizadas, aunque su corazón seguía latiendo con fuerza.

Cuando los primeros rayos de sol atravesaron las piedras, uno de los sacerdotes druidas lanzó un grito que hizo que Miller se sobresaltara. Se agachó inmediatamente, preparado para luchar, huir o ambas cosas.

El equinoccio de otoño había comenzado.

Varios de los presentes se unieron al cántico. Miller miró a un hombre que estaba cerca de él. Intercambiaron miradas. A su lado había una mujer joven y atractiva, de larga cabellera dorada y vestida a la sajona. A diferencia del hombre que la llevaba de la mano, ella cantaba con los demás. El hombre se dio cuenta de que Miller estaba tan perplejo como él por todo aquel asunto. Su boca esbozó una media sonrisa y puso los ojos en blanco, como hacen los hombres cuando saben que su media naranja probablemente tiene razón, pero no ven cómo. Una mezcla de deber, incertidumbre y deseo de una vida fácil le impidió seguir indagando.

Miller asintió y dijo: —Buena suerte.

El hombre le devolvió la sonrisa y le dio las gracias.

Los cánticos alcanzaron su clímax, literalmente, si nos atenemos a la expresión de algunas personas. El nivel de excitación de la multitud era máximo y algunos de los peregrinos empezaron a bailar cuando el sol apareció a la vista. Esto tuvo el extraño efecto de relajar a Miller, que pudo centrar su atención en los aparentes líderes de este excéntrico grupo de adoradores del sol.

Tras una hora de cantos insoportables y cánticos incomprensibles, los juerguistas empezaron a desaparecer. Ya fuera por agotamiento o, más probablemente, por la disminución de su público, los sacerdotes druidas decidieron poner fin a la ceremonia.

Miller los siguió a distancia. Por suerte, era uno entre muchos. Al parecer, los druidas modernos confiaban menos en ser transportados por espíritus celestiales que en los modernos automóviles. Y chóferes. Miller los observó desvestirse en sus coches, memorizando todo lo que pudo de los individuos y anotando detalles de sus coches.

Observó cómo todos los druidas se marchaban en un convoy antes de volver sobre sus pasos hacia las piedras y luego hacia donde había escondido su motocicleta. En el monumento quedaban algunos rezagados, pero la llanura estaba casi vacía. En pocos minutos, Miller se puso de nuevo en camino.

Su viaje le llevó al sur, hacia Salisbury. La aguja de la catedral se vislumbraba. Eran alrededor de las siete de la mañana y el pueblo aún dormía. Miller aparcó su bicicleta en Choristers Square y se sentó en los jardines de la catedral. Una hora más tarde abrieron los salones de té del campanario y pudo desayunar. Aunque repuesto, la falta de sueño le estaba afectando. A las nueve ya estaba de vuelta en su motocicleta y se dirigía a su próximo destino: la finca del conde de Hertwood.

El trayecto duró alrededor de media hora. Parte de la gran finca invadía el New Forest. Miller había recibido instrucciones específicas de Kit sobre dónde ir a descansar. De las indicaciones de Kit se desprendía claramente que conocía muy bien la zona. Había pasado allí muchos veranos con su amigo Olly Lake. Miller no tuvo problemas para localizar la pequeña cabaña en medio del bosque. Según Kit, había sido construida casi dos décadas antes por él y su antiguo amigo.

La cabaña tenía unos cuatro metros cuadrados y estaba apoyada contra uno de los grandes robles. Miller llevó la moto al otro lado del roble e hizo un pequeño fuego con palos y hojas. Le quedaba una larga espera. Sabía que no tenía sentido negarse a dormir. Después de calentarse lo suficiente, apagó el fuego. Entró en la cabaña, se acomodó en un lecho de hojas y se puso cómodo.

Durmió con facilidad. Un sueño profundo y sin sueños.

Fue el crujido de las ramas lo que le despertó. Se incorporó sobresaltado. En la puerta había un hombre mirándole. Era difícil distinguirlo con el somnoliento, pero a Miller le pareció que sostenía un rifle.

Capítulo 18

—Parece que está aquí —dijo Agatha señalando una gran casa adosada. Las dos damas acababan de atravesar Regent's Park y las calles arboladas de St John's Wood. A ambos lados de la calle había casas grandes.

—Tengo entendido que esta zona está mejorando.

—¿En serio? —respondió Betty—. Yo hubiera creído todo el contrario. Imagino que está llena de artistas, escritores, actores y demás. Lo cual no está mal, supongo.

Agatha miró a su amiga y supuso que no significaba nada de eso.

Betty Simpson aminó la marcha cuando pasaron por delante de la casa que había visto Agatha. Pudieron ver a algunas personas que llegaban a la entrada, lo que les confirmó aún más que estaban en el lugar correcto.

—Allí —dijo Agatha, señalando una plaza de aparcamiento.

—Sí, no soy ciega, querida.

—Solo intento ayudar. No hace falta que seas así.

—Sé que solo intentas ayudar, pero si pudieras suponer un mínimo de inteligencia por mi parte, sería un gran consuelo para mí.

Agatha miró a la que era su amiga hacía más de sesenta años y se encogió de hombros. Aquello formaba parte de su discurso diario. Metió la mano en el bolso y sacó una pequeña petaca de plata. Era un poco más grande que su mano y brillaba con la luz. Agatha se la mostró a Betty.

—Para darme fuerza.

—Buena idea.

Betty aparcó el coche y sacó de su bolso una petaca parecida. Chocaron las petacas y se prepararon espiritual y emocionalmente para la batalla. Adecuadamente fortificadas, salieron del coche como dos tías que acuden a una sesión de espiritismo, que en este caso lo eran.

Mientras se acercaban a la casa, Betty susurró: —¿No crees que tiene una cierta atmósfera?

—No, querida.

La casa era una mansión baja con una entrada para carruajes y una verja de hierro. Había cuatro personas bien vestidas charlando fuera. Ninguna tenía menos de cuarenta años. El grupo estaba formado por tres mujeres, dos de ellas al menos tan maduras como las dos tías, y un hombre igualmente maduro.

—No reconozco a ninguno —dijo Agatha en un susurro.

—Yo tampoco —coincidió Betty.

Las dos señoras fueron recibidas con sonrisas por el grupo que estaba fuera de la casa. Agatha y Betty pusieron sus caras más alegres para el grupo y pronto todos estaban subiendo un puñado de escalones hacia la casa.

Betty dio a la puerta un fuerte golpe que podría haber hecho tambalear los cimientos de una casa menos sólida. Recibió un gesto de aprobación por parte de Agatha. No tenía sentido mantener su llegada en secreto. Este método le había servido a Betty durante décadas y, una vez más, funcionó a las mil maravillas. El sonido de los pies corriendo hacia la puerta fue claramente audible para los divertidos espectadores en el umbral.

—Nunca falla —confirmó Agatha, señalando con la cabeza a los demás. La importancia de establecer desde el principio quién estaba al mando era un artículo de fe para Agatha.

—¿Ustedes han hecho esto antes? —preguntó Betty a los invitados cuando un mayordomo abrió la puerta.

El hombre y dos de las mujeres mayores asintieron. La más joven parecía un poco avergonzada y nerviosa. Estaba claro que era la primera vez.

Entraron en la casa. El vestíbulo estaba decorado, del suelo al techo, en el actual estilo art déco. Agatha hizo todo lo posible por no parecer horrorizada. El fracaso era inevitable y no pudo evitar decir: —Dios mío.

Esto no quiere decir que Agatha fuera en absoluto contraria al estilo art déco. De hecho, había bastantes muebles en la residencia de Agatha en Grosvenor Square que cualquier ojo perspicaz habría etiquetado alegremente como parte de este movimiento sin temor al reproche de su anfitrión. Sin embargo, ante tan singular falta de variedad, el impacto de la decoración resultaba abrumador, probablemente vulgar y ciertamente falto de gusto. Una mirada de Agatha a Betty reforzó la impresión que ambas tenían de que era poco probable que la investigación avanzara mucho.

El mayordomo las condujo a un gran salón. Les recibieron un hombre y una mujer que se presentaron como Rupert y Dorothy Bell. La pareja tenía una edad indeterminada, entre cuarenta y sesenta años. O aparentaban más de edad o estaban bien conservados.

—Me alegro mucho de que hayan venido —dijo Rupert Bell a sus invitados. La pareja mayor era obviamente conocida por los anfitriones, lo que sugería que ya habían estado antes. Todos los demás parecían ser nuevos.

—¿Puedo invitar a alguien a una copa? —preguntó Rupert Bell, claramente dispuesto a causar una buena impresión a sus invitados o, al menos, a insensibilizarlos. Su esposa, mientras tanto, permanecía ligeramente distante del grupo y nadie intentaba hablar con ella. Agatha temía, con razón, que ella fuera la médium.

Siempre se advierte que no hay que juzgar un libro por su portada. Agatha nunca había seguido esta regla y nunca lo haría. Al igual que los libros, su apariencia era una ventana al contenido. Podía ser emocionante, ingenioso e inteligente, o podía ser aburrido, derivado y superficial. Dorothy Bell ya había causado una mala impresión con su gusto por la decoración de interiores. Su sentido del vestir, por lo que respecta a las dos damas, no hacía sino aumentar la impresión de que la señora Bell pertenecía a la segunda categoría.

La médium vestía un largo blusón negro con una diadema dorada adornada con una pluma de dimensiones tan exuberantes, que era totalmente posible que un avestruz estuviera vagando por el zoo de Londres, en ese mismo momento, tiritando del frío de finales de septiembre.

Fumaba, con cierta floritura, todo hay que decirlo, un cigarrillo unido a una pitillera de notable longitud. Se había maquillado el contorno de los ojos con una intensidad tan demoníaca que hasta Theda Bara habría pedido agua y jabón.

Agatha miró hacia Betty. Su amiga o bien era vidente o bien pensaba como ella. Unos minutos más tarde, provistos de brandy, los invitados se sentaron. Con un gesto del anfitrión, el mayordomo apagó las luces.

La sesión iba a comenzar.

El grupo puso las manos sobre la mesa. Excepto por el sonido de la respiración, hubo silencio durante dos minutos. Entonces Dorothy Bell habló. Si su aparición había hecho poco por inspirar confianza en la credibilidad de la reunión, sus siguientes palabras destrozaron cualquier esperanza que pudiera quedar.

En una especie de entonación chamánica y temblorosa, como si estuviera invocando a los

muertos, cosa que, para ser justos con ella, estaba haciendo, la médium dijo: —Tengo la conciencia de alguna presencia aquí.

«De idiotas», pensó Agatha. «Unos completos idiotas».

*

—No sé en qué estaba pensando tu amigo Doyle al enviarnos allí —dijo Betty después, mientras volvían hacia el coche.

—Una completa pérdida de tiempo —convino Agatha, deteniéndose en medio de la calle—. Se lo diré a Doyle. Es cierto que no ha visto a los Bell en persona, y era todo lo que podía organizar en el tiempo de que disponía. Mañana tenemos otra sesión en Chiswick.

Un coche giró en la calle y se dirigió hacia ella. Tocó el claxon, y menos mal. El ruido despertó a Agatha de sus pensamientos y se apresuró a avanzar de nuevo.

—¿Qué miras, querida? —preguntó Betty, consciente de la mirada de desaprobación de Agatha.

—¿Quieres que conduzca?

—Por supuesto que no.

—El tercer brandy era bastante grande.

Betty no parecía dispuesta a seguir debatiendo el tema y ambas subieron al coche. Había oscurecido y empezaba a anochecer.

—¿Qué hace Kit hoy?

—Ha ido a interrogar a Gresham en Bournemouth con Mary. Betty miró a Agatha y sonrió.

—¿Sí? —preguntó Agatha, dándose cuenta de la reacción de su amiga.

—¿Crees que es prudente?

Capítulo 19

Wessex Mansions fue la residencia del VI Conde de Gresham. La casa solariega se construyó en el estilo jacobino del siglo XVIII. Los jardines, a diferencia de los de Cavendish House, fueron diseñados por Capability Brown, y no por un pariente lejano. Enclavada en dieciséis millones de metros cuadrados de campo, la casa estaba rodeada de bosques, y solo unos minutos después de entrar en la finca se divisó la imponente casa.

—Así que esta es la casa de Bobby Andrews —dijo Mary, mirando a Kit con una sonrisa irónica.

—No está mal si te gustan esas cosas.

Mary no contestó. La pareja se miró y esbozó una sonrisa de complicidad. El taxi los dejó en la entrada, donde fueron recibidos por el conde y su esposa, la condesa Gresham.

Tanto el conde como la condesa rondaban los cincuenta. Mientras que él era poco agraciado, pero de aspecto amable, su esposa era una belleza. Nieta de un noble español, su piel conservaba un toque aceitunado mientras que los ojos eran negros como la noche. Las damas intercambiaron besos mientras los hombres se daban un breve apretón de manos.

—Un placer conocerlos, Aston, lady Mary —dijo Gresham, besándole noblemente la mano. Entraron y Mary se llevó una sorpresa al llegar al salón.

—Hola, Mary —dijo Bobby Andrews. Sus ojos oscuros parecían aún más oscuros de lo que Mary recordaba. Se preguntó si estaría enfadado con ella. Tenía todo el derecho a estarlo. Se inclinó, pues era tan alto como Kit, para besarla en la mejilla. Mary lo aceptó con una sonrisa avergonzada. Se preguntó si les habría dicho algo a sus padres.

—Hola, Aston —dijo Andrews. Había poca calidez en el saludo, lo que no preocupó ni un ápice a Kit. Sin embargo, más preocupante era el hecho incontestable de que Andrews era un hombre apuesto. Mantuvo el contacto visual con Kit mientras se saludaban. Los dos hombres estaban junto a la chimenea. En la repisa de la chimenea, Kit vio una fotografía de un batallón del ejército. La miró y luego volvió a mirar a Andrews.

—Fue tomada justo antes de Amiens, en 1918 —explicó Andrews.

Los hombres de la fotografía parecían agotados. Andrews tenía la cara desencajada y parecía una sombra del hombre que tenía delante. Kit asintió a Andrews, pero no dijo nada. Se reunieron con los demás para tomar un cóctel antes de la cena. La conversación fue ligera e intrascendente. No se habló de druidas ni de la guerra, aunque sí de los progresos del movimiento sufragista.

El asunto clave de la noche quedaría para más tarde.

La cena consistió en cinco platos. Había tanta comida que Mary se saciaba al segundo. A Kit, por su parte, se le había abierto el apetito tras la tarde y disfrutó enormemente de cada plato. Sabiamente, se abstuvo de beber demasiado vino. Quería mantener la mente despejada para más tarde.

Fueron dos horas muy agradables. Gresham era un hombre humilde y se alegraba de dejar la palabra a su mujer y a su hijo. Esto dio tiempo a Kit para evaluar al honorable señor Andrews. Lo que vio, para su decepción, le gustó. Esperaba que fuera un donjuán. No le decepcionó. Sin embargo, estaba claro que el joven era algo más que atractivo y encantador. Ahora era más difícil interpretar a Mary. Parecía incómoda. Kit sospechaba que le remordía la conciencia.

La cena terminó antes de las diez. La condesa señaló el final levantándose de la mesa y sugiriendo que Bobby y Mary se reunieran con ella en el salón. Así Kit y Gresham tendrían

tiempo para charlar mientras tomaban un brandy. Kit sonrió a la condesa e hizo un gesto de gratitud.

Dentro del salón, la condesa, intuyendo que su hijo deseaba estar a solas con Mary, inventó una excusa para ir a hablar con el personal. Sonrió y dejó la estancia a Mary y Bobby Andrews.

—Bobby —empezó Mary.

—No tienes que decir nada, Mary —respondió Andrews.

—Los dos sabemos que no es así. Me comporté de una forma descarada y lo siento.

—No te has portado mal, Mary. Conocía tu situación y te perseguí de todos modos.

—Aun así, Bobby —dijo Mary avergonzada. Se sentía desgraciada. La velada había sido agradable y Andrews había demostrado ser un amable anfitrión y ahora un verdadero caballero. Tal vez en otro tiempo esto hubiera sido suficiente. ¿Acaso siempre herimos a quienes menos merecen sufrir? Así le pareció a Mary en aquel momento. Tanto Kit como Bobby Andrews, de diferentes maneras, habían sido heridos por sus acciones. Una vez más, se le ocurrió que investigar el crimen tenía consecuencias emocionales que no se había dado cuenta que la afectarían tanto.

—Aun así, Mary, nada. No hablemos más de esto. Sí, me ha dolido un poco. Ciertamente estoy bastante celoso, pero también aliviado. Si Kit no hubiera sido el hombre que te mereces, me habría enfadado. Sé por otros, porque, créeme, he indagado, que Kit es el mejor de los hombres. Espero que se dé cuenta de lo afortunado que es.

Los intentos de Mary por evitar que se le saltaran las lágrimas fueron en vano. Sintió que Andrews la abrazaba y le besaba suavemente la coronilla. Al cabo de unos instantes la soltó y se miraron durante un momento. La oscuridad de sus ojos no podía ocultar parte del dolor que sentía. Ella también sintió algo de ese dolor.

La puerta del salón se abrió indicando el regreso de la condesa. Los tres se sentaron y esperaron a que terminara la entrevista de Kit con el conde. La espera no fue larga. Mary lo agradeció. Ahora se sentía incómoda. La culpa y la curiosidad no eran buenas compañeras de cama. Estaba impaciente por volver al hotel. Muy impaciente.

La puerta se abrió y Kit entró seguido de Gresham. Kit parecía enfadado. Lo disimulaba bien, pero Mary conocía las señales. Cuando salieron unos minutos más tarde para tomar el taxi de vuelta al hotel, Mary se volvió hacia Kit y le dijo: —Dime. ¿Qué ha pasado?

*

—Winston me llamó hace un par de días para avisarme de que vendría —dijo Gresham, sentado a solas con Kit.

Fue lo primero que dijo Gresham después de que se marcharan los demás.

—¿Dijo algo más? —preguntó Kit.

Esto pareció confundir al anciano, que negó con la cabeza.

—No me dijo que mintiera, si es eso lo que quiere oír —dijo Gresham. Había una sonrisa en su rostro que atenuaba la mordacidad de su comentario.

Kit se rio y dijo: —Me alivia oírlo, señor. —A continuación, sacó del bolsillo dos fotografías. Una mostraba a Churchill entre los druidas. Luego mostró la otra, en la que aparecía la joven de pie a un lado del grupo.

—¿Recuerda haber visto a esta mujer?

Gresham se tomó unos instantes para mirar las fotografías. Luego miró a Kit y negó con la cabeza.

—Me temo que no recuerdo a esta mujer. De hecho, no recuerdo a ninguna mujer del grupo. Debo confesar que estaba un poco bebido.

Kit estudió el rostro de Gresham mientras decía esto. Parecía un poco avergonzado por todo aquello.

O, tal vez era que había estado un poco pasado de copas.

Las indagaciones de Kit sobre el tema resultaron infructuosas. Confirmó su preocupación de que muchos de los asistentes a la ceremonia no se conocían entre sí. Y lo que era aún más preocupante, los sacerdotes druidas no se revelaron en ningún momento. Seguían siendo un misterio.

Gresham confirmó la presencia del padre de Kit y del conde de Hertwood. Ninguno se había quedado una vez concluida la ceremonia. Todos se habían reunido con Churchill en el palacio de Blenheim para tomar un aperitivo. Gresham enarcó las cejas al pronunciar la palabra «aperitivo» para indicar que, probablemente, se estaban embriagando aún más.

—La ceremonia de los druidas fue un poco chapucera. Creo que Winston pensó que sería más divertido. En cambio, todo fue un poco ridículo. Los tipos disfrazados parecían tomárselo todo un poco en serio. Al final nos alegramos de volver al asunto principal de la noche.

—¿Cuál era?

—Celebrar el inminente compromiso de Winston.

—Deduzco que le propuso matrimonio al día siguiente.

—Sí, maldita suerte también. Sonny Masterson lo sacó de la cama a tiempo, de lo contrario Clemmie habría estado de camino a casa. Diría que tenía un poco de resaca cuando le hizo la pregunta. Aun así, si ella se dio cuenta, obviamente no le importó.

Lamentablemente, Gresham no pudo añadir más nombres a la lista. Estudió las fotografías una vez más y sacudió la cabeza con frustración. Señaló a las personas que sí conocía.

—¿Volvió Hertwood al palacio con usted?

Gresham pensó por un momento en la noche de hacía doce años. Era evidente que le costaba recordar y así lo admitió.

—No lo creo. De hecho, no estoy seguro de que conociera tan bien a Winston. No recuerdo que se hablaran. —Volvió a mirar la fotografía de grupo antes de añadir—: No está en el grupo principal, por lo que veo, aunque aparece en esta. ¿No está de pie junto a la mujer que mencionaste?

Kit volvió a mirar la foto y se dio cuenta de que sí. Miraba hacia otro lado, por lo que habría sido difícil identificarlo.

—Entonces, aparte de las personas que has identificado, ¿está seguro de que no hay nadie más en la fotografía a quien reconozcas?

—Bueno, por supuesto está el fotógrafo, no nos olvidemos de él.

Los ojos de Kit se abrieron de par en par. Se había olvidado de él. Churchill había dicho que no lo conocía.

—¿Cómo se llama?

—Hanley. Philip Hanley. No habría recordado su nombre de no haber sido por el espantoso asesinato.

—¿Qué asesinato? —preguntó Kit, realmente confundido.

—El de Yorkshire. El primer asesinato oculto. ¿Se acuerda? Durante el verano.

El primer asesinato de un médium. Había sido un hombre. Kit se dio cuenta de que lo había descartado por esta razón. Ahora había una posible conexión con los asesinatos de las jóvenes. Kit sintió una oleada de ira en el estómago. Rabia consigo mismo, pero también con otra persona. Ruedas dentro de ruedas. La siguiente pregunta le salió entre dientes.

—¿Le ha hablado a alguien más de ese tal Hanley?

—De hecho, sí. Al otro hombre que vino.

Capítulo 20

Harry parpadeó y trató de enfocar la vista en el hombre de la puerta. Tendido en el suelo, su ropa se había humedecido y temblaba involuntariamente. Se frotó los ojos. Entonces, algo alarmado, se dio cuenta de que había un mirlo a su lado. Había entrado silenciosamente en la cabaña.

—¿Harry Miller? —dijo el desconocido. Era más o menos de la estatura de Harry, quizá un poco más alto. Probablemente tendría más de cincuenta años, estaba bien cuidado y hablaba con una voz que sugería que no era de la clase de Miller. Soltó la larga rama que utilizaba como bastón y se adentró en la cabaña. Las ramitas crujieron bajo sus pies.

Miller se puso en pie de un salto y sonrió. Esto hizo que el mirlo saliera volando de la cabaña en una ráfaga de plumas.

—¿Raven Hadleigh?

El hombre asintió. Harry extendió la mano, que el otro hombre agarró con firmeza.

—He oído hablar mucho de ti, Harry.

—Señor Hadleigh, es un honor.

*

Miller y Hadleigh se sentaron en la linde del bosque y contemplaron cómo el atardecer descendía sobre la casa Hertwood. Estaban comiendo bocadillos preparados por Miller.

—Muy bueno —dijo Hadleigh, asintiendo a los bocadillos.

—Solía sentarme así con mi padre cuando íbamos a hacer un trabajo. Siempre insistía en tener el estómago lleno —respondió Miller a modo de explicación.

—No puede ser que una barriga ruidosa nos delate.

—Exacto.

Las luces estaban encendidas en varias habitaciones, pero, en general, la mansión parecía tranquila. Había tres plantas, según el plano que había hecho Kit. Hadleigh y Miller miraron el gran trozo de papel que Kit había dibujado.

—Ojalá hubiera tenido esto cuando trabajaba —dijo Miller.

—Sí, siempre me ha sido de gran ayuda conocer bien el interior. Cuando solo tienes unos segundos entre las joyas o la cárcel, puede ser toda la diferencia del mundo.

Miller sonrió al hombre conocido como «El Fantasma». Miller no había tenido la oportunidad de conocerle a principios de año. Por aquel entonces, Kit había estado trabajando en un caso en el que la hija de Hadleigh era sospechosa de una serie de robos de joyas en Londres.

—Si están solo el viejo y su mujer, sospecho que pronto estarán en la cama. Si le damos al personal una hora para limpiar, deberíamos estar listos para irnos alrededor de la medianoche. ¿Sabes si hay muchos perros?

—Tengo entendido —dijo Miller—, que hay un viejo perro pastor, pero al parecer está medio sordo. Kit no ha visto al viejo desde que su hijo fue desenmascarado como anarquista.

—No puedo culparle. Imagino que sería una conversación endiabladamente incómoda.

—Esa fue la opinión de mi señor —coincidió Miller.

*

Esperaron hasta la una de la madrugada. El tiempo pasó rápidamente mientras charlaban sobre su «profesión». Les ayudó a olvidarse del frío que había descendido como una cortina desde un

cielo encapotado. Parecía infectar a ambos hombres. O tal vez era otra cosa. Ambos se sentían nerviosos. Ninguno lo mencionó.

—Prefiero robar los diamantes de una mujer rica. La caza de templos satánicos nunca me ha atraído mucho.

La risa tensa de Miller delató cómo se sentía.

—La buena noticia —continuó Raven Hadleigh—, es que sabemos que esta noche solo están allí el conde y la condesa, aparte del personal. Con un poco de suerte, no nos tropezaremos con ninguna misa negra.

—Sí —coincidió Miller—, no me apetece convertirme en un sacrificio a Lucifer. Hadleigh miró a Miller de arriba abajo.

—A menos que seas una joven virgen disfrazada, Harry, creo que tus posibilidades de evitar este destino son bastante altas.

Con estas palabras de aliento, los dos hombres se levantaron y dieron la vuelta hacia la parte trasera de la casa. Su reconocimiento confirmó que los residentes se habían retirado a dormir. Tampoco había señales de una posible presencia canina.

Estudiaron el mapa una vez más utilizando la linterna de Hadleigh.

—La caja fuerte es una Mosler —dijo Miller—. Al parecer, Hertwood la importó de América. Está detrás del cuadro de Munning, en la biblioteca. Solo hay una. Mi señor dijo que tú sabrías cuál.

Hadleigh asintió confirmando.

—Iré a la torrecilla de aspecto extraño que hay a un lado. Mi señor nunca fue allí en todo el tiempo que visitó. Si hay algo raro, lo más probable es que esté ahí arriba.

Ambos hombres se sobresaltaron al oír un ruido por encima de ellos.

Hadleigh encendió su linterna. Un búho miró desde las ramas. La luz hizo que echara a volar. El viaje del pájaro fue acompañado por un palo lanzado por Hadleigh y unas palabras de despedida susurradas por Miller que probablemente no se utilizarían en una reunión social en Mayfair.

—Vámonos —dijo Hadleigh, riendo nerviosamente—. Este lugar me da escalofríos.

—A usted y a mí, señor.

—Sincronicemos nuestros relojes de pulsera. Yo tengo la una y siete minutos. Miller asintió.

—Bien entonces —dijo Hadleigh—. Iré directamente a la biblioteca. Está a la derecha.

—Entraré por el guardarropa —dijo Miller.

—Nos vemos en las motos a la una y veinte —dijo Hadleigh. Se dieron la mano y se desearon suerte. Segundos después, Hadleigh había desaparecido en la noche.

Miller corrió en dirección contraria. Al llegar a la casa, utilizó un destornillador para abrir una ventana de arco estrecho. Era vieja y cedió con facilidad. Instantes después, se encontraba en el vestidor. Fue entonces cuando se encontró con su primer problema. La puerta estaba cerrada por fuera. Alumbró con una linterna y vio que tenía un simple pestillo.

Sacó una lima del bolsillo, la introdujo entre la puerta y el marco y abrió el pestillo. Ahora estaba en el pasillo. Sin la linterna, la oscuridad habría sido total. Se arrastró por el pasillo y encontró las escaleras traseras que conducían a la extraña torreta situada en un lateral de la casa. Miller subió las escaleras y llegó a la puerta de arriba.

Acercó el oído a la puerta y comprobó si se oía algún ruido en el interior. Todo estaba en silencio. Utilizó dos ganchos metálicos para abrir la puerta. Tardó un par de minutos en oír el clic de la cerradura. Abrió la puerta.

La linterna de Miller iluminó el interior. Era un cuarto grande. De las paredes colgaban

cuadros. Todos tenían un tema similar. Sus cejas se alzaron al mismo tiempo que una mueca aparecía en su boca. En la mesa del centro había algunos libros. Les echó un vistazo. El contenido podría calificarse de esotérico. Su sonrisa se ensanchó.

—Viejo verde —susurró.

Se acercó a un gran armario. Al abrirlo, encontró una serie de utensilios que Torquemada habría utilizado unos cuatrocientos años antes. «Cada vez más curioso», pensó Miller. El otro armario estaba al otro lado del cuarto. Lo abrió y casi estalló en carcajadas.

Los vestidos, a sus ojos inexpertos, parecían muy de moda. En un estante superior había una colección de máscaras venecianas. De la parte posterior de la puerta colgaban unas esposas y un látigo de nueve colas. En lo más profundo del armario, reconoció varias varas del tipo que había conocido de primera mano unos quince años antes en la escuela.

«Una cosa era cierta», pensó Miller. El conde de Hertwood, a juzgar por lo visto, tenía algunos intereses poco comunes, pero el satanismo no era uno de ellos.

Fue entonces cuando Miller oyó la alarma. Empezó por el otro lado de la casa, pero pronto empezaron a sonar más cerca. Al poco tiempo, toda la casa estaba alborotada. Limitó su reacción a una retahíla de juramentos proferidos en un susurro apasionado. Una fracción de segundo después bajaba las escaleras de un salto, varios a la vez. Medio minuto después, salía por la ventana por la que había entrado y corría hacia la puerta de salida.

Fue recibido por un espectáculo extraordinario.

*

Raven Hadleigh comprobó si algunas ventanas de la planta baja estaban abiertas. A menudo le asombraba la falta de precaución en casas que deberían tener más vigilancia. Una vez más, su fe en la estupidez humana se vio recompensada cuando una gran ventana se abrió con facilidad al menor atisbo de fuerza. Segundos después estaba dentro.

La estancia estaba a oscuras hasta que corrió las cortinas. Entonces seguía a oscuras, aunque un poco menos. La linterna reveló que probablemente estaba en el salón. Abrió la puerta y cruzó sigilosamente el pasillo hasta la estancia que, según el mapa de Kit, era la biblioteca. Por suerte, el mapa de Kit aún estaba actualizado. Iluminó la biblioteca con la linterna y vio libros del suelo al techo en lo que era una colección bastante impresionante. Se preguntó cuántos de ellos se habían leído.

Los pocos huecos en las paredes estaban llenos de cuadros. Sobre todo, de arte ecuestre. Vio a un cuadro de Munning en el otro extremo. De haber tenido tiempo, de haber sido una década antes, habría considerado llevárselo. Era un cuadro bastante bonito. Pequeño, colorido y hecho con la alegría de vivir de un maestro. Hadleigh descolgó el cuadro con cuidado. Esta acción coincidió con la liberación de todo el infierno.

La sala estalló inmediatamente en ruido. El sonido de la campana, si no ensordecedor, fue sin duda suficiente para levantar a toda la casa. No hubo tiempo de inspeccionar el contenido de la caja fuerte. Miró con nostalgia el cuadro y se dirigió directamente a la ventana. Ya podía oír ladridos.

*

Nathaniel Robinson era un antiguo soldado de infantería del regimiento Black Watch. Antiguo porque tras su desmovilización había sido contratado por el conde de Hertwood como lacayo. Este reclutamiento tenía menos que ver con las habilidades de Robinson en el arte del servicio que con su envergadura física, su fuerza y su afición a la violencia.

El final de la guerra no había mermado en absoluto su proclividad al castigo. Una presentación

fortuita al conde en un lugar exclusivo de Londres visitado por una clientela privilegiada le había proporcionado una salida nueva, permanente y remunerada para una afición de antaño que ahora se había convertido en su profesión.

La alarma solo podía significar una cosa. Nathaniel Robinson se puso manos a la obra.

—¿Qué está pasando? —preguntó Daisy Winthrop, una criada de la finca Hertwood.

—Ladrones —dijo Robinson apretando los dientes.

Abrió un armario de su dormitorio, sacó su viejo fusil Lee Enfield y salió corriendo por la puerta.

—¿Y la ropa? —comentó Daisy, preguntándose cómo la ausencia de ropa podía facilitar la persecución de delincuentes peligrosos. Sin embargo, en lo que respecta a los hombres, y la experiencia de Daisy Winthrop era bastante limitada en este sentido, parecía que Nathaniel Robinson era un magnífico ejemplo de la raza.

*

Raven Hadleigh no era un hombre que se quedara esperando cuando sonaba la alarma antirrobo. Tampoco iba a volver sobre sus pasos hasta el salón. Tenía segundos para reaccionar. Antes de que transcurrieran siete segundos de la alarma, Hadleigh había descornado las cortinas y abierto la ventana del salón que, según el plano, se encontraba en la parte delantera de la casa. La esbelta figura de Hadleigh había atravesado la ventana y se había adentrado en la noche antes de que pudieras decir «¡Al ladrón!», que, casualmente, fue primero que oyó desde atrás.

Mientras crujía por el camino de grava, había sido vagamente consciente de que se abría la puerta principal. No miró atrás. Siguió adelante con la esperanza de que su antigua rapidez de movimientos no le hubiera abandonado. El ruido de la grava le indicó que alguien le perseguía. Se arriesgó a mirar hacia atrás.

Casi le costó la vida.

La visión de un hombre desnudo de casi dos metros corriendo hacia él era tan extraña como, naturalmente, impactante. Por un momento, los dos hombres se miraron y el entrenamiento de Nathaniel Robinson se puso en marcha. Se detuvo y se arrodilló.

Hadleigh aceleró.

La primera bala pasó silbando junto a su oreja, principalmente porque Hadleigh se había movido deliberadamente en el último momento. Esto era preocupante, por no decir otra cosa. Tenía que recorrer otros veinte metros antes de entrar en el bosque.

De fondo oyó la voz de un anciano que le gritaba que se detuviera. Dado que en ese momento era el objetivo de un hombre desnudo con un rifle, siempre era probable que un ladrón escalador en fuga no le hiciera caso. A fin de cuentas, Hadleigh era un hombre preocupado. Si el zoquete desnudo tenía tan buena puntería como sugería su primer intento, la situación era complicada. Sus pulmones explotaban mientras corría hacia la seguridad, esperando que en cualquier momento...

*

La visión de un hombre desnudo persiguiendo a un ladrón no era algo que Miller se hubiera encontrado a menudo en su breve carrera como ladrón. A Miller le llamaron la atención varias cosas. El hombre medía casi dos metros y tenía una constitución impresionante. Además, empuñaba un Lee Enfield del ejército. De hecho, no era lo único que agitaba en el aire nocturno. Miller sabía bien cómo el frío podía afectar a las extremidades. En cierto sentido, se sintió doblemente impresionado por el Goliath que, al parecer, estaba a punto de disparar a su compañero de fechorías.

Instantes después se arrodilló y disparó. Miller miró hacia Hadleigh y se sintió aliviado al ver

que seguía corriendo. Al mirar a su compañero, no vio la llegada al lugar de un hombre de mediana edad en camión.

—¡Detengan al ladrón! —gritó el hombre.

Su llegada consiguió distraer momentáneamente al hombre desnudo, además de proporcionar cobertura ante el ruido de Miller que, instintivamente, corría directamente hacia el tirador por su lado ciego.

Hasta que no estuvo a pocos metros, ninguno de los dos miembros de la familia se percató de su presencia. El hombre arrodillado giró sobre sí mismo.

Demasiado tarde.

La patada voladora de Miller tiró al hombre al suelo y le quitó el Lee Enfield de las manos.

No hubo tiempo de enfrentarse al otro hombre, que preguntaba en voz alta quién demonios era Miller. Miller se dio la vuelta, cogió el arma y apuntó al hombre desnudo mientras se levantaba. Su manera segura de manejar el arma desengañó rápidamente a Nathaniel Robinson de cualquier idea temeraria.

Miller se alejó lentamente de los dos hombres, a los que ahora se había unido una mujer. Probablemente tendría unos cincuenta años y era muy llamativa. Miller supuso que se trataba de la condesa, la madre de Olly Lake. Miller levantó el rifle. Los tres levantaron inmediatamente las manos.

—Quédense donde están —ordenó Miller mientras retrocedía. Cuando estuvo a veinte metros, dio media vuelta y echó a correr hacia el bosque. Nadie le seguía.

—¿Quién demonios era ese? —exclamó el conde de Hertwood, bajando las manos. Al hacerlo, se dio cuenta de que su hombre, Nathaniel, estaba visiblemente desnudo. Hacía tiempo que la condesa se había percatado de la falta de atuendo de Robinson y se había colocado estratégicamente para disfrutar plenamente del espectáculo.

Robinson se llevó las manos a los costados. Fue en ese momento cuando se dio cuenta del estado de distracción de sus patrones. Cuando el frío aire de la noche bañó su piel, se dio cuenta de que estaba, literalmente, expuesto a los elementos. Inmediatamente, el corpulento criado se cubrió lo mejor que pudo, se disculpó por su estado de desnudez y preguntó si lord Hertwood deseaba que lo persiguiera.

A lo lejos oyeron dos motocicletas que rugían y se alejaban. La expresión de los rostros del conde y de la condesa indicaba que no solo deseaban que no los persiguiera, sino que su noche estaba lejos de terminar.

Capítulo 21

El comedor de Highcliffe Mansions gozaba de una ubicación ideal para ofrecer a los comensales unas vistas impresionantes del Canal de la Mancha. Ese día apenas había nubes en el cielo. El sol resplandecía sobre el mar y el cielo era de un azul nítido. Sentados junto a uno de los grandes ventanales, tres caballeros disfrutaban de su desayuno. De hecho, el ambiente que se respiraba en la mesa iba más allá del mero disfrute; era un asunto positivamente jovial. Los tres hombres apenas podían hablar entre sí, ya que cada comentario adicional era recibido con más risas. Finalmente, Kit consiguió hilvanar algunas palabras.

—No puedo creerlo. Y pensar que solía pasar allí todos los veranos.

Esto provocó más risas entre el grupo. La noticia de que Hadleigh no había conseguido forzar la caja fuerte fue aceptada con ecuanimidad, ya que las revelaciones de la cámara de tortura repleta de vestidos socavaban un poco las credenciales del conde como satanista asesino. Sus gustos, según las pruebas presentadas por Miller, iban en una dirección totalmente distinta, aunque más inicua.

—¿Ha hecho muchos progresos, señor? —preguntó Miller. En circunstancias normales, semejante pregunta de un criado a su amo podría considerarse un caso de insolencia al límite y merecedora de una buena paliza. Kit se lo hizo notar a Miller y la mesa volvió a ponerse histérica.

Estaban a punto de tomar aire cuando Kit se percató de la llegada de Mary al comedor. Su entrada, hay que decirlo, también fue observada por muchos de los comensales con mayor o menor admiración, a juzgar por la oleada de patadas bajo la mesa que muchas mujeres propinaron a sus parejas masculinas. Kit esperó a que Mary se acercara a la mesa para responder a sus amigos.

—No hemos parado. Estoy agotado.

Mary abrió los ojos, alarmada. Miró a Kit interrogante.

—Me preguntaban cómo iban nuestras investigaciones.

Los hombres se levantaron para saludar a Mary y ella se sentó. Kit siguió informando a los demás de lo que habían averiguado. Cuando hubo terminado, Raven Hadleigh hizo un relato muy detallado de su aventura con Miller. Sin embargo, las muecas tanto de Kit como de Miller y las risas reprimidas acabaron por enfadar a Mary lo suficiente como para forzar un relato más completo. Afortunadamente, la historia del pobre criado bastó y se corrió un discreto velo sobre las predilecciones del conde y la condesa.

La conversación volvió a centrarse en «El Fantasma» y sus planes. Con una sonrisa hizo su gran anuncio.

—Soy un hombre libre.

Todos le felicitaron de inmediato. Kit estaba encantado con la noticia, ya que sabía que la hija de Hadleigh y el joven detective Ben Ryan iban a casarse en el sur de Francia antes de Navidad.

—Sí, iré a Francia en cuanto pueda. Por favor, dale las gracias a tu tía una vez más, Kit. Ha sido muy amable cuidando del hermano de Ben y su familia.

—Lo haré, pero no es necesario. Espera a que la tía Agatha vaya y se quede. Cambiarás de opinión, créeme.

—Estoy seguro de que no es tan mala —rio Hadleigh.

Las miradas de los otros tres compañeros de desayuno sugerían lo contrario, lo que divertía aún más a Hadleigh.

—Tiene muchas buenas cualidades —dijo Kit con lealtad.

*

Kit, Mary y Miller tomaron el tren de regreso a Londres y llegaron a Waterloo a media tarde. Al salir del andén, Mary se volvió hacia Kit.

—¿Qué te pareció la anciana de nuestro vagón?

—Parecía bastante agradable. Supongo que me dirás que en realidad era un hombre. El vicario que nos acompañó en la ida.

Mary se detuvo en el andén provocando que una pareja de ancianos casi chocara con ellos. Tras unas disculpas a medias, Mary dijo: —¿Te estás burlando de mí o hablas en serio? Eso es lo que iba a decir.

Kit sonrió y se encogió de hombros.

—Esta vez he mirado las manecillas.

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿A ti o a él?

—Bueno, a los dos, en realidad —dijo Mary riendo.

—Tengo la sensación de que estaba de nuestro lado —replicó Kit, enigmáticamente, antes de avanzar y hacer que Mary le diera una suave palmada en el trasero con el paraguas. Iba acompañado de una sutil advertencia sobre dónde iría dirigido el siguiente si no se mostraba más comunicativo en el futuro.

*

Dejaron a Mary en Grosvenor Square, donde recogieron a Sam. Había pasado la noche en la mansión de tía Agatha en compañía de Fish. Era un acuerdo que no convenía a ninguno de los dos. Subió de un salto al Rolls y ladró alegremente al regreso de su amo. Miller condujo el Rolls directamente a New Scotland Yard.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde y el cielo azul de Bournemouth había sido sustituido por el gris plomizo de Londres. Tras un corto trayecto hasta New Scotland Yard, Miller aparcó el coche en Victoria Embankment, frente a la sede de la policía.

El edificio que albergaba a la Policía Metropolitana parecía uno de los muchos bloques de apartamentos que habían surgido en los últimos veinte años. Desde luego, era mucho menos imponente que los edificios de Whitehall, pero suponía una gran mejora con respecto a los relativamente escasos locales que se ofrecían al Servicio Secreto de Inteligencia. Kit entró en el edificio y fue conducido directamente al despacho del inspector jefe.

Jellicoe estaba solo en el despacho y saludó cordialmente a Kit. Los dos hombres se sentaron frente al escritorio. Kit miró a Jellicoe un momento. No cabía duda de que el inspector jefe le caía bien. Además, confiaba en él. Había algo en su solemnidad, en la seriedad absoluta con que hacía su trabajo. Su integridad era incontestable. Se le notaba en la cara y en el aura que le rodeaba.

En aquel momento, Kit necesitaba hablar con alguien y no había nadie mejor que Jellicoe. El caso se había ido descontrolado. El viaje a Bournemouth había planteado más preguntas que respuestas. Las preguntas planteadas conducían a vías de investigación que sugerían que Kit había sido engañado desde el principio. No esperaba menos de Smith-Cumming. Esperaba más de Jellicoe. Pero Kit tenía que estar seguro de que podía seguir contando con el inspector jefe.

—¿Por qué no puedo hablar con Eva Kerr? —preguntó Kit, yendo al grano.

—Ha desaparecido.

Kit enarcó las cejas. Era una invitación para que Jellicoe explicara más cosas sobre lo que había revelado por primera vez el día anterior.

—Nunca estuvo detenida y no tenemos personal para vigilarla. Simplemente se ha desvanecido

en el aire.

—No parece tan sorprendido, inspector jefe —dijo Kit—. Ni preocupado, debo añadir. El policía esbozó una sonrisa.

—No creemos que la hayan secuestrado. Ella llamó a Beloved y le dijo que salía del hotel. Se negó a decir adónde iba.

—¿No es posible ir a su domicilio?

La sonrisa de Jellicoe se ensanchó y casi se echó a reír. Era algo poco frecuente. La sonrisa, sin embargo, fue breve. Luego su rostro recobró su gravedad habitual.

—Mis disculpas, inspector jefe, estoy seguro de que fue lo primero que hizo. Supongo que no solo no ha encontrado su dirección, sino que resulta que ni la dirección ni, de hecho, Eva Kerr, existen en realidad, salvo como nombre artístico, a falta de una descripción mejor.

Jellicoe asintió en señal de aprobación.

—¿Puedo preguntarle cómo ha llegado a esta conclusión?

Kit sonrió sombríamente.

—Inspector jefe, si lo que creo es cierto, nos están tomando el pelo a los dos.

Estaba claro que Jellicoe había llegado a una conclusión similar. Se inclinó sobre el escritorio.

—¿Puede decirme, lord Aston, qué cree usted que es lo que está ocurriendo?

—Solo algunas sospechas. Lamentablemente, no estoy cerca de encontrar al asesino de estas jóvenes.

*

Tras su entrevista con el inspector jefe, Kit pidió prestado un despacho desde el que hizo dos breves llamadas telefónicas. Después se despidió de Jellicoe y volvió a reunirse con Miller, que le esperaba en el Rolls.

—¿Adónde vamos ahora, señor?

—Al apartamento, por favor. Hemos terminado por hoy, Harry.

Los dos hombres entraron en el apartamento. Sam saltó alegremente a su casa y se subió al Chesterfield junto a Simpkins, que había dejado el asiento de Kit por el momento.

—Hola —dijo Kit al gato negro.

El gato miró a Kit antes de cerrar los ojos.

—Bueno, seguro que te alegras de que hayamos vuelto —dijo Kit. Acarició al gato detrás de las orejas y fue recompensado con un ronroneo bastante sonoro.

—Parece que no echa de menos el collar —dijo Miller.

—Seguro que está encantado de librarse de él —asintió Kit—. Tenía un aspecto horrible. Richard Bright regresó al apartamento media hora más tarde. Kit levantó la vista sorprendido.

—Pensé que todavía estabas con Esther.

—No, me echó de la casa cuando volvió Mary. Quería oír hablar del caso. No sé muy bien por qué tuve que marcharme, pero ahí lo tienes. Supongo que las chicas tienen sus costumbres.

Kit sonrió y asintió sin decir nada. Bright se sentó frente a Kit y miró sorprendido a Simpkins.

—Sí —dijo Kit—. Por el momento, he recuperado mi asiento.

Justo cuando decía esto, sonó el teléfono del apartamento. Miller lo cogió al tercer timbrado.

—Residencia de lord Kit Aston. Momentos después, Miller miró a Kit.

—Señor, es el inspector jefe.

Kit se acercó a Miller y cogió el teléfono. Escuchó un momento y dijo: —Iré enseguida. —Colgó el teléfono y miró a Bright.

—Ha habido otro asesinato.

Capítulo 22

La sala estaba débilmente iluminada. Cinco velas negras estaban colocadas en el borde de un círculo. Dentro del círculo había un adorno en el suelo. Una estrella. Los candelabros se situaban en la punta de cada estrella. En el centro del círculo había una losa de hormigón elevada. Medía unos 60 centímetros de alto y estaba cubierta por una tela negra.

Parecía un altar.

Sobre el altar había una mujer joven. Estaba desnuda e inconsciente. Dentro del círculo había una docena de hombres y mujeres. Todos, excepto cuatro de la congregación, vestían finas camisas blancas de algodón. En la cabecera del altar había cuatro personas vestidas con túnicas blancas. Uno de ellos sostenía un gran libro de cuero antiguo y murmuraba una lengua antigua. Otro hombre mayor sostenía un cuchillo. En la sala se oía música, pero no había ningún músico. La melodía era tan cautivadora como discordante. Resonaba en las paredes, pero no ahogaba el sonido del ritual. La figura con túnica que sostenía el libro estaba de espaldas al altar. La ceremonia continuó mientras el sacerdote leía las palabras del libro. Los presentes respondieron con murmullos.

El sacerdote llegó al final de la lectura y se volvió hacia los fieles. Levantó el libro y todos se inclinaron ante él en un silencio sobrecogedor. Tras unos momentos de silenciosa súplica, el libro se bajó y se entregó a un neófito de la congregación. Otro neófito se adelantó y entregó al sacerdote un cáliz.

El sacerdote entonó una oración mientras sostenía el cáliz. Luego, volviéndose hacia el otro neófito, se inclinó. La congregación comenzó a entonar una antigua petición. Comenzó como un murmullo lento. Pero con cada canto el volumen aumentaba. Las voces eran cada vez más altas. El canto latía como un pulso constante. Ya no era una congregación de individuos. El pulso era el de un solo organismo. Sus voces, su respiración, su excitación y su miedo eran uno solo.

El latido de las voces se hizo más fuerte y empezó a alcanzar su crescendo. A medida que lo hacía, perdía su cohesión, y los componentes individuales se hacían más distintos. El ruido de los neófitos ya no era un canto. Eran gritos. Una sed de sangre bañaba sus ojos. Y entonces vieron el destello de un cuchillo alzado.

Los gritos se hicieron más fuertes y, de repente, todo quedó en silencio.

*

El inspector jefe Jellicoe estaba con el sargento Beloved mirando una zanja. Debajo de ellos yacía el cadáver de una mujer joven, medio sumergido. Estaban en Hyde Park, cerca del Albert Memorial. El frío de la noche penetraba a través de las capas de ropa que llevaban puestas. Alrededor de ellos, media docena de agentes de policía crearon un cordón alrededor de la zona.

—¿Qué retiene a French? —preguntó Jellicoe con algo más que un rastro de irritación en la voz.

—No hemos podido localizarle, señor —respondió Beloved—. Hemos enviado a alguien a su casa.

Jellicoe asintió y miró detrás de Beloved. El sargento se volvió y vio a Kit caminando hacia ellos acompañado de otro hombre que Jellicoe reconoció a medias. Llegaron uno o dos minutos después y Jellicoe estrechó la mano de ambos. Kit presentó a su amigo como el doctor Richard Bright. Jellicoe recordó quién era.

—Estamos esperando al doctor French —explicó Jellicoe. Miró a Bright. El hombre que tenía

delante pertenecía evidentemente a una clase privilegiada, pero, por la calidad del traje que llevaba, era el hijo menor. Jellicoe recordó que iba a casarse con lady Esther Cavendish. Harían una bonita pareja. Impaciente por seguir adelante con la investigación, al inspector jefe se le ocurrió una idea mientras miraba a Bright.

—¿Quizás el doctor Bright podría hacer una inspección inicial de la joven?

Bright asintió y bajó al borde de la zanja. Oyó que el inspector jefe le instaba a no perturbar la zona alrededor del cadáver.

—¿Pueden iluminar el cuerpo con un par de linternas, por favor?

—Dos de los agentes hicieron lo que se les pedía.

—Yo diría que no tenía más de treinta años, probablemente menos —dijo Bright, arrodillándose—. No veo signos de lucha. No hay hematomas visibles. —Le levantó el brazo y se lo volvió a colocar—. Dado el frío y el estado de rigor, diría que lleva muerta no más de dos o cuatro horas. Podría ser más, pero lo dudo. Sin mover el cuerpo, me sorprendería que la causa de la muerte no fuera la herida del cuello. Creo que las marcas en su estómago fueron añadidas después de ser asesinada. ¿Hay algo más que quiera que añada, inspector jefe?

Ni Jellicoe ni Beloved hicieron preguntas. Kit ayudó a Bright a volver al sendero.

—Gracias, doctor Bright. Siento haberle presionado. Estamos teniendo problemas para localizar a nuestro forense, French.

—¿El de los bigotes? —preguntó Kit.

—El mismo.

—¿Quién la encontró? —preguntó Kit.

Jellicoe señaló a un guarda del parque que estaba cerca de uno de los alguaciles.

—Le hemos tomado declaración —añadió Jellicoe—, pero no vio a nadie en los alrededores. El asesino eligió bien el lugar. La visibilidad es escasa, sobre todo a estas horas de la noche, y nunca hay mucha gente por los alrededores, salvo quizá algún borracho o algún vagabundo. Tenemos algunos policías buscando a alguien que pueda haber visto algo. No soy optimista.

Quince minutos más tarde, el doctor French y sus bigotes llegaron al lugar del crimen. Bajo el abrigo, el buen doctor llevaba un traje de etiqueta y botas de agua. Hizo un gesto superficial con la cabeza a Jellicoe, ignoró por completo a Beloved y se quedó mirando a Kit con expresión perpleja antes de bajar con cuidado hacia la zanja.

—Mujer joven. Unos veinticinco años. ¿Causa de la muerte? Probablemente un cuchillo en la garganta. Lleva muerta no más de cinco horas. Supongo que han tomado todas las fotografías que necesitan. Puede producirse el levantamiento

A continuación, dio un tirón del brazo a uno de los agentes, que descendió unos metros para ayudarlo a salir de la zanja.

—¿Puedo ayudarlo en algo más? Mi mujer me va a echar una buena bronca por esto —dijo French sin disimular su irritación.

—No, doctor French, gracias —dijo Jellicoe.

—Bien —respondió French—. He tenido que pedir prestadas estas botas y me duelen muchísimo.

Con esta revelación se alejó cojeando de la escena. Jellicoe miró a Kit y luego al doctor Bright. No había nada más que decir sobre el crimen ni sobre el malhumorado doctor.

—Mañana iré a verle —dijo Kit—. Puede que tenga algunas cosas que contarle.

Jellicoe asintió distraídamente. Su atención volvía a centrarse en la joven y en la necesidad de llevar a cabo una inspección más detallada de la zona. Hizo un gesto con la mano mientras Kit y Bright caminaban hacia la salida.

—Horrible —dijo Bright sombríamente—. Tenemos que atrapar a esta bestia vil.

Kit no podía estar más de acuerdo. Sin embargo, en aquel momento lo único que tenía sentido para él no lo tenía en absoluto. Su corazón estaba apesadumbrado, pero también sentía rabia. Rabia por el papel desempeñado por su sexo, su clase, en esas muertes. Ahora había otro elemento de frustración. Esto se resolvería mañana cuando viera a Smith-Cumming y a Kell.

Tenían que dar explicaciones.

Capítulo 23

Vernon Kell, jefe del MI5, se limpió las gafas y miró a su homólogo del MI6. Smith-Cumming sacó un reloj de bolsillo y miró la esfera. Era un Patek-Phillippe que había comprado por un dineral en Francia. Se volvió hacia Kell y se encogió de hombros.

—No es propio de Kit llegar tarde. Normalmente es muy puntual.

Kell parecía molesto. Había cancelado dos reuniones. Era un hombre ocupado. Si se hubiera tratado de cualquier otro tema y de una petición de cualquier otro hombre, su respuesta habría sido breve e improbable que incluyera palabras usadas por damas caminando en Hyde Park.

Los dos hombres estaban sentados en el parque. El estado de ánimo de Kell probablemente no se veía favorecido por el indudable frío aire y la presencia de un niño llorando en las inmediaciones. Smith-Cumming miró a Kell y sonrió. Qué falta de paciencia. El profundo surco que recorría verticalmente su frente estaba allí por una razón que iba más allá de una simple broma de la madre naturaleza.

«C» dirigió su atención hacia el niño de unos cuatro años. El niño infernal estaba en medio de una rabieta épica. Sonrió con simpatía a la madre. Parecía avergonzada. Smith-Cumming señaló al niño y, mediante una señal con la mano, le sugirió que se acercara.

Kell contempló horrorizado cómo el niño dejaba de llorar por un momento y miraba fijamente a los dos hombres. Entonces Smith-Cumming sacó una moneda de seis peniques y se la mostró al niño. El niño se volvió hacia su madre y, tras recibir una inclinación de cabeza, corrió hacia Smith-Cumming para recibir lo que, a todas luces, era una recompensa mal merecida. A cada paso que daba, Kell sentía más horror hacia el niño infernal.

Desde lejos solo le había parecido inenarrable. Con cada paso más cerca, la cara sucia y la nariz del niño se revelaban ahora en todo su horror. Kell apartó la mirada incapaz de digerir la visión de tanto moco sin limpiar. Fue entonces cuando vio a Kit Aston caminando lentamente hacia ellos. Balanceaba su bastón. El balanceo libre, casi alegre, del bastón chocaba con un rostro de piedra.

El niño echó a correr justo cuando Kit llegaba al banco del parque.

—Demos un paseo —sugirió Smith-Cumming afablemente. Enseguida pudo ver la rabia en el rostro del joven. Kell se levantó y los dos hombres caminaron a ambos lados de Kit.

Kit no saludó. Fue directamente al grano.

—¿Cuándo pensaban decirme que Eva Kerr trabajaba para ustedes?

Kell parecía tan sorprendido por la intensidad de la mirada de Kit como por su franqueza. Ambos podían oír la risita de Smith-Cumming a su lado.

—No veo qué tiene de divertido, Cumming —dijo Kell con sorna.

—¿No lo ve? —respondió Smith-Cumming.

Los tres hombres caminaron en silencio durante aproximadamente un minuto, hasta que Smith-Cumming volvió a hablar.

—¿Por qué no nos dice lo que piensa y confirmamos hasta qué punto coincide con los hechos?

A Kit no le hizo ninguna gracia y así lo manifestó. Sin embargo, reconoció que probablemente sería la única manera de conseguir que los dos jefes del Servicio de la Inteligencia Secreta británica admitieran algo.

—Eva Kerr es un alias o un nombre artístico de alguien que dice ser médium. Probablemente trabaja para el MI5. Está implicada en el asesinato de Philip Hanley, aunque solo sea porque le

dijo a la policía dónde encontrar el cuerpo. Esto potencialmente significa que el MI5 ha asesinado a un hombre que estaba en posesión de fotografías de nuestro secretario de Defensa asociándose con druidas modernos. Por razones de las que no puedo estar seguro, aunque puedo aventurar una conjetura, el MI5 y el MI6 están colaborando en el chantaje de uno de los ministros del gabinete de Su Majestad. He perdido la cuenta del número de leyes que se han infringido hasta ahora, pero sospecho que serían suficientes para meterles a ustedes dos en la cárcel durante mucho tiempo.

—Dios santo —dijo Kell.

Smith-Cumming volvió a reírse y parecía realmente divertido con los comentarios de Kit.

—Kit, debo felicitarle por una teoría fascinante, aunque errónea.

—¿Errónea?

—Es cierto que la señorita Kerr es una especie de nombre artístico. No voy a entrar en quién es, pero basta con decir que es inocente de cualquier delito y ha jugado su papel muy bien. En cuanto al asesinato que ha descrito y al chantaje...

Smith-Cumming se detuvo un momento y se limpió el monóculo.

—Ambas cosas son ciertas, pero el dedo no apunta hacia nosotros. Lo que no quiere decir que no hayamos intentado aprovecharnos de la situación. ¿Nos detenemos allí donde el muro?

Smith-Cumming señaló un muro bajo que se curvaba de tal forma que facilitaría una conversación cara a cara. Se acercaron a la pared y se sentaron.

—Se lo explicaré —continuó Smith-Cumming—. Hace unos meses, el señor Churchill recibió la fotografía que usted tiene en su poder. La fotografía es una versión recortada de la original que muestra un grupo bastante más numeroso. Docenas, según Churchill. En el reverso de la fotografía había una promesa de que habría más comunicación. Este es el punto en el que mi amigo Kell, aquí, entra en escena. Averiguó por Churchill quién podría haber tomado la fotografía y envió gente a hablar con este hombre. Desafortunadamente, cuando llegaron, ya estaba muerto. Asesinado, de hecho. Una búsqueda en los locales no reveló más negativos relacionadas con el original.

—¿Tienen alguna idea de quién podría haber hecho esto?

—Creemos que ha sido Rusia o, más probablemente, nuestros amigos de ORCA —respondió Kell.

—Entonces, ¿cómo, o, mejor dicho, por qué se les ocurrió esta idea?

Los dos hombres se miraron avergonzados si la intuición de Kit era correcta. Kell respondió a la pregunta.

—El cuerpo de Hanley fue encontrado por una de mis agentes que operaba en la zona de York.

—¿Eva Kerr? O como se llame.

—Correcto. Se puso en contacto conmigo. En ese momento le comuniqué a Cumming el último desarrollo del chantaje. Como el hombre estaba muerto, decidimos abandonar la escena del crimen. Obviamente, hicimos una búsqueda minuciosa en la casa.

—Pero ¿por qué una médium?

La sonrisa de Smith-Cumming se hizo más amplia. Kit tuvo que admirar el descaro de aquel hombre.

—Eva Kerr es médium. Al menos afirma que entre sus talentos está el de tener experiencias extracorpóreas y el de la nigromancia. Yo añadiría que tiene varios clientes que acuden a ella con frecuencia. Una carrera bastante lucrativa en estos días, deduzco.

—¿Es realmente una médium?

—¿Quién sabe? —respondió Smith-Cumming, claramente divertido—. Sin embargo, como forma de interrogar a la gente, es extraordinariamente eficaz. Debo felicitarle, Kell, por haberla encontrado.

Kell inclinó la cabeza. Los dos hombres parecían relajarse, aunque Smith-Cumming solo parecía tener el control. Kit seguía frustrado por lo que estaba oyendo.

—Así que Eva Kerr informa del paradero de un cadáver en una de sus sesiones de espiritismo. De acuerdo. Entiendo el mecanismo. Lo que me cuesta entender es por qué. ¿Y por qué me han metido en esto? Y, debo añadir, ¿me han hecho perder el tiempo en una búsqueda inútil?

Smith-Cumming tomó el relevo de Kell, percibiendo la creciente irritación de Kit.

—Nuestros dos departamentos han sufrido importantes recortes presupuestarios desde el final de la guerra. Esa es una de las razones por las que nos hemos trasladado a Holland Park. Nosotros, es decir, Kell y yo, hemos estado buscando una oportunidad para recordar al gobierno la necesidad de mantener un Servicio de Inteligencia con todos los recursos. Nos hemos limitado a relacionar problemas distintos: los asesinatos de las jóvenes con el ya existente que afectaba a Churchill.

Kit recordó la sorpresa de Jellicoe ante el número de asesinatos revelados por Beloved.

—¿Significa esto que la joven de la fotografía con Churchill fue en realidad añadida después? O, dicho de otro modo, ¿que la fotografía del asesinato fue un montaje?

—Sí. La joven está viva y bien, trabajando en un club privado en el que le puedo asegurar que nunca he estado. Tenemos que agradecerse al sargento Beloved.

—¿Puedo considerar que Beloved es uno de sus hombres? —preguntó Kit mirando a Kell. El jefe del MI5 sonrió, pero no contestó. Kit continuó. —Pero yo creía que Churchill apoyaba a las agencias de inteligencia.

—Oh, sí que lo apoya —asintió Smith-Cumming—. Teme con razón al comunismo. Es un buen hombre para tener de tu lado. Tenemos la intención de que siga así.

Ruedas dentro de ruedas. Kit sacudió la cabeza y, brevemente, agradeció que «C» estuviera de su lado.

Smith-Cumming continuó. —Siento que hayamos tenido que hacer uso de sus habilidades en lo que parece ser un proyecto secundario. Sin embargo, debe ver, Kit, que podría haber una conexión entre los asesinatos de las jóvenes y el tipo de gente que se entromete en el druidismo y, me atrevería a decir, en las logias masónicas. Nos encontramos pescando en el mismo río. Estamos convencidos de ello.

—¿Y mi implicación en lo que, todos estamos de acuerdo, es el mayor problema? —preguntó Kit.

—Como digo, Kit. Estos horribles asesinatos están siendo cometidos por personas de las altas esferas de nuestra sociedad. La policía no ha hecho ningún progreso en una década. El comisario vino a Kell y preguntó por usted en concreto. Se pensó que tus indudables capacidades y tu acceso a la más alta sociedad del país podrían dar el éxito que ha eludido a la policía. Debo decir, Kit, que ciertamente ha traído un nuevo ímpetu al caso. Todos estamos muy impresionados por sus progresos.

Kit sacudió la cabeza. El sentimiento de frustración seguía ardiendo en su interior.

—No he hecho ningún progreso y, gracias a los sofismas que he estado escuchando, he perdido días en una búsqueda inútil.

Smith-Cumming se encogió de hombros, pero la sonrisa no desapareció de su rostro. Las críticas no le afectaban a él en absoluto. Como quien oye llover.

—No es una búsqueda inútil, Kit. Tanto Gresham como Hertwood habrían sido sospechosos de todos modos. Gresham porque está involucrado con el espiritismo. Perdió a su hijo mediano en la guerra; Hertwood por razones que todos conocemos. Ha logrado reunir una extraordinaria coalición de intereses que ciertamente no se le habría ocurrido a la policía. Parece que ninguna vía de investigación está siendo ignorada. En realidad, hay que felicitarle por sus progresos.

La mención de los Elephant Boys recordó a Kit otra cosa que le había irritado.

—¿Cómo supo Eva Kerr de la muerte de Enid Blake?

Fue Kell quien habló. No se podía negar la tristeza en su voz.

—La señorita Blake era de los nuestros. Hemos, digamos, colocado a gente en varias organizaciones para controlar con quién se relacionan. No me preocupan mucho los matones de hipódromo, pero si se relacionan con agentes extranjeros u ORCA, entonces es un problema. La señorita Blake vio algo en una casa que pensó que deberíamos saber. Su nota decía que estaba relacionado con los asesinatos. No llegamos a tiempo, así que no sabemos nada de quién o qué vio.

—¿Y Eva Kerr?

—El agente que llevaba a la señorita Blake la encontró muerta en la habitación que ocupaba. Naturalmente esto fue angustiante. Una vez que supimos lo que había pasado, tuvimos que ser prácticos. Contactamos a la policía. Eva Kerr viajó inmediatamente desde York para reclamar el conocimiento del paradero del cuerpo.

Kit pudo ver que Smith-Cumming asentía con la cabeza.

—¿Y no puede o no quiere decirme dónde está ahora la señorita Kerr?

Smith-Cumming miró a Kell. Kell apenas movió la cabeza, pero parecía suficiente para que Smith-Cumming hablara.

—La señorita Kerr sigue implicada en la investigación. Independientemente de lo que uno pueda pensar de las ciencias ocultas, ella todavía puede ayudarnos de varias maneras. Por el momento, sigue trabajando independientemente de su investigación.

Esto distaba mucho de ser satisfactorio, pero Kit supuso que los dos hombres tenían sus razones. Hacía tiempo que había renunciado a intentar comprender la mentalidad del alto mando.

—¿Su criado y Hadleigh encontraron algo que relacionara a Hertwood con ORCA o los cultos satánicos? —preguntó Smith-Cumming.

Kit miró a Smith-Cumming con curiosidad. Dictaminó que el jefe de espías no tenía ni idea de los intereses de Hertwood.

—No creo que Hertwood esté relacionado con estos crímenes. Gresham tampoco, pero no hablaba con él de espiritismo porque no sabía nada de lo que me acaban de contar.

—¿Por qué cree que Hertwood no es parte de esto? Para diversión de ambos hombres, Kit les dijo por qué.

Capítulo 24

—Le agradezco que haya venido aquí con tan poca antelación, lady Mary.

El «aquí» en cuestión era el salón de una iglesia cerca de la orilla sur, a unos cientos de metros de la estación de Waterloo. Mary miró a Isabelle Rosling y sonrió. Había algo convincente en la mujer mayor. Sus ojos muy abiertos sugerían una inteligencia que se confirmaba cada vez que hablaba. Las palabras rara vez llegaban deprisa. En cambio, tenían un ritmo uniforme y obligaban al oyente a seguirlas en un viaje que entrelazaba ideas y hechos en una narración que atraía el corazón tanto como alimentaba la mente.

Mary se dio cuenta de que la mujer mayor se estaba convirtiendo en su guía en el mundo del sufragio femenino. Tal vez incluso más que eso. Estar con una personalidad tan poderosa era inspirador. Incluso liberador.

Por fantasioso que le pareciera a Mary, tenía la sensación de que la señora Rosling la veía no solo como un alma gemela, sino también, potencialmente, como alguien que llevaría adelante la lucha en el futuro. Mary se dio cuenta de que estaba un poco intimidada por aquella mujer. Por mucho que no quisiera admitirlo, la señora Rosling estaba empezando a llenar un hueco que había quedado vacío desde la muerte de su madre.

Las dos mujeres se levantaron de sus asientos en el pequeño despacho y salieron al vestíbulo. A su alrededor había mujeres de la calle: sin techo, huyendo de maridos maltratadores, prostitutas y ladronas. Había niños pequeños corriendo, gritando, llorando y riendo. El centro era un patio de recreo, un refugio y un remanso. Santuario para mujeres que necesitaban protección de los elementos, de los hombres y de sí mismas.

Mary miró a su alrededor casi paralizada por la impresión.

—No sabía que existieran lugares así.

—No existen —respondió con ira la señora Rosling.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Mary mientras sentía que las lágrimas le escocían los ojos y el miedo le invadía lentamente el corazón. Se sentía desolada e incapaz a partes iguales. Incapaz de responder a las preguntas que le planteaba su presencia entre los abandonados, los maltratados y los aborrecidos.

—Ayúdanos —dijo sencillamente la señora Rosling.

—Estas mujeres y niños necesitan ayuda médica —dijo Mary mirando a su alrededor, con un sentimiento de impotencia cada vez mayor.

—Tenemos un médico que nos ayuda de vez en cuando. Te lo presentaré si viene más tarde. Pero lady Mary, creo recordar que tiene experiencia en estos asuntos.

Mary enrojeció y miró sorprendida a Isabelle Rosling. La sorpresa no era que aquella dama supiera lo que había hecho durante la guerra. Más bien era el sentimiento de orgullo de que lo hubiera mencionado. Le sorprendió que le importara lo que pensara aquella mujer.

Mary asintió a la señora Rosling. Un momento después se quitó el abrigo y el sombrero. Una rápida inspección de la escena le permitió identificar a los que más necesitaban atención inmediata. Luego dejó a la señora Rosling y se adentró en la escena de la miseria que tenía delante.

*

Cuando Mary regresó a la casa de Grosvenor Square esa misma tarde, encontró un gran ramo de flores en el vestíbulo. Enarcó las cejas preguntando a Natalie. Esperaba desesperadamente que

no fueran de Bobby Andrews. De fondo se oía música, pero ahora apenas se daba cuenta de que sonaba. Se había convertido en un añadido permanente y bienvenido a la locura de vivir con la tía Agatha. Natalie, mientras tanto, intentó y casi consiguió ocultar su sonrisa.

—Son de monsieur Lewis. Las ha entregado personalmente.

—Xander —exclamó Mary riendo—. Dios mío, es persistente. Se lo reconozco. ¿Las ha visto lady Esther?

—No, mademoiselle. Salió antes con monsieur Bright —respondió Natalie con un tono de voz que sugería que había estado cerca.

Mary sonrió a la doncella en tono de conspiración. Luego se acercó a las flores y aspiró profundamente.

—Son preciosas. Es una pena que las tiren. No estoy segura de que lady Esther necesite saber nada y, desde luego, Richard tampoco. Me da miedo pensar lo que podría hacerle a Xander. ¿Por qué no te las llevas a tu dormitorio, Natalie?

Era una solución eminentemente sensata a un incómodo problema del corazón que, francamente, solo un miembro del sexo práctico podría haber concebido. Natalie sonrió. Estaba sinceramente agradecida de que la consideraran así. Naturalmente, no era tan poco romántica, es decir, francesa, como para no haber preferido flores destinadas a ella. Quizá algún día un joven...

Natalie dio las gracias a Mary e hizo una reverencia. Momentos después las había sacado del jarrón y bajaba las escaleras a toda prisa. Mary la observó antes de entrar en el salón. Agatha y Betty estaban inmersas en una conversación.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Mary.

Las dos damas levantaron la vista de su conversación. Delante de ellas, ocupando una buena parte de la mesa, estaba el gran libro de recortes que Betty utilizaba para anotar los titulares de los periódicos.

—Bueno, os perdisteis a ese ridículo joven que intentaba cortejar a Esther. Espero que las dos hayáis aprendido la lección —replicó Agatha, mordaz.

Betty puso los ojos en blanco. Según la visión del mundo de Betty Simpson, cualquier cosa que ayudara a avanzar en un caso estaba dentro de las reglas. La regla número uno, por supuesto, era no ponerse en peligro. Eso estaba fuera de lugar. Todo lo demás estaba en juego. Comparándolo con el golf, pensaba, podías ir por el green o por el lay-up. Tú elegías. El objetivo seguía siendo meter el putt en el hoyo con el menor número de golpes posible. Sería justo decir que Agatha hacía tiempo que había perdido la paciencia con la comparación entre la investigación policial y el golf.

Ambas damas escucharon el relato de Mary sobre su actividad matutina. Agatha asintió con la cabeza.

¿Se le humedecían los ojos? Se preguntó Mary. Betty, por su parte, le dio una palmada en la espalda que casi derriba a Mary sobre la mesa.

—Bueno, estamos esperando noticias de ese joven tuyo. Mientras tanto, Doyle ha encontrado oro para nosotros —anunció Betty.

—¿En serio? ¿Cómo es eso?

—Este fin de semana nos ha organizado tres sesiones de espiritismo. ¡Imagínate! Una en Kensington, otra en Knightsbridge y otra en Sloane Square —dijo Betty entusiasmada—. ¿No está cerca de donde vive ese banquero en el que fingiste ser la criada?

—Sí —dijo Mary—. Es la señora Rosling con la que he estado hoy.

—Agatha parecía menos abrumada por la noticia.

—Si nuestras dos primeras sesiones de espiritismo sirvieron de guía, tuvimos más oportunidades de pasar el tiempo con los insensatos, los tontos y los estúpidos.

—Ignora el cinismo de tu tía —respondió Betty.

Mary se preguntó por un segundo si «tu tía» era adecuado. Pero solo por un momento. Tía Agatha se estaba convirtiendo tanto en su tía como en la de Kit. Solo la humildad de Mary le habría causado sorpresa si se hubiera dado cuenta de hasta qué punto aquellos sentimientos eran recíprocos.

—Creo también que esta gente está siendo degenerada —dijo Mary, adoptando sabiamente una postura intermedia.

—Exactamente —dijeron las dos mujeres mayores al unísono, confirmando así en sus mentes que tenían razón.

*

Kit llegó a ese punto de la tarde donde la noche se hacía ya patente. Las tres mujeres escucharon con interés las últimas novedades y con consternación la noticia de otro asesinato.

—No he visto nada en el periódico de la mañana —dijo Agatha.

—La policía no dará ningún detalle hasta averiguar el nombre de la pobre víctima.

—Es el segundo asesinato en una semana. Me pregunto por qué —dijo Mary.

—Parece extraño —coincidió Kit—. La fecha no tiene importancia. Según el padre Vaughan podría deberse a que se enteró de las actividades de los asesinos. Es una idea espantosa, pero puede haber formado parte de una iniciación en su círculo o de una especie de repulsiva graduación a un nivel superior de iluminación.

Mary negó con la cabeza, pero Kit pudo ver la ira en sus ojos. Solo mediante el abuso o la violencia contra las mujeres podían esos hombres adquirir poder. Mary sintió que Kit le cogía la mano.

—Es repugnante, lo sé. Lo siento.

—¿Y esta Eva Kerr es realmente policía? —preguntó Agatha.

—Bueno, ciertamente con el MI5. Tengo la sensación, sin embargo, de que piensan que hay algo en ella. No me pidas que defina qué es ese algo. Ni Kell ni Smith-Cumming estaban dispuestos a declararla una farsante.

Agatha ya había tomado una decisión al respecto y puso los ojos en blanco. Mary se limitó a sonreír ante la reacción de Agatha.

—¿Cómo ha ido la mañana con la señora Rosling?

—Triste e inspiradora, diría yo. Me llevó a un refugio para mujeres cerca de la estación de Waterloo. Intenté ayudar. Pero necesitan mucho. Es difícil saber por dónde empezar. Estas mujeres han escapado de malos matrimonios o familias. No tienen adónde ir. Y luego están los niños. ¿Qué esperanza tienen?

Se hizo silencio en el salón. Todos entendían su dolor porque todos lo sentían también.

—Deberíamos hacer más para proteger a las personas vulnerables de nuestra sociedad —dijo Mary al final.

Nadie en la estancia discutió ni dio respuesta al problema. Para Mary, la angustia de la mañana no se aliviaba volviendo a los privilegios que formaban su vida cotidiana. Quería disfrutar de la aventura de ser detective, pero la realidad tenía la molesta costumbre de entrometerse y dejarla con un sentimiento de culpa más que de euforia.

—Los libros lo hacen mucho más glamuroso. Incluso emocionante —dijo Agatha—. No siempre es así. —Su voz se apagó. Su mente se trasladó a otro país, una vida atrás.

La llegada de Esther y Bright al final de la tarde levantó el ánimo de todos. Acordaron dejar de hablar del caso por una noche. Kit sintió alivio. Por el momento no había nada que hacer, al menos por parte de Kit y Mary. La pelota estaba en el tejado de la policía en el seguimiento de los movimientos y las personas relacionadas con las dos últimas víctimas. Tía Agatha y Betty no podrían avanzar en su asistencia a las sesiones de espiritismo hasta un par de días después. Kit se preguntó qué progresos estarían haciendo, literalmente, sus compañeros de aventuras.

Capítulo 25

Un par de noches antes, dos hombres se encontraron en el lugar de una antigua prisión. Al menos esto es lo que Wag McDonald le dijo al sargento Beloved. El sargento miró los cuadros de la pared y supuso que el jefe de los Elephant Boys le estaba tomando el pelo. Lo expresó con bastante fuerza, lo que provocó que McDonald, que decía la verdad, soltara una carcajada tan sonora que hizo que una anciana le hiciera callar. El jefe de la banda y el policía se miraron como colegiales traviesos.

The National Gallery, situada en Millbank, albergaba una colección legada a la nación por Henry Tate. No eran del gusto de Beloved, aunque McDonald declaró que le gustaba un cuadro de George Clausen de una joven melancólica que miraba fijamente al espectador. La vida era dura. ¿Por qué fingir lo contrario? Los colores apagados del cuadro y la expresión de la joven reflejaban una verdad que McDonald había aprendido mucho antes de llegar a Flandes. Se levantó del asiento frente al cuadro y se acercó a leer su nombre.

—La Chica de la Puerta —dijo McDonald—. Muy bueno.

Beloved parecía menos impresionado, pero, en realidad, casi nada le impresionó. El sargento iba por la vida con la expresión permanente de un carnívoro que ha descubierto un brócoli junto a su filete. Era uno de esos hombres cuya principal característica era la desconfianza.

Los elogios de Wag al cuadro no hicieron más que provocar en el sargento una impaciencia que le hacía poner los ojos en blanco. Estaba ansioso por volver al motivo de la reunión. McDonald volvió a su asiento. Ninguno de los dos parecía que debiera estar allí. A su alrededor había escolares y una profesora, algunas ancianas y un hombre pintoresco.

—¿Lo tienes? —preguntó McDonald. Beloved le entregó un trozo de papel.

—Estos son los nombres y las direcciones actuales de todas las personas que se sabe que han formado parte de esta orden. Es decir, los que siguen vivos.

—Quizá podamos ponernos en contacto con los que han pasado al otro lado a través de tu amiga la señorita Kerr —dijo McDonald. Beloved soltó una carcajada. No era el más atractivo de los sonidos. Tampoco lo fue la tos seca que le siguió. Momentos después, la profesora apartó a sus hijos de la zona al lado del detective y los llevó a la sala contigua. Se dio la vuelta y miró fijamente a Beloved mientras atravesaba la salida.

McDonald miró la lista. Había al menos veinte nombres. Todas las direcciones estaban en zonas de la ciudad donde ni él ni Beloved llegarían a ser invitados a cenas. El papel estaba bien doblado y guardado en la cartera de McDonald. Había mucho más papel dentro. Billetes de libras. Esto hizo que las cejas del policía se alzaran hacia arriba. El líder de los Elephant Boys se dio cuenta de la reacción de Beloved, lo que le hizo sonreír.

—¿Quién dice que el crimen no paga?

—Yo no —dijo Beloved poniéndose en pie. La reunión había terminado. Los hombres se separaron. No hubo despedidas. Cada uno bajó las escaleras del edificio de la Tate y se dirigió en direcciones diferentes; como dos entendidos del arte después de su viaje a la galería.

*

A sir Watkyn Snodgrass no le gustaba abrir la puerta incluso en sus mejores momentos. Es el trabajo del personal, ¿no? Este pensamiento nada irrazonable le asaltó mientras se dirigía a la puerta de su adosado en Fitzroy Square. Por alguna razón, Bean, su mayordomo, le había pedido

una hora libre para ocuparse de un asunto urgente. El asunto en cuestión eran las noticias fortuitas de que había ganado un concurso. El hecho de que Bean no recordara haber participado en el concurso no le preocupaba, ya que la suma de quinientas libras estaba a su disposición. Para recoger su premio, Bean tenía que presentarse en la estatua de Eros de Piccadilly Circus a más tardar a las nueve y media de la mañana y decirle a un policía: —Usted es Drew P. Dilberry y exijo mi premio.

Bean no tardaría en descubrir que había sido engañado por una carta totalmente ficticia que había llegado en el primer correo. El resultado no solo sería su detención, sino también la de otros mayordomos de la ciudad que habían sido engañados de forma similar.

Sir Watkyn no sabía nada de lo que le esperaba a su desafortunado mayordomo cuando abrió la puerta a un hombre bajo y una mujer muy alta. Eran una pareja de aspecto extraño, por no decir otra cosa. De hecho, hacía mucho tiempo que no veía a nadie tan peculiar.

El hombre tenía unos cuarenta años. Su palidez gris acentuaba las ojeras. La boca del hombre era aún menos prometedora. No parecía lo bastante grande para albergar a sus dientes. Los movimientos de la mandíbula del hombre eran convincentes. Parecía que intentaba comerse un filete duro. Igual de desagradable era su vestimenta. El abrigo marrón tenía remiendos en los brazos y manchas que no sugerían un caballero de alto rango.

El hombre se quitó el sombrero y sonrió. Por Dios. La sonrisa revelaba una dentadura postiza mal ajustada. Eso explicaba las extrañas contorsiones de su boca al sonreír. La dama que estaba a su lado le sonrió amistosamente. Era de lo más desconcertante.

—¿Sí? —dijo sir Watkyn con mal disimulada irritación.

—Buenos días, señor —dijo el hombre de aspecto peculiar—. Soy el reverendo Henry Threepwood.

El acento no se parecía a nada que sir Watkyn hubiera oído antes. La procedencia era geográficamente difícil de precisar. Comenzaba en West Kensington, pero parecía terminar en algún lugar del interior del norte de Australia. El acento distrajo temporalmente a sir Watkyn lo suficiente para que el reverendo tomara la iniciativa.

—Estamos recolectando Ayuda para los Pobres. Queremos mejorar sus condiciones de vida. ¿Podría concedernos unos minutos de su tiempo para contarle más?

Sir Watkyn ciertamente no tenía tiempo para escuchar más. Se había pasado la vida evitando a los más humildes de la sociedad y no le importaba lo más mínimo su condición. Retrocedió cuando el reverendo volvió a sonreír. Era diabólicamente convincente. Además, asintió con la cabeza de forma exagerada a cada observación. El movimiento de la cabeza de Threepwood era tan hipnótico que, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, el caballero del reino y cuarto hijo del vizconde Spiers Snodgrass se encontró asintiendo también.

El diminuto clérigo se adelantó hacia el interior de la casa, para desgracia de sir Watkyn, que no había recuperado el sentido lo suficiente como para decirle adónde ir. Le seguía su esposa o ayudante amazónica. Sir Watkyn no acababa de entender la relación entre ellos, ni siquiera su logística.

—¿Es por aquí el salón? —preguntó Threepwood con una sonrisa.

Sir Watkyn balbuceó algo afirmativo, y antes de que pudiera decir: «¿Qué demonios está pasando?», los tres estaban sentados.

—No hay necesidad de darnos una taza de té —dijo Threepwood a un hombre para quien el té era lo último que quería ofrecer—. Hemos tomado mucho té en nuestras rondas. ¿Verdad, querida?

—En efecto, mi amor, así es —dijo la amazona poniendo su mano sobre la rodilla de Threepwood, confirmando así la relación en la mente de sir Watkyn, pero haciendo surgir todo tipo de cosas en las que, francamente, no valía la pena pensar.

—De hecho, cariño, creo que el té está empezando a hacer efecto, ya me entiendes.

El timbre de su voz no carecía de atractivo; su acento sugería el de una mujer que se había casado en la riqueza. Al verlos juntos, sir Watkyn se preguntó cómo era posible que estuvieran juntos. Poco a poco se dio cuenta de que le miraban expectantes. ¿Qué había dicho ella? La verdad es que no había estado escuchando. Los hombres casados llevan años de entrenamiento para no escuchar. El asentimiento ocasional de la cabeza y el comentario general, a intervalos de siete segundos, daban la feliz impresión a la otra parte de que están pendientes de cada palabra.

—Tal vez mi esposa estaba sugiriendo de un modo bastante prudente que tiene que ir al baño —dijo el reverendo Threepwood.

Sir Watkyn miró una vez más a la señora Threepwood. A decir verdad, no veía nada muy delicado en ella. Pensó que le haría la competencia a Jack Dempsey, el boxeador. Un mano a mano.

—Está al final de las escaleras. La segunda puerta a la derecha —dijo sir Watkyn, recuperando lentamente la compostura, si no los sentidos.

Los dos hombres vieron salir a la señora Threepwood. Uno con los ojos llenos de amor, el otro con el tipo de horror que uno siente cuando sabe que es una pesadilla y no consigue despertarse.

Threepwood se volvió de nuevo hacia sir Watkyn y sonrió. Cualquiera que fuese la obra de caridad, el pobre caballero había llegado a un punto en que con gusto habría contribuido con cualquier cosa con tal de librarse de aquel hombre horrible.

—Veo un retrato de una hermosa dama sobre la repisa de la chimenea.

—Era mi esposa —dijo sir Watkyn, suavizándose.

—Oh —dijo Threepwood—, siento muchísimo si he sido poco cortés. Creo que en el futuro volveremos a encontrarnos en la casa de Dios.

Consciente de que sir Watkyn había perdido temporalmente el hilo de sus consoladoras reflexiones, Threepwood juntó las manos y miró al cielo. La luz de la comprensión reapareció en los ojos de sir Watkyn. Threepwood también reconoció la impaciencia cuando la vio. Esperaba que la señora Threepwood, más conocida por él como Alice Diamond, hiciera la búsqueda en un tiempo doblemente rápido.

*

Arriba, Alice Diamond registraba rápidamente las habitaciones. Abrió todas las puertas. Cada puerta revelaba un dormitorio. Todos estaban vacíos. Con el corazón encogido, cerró cada puerta y se dirigió a la siguiente. Había mucho donde elegir y no se equivocaba. Quizá para otra ocasión.

Volvió al pasillo y miró los cuadros de la pared. Se le ocurrió que debería formarse en arte. Donde había óleo, había dinero. Aunque solo Cristo sabía por qué alguien invertiría dinero en algunos de los horribles rostros que adornaban el pasillo.

Había otras escaleras al final del pasillo. Eran bastante estrechas, y Alice Diamond tuvo que agacharse un poco para no golpearse la cabeza. Subió rápidamente y llegó a un pasillo con tres puertas. Abrió la primera. Otro dormitorio vacío. La segunda resultó igual. Cuando estaba a punto de abrir la tercera puerta, oyó sonidos procedentes del interior de la habitación. Estos sonidos eran claramente humanos y no requirieron más investigación por parte de Alice Diamond.

*

La puerta del salón se abrió unos minutos más tarde trayendo la salvación tanto para el

reverendo Threepwood como para sir Watkyn, quien se levantó de inmediato y se dirigió hacia la puerta. Esto no sugirió tanto como gritar que la reunión había terminado. Sir Watkyn volvía a ser dueño de sus emociones; la principal de ellas era una mal disimulada irritación. La puerta se cerró tras el reverendo Threepwood y Alice Diamond con una prisa indecente. En circunstancias normales, esto podría haber ofendido a la dama y al caballero. Sin embargo, lo que a sir Watkyn le faltaban en buenos modales lo compensaba con la generosidad de su deseo de librarse de sus invitados.

—Empieza a gustarme esto de ser detective —dijo el reverendo Threepwood agitando tres libras en la cara de su cómplice. Ambos se rieron y avanzaron hacia la siguiente dirección de la lista. Una menos, quedaban dieciséis casas.

*

Dos mañanas más tarde, Kit estaba sentado en el despacho de Wag McDonald escuchando al jefe de la banda contar cómo iban las cosas.

—¿Por casualidad conoces a «Soapy» Smith? —preguntó McDonald.

—No, no me suena el nombre —admitió Kit a McDonald.

—Bert es un estafador. Estafas largas, estafas cortas. Las hace de todo tipo. Ha estado trabajando en la obra de caridad con Alice.

—¿Cuál es?

McDonald explicó la mecánica de la operación para diversión de su invitado.

—Debo advertir a Harry sobre esto en caso de que nuestros caminos se crucen con el del señor Smith.

—Ha hecho buenos progresos —dijo McDonald.

—Sospecho que eso no es todo lo que ha hecho.

McDonald se rio, pero no admitió nada. Luego se puso un poco más serio.

—Ninguna de las casas tiene ningún indicio de culto que Alice pudiera encontrar. Aún quedan cuatro por revisar. Tres de ellas le negaron la entrada, así que tendremos que buscar otras formas de acceder.

—¿Necesitas la ayuda de Harry? McDonald sonrió y se quedó pensativo.

—Vamos a ver cómo van las cosas, pero puede que tengamos que considerarlo.

—¿Cómo se las ingeniaran si no es por la forma «tradicional» para entrar? —preguntó Kit.

—Bueno, siempre puede intentar el truco del accidente. Déjalo en manos de Bert, ya se le ocurrirá algo.

Kit se levantó y estrechó la mano de McDonald.

—Creo que ahora tendré que rescatar a Harry. Su socia, la señorita Hill, parece muy interesada en él.

—Que le vaya bien —dijo McDonald riéndose de la situación del pobre hombre. Se levantó y acompañó a Kit hasta la puerta—. Te acompaño. Maggie tiene mal genio. Nunca lo adivinarías, claro, el fuego de su cabello pelirrojo la delata —bromeó.

Los dos hombres salieron de la oficina y bajaron por el bar. Más adelante vieron a Miller sentado en el coche. En el asiento del copiloto había una mujer joven. La cara de Miller era una saludable combinación de martirio y bastante miedo. Su alivio al ver la llegada de Kit casi le hizo saltar hacia su señor meneando el rabo.

Al otro lado de la calle, Kit vio la figura ya familiar de un hombre. Estaba leyendo el periódico de la mañana. Llevaba un sombrero que le impedía distinguir sus rasgos. Kit pensó en algo y se volvió hacia Wag McDonald.

—Por cierto, me preguntaba si podría pedirte un pequeño favor. Estaría encantado de pagarte. Wag asintió y sonrió al oír el encargo.

*

Bert «Soapy» Smith, también conocido como el mismísimo reverendo Threepwood, estaba con Alice Diamond al otro lado de la calle de una gran casa de Hampstead. Era una avenida arbolada a poca distancia del brezal. Su paciencia se estaba agotando un poco. Había algo más que una pizca de lluvia en el aire. No llegaba a diluviar, pero tampoco era una salpicadura refrescante.

Smith miró al cielo plomizo y dio rienda suelta a sus pensamientos de una manera claramente impía. Coincidió con el paso de una anciana. Se detuvo y miró atónita al reverendo. Si su lenguaje sobre las inclemencias del tiempo había sido pintoresco, no era nada comparado con las palabras siguientes que pronunció. Iban dirigidas a ella. El resultado fue el deseado: la anciana salió corriendo en estado de shock.

—¿Era necesario? —preguntó Alice Diamond, negando con la cabeza, aunque muy divertida.

—Una vieja bruja —fue todo lo que Smith pudo justificar.

—Mira —dijo Alice Diamond de repente. Soapy Smith siguió la línea de su brazo extendido.

—Ya lo veo. Ya lo veo. En marcha.

Más adelante, un coche grande circulaba a una velocidad que solo puede describirse como señorial. Era un Bentley y la plata brillaba, o al menos lo habría hecho si hubiera habido un rayo de sol.

Soapy Smith se agazapó detrás de uno de los coches aparcados en la calle. Unos instantes después, salió delante del coche que se aproximaba. Había calculado mal su repentina aparición. Llegó demasiado pronto. El coche se detuvo de inmediato, obligando a Smith a arrojararse sobre el capó. Desde el interior se oían gritos de angustia y rabia. Dos personas salieron del coche apresuradamente para ver al vicario herido de gravedad. Una era una mujer mayor que llevaba un abrigo corto de piel y un collar de perlas. El otro era un joven chófer trajeado.

—Dios mío —exclamó la anciana.

Su chófer parecía conmocionado, aunque mucho menos compasivo. Sus sospechas se disiparon de inmediato con la llegada de Alice Diamond.

—¡Oh, querido! Háblame, háblame —gritó dramáticamente.

—¿Está vivo? —preguntó la anciana.

Soapy Smith emitió unos sonidos que pasablemente podrían proceder de un hombre herido. Eran lo bastante enérgicos como para indicar dolor, pero aseguraron, lo que era más importante para los conmocionados espectadores, que la muerte no era inminente.

—Estoy bien —dijo Soapy Smith con una voz que indicaba que era cualquier cosa menos eso. Intentó levantarse del suelo—. Por favor, es solo un rasguño.

El chófer miró esperanzado a la anciana. Lo último que quería era que le censuraran por un accidente del que no tenía la menor culpa. De hecho, había estado a punto de señalarlo, bastante forzado, cuando vio el alzacuello que llevaba Smith.

—Culpa mía —dijo Soapy Smith, aceptando el brazo del chófer que le rodeaba los hombros. Se apoyó pesadamente en el joven. Alice Diamond puso el brazo y mucha más fuerza para arrastrar al ministro herido en dirección a la casa de la mujer.

La anciana le dijo: —Usted tiene que entrar.

Habría sido una grosería negarse. Un minuto o tres después, Smith estaba tumbado en un sofá y la anciana elevó los cuidados del herido al tercer nivel más alto que se ofrecía en Inglaterra en aquella época, justo por detrás de los de un médico o una intervención quirúrgica; pidió té.

Con voz quejumbrosa de estoicismo, Soapy Smith se presentó a la anciana.

—Milady, siento muchísimo haberla puesto en esta situación. Ha sido por mi propia estupidez. Me llamo reverendo Threepwood. Esta es mi esposa, la señora Threepwood. Mi buena mujer y yo estamos haciendo una colecta para los pobres.

Alice Diamond sonrió esperanzada a la anciana y luego dijo: —Siento mucho preguntar, pero con todo este alboroto necesito terriblemente ir el baño.

«Necesitas urgentemente clases de interpretación», pensó Soapy Smith, pero permaneció en silencio mientras la mujer indicaba a Alice Diamond cómo llegar al cuarto de baño.

—¿Dijo usted que hacía una colecta para los pobres? —preguntó la anciana cogiendo su bolso.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del reverendo. Sus dientes parecían una docena de acorazados grises listas para su destrucción. Ella le dio cinco libras.

—Es usted demasiado generosa.

Hizo una mueca mientras cogía los billetes

Capítulo 26

—Entonces, ¿no hay boda? —preguntó Kit mientras Miller y él conducían por el terraplén. Llovía suavemente y el Támesis tenía una ligera bruma que oscurecía su color gris pardo. «Es una gran mejora no verlo», pensó Kit.

—No, señor —dijo Miller—. Creo que cuanto antes atrapen a ese asesino, mejor, señor.

Kit se echó a reír, pero, en realidad, estaba lejos de sentirse alegre. La conclusión del caso estaba tan lejos como cuando empezó. Necesitaban un golpe de suerte. Un error. Cualquiera de las dos cosas serviría ahora. Más adelante vio el edificio de Scotland Yard aparecer de detrás de unos árboles.

Unos minutos después, Kit estaba sentado con Jellicoe y el sargento Beloved. El ambiente entre ellos era menos cargado que antes. Por mucho que deplorara los métodos de Beloved, era incuestionable su tenacidad. La sospecha de Kit de que el sargento trabajaba horas extraordinariamente largas se vio confirmada en parte por la expresión de la cara de Jellicoe, así como por el informe de Beloved sobre el número de personas a las que había entrevistado.

—Sin embargo, seguimos sin saber el nombre de la víctima más reciente —dijo Beloved a modo de conclusión—. Ya hemos revisado a todas las personas desaparecidas del país. Solo siete coincidían con la descripción y la edad estimada de la joven.

Kit se frotó los ojos, aunque probablemente era Beloved el más cansado de los dos.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

En ese momento llamaron a la puerta. Un hombre entró o, para ser más exactos, hizo una entrada. Si Kit no se hubiera sentido tan abatido, le habrían divertido las maneras del hombre.

—Hola, señor Watts —dijo Jellicoe.

—Ah, inspector jefe, me alegro de verle tan contento como siempre —dijo Watts con aire desenfadado.

En ese momento, Rufus Watts, el artista jefe de Scotland Yard, se fijó en Kit. Se detuvo un momento y lo estudió detenidamente. Parecía gustarle lo que veía.

—¿A quién tenemos aquí?

Jellicoe consiguió sonreír en ese momento. Miró a Kit y luego de nuevo al artista de la policía.

—Este es lord Aston, señor Watts.

A Kit le pareció que había cierto grado de teatralidad en la forma en que Rufus Watts exageraba lo impresionado que estaba. La ligera palmada, el apartar un mechón suelto de su pelo bastante largo y su exclamación: —Bueno, es un honor.

Kit no sabía hasta qué punto Watts se sentía honrado o hasta qué punto el hombrecillo se estaba burlando de él.

—He cogido estas del fotógrafo.

Jellicoe rompió el sello del sobre. Sacó un grueso montón de copias y las colocó sobre la mesa. Kit cogió una y la miró. Sintió que se le erizaba la piel. Dos cosas le parecieron evidentes de inmediato. Reconoció el trabajo de Watts en un par de casos que había resuelto a principios de año. Y lo que era más importante, había algo en la joven.

Jellicoe tenía un sexto sentido para estas cosas. Normalmente, esas imágenes se ojeaban y luego se ignoraban. Kit se quedó mirando el dibujo de la joven. Finalmente, miró a Watts y luego a Jellicoe.

—Debo felicitarle, señor Watts. Es extraordinario. Muy realista.

El artista hizo un gesto con la mano que sugería que tales cumplidos no significaban nada para él cuando, en realidad, significaban todo.

—Felicidades a usted también, inspector jefe —dijo Kit—. Creo que esto tiene mucho más sentido que publicar el retrato de una joven muerta. Me da miedo pensar cuál sería la reacción.

—Esta imagen aparecerá en los periódicos de la tarde —confirmó Jellicoe—. El sargento y algunos de mis hombres visitarán ahora algunos refugios para mujeres sin hogar.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Kit.

—No estoy seguro de que pueda, pero coja una de las imágenes de todos modos. ¿Quién sabe?

Así terminó la reunión. Kit salió del despacho y bajó las escaleras hasta la planta baja. Mientras caminaba, estudió la imagen. Había algo familiar en ella. Se las arregló, más por suerte que atención, para evitar un atropello mientras cruzaba la calle y se dirigía hacia el Rolls.

—De vuelta a casa, creo, Harry.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó Miller, indicando la copia. Kit mostró la imagen a Miller.

—¿Puedo?

Miller cogió la imagen y la miró atentamente. Había algo en la reacción de Miller.

—¿La reconoces, Harry?

Miller se encogió de hombros como un hombre al que casi le da vergüenza decir lo que piensa.

—Bueno, no se lo va a creer, pero creo que se parece mucho a Patty Tunstall. La criada de la condesa Laskov.

Kit volvió a mirar la imagen.

—Dios mío, tienes razón —exclamó Kit—. Por supuesto. —Se quedó mirando la copia un momento más—. Tenemos que decírselo a Jellicoe. No hay tiempo que perder.

*

Jellicoe guardó silencio un momento mientras estudiaba a Kit. No estaba en su naturaleza entusiasmarse por nada. Sin embargo, tenía instintos sobre la gente. Sobre las cosas. El detective novel en general era para las novelas negras. Jellicoe siempre lo había creído. Sin embargo, aquí, ahora, una vez más, un caso se abría potencialmente ante sus ojos. El camino a seguir estaba claro. Todo gracias a un hombre salido directamente de las páginas de ficción.

Casi se rio. Casi. Era un asunto demasiado serio. En lugar de eso, su mente se centró en el caso, como siempre hacía. El problema a resolver. Era lo mismo todos los días laborales. En virtud de su rango, su experiencia y su competencia, las preguntas a las que tenía que responder nunca eran fáciles. Además, los problemas a los que se enfrentaba eran tan angustiosos como desgarradores. Cuando terminara este caso, habría otro. Y luego otro.

Pero por el momento era solo este caso, estos asesinatos y el asesino en cuestión. Más de un asesino, probablemente. Casi seguro que un hombre. Acabando con la vida de mujeres jóvenes. Sintió que una oleada de ira recorría su cuerpo. Por supuesto, aceptaría ayuda de cualquier fuente que pudiera.

¿No lo hacía siempre?

Encontrar la verdad era más importante para él que cualquier otra cosa. Sin embargo, había líneas que no cruzaría. Los rostros de Bulstrode y Beloved vinieron a su mente. Sin embargo, aquí estaba ahora, no solo juntándose con criminales y nobles, sino trabajando con ellos. Sabía que el mundo estaba loco. Vio la miseria humana causada por esta locura. ¿Se estaba volviendo loco también?

Tal vez.

Por ahora, sin embargo, era lo que había. Una mujer joven. Asesinada antes de que su vida realmente hubiera comenzado. Asesinada de una manera que aseguró que sus últimos segundos en esta tierra estuvieron llenos de terror y agonía. Asesinada por locos. Tenían que ser detenidos.

—¿Está absolutamente seguro, señor?

—Sí, inspector jefe. Sabía que había visto su cara antes.

El inspector jefe se recostó en su asiento y se volvió hacia Beloved. El rostro del sargento conservaba esa expresión de escepticismo permanente que lo convertía en una compañía incómoda, pero en un policía eficaz. Jellicoe no consideró oportuno preguntar a su sargento si creía que ya habían identificado a la joven. Creía a Kit. Con eso bastaba. Tenía sentido. No habían podido localizar ni a Tunstall ni al otro criado, Bentham. En realidad, no lo habían intentado mucho. Había asuntos más urgentes que atender.

—Sargento, tendrá que encontrar a la familia de Tunstall. Alguien tendrá que dar la noticia. Averigua si ella fue a verlos. Si no lo hizo, averigua qué amigos puede haber tenido.

—Suena como si estuviera huyendo, señor —dijo Beloved—. Tal vez robó algo.

—O tal vez estaba viendo cosas en la casa que la asustaron —añadió Kit.

—Así que, puede que no tuviera tiempo de encontrar un lugar donde vivir —dijo Beloved.

—Mira en alguno de los refugios para indigentes de Londres —sugirió Jellicoe—. Tenía que ir a algún sitio. Será un refugio, con su familia o con un amigo. Necesitamos saber su paradero desde el momento en que dejó a la condesa y por qué se fue. Consigue que alguien vuelva a ver a Bentham. ¿Está Fletcher por aquí? Sácalo de lo que esté haciendo; esto es lo prioritario.

Beloved asintió. Sin decir nada más, recogió las copias fotostáticas y salió del despacho. Jellicoe y Kit lo miraron marcharse. Luego Kit se volvió hacia Jellicoe. Tenía una sonrisa sombría en la cara. Jellicoe se dio cuenta y enarcó las cejas a modo de pregunta.

—Bueno, inspector jefe, esta puede ser la oportunidad que estábamos buscando. Mientras su hombre averigua el último paradero de la señorita Tunstall, yo tengo una idea de con quién tengo que hablar ahora. Puede ayudar a responder a la pregunta de por qué dejó a la condesa Laskov.

—¿A quién tiene en mente?

—Dudo que me crea cuando se lo diga.

Capítulo 27

El relato del asesinato de Patty Tunstall aparecía entonces en las noticias, aunque no se habían facilitado detalles que lo relacionaran de algún modo con los demás asesinatos. Al día siguiente, Fallon Bentham, el antiguo mayordomo de la condesa Laskov, se había presentado. Había estado con su primo en Birmingham. Ahora estaba en Scotland Yard ayudando a la policía con sus investigaciones. Jellicoe tomó la iniciativa en esto, temeroso de que los métodos de interrogatorio de Beloved no solo estuvieran fuera de lugar, sino que probablemente fueran contraproducentes.

A sus treinta y cinco años, Bentham era probablemente demasiado joven para haber participado en los primeros asesinatos. En opinión del inspector jefe, esto no excluía una conexión. Sin embargo, su paradero, una vez comprobado, probablemente confirmaría que no podía haber tenido nada que ver con la muerte de Tunstall. La pregunta clave que había que responder era por qué él y Tunstall habían abandonado la casa de Laskov.

—¿Qué les llevó a usted y a la señorita Tunstall a irse?

Bentham sudaba profusamente. Jellicoe no estaba seguro de si se debía a la culpa o, más probablemente, al miedo. Cuanto más estudiaba a Bentham, más se convencía de que iba más allá del miedo. Lo que estaba viendo era terror. Terror puro y duro. Nada que ver con la idea de ser sospechoso de un crimen. Este hombre temía algo más siniestro.

—Ese lugar era malvado, señor.

—¿Malvado?

—Sí, señor. Después de la muerte del Conde. Antes era extraño, pero todo era extraño. Cuando murió, se volvió loca, señor. Al principio, pensamos que era pena. Ya sabe, por pequeñas cosas. Ella nunca salía de la casa. No quería recibir visitas. Entonces, un día, pareció cambiar. Era como si hubiera superado su dolor.

—¿Cuánto tiempo pasó después de la muerte del conde? —preguntó Jellicoe.

—Tres meses más o menos.

—¿Qué pasó?

—Empezó a salir más. Yo la llevaba a casa de sus amigos. Estaba más contenta, más feliz.

Las visitas a sus amigas parecían animarla. Incluso Patty lo dijo. Volvió a ser mucho más agradable.

—¿Pero entonces empezó a cambiar?

Bentham se recostó en su asiento. Tener la oportunidad de contárselo a la policía estaba empezando a ayudar. El perceptible temblor de miedo en su voz y el inquieto movimiento de sus ojos empezaron a disminuir. La voz tranquila y monótona del inspector jefe estaba ayudando para exorcizar los demonios que lo habían sumergido. Era una catarsis.

—No tanto en ella. Empezó a cambiar cosas en la casa e invitaba cada vez más a sus amigos a visitarla.

—¿Qué cambios en la casa?

—Todo. Cortinas negras, paredes negras. Velas. Era extraño, pero pensamos que era por la pena.

—¿Y sus amigos?

—Esto es lo que a Patty y a mí no nos gustaba. Al principio, eran solo un montón de pijos. Ya sabe, viejos ricos inofensivos. Pero luego los oímos en esa estancia teniendo esas sesiones de

espiritismo. Patty estaba realmente asustada.

—¿Y usted?

—En ese momento, no. He visto a esta gente, a estos médiums antes. Ya sabe usted, en ferias y cosas así. Bolas de cristal. Pensé que era una tontería. Se lo dije a Patty.

Por primera vez, Bentham logró sonreír.

—¿Pero cambió de opinión?

—Al principio no, como he dicho. Al cabo de unos meses, sin embargo, empezó a cambiar. La gente que estábamos acostumbrados a ver dejó de venir. Luego vinieron otros.

—¿Conocía a alguno?

—No.

—Pero ¿qué era extraño en ellos?

—No lo sé. Había algo oscuro en ellos.

—¿Hombres?

—Hombres y mujeres. Eran malvados. No sé cómo lo sé. De alguna, lo sé. A Simpkins no le gustaban. Al principio, cuando venían, les bufaba. Entonces la condesa nos dijo que lo llevaríamos fuera cada vez que vinieran. Creo que estaba avergonzada. Por cierto, ¿dónde está Simpkins?

—Lo están cuidando —respondió Jellicoe, deseoso de seguir adelante—. ¿Qué hicieron en la estancia?

—No lo sé. Solo oímos cánticos. No muy altos. Solo bajos.

—¿Qué cantaban? —preguntó Jellicoe. Sabía que cualquier criado que se preciara habría pegado la oreja a la puerta. Si conocía a Bentham, y empezaba a conocerlo, habría sentido demasiada curiosidad como para no escuchar.

—No era un lenguaje que yo conociera. Por lo que pude oír, era como latín o algo así, pero no podía estar seguro.

—¿Qué pensó la señorita Tunstall?

—Se mantuvo al margen. Dijo que la miraban raro. Los hombres. No le gustaban. Ella era una chica inocente, pero sabía lo que estaban pensando.

—¿Tenía un novio?

Jellicoe miró de cerca a Bentham. Se preguntó si eran amantes.

—Ninguno. Era una buena chica, inspector jefe. Era su primer trabajo de verdad. No quería dar una mala impresión. Cocinaba, limpiaba. Estaba feliz de estar en un lugar tan agradable.

Jellicoe asintió.

—Usted se fue antes que ella. ¿Qué le hizo irse, señor Bentham? ¿Qué le hizo irse antes que la señorita Tunstall?

*

Tenía un aspecto horrible. Como una vieja bruja. ¿Como una bruja? Ella era de verdad una vieja bruja. Loca como una cabra. Había un brillo en sus ojos. Sí, como una loca. La forma en que le hablaba a Patty. Haz esto, no hagas aquello. No estaba bien.

El día que me fui, entré en esa estancia. Estaba oscuro, como siempre. Esas cortinas no solo impedían que entrara la luz. Detenían la vida. Dentro estaba el susurro de la muerte, el olor de la descomposición. Lo odiaba. La odiaba a ella.

Allí estaba ella otra vez. Dios mío, ¿no podía ver su aspecto? ¿En qué se estaba convirtiendo? En un monstruo. O peor.

—Tunstall, no has estado en el salón, ¿verdad?

—No, señora —dijo Patty.

—Pues no lo hagas. ¿Me oyes?

Está de pie a un metro de ti. Claro que te oye. Bruja malvada. Déjala en paz.

—Y tú, Bentham. ¿Por qué no tiene cerradura la puerta? Te lo pregunté ayer.

—Vendrá esta tarde —señora.

Está loca. Mírela. ¿Qué se ha puesto en los ojos? ¿Máscara de pestañas? Parece pintura de pared. Verías menos colorete en una prostituta en Whitechapel. Una locura.

—Coge tu abrigo, Tunstall. Me voy al parque. Ven conmigo. Tú, Bentham. Asegúrate de que hay una cerradura en esta puerta para cuando regrese.

—Lo haré, señora. Salen.

La puerta. Ahora es negra. Solía ser de un precioso color roble. Bruja malvada. ¿Por qué quiere un candado? La puerta.

La estancia está oscura cuando abro la puerta. Al menos las luces aún funcionan. Veo el baúl que llegó el día anterior. Es de madera, como la que usan los piratas. Dudo que haya mucho tesoro ahí dentro. Está cerrado con candado.

Qué extraño. ¿Ha sido un ruido?

Me quedo quieto. Ahí estaba otra vez. Amortiguado.

Oigo la sangre correr por mis oídos. Siento que mi corazón es lo más ruidoso de la estancia. El sonido se detiene.

¡Dong!

El maldito reloj casi me provoca un infarto. Las cuatro en punto. ¿Dónde está ese maldito cerrajero?

Entonces lo oigo otra vez. Sea lo que sea, viene del baúl. Voy hacia él y miro hacia abajo. A un lado hay una rejilla. No puedo ver lo que hay dentro. La condesa ha dejado una llave sobre la repisa de la chimenea. Me acerco con el candado. Tiemblo como un flan. La llave encaja y oigo el clic del candado. Quito el candado. Ahora el sonido es más claro.

Es como un...

*

—¿Un gallo negro, una gallina blanca y qué...? —exclamó Jellicoe. Bentham estaba llorando. Jellicoe le dio unos minutos para recuperarse.

—No lo sé. Solo huesos. Pero había tejido y sangre, plumas. Un animal pequeño, supongo. No lo sé.

¿Cómo pudo hacer ruido? Cerré el baúl, puse el candado y salí corriendo de la estancia. No me iba quedar allí ni un segundo más.

—¿Qué pasa con Tunstall? ¿Simplemente la dejó?

—No. Sí. Le advertí. Dejé una nota en su habitación. Le dije que recogiera sus cosas y se fuera.

—¿Le dijo por qué?

—Sí. Le dije que la condesa estaba loca. Que era malvada. Pensé que nos haría daño. Quiero decir, le dije que se fuera. Debe creerme.

—¿Regresó?

—No, me fui lo más lejos que pude de esa perra malvada.

Bentham se derrumbó de nuevo. Esta vez Jellicoe le dejó. No había nada que decirle. Al escapar, había condenado a la joven doncella a morir. Jellicoe estaba seguro de ello. Estaba seguro de que Bentham también lo sabía. Quienquiera que estuviera matando a estas jóvenes había visitado la casa. Él, o ellos, eran conocidos de la Condesa Laskov.

Llevaría un día, pero Bentham tendría que rebuscar en su memoria rostros que preferiría

olvidar. Intentar recordar nombres. Fragmentos de conversación. Cualquier cosa que pudiera generar una línea de investigación.

Jellicoe miró a los ojos del sargento Beloved. Podía ver el desprecio allí. Desprecio por la cobardía de Bentham. Desprecio por su debilidad. Miró fijamente al sargento. No era momento para coacciones. Señaló con el pulgar a Beloved. «Fuera», estaba diciendo.

En el pasillo, Jellicoe susurró con urgencia.

—Quiero nombres. Si no puede darnos nombres, quiero caras. Traeré a Watts aquí. No me importa si se pasa las próximas veinticuatro horas haciendo dibujos. Quiero la memoria de Bentham desenterrada. Y, lo que es más, sargento, quiero que se haga bien. ¿Me oyes? No está bajo arresto. Pero retenlo aquí. Y no le digas a nadie quién es y para qué es esto.

—Sí, señor —dijo Beloved. Podría haber estado hablando con su profesor.

*

Jellicoe salió del pasillo y fue en busca de Rufus Watts. Frustrantemente no estaba en su despacho. Localizó cerca a un detective corpulento y de aspecto más bien estúpido y le preguntó por el paradero del artista de la policía.

Un encogimiento de hombros confirmó que el detective en cuestión era tan torpe como parecía. Murmurando palabrotas en voz baja, recorrió el pasillo comprobando en cada despacho si había alguna señal de Watts. Finalmente, un agente uniformado le proporcionó una posible localización. Estaba con el comisario.

Jellicoe subió las escaleras y se dirigió al despacho del comisario. Una mujer de mediana edad estaba sentada de guardia fuera. Era su secretaria. Había una marcada frialdad en su rostro que sugería que no solo los visitantes no eran bienvenidos, sino que además los odiaba positivamente a ellos y a sus familias.

—Señora Brook.

—Señorita Brook —respondió el perro guardián.

«Que extraño que nunca te hayas casado», pensó Jellicoe fugazmente.

—Necesito ver urgentemente al señor Watts. Deduzco que está con el comisario Horwood.

—¿Y el señor Watts necesita verle a usted urgentemente?

Jellicoe miró horrorizado a la urraca. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro como la de un tigre que contempla a su presa dormida.

Ese fue el momento en que Jellicoe, por primera vez en décadas, perdió los estribos. La señorita Brook era una matona. Había ascendido a la cima de la secretaría de Scotland Yard. Los comisarios iban y venían. Ella era inmune. Con tal longevidad viene un cierto prestigio, aunque solo en los ojos de la persona. En ese momento, Jellicoe se puso furioso.

Pero furioso.

Caminó lentamente hacia ella. A estas alturas, la señorita Brook era incómodamente consciente de que sus intentos de intimidación, por primera vez, habían salido tristemente mal. La mirada del inspector jefe sugería un asesinato: si no el que estaba investigando, sí el que estaba a punto de cometer.

—Por favor, dígame al comisario que necesito a Watts. Y lo necesito ahora, por favor.

La forma de comunicarse de Jellicoe distaba mucho de su enérgica enunciación habitual. Era un gruñido lento, como el de un infernal rottweiler. La forma de preguntar impresionó a la señorita Brook lo suficiente como para levantarse inmediatamente y dirigirse a la puerta.

Jellicoe, basándose en el principio de que el hierro caliente necesita ser golpeado, la siguió de cerca.

Llamó a la puerta y entró directamente.

—Disculpe que le moleste, señor, el inspector jefe Jellicoe desea ver al señor Watts.

Jellicoe entró en la oficina y vio a Watts, al doctor French y al comisario disfrutando de lo que parecía un whisky. Un vistazo al armario cercano confirmó la presencia de un Glenlivet que se erguía orgulloso sobre unos archivos que sin duda contenían detalles de varios crímenes atroces. Jellicoe estaba seguro de que el país se sentiría muy tranquilo ante la diligencia del comandante de las fuerzas del orden de la nación.

—¿Qué quieres, Jellicoe? —preguntó el exgeneral de brigada, divertido por la expresión de su inspector jefe—. Vamos, dímelo, hombre.

Capítulo 28

—Ahora, querido, usted —dijo Rufus Watts señalando dramáticamente a un Bentham ligeramente alarmado—, me va a describir a todas las personas que pueda recordar. Yo las dibujaré en este hermoso trozo de papel y seremos grandes amigos. ¿Verdad?

Bentham no estaba tan seguro de querer serlo. Contempló, asombrado, al extraordinario hombrecillo que tenía delante. Aunque no era un experto en la vestimenta de la policía, estaba seguro de que no llevaban chaquetas de terciopelo rojo al trabajo. También estaba seguro de que llevaban el pelo más corto que hasta los hombros. El corbatón combinaba bien con la chaqueta, para ser justos, pero, una vez más, Bentham se dio cuenta de que probablemente se trataba de algo atípico en la policía.

Watts colocó varias fotografías de hombres y mujeres sobre la mesa. Había una mezcla de edades y sexos.

—Ahora, guapo, mire estas preciosas fotos y dígame a Rufus si alguno de estos encantadores hombres y mujeres tiene rasgos que se parezcan a las personas que vio. Por mucho que me hubiera gustado que una de estas personas fuera un fetichista adorador del diablo, todos son policías y sus cónyuges. Lo que no quiere decir que no tengan intereses esotéricos, solo que es muy poco probable si conozco la raza. Y la conozco. Mire el pelo, mire las narices, mire las formas de sus caras. Piense en ello como un rompecabezas que vamos a resolver. Va a ser divertido.

Para tranquilizar al sudoroso Bentham, Watts le dio un apretón tranquilizador en la mano.

—Ya está. Es hora de hacer de Rufus un niño feliz.

Watts se acomodó en una silla y estudió al exmayordomo mientras revisaba las fotografías.

—¿Es útil?

—Un poco, señor —respondió Bentham—. No siempre era fácil ver la cara de la gente cuando llegaba. Muchos llevaban sombrero. Uno de ellos incluso se parecía un poco a usted, señor.

—¿Ah sí? —dijo Watts con una sonrisa—. Seguro que era guapo y vestía sublime. Bentham pareció relajarse y se permitió una sonrisa.

—Sí, señor. De hecho, llevaba gafas.

—¿De verdad? ¿Se parecían a estas?

Watts metió la mano por detrás y se puso unas gafas. Bentham miró a Watts un momento. Un rastro de nerviosismo reapareció en su rostro.

—Sí, un poco así, señor.

—Excelente, Bentham. Empezaré mientras usted examina las otras fotos. No tenga miedo de levantarlas tampoco si necesita una inspección más cercana. Y recuerde, puede combinar varias imágenes en una cara.

*

Seis horas más tarde, un aliviado Bentham fue escoltado fuera de la oficina del artista de la policía. Watts miró las imágenes que había creado a partir de las descripciones. Cogió el primero y lo examinó. Una sonrisa se dibujó en su rostro y empezó a reírse. Sacudió la cabeza ante lo absurdo de todo aquello.

Watts pasó la hora siguiente arreglando los dibujos. Se borraron las marcas perdidas. Aumentó o disminuyó el valor de las sombras en función de su relación con la armonía general del cuadro.

Odiaba la jerga sin sentido del arte moderno. Cada vez que creaba una obra de arte, pues su obra era arte, empezaba con un pensamiento en mente. ¿Cómo lo haría Whistler? Lo que buscaba no era la precisión mecánica, aunque aceptaba que ese era el objetivo que le exigían sus colegas. Watts buscaba algo más.

Ese algo más era nada menos que la esencia interior del sujeto que dibujaba.

*

Eran más de las ocho de la tarde. Lo avanzado de la hora no era algo que molestara especialmente a Watts. Era un animal nocturno. Soltero. No había familia esperándole junto al hogar. Por eso podía trabajar hasta altas horas de la noche. Después había unos pocos lugares donde se apreciaba su compañía.

Rara vez Scotland Yard disfrutaba de su compañía antes de las diez de la mañana. Su talento le proporcionaba un grado de libertad que su lengua afilada a menudo arriesgaba. A pesar de su diminuta estatura física, era un motivo de orgullo para él que muchos de los oficiales vivieran atemorizados por su temperamento artístico.

Recogió su gavilla de dibujos en una pila ordenada y salió de su despacho. Había un fotógrafo de la policía que podría convertirlos en copias para hacerlas circular. Mientras caminaba hacia la escalera que conducía al sótano del edificio, se encontró con una cara conocida.

—Comisario —dijo Watts con una sonrisa.

—Veo que trabaja hasta tarde, Rufus —respondió el comisario—. ¿Cuántas personas ha sido capaz de recordar este mayordomo?

—Seis en total. Al parecer, uno de ellos se parecía un poco a mí. El comisario soltó una carcajada.

—Si le parece gracioso, mire este.

Watts dio la vuelta a los papeles para que el comisario pudiera verlos mejor.

—Vaya, vaya, vaya.

Caminaron juntos por el pasillo. —¿Por qué no se los llevo yo a Shepherd? Así se ahorra el paseo. Voy en esa dirección de todos modos. Me he dejado la pipa en el despacho de French. Puede que incluso consiga que el hombre se ponga en marcha si está allí. Si no, le escribiré una nota. Si ve que soy yo, puede que acelere un poco las cosas.

Watts entregó los dibujos y dio las buenas noches al comisario. Afuera, en el aire nocturno, Watts consideró sus opciones. Había muchas para un hombre como él. Y no era una persona dispuesta a renunciar a cualquier placer que se le ofreciera.

El comisario Horwood bajó las escaleras hasta el sótano. Vio una luz encendida en el despacho de Shepherd. Mientras caminaba hacia ella, vio un rostro familiar.

—Hola William, ¿qué le trae por aquí?

El comisario Horwood mostró los dibujos de los sospechosos identificados por Bentham.

—Soy el mensajero de Rufus últimamente. Los dos hombres se echaron a reír.

*

Arnold Bentham escudriñó la habitación de hotel a la que le había llevado la policía. La cama individual era poco acogedora. Una breve ojeada a las sábanas no confirmó ni refutó la proposición de que no habían sido limpiadas en un tiempo considerable. La alfombra tenía una angustiosa combinación de agujeros, quemaduras de cigarrillo y manchas en las que Bentham no quería pensar. Cómo había caído el poderoso.

Antaño había vivido en mansiones, había servido en las mesas de lores y damas. Ahora estaba reducido a esto. Alojado en un hotel de mala muerte en el Soho. Era casi suficiente para hacer

gritar a un hombre. Casualmente esto es lo que oyó en la habitación de al lado. Sin embargo, el sonido procedía de una mujer y no sugería que la angustia fuera la emoción principal del momento. Bentham se sentó en la cama y apoyó la cabeza entre las manos. Encontraría la forma de volver. Tenía experiencia. Era capaz. Tenía mucho que ofrecer a un empleador con gusto y criterio.

Pensar en el futuro le animó a mirar más allá del sombrío presente. Al día siguiente volvería a Scotland Yard. Con suerte, esto pondría fin a la pesadilla que había vivido con la condesa. La horrible malvada bruja.

Mientras este pensamiento y algunas otras reflexiones igualmente desagradables vagaban por su mente, se dio cuenta de que llamaban suavemente a la puerta. Tal vez era el policía de nuevo con unos bocadillos. Con todo el alboroto para interrogarle, había habido muy poco sustento. Bentham se levantó de la cama y se dirigió a la puerta. No fue el más largo de los viajes, hay que decirlo.

Abrió la puerta y estaba a punto de decir «Me alegro de que haya vuelto», cuando las palabras se le congelaron en la boca. El hombre que tenía delante no era el policía que le había acompañado antes. Cuando se dio cuenta de quién era, Arnold Bentham ya estaba en el suelo, degollado por una mano experta.

Capítulo 29

—Ha sido muy amable al recibimos con tan poca antelación, sir Arthur —dijo Kit, sentándose frente a Conan Doyle.

Habían salido por la mañana temprano en coche con Miller al volante. La primera parada había sido en Scotland Yard para recoger las copias de las personas que podrían haber asistido a sesiones de espiritismo en el apartamento de la condesa Laskov.

Desde allí había un largo viaje en coche hasta el corazón de Surrey, a un pueblo llamado Windlesham.

El viaje habría sido más agradable si el tiempo hubiera sido mejor.

—Día desapacible —dijo Agatha dando voz a los pensamientos de Kit y Harry. Mary se había quedado a visitar a la señora Rosling. Pensar en ello perturbaba ligeramente a Kit, pero evitaba pensarlo mucho por temor a que sus razones fueran los celos o, peor aún, una inquietud irracional por relacionarse con la familia Rosling. Sam se había unido a ellos en el viaje y pronto les proporcionó una grata distracción de los pensamientos inquietantes.

Una hora y media más tarde se encontraban en el salón de la residencia de Doyle, Windlesham Manor. Era una impresionante casa solariega, muy del gusto de Kit, situada en el pueblo de la provincia de Surrey. Por dentro era luminosa, espaciosa y estaba decorada sin más afán de seguir la moda que el buen gusto del propietario.

—Tonterías, Kit, solo lamento no haber podido verte antes. ¿No te importa que te llame Kit y nos tuteemos? Llámalo un privilegio de la vejez.

Kit sonrió y contestó: —Por supuesto, sir Arthur. Agatha se removió incómoda.

—¿Podemos seguir con esto? Aunque Arthur no esté ocupado, yo tengo cosas que hacer. Doyle soltó una carcajada; un aliviado Kit se le unió instantes después.

—No has cambiado, Agatha.

Kit no estaba seguro de que eso fuera del todo bueno. Sin embargo, observó que lejos de ofenderse, Doyle parecía disfrutar con ella. Kit luchó por un momento para encontrar la expresión adecuada antes de conformarse con energía inquieta.

—Tampoco tú. Eres demasiado cortés. Siempre lo has sido —dijo Agatha, aunque solo alguien que la conociera habría notado cierta nostalgia en su tono.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Doyle, intuyendo que probablemente había llegado el momento de ir al grano.

Kit le contó todo lo que sabía sobre los acontecimientos que habían conducido a la muerte de la condesa, incluida la marcha de Bentham y Tunstall. Había tristeza en los ojos de Doyle mientras escuchaba atentamente. Cuando Kit hubo terminado, Doyle sacudió la cabeza, más apenado que enfadado por su amigo.

—¿Y las sesiones de espiritismo? ¿Han aportado algo útil, Agatha?

—Pasado mañana asistiremos a tres, así que ya veremos.

—¿Eras consciente de que los intereses de la condesa se habían inclinado más hacia lo oculto que antes?

Doyle reflexionó un momento. Estaba claro que era consciente de ello. Kit no dudaba de que Doyle no mentiría, así que se contentó con dejar que el gran autor encontrara la expresión adecuada para lo que pensaba. Miró a Sam y cogió al pequeño terrier. Doyle soltó una risita, pero

Kit percibió la melancolía en el hombre.

—Lo sabía indirectamente. Cuando te conocí te dije que había asistido a una sesión de espiritismo en su apartamento. Nos vimos en algunas otras. De hecho, Agatha, irás a dos de ellas. Pero me había dado cuenta de que se retiró hace unos meses de asistir a cualquier otro. Le pregunté a un amigo sobre esto.

Recuerdo haberlo visto sacudir la cabeza. Dijo que ella se mezclaba con algunas de las facciones de Alfa Omega.

Kit se inclinó hacia delante. Sintió que su corazón latía más deprisa.

—Sir Arthur, ¿tengo razón al pensar que este grupo formó parte en su día de la Orden Hermética de la Aurora Dorada?

Doyle sonrió, pero Kit pudo ver que había vergüenza en la sonrisa.

—Sí. Creía que habían pasado a la historia.

—Sir Arthur, una de las razones por las que hemos venido hoy aquí es para preguntarte por esta orden. Creemos que los asesinatos pueden haber sido parte de dicha organización. Además, son responsables de algo más que el asesinato de la señorita Tunstall. Creemos que han matado hasta trece mujeres jóvenes en los últimos doce años o más.

—Dios mío —exclamó Doyle—. Pero ¿cómo es posible? ¿Por qué no nos hemos enterado?

Kit explicó cómo y por qué se había decidido correr un tupido velo sobre la conexión entre los asesinatos. Las ramificaciones políticas y sociales abarcaban la política, la clase social y cuestiones como el sufragio. La decisión de mantener en secreto los asesinatos vino de arriba.

—Sería valioso saber cómo era la orden en la época en que se disolvió y cuál de los grupos disidentes, si es que hubo alguno, tenía miembros más extremistas.

Doyle se quedó pensativo un rato. Ni Agatha ni Kit le interrumpieron. Al cabo de un minuto, Kit estaba realmente preocupado de que el gran hombre se durmiera. Pasó otro minuto. El único sonido que se oía en la estancia eran los pájaros de fuera antes de que Agatha rompiera el silencio.

—¿Más té?

Los dos hombres asintieron con la cabeza y Agatha rellenó sus tazas.

—Estoy convencida de que algún día la ciencia médica establecerá una relación entre el té y la mejora de las funciones cerebrales —dijo Agatha.

Kit tuvo la tentación de señalar que su tía era la prueba fehaciente de que no existía ninguna relación entre el té y un carácter paciente y tranquilo. Sin embargo, la idea quedó en suspenso por su mente, ya que Doyle parecía restablecido por la ingesta del elixir milagroso.

—¿Cuánto sabes de la orden? —preguntó Doyle.

—Todo lo que pueda contarnos será útil —dijo Agatha, cogiendo un pastel Eccles del plato.

—Me gustaría hacer un comentario previo diciendo dos cosas. Fue hace mucho tiempo.

Era evidente que la memoria no suele mejorar con la edad. Kit sonrió con simpatía. Agatha terminó el pastel Eccles.

—En segundo lugar, yo no formaba parte de la orden en el sentido de que quisiera ascender por los distintos grados. Para mí era más bien una reunión de personas con ideas afines deseosas de comprender la metafísica y la filosofía esotérica.

El pastel de Eccles resultó ser una tentación demasiado grande para Doyle, que siguió el ejemplo de Agatha y se comió uno. Doyle se limpió la boca con una servilleta y continuó.

—La Orden Hermética de la Aurora Dorada fue fundada por tres hombres: William Woodman, William Westcott y Samuel Mathers. Todos masones, por supuesto —añadió Doyle con ironía.

»Westcott llegó a poseer unos manuscritos cifrados que descifró y, con la ayuda de Woodman y Mathers, los convirtió en un plan de estudios con rituales. Los propios manuscritos eran una combinación de Cábala Hermética y elementos de astrología básica, lectura del tarot, geomancia y alquimia. En aquella época nunca se hablaba de Satán ni de Dios. Empecé a asistir a reuniones en torno a 1890, normalmente con personas muy conocidas. Mi interés decayó a finales de esa misma década cuando Westcott se marchó. Woodman, añadiría, murió unos años antes. Esto significaba que Mathers era el líder del movimiento. Nunca estuve muy seguro de él.

—¿Por qué no? —preguntó Kit.

—Principalmente, le gustaba ser el líder. De todos modos, para entonces mi interés estaba disminuyendo. El espiritismo se estaba convirtiendo en una parte más importante de mi vida. Después de irme, perdí el contacto con muchos de los miembros. Oí a través de algunos amigos que la orden comenzó a disolverse alrededor de 1900. Creo que esto fue provocado por Mathers. Él era prepotente. Inteligente, lo reconozco. Como líder nominal de la organización, afirmó estar en contacto con los jefes secretos. Nadie sabe quiénes son. Podrían ser seres sobrenaturales o pequeños hombres del espacio exterior por lo que sabemos.

—No parece convencido, Arthur —sugirió la tía Agatha.

Doyle levantó las palmas de las manos, reacio a comprometerse en un sentido u otro. Estaba claro que se mostraba escéptico.

—Después de la marcha de Westcott, Mathers era el único en contacto con esos seres.

—¿Por qué se fue Westcott? Es decir, si estaba en contacto con esos seres especiales, me parece que querría mantener el rumbo.

Doyle sonrió. —Todo indicaba que sí. Perdió algunos documentos importantes que revelaban su relación con la orden. Yo añadiría que Westcott era forense de la corona. Naturalmente, sus superiores no estaban muy contentos. Así que se fue. Digo, se fue, pero creo que todavía estaba involucrado. Uno nunca deja de creer —dijo Doyle, esta vez con más desdén. Terminó el té antes de volver a mirar a sus invitados.

—¿Qué fue de él? —preguntó Agatha.

—Se retiró de su cargo de juez de instrucción mucho antes de la guerra y se fue a vivir a Sudáfrica. Por lo que sé, sigue vivo.

Kit y Agatha se miraron.

—Para rematar la desintegración de la organización, Mathers se relacionó con un tipo muy raro llamado Aleister Crowley.

Doyle miró a Kit cuando dijo esto. Kit asintió; le resultaba familiar.

—Era ocultista. Oí que estaba en el Servicio Secreto de Inteligencia.

«O lo de Alemania», pensó Kit. Spunky nunca pudo confirmarlo.

—Al parecer, muchos de sus miembros se opusieron a la forma en que fue presentado. Lo incorporaron a un nivel superior y eso causó problemas. Creo que acabaron por fragmentar la orden. Me temo que no sé qué forma tomó. Lo que sí sé es que algunas de las personas que Westcott había traído formaron algunos templos que, según he oído, incursionaron en la adoración de Lucifer. Eran solo rumores. Nada más. Me temo que no sé quién estaba involucrado. Fue hace tanto tiempo que ni siquiera estoy seguro de poder indicarte quién podría saberlo.

—Sé que ha pasado mucho tiempo, sir Arthur, pero sería un gran servicio para nosotros si miras estas fotos. ¿Alguno de ellos le resulta familiar de las sesiones a las que ha asistido?

Kit se agachó, sacó una selección de fotografías de su bolsa y las colocó todas sobre la mesa.

Había cinco en total. Cuatro hombres y una mujer. Doyle no tuvo que preguntar qué se le requería. Se levantó de la silla y se dirigió a un armario para coger sus gafas.

—La vejez —suspiró al sentarse.

Se ajustó las gafas, cogió cada una de las fotos y observó detenidamente los rostros. Kit y Agatha se miraron, pero ninguno de los dos se sentía optimista, si el semblante de Doyle servía de guía. Por último, miró a sus invitados con aire apenado.

—Seguro que son muy parecidos, pero no puedo dar un nombre con certeza a ninguno de ellos. Este y esta me resultan familiares —dijo Doyle señalando al hombre y a la mujer.

Agatha, para ser justos, trató de evitar parecer enfadada. Fracasó, por supuesto.

—Vamos, Arthur. Estás entre amigos. Míralos otra vez. A estas alturas, incluso un vago parecido podría ser importante.

—No has cambiado —sonrió Doyle. Cogió la foto de la mujer y volvió a estudiarla.

—No estás acusando a nadie, sir Arthur —dijo Kit. Doyle asintió y siguió mirando la foto.

—Hay una semejanza a Beatrice Wolf.

—¿La mujer de Peter Wolf? —exclamó Kit.

—¿La conoces? —preguntó Doyle.

—Bueno, conozco a su marido, Peter. He visto a la señora Wolf una o dos veces.

Doyle le entregó la fotocopia a Kit, que también la estudió detenidamente. Asintió y miró a Doyle.

—Hay algo en el parecido. No sabía que fuera seguidora del espiritismo.

—Ah, sí. Desde hace muchos años. No conozco bien a su marido. No parece compartir su interés. Deduzco que perdió a su familia y esperaba volver a ponerse en contacto. Sin embargo, no puedo recordar los detalles. Lo siento.

La entrevista llegó a su fin sin que Doyle aportara nada más. Al salir de la estancia, Kit se detuvo ante la fotografía de un joven con uniforme militar. Sonreía. Irradiaba vida y confianza.

—Kingsley —dijo Doyle. No pudo añadir nada más. Agatha le cogió la mano y se la apretó con suavidad.

*

Kit miró a su tía durante el viaje de vuelta. Parecía preocupada por la entrevista. Kit le preguntó por qué.

—No estoy segura de que nos haya hecho avanzar.

—Hubo algunas cosas. Tenemos que enviar un telegrama a Westcott en Sudáfrica. Seguro que Spunky puede averiguar dónde está. Él puede decirnos si había algún individuo que pudiera haber albergado alguna curiosidad más allá de los intereses filosóficos de la orden.

Agatha asintió y estuvo de acuerdo en que valía la pena intentarlo. Sin embargo, su mente parecía estar en otras cosas. Durante el resto del viaje, se quedó mirando por la ventanilla el paisaje mientras atravesaban una tormenta tras otra. Kit sabía por experiencia que lo que le rondaba por la cabeza se quedaría allí hasta que estuviera preparada para compartirlo.

El silencio del viaje le dio a Kit la paz y la tranquilidad necesarias para pensar en los siguientes pasos de la investigación. Luego estaba Mary.

Y la señora Rosling.

Por mucho que lo intentara, no podía luchar contra la sensación de que estaba perdiendo una parte de Mary a manos de la americana. ¿Perder? Odiaba pensar en ello de esa manera. Mary le quería. Sabía que era cierto, igual que sabía que no había nadie más para él. Su amor era incondicional.

Pero el amor nunca es incondicional. Siempre es exigente.

Kit no solo aceptaba la feroz independencia de Mary, sino que la amaba por ello. Sin embargo, ya se había dado cuenta de que no le quedaba más remedio que aceptar que, en ocasiones, su espíritu la pusiera en peligro. Nunca se había reconciliado con esto.

¿Por qué le molestaba, entonces, que ella se involucrara más con la señora Rosling? Con una conciencia rayana en la vergüenza, Kit se dio cuenta de lo poco que había tenido en cuenta el movimiento sufragista. Apoyaba el derecho de las mujeres a votar. Le parecía una locura que hubiera mujeres cultas e inteligentes como Mary que no tuvieran derecho al voto, mientras que hombres que no eran más que matones pudieran ejercerlo.

A lo largo de los años había estado al tanto de las acciones llevadas a cabo por las sufragistas. Las protestas. Las acciones militantes contra tiendas y edificios. Los encarcelamientos. Las huelgas de hambre. Y, por supuesto, la protesta fatal llevada a cabo por Emily Davison en la gran carrera de caballos, el Derby. No fue hasta más tarde, a través de Mary, que se enteró de la forma brutalmente represiva en que habían sido tratados estos manifestantes. Las palizas a manos de la policía y los carceleros; la alimentación forzada.

Y, sin embargo, esas mismas mujeres, durante la guerra, abandonaron sus protestas y se unieron a los esfuerzos para derrotar a Alemania. Muchas mujeres fueron contratadas para ocupar puestos de trabajo que habían dejado vacantes los hombres que habían ido a luchar en la guerra. Trabajaron en condiciones intolerables en fábricas de municiones, apoyando a la policía, en el transporte como había hecho Esther y, por supuesto, cuidando a los niños a la vez.

Su recompensa al final de la guerra fue un tibio reconocimiento a su esfuerzo: el derecho al voto para las mujeres mayores de treinta años. El derecho al voto, es decir, si vivían en una propiedad con un valor catastral superior a cinco libras, o si su marido lo hacía.

Kit sacudió la cabeza. O si su marido lo hacía. Lo que debería haber sido un momento de reflexión y expiación se convirtió en otra bofetada en su cara. ¿Qué había hecho él? ¿Había pensado siquiera en el movimiento durante todo este tiempo? El acuerdo intelectual era una cosa, pero no había hecho nada para apoyar los objetivos del movimiento. En un momento que rozó la epifanía, se dio cuenta de que su objeción no era tanto la señora Rosling como la luz que arrojaba sobre su propia apatía.

Eso tenía que cambiar.

*

Tras parar a comer en un pub rural, regresaron a Londres a primera hora de la tarde. La lluvia seguía golpeando como un lúgubre recordatorio de que se acercaba el invierno. No contribuyó a mejorar el humor de ninguno de los pasajeros. Cada uno, incluido Sam, parecía perdido en su propio mundo.

Kit se unió a Agatha en su camino hacia la entrada de la mansión de Grosvenor Square. No había rastro de Mary, ni tampoco de Esther. Agatha dejó un gran ramo de flores en el vestíbulo y bajó las escaleras. Sonaba música. Era clásica, pero Kit no la reconoció. En lugar de esperar, Kit decidió volver al piso de Belgravia.

—Hola, Richard —dijo Kit al entrar en el apartamento—. Creía que estarías con Esther.

—No, hoy no. Me ha abandonado para reunirse con Mary. Creo que está con esas sufragistas.

—Su voz era más solitaria que divertida o enfadada. Kit sabía cómo se sentía.

—Hay un telegrama, señor.

Miller se agachó, recogió el sobre del suelo y se lo entregó a Kit, que lo abrió. Por su naturaleza era urgente. Por lo tanto, la forma de tratarlo debía reflejar también la necesidad de rapidez.

Instantes después, Miller oyó que Kit jadeaba.

—Dios mío.

—¿Pasa algo?

—Nos vamos otra vez —dijo Kit levantando a Sam—. Lo siento, viejo amigo, tendrás que quedarte aquí.

Sam ladró a Kit, pero su corazón no estaba en ello. En cuanto lo dejaron en el suelo, corrió hacia el sofá y se sentó cerca de Simpkins, que había abierto un ojo al verlos llegar antes de darse cuenta rápidamente de su error y volver a cerrarlo.

Bright se puso en pie de inmediato y preguntó: —¿Puedo acompañarte? No estoy haciendo mucho aquí. ¿Qué ha pasado?

—Ha habido otro asesinato —contestó Kit, mirando a los dos hombres.

—¿Otra mujer? —preguntó Miller.

—No. Bentham.

Los siguientes pensamientos de Miller fueron expresados con más pasión de la que cabría esperar en una relación normal entre amo y criado. Sin embargo, la facilidad con la que se relacionaban y las razones de ello habían hecho que estos pensamientos fueran redundantes desde hacía mucho tiempo.

—¿Cómo han dejado que lo maten? ¿Son idiotas? —exclamó Miller después de que su sorpresa inicial diera paso a una expresión más reflexiva de sus sentimientos.

Kit no se lo creía. Un pensamiento ocupaba su mente. Había estado ahí desde el principio del caso y ahora había vuelto a surgir, había alzado el vuelo y dominaba su campo de visión. Estaba seguro de que Jellicoe pensaría lo mismo.

—Por increíble que parezca, creo que uno de los autores de estos crímenes es un policía.

Capítulo 30

El inspector jefe Jellicoe invitó a Kit y a Bright a tomar asiento. No había rastro de Beloved. Fuera, la lluvia arreciaba. Por un momento, los tres hombres escucharon con asombro colectivo el bajo zumbido del aguacero.

—Todavía está en el hotel tomando declaraciones —respondió Jellicoe cuando Kit le preguntó por el paradero de su sargento.

—¿Bentham está muerto?

—Sí, señorita. Lo mataron anoche después de dejarlo en el hotel. Un solo corte en la garganta.

Esto provocó varias preguntas en la mente de Kit, pero en lugar de hacerlas, dejó que el inspector jefe les contara todo lo que sabía.

—Creemos que la muerte se produjo entre las ocho y la medianoche de ayer. La recepción del hotel estaba... bueno, no es el tipo de lugar al que uno iría; estaba sin vigilancia, así que el asesino no tuvo ningún problema para entrar y averiguar la ubicación de Bentham. No había guardia policial por la sencilla razón de que no estaba detenido ni había motivos para creer que su vida corriera peligro. Encontraron el cuerpo justo en la puerta. Yo añadiría que la puerta estaba cerrada. Parece que abrió la puerta y el asesino atacó inmediatamente. No hay nada que sugiera que el asesino forzase la cerradura y entrase por su cuenta en la habitación. De esto concluiría que Bentham pudo haber reconocido al hombre o a la mujer. Ciertamente aumenta la posibilidad de que fuera una de las personas que describió anoche. Se sugiere otra posibilidad que difícilmente puedo creer.

—Que el asesino esté en la policía.

—En efecto. Esto significa que tenemos dos vías de investigación. En primer lugar, tenemos que averiguar más sobre las personas que describió a Watts.

—Me temo que Doyle no podría ayudarnos mucho en eso. Jellicoe asintió, pero no parecía sorprendido.

—Además, necesitaremos saber quién estaba ayer en el edificio de Scotland Yard que pudiera haber visto a Bentham. Hay docenas de personas aquí, por supuesto, pero eso no significa que le hayan visto o, de hecho, que supieran que estaba aquí.

Kit asintió con la cabeza, pero no tenía ninguna esperanza de que aquello diera resultado. No era necesario que nadie le hubiera visto. Una conversación por casualidad habría bastado para condenarlo.

Jellicoe observó la expresión de Kit y sonrió.

—Estoy de acuerdo. Yo tampoco tengo muchas esperanzas.

—Tenemos que enviar las copias a McDonald y a la señorita Diamond.

—El sargento Beloved hizo lo necesario esta mañana, señor. La foto de la señorita Tunstall estará en el periódico de la tarde. Espero que esto genere algunas pistas relacionadas con sus últimos días.

—Estoy seguro de que así será, inspector jefe.

La reunión había llegado a su fin, así que Kit y Bright se levantaron y se dirigieron a la puerta. Bright se volvió hacia Jellicoe justo cuando Kit abría la puerta.

—Gracias de nuevo, milord —dijo Jellicoe estrechándole la mano—. Me alegro de volver a verle, doctor Bright.

Bright había estado escuchando la conversación entre los dos hombres, pero no dijo nada. Se le ocurrió una idea y se volvió hacia el inspector jefe.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, doctor Bright.

—¿La herida en la garganta se hizo con un movimiento de apuñalamiento o de barrido?

Jellicoe pareció sorprendido por la pregunta inicialmente y luego una leve sonrisa apareció debajo de su barba.

—Fue un movimiento de barrido. Es una conjetura, por supuesto, pero habría sido algo parecido a esto.

Jellicoe se lo demostró a Bright pasándose el brazo por la garganta.

—¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, parece bastante macabro decirlo, pero no hay muchas hojas que puedan descuartizar, por así decirlo, tan limpiamente. Una cuchilla de afeitar podría, si te acercas lo suficiente, o un ataque por la espalda.

—¿O?

Bright parecía un poco avergonzado por haber hablado. Luego sonrió y les dijo el otro tipo de hoja que podría haber matado a Bentham con un efecto mortal similar. Una hoja inusual.

*

Tía Agatha miró alrededor de la estancia con una cierta indiferencia para alertar a sus acompañantes de que se encontraba al borde de la impaciencia.

—Esto va cuesta abajo —dijo Agatha.

En ese momento, un chillido de risa procedente de otra mesa consolidó en cierto modo la opinión de Agatha y, tal vez, aumentó el respeto que Kit, Mary, Esther y Bright sentían por su previsión.

Agatha enarcó las cejas cuando el chillido fue recibido con el equivalente masculino: un sonido más fuerte y estúpido que iniciaba su viaje al aire libre desde lo más profundo del estómago del emisor.

Si había una mirada de triunfo en los ojos de Agatha, no era menos de lo que se merecía. Desde luego, daba veracidad a la proposición de que se puede demostrar mayor tolerancia en una situación difícil si se tiene la razón. Desde el principio había tenido sus dudas sobre la idea de cenar en Claridge's, pero cedió ante la insistencia de Mary y Esther, lo que en sí mismo era un signo de la creciente facilidad en sus respectivas relaciones con la tía de Kit.

Para Mary, el ambiente granjero del comedor era paradójicamente tan horripilante como divertido. A medida que cada mesa encontraba nuevas formas de transmitir su alegría al resto del mundo, Mary se sentía atrapada entre la risa por lo ridículo de todo aquello, su consternación por cómo reaccionaría la tía Agatha y un sentimiento de culpa por estar en un lugar así cuando tantos otros pasaban tantas penurias.

Kit no necesitaba excusas para mirar a Mary. Lo que ella pensaba y sentía se reflejaba en la intensidad eléctrica de sus ojos y en las formas cambiantes de deleite y consternación de su boca. Contemplar a su prometida era tanto un placer intelectual como estético. Sin embargo, esa noche, a pesar de ser un experto lector del estado de ánimo de Mary, le habría resultado difícil comprender todos sus pensamientos. Diversión, sin duda. Horror probablemente, aunque solo fuera por ver a la tía Agatha reivindicada. Aunque eso también le habría divertido.

—Así que, con las copias en circulación, la publicación de la foto de la pobre Patty Tunstall en el periódico, la policía tendrá muchas vías de investigación ahora. Creo que Jellicoe está feliz por la

apertura de la investigación, pero totalmente abatido por el asesinato de Bentham. Me preocupa que esto pueda repercutir en él —dijo Kit.

—¿De verdad? ¿Por qué debería? —preguntó Esther.

—Es el hombre a cargo de la investigación. Aunque nadie podía prever que Bentham sería un objetivo.

—Sabes lo que eso significa, ¿no? —respondió Agatha antes de tomar un poco de sopa que, para su sorpresa, contó con su aprobación. Kit miró con regocijo a su tía mientras esta se debatía con su conciencia entre declarar su gusto por la sopa o mantener su valoración negativa general de Claridge's. La sinceridad se impuso, después de todo.

—La sopa es mejor de lo que esperaba de este lugar.

Kit dudaba que el hotel utilizara esta crítica en su futura publicidad.

—¿Qué significa, tía Agatha? —preguntó Esther. Ahora era la tía de todos. Agatha miró fijamente a Esther.

—Significa que la única manera de que el inspector jefe escape a la censura es que atrape al asesino y este resulte ser un compañero de la policía.

Una vez más, Kit se maravilló ante su tía. Habría sido una magnífica detective si hubiera seguido su evidente inclinación y talento. Por segunda vez aquella noche, Kit estuvo a punto de acertar.

*

El Cavour era un bar elegante con una clientela de tendencia bohemnia. Artistas, aspirantes a actores, bailarines y caballeros respetables frecuentaban el bar cada noche. Era un hogar para personas de ideas afines con un excepcional aprecio por la cultura. El cielo estaba iluminado como un nocturno de Whistler: oscuro, delgado, con toques de luz que asomaban tras las nubes negras. Eran más de las once, hora de que Rufus Watts abandonara la alegre compañía en la que se encontraba y buscara un lugar donde cenar.

Para variar, decidió cenar solo. Salió del bar situado en la esquina de Leicester Square. Cruzó la plaza en dirección a Piccadilly Circus. Había muchos restaurantes abiertos. Mientras pensaba en sus opciones, no se dio cuenta de que un grupo de hombres había empezado a seguirle.

La noche era fresca, pero por suerte había dejado de llover. Alrededor de Watts había jóvenes, parejas y algunos otros como él: caballeros solteros con discernimiento, que ya no estaban en el primer arrebato de la juventud. Watts marchaba, balanceando el bastón a su paso. «Es estupendo estar vivo», pensó Watts. El aire enjuagado por la lluvia era dulce y vigorizante. En aquel momento no podía haber disfrutado más de su sensación de independencia, del sonido del chasquido de su bastón en la calle o de las miradas de admiración de las mujeres ante el cierto je ne sais quoi de su vestimenta.

Salió de Wardour Street en dirección a Gerrard Street. Ya era consciente de los hombres que le seguían. No habían hecho mucho por ocultar su presencia. Los silbidos de los lobos se habían hecho más fuertes a medida que disminuía el número de personas en la calle.

«Bestias», pensó Watts. Conocía a los de su calaña. Toda una vida escuchando sus comentarios. Las insinuaciones. Los insultos descarados. Las amenazas; seguro que llegarían.

Luego atacarían.

Ya había ocurrido antes, y él siempre estaba preparado. Ellos no lo sabían, pero, consciente de sus objetivos, les había conducido deliberadamente a la calle más tranquila, estrecha y oscura. Los pasos se hacían más fuertes detrás de él a medida que se acercaban.

Ahora los tenía.

Watts se giró y dijo: —¿Sí?

Los tres hombres se sorprendieron. Su líder se detuvo. Probablemente no era más alto que Watts, es decir, no mucho. Pero era ancho y de aspecto bruto.

—¿No deberíais estar en casa golpeando a vuestras esposas, o lo que sea que hagáis para entreteneros? El líder nominal de esta lúgubre pandilla preguntó quién era Watts para hacer semejante pregunta. Al menos así interpretó Watts la arenga. El hombre dio un paso adelante. A Watts le pareció que la sonrisa del hombre podía calificarse de cruel. Desde luego, no ayudaba mucho a su aspecto, pero decía mucho de sus intenciones.

Watts se mantuvo firme y observó al hombre acercarse. Una lenta sonrisa surcó los labios del diminuto artista de la policía. Esto podría haber confundido a un atacante más inteligente; incluso le habría dado que pensar. Sin embargo, los tres hombres estaban más allá del pensamiento. Tenían ante ellos a un hombre pequeño y bien vestido. Una presa fácil. Alguien diferente. Alguien más débil que ellos.

El líder del grupo estaba ahora a unos metros de Watts. En ese momento el pensamiento cruzó su mente, «¿Por qué no se mueve?» Un segundo después lo descubrió.

Ocurrió tan rápido que el matón no pudo comprender lo que había pasado. Su cerebro se apagó y se desplomó en la calle. No estaba inconsciente. Se había desmayado. Sus dos cómplices miraron estupefactos a su amigo y luego a Watts. El hombrecillo les apuntaba a la garganta con una fina hoja. Se movía lentamente de un lado a otro. La intención estaba clara, pero Watts decidió que una confirmación no estaría mal dadas las circunstancias.

—Vuestro próximo paso será el último.

Los dos hombres miraron la hoja y luego el bastón junto a Watts, donde antes había estado enfundada. Si hubieran sido expertos en el arte de la esgrima, habrían reconocido que la hoja que daba vueltas a un metro de sus cabezas era un florete. Por supuesto, no cabía esperar que supieran que un hombre como Watts había sido campeón de esgrima.

Debajo de ellos oyeron un gemido. La sangre manaba de un corte en la mejilla del hombre que iba en cabeza.

—¿Qué has hecho con él? —preguntó uno de los hombres.

—Deberías haber pensado que era obvio, imbécil.

—Le has apuñalado.

—Vivirá. De todos modos, es una herida mucho menos grave que la que queríais infligirme a mí — señaló Watts—. Ahora, sed buenos chicos, rascad este morón del pavimento y desapareced de mi vista antes de que mi buena naturaleza ceda a sus inclinaciones más bárbaras.

Capítulo 31

Una nube gris se cernía sobre Old Paradise Gardens, en el centro de Lambeth. La ligera llovizna hacía que el lugar estuviera más tranquilo de lo normal. Algunas personas se refugiaban de la intemperie con sus perros bajo los árboles que se estaban deshojando. Una persona estaba sentada al aire libre.

Lydia Evans volvió a mirar el periódico vespertino. Lo había recogido el día anterior de la acera. Ahora, sentada en el parque, era ajena a la lluvia. Las gotas caían por sus mejillas como lágrimas. Se quedó mirando la foto de la joven.

Dijeron que se llamaba Patty Tunstall.

Patty. Para ella siempre era Patty. No había apellidos.

Una oleada de odio la invadió. «Otra mujer», pensó, «asesinada por hombres. ¿Por qué nos odian?» Se lo había preguntado tantas veces. Son todo encanto al principio. Las palabras de amor. Las bromas. Los comentarios coquetos. Luego...

Entonces comienza.

Las demandas. Las discusiones. Las peleas. Luego las palizas. Pensó en su Robert. Un marido del que estuvo orgullosa, una vez. Alto, bien fornido y si no era guapo, al menos tenía una bonita sonrisa. Buenos dientes, recordó. Había hecho su parte en Francia. Cuando el país lo llamó, se fue. Y había sobrevivido.

¿O no? Algo había muerto. Era un hombre diferente cuando regresó. Los silencios. Los arrebatos de ira. La bebida. Desaparecía una noche, a veces dos. De vez en cuando volvía a casa con moretones. Un ojo morado para un viejo soldado.

¿Cuándo empezó con ella?

Había habido señales, por supuesto, antes de la guerra. Pero nada serio. Todos los hombres abofetean a sus esposas, ¿no? Era porque les importaba. Él siempre decía que lo sentía. Insistió, incluso.

Esto era por ella. Por Patty. «Por todas nosotras», pensó. Se levantó del asiento del parque, alzó los ojos al cielo y caminó decidida hacia delante. Había una comisaría a tres calles de distancia.

Cuando llegó, vio las miradas de los policías. Algunos pensaron que solo quería protegerse de la lluvia. Otros pensaban que era una mujer de la calle. No tenía la sensación de ser bienvenida. Casi le dieron ganas de darse la vuelta e irse. Pero volvió a pensar en Patty. Avanzó hacia la recepción principal y colocó el periódico delante del sargento, que estaba ocupado tratando de ignorarla.

La miró lentamente. La mirada que le dirigían todos los hombres. Evaluando. Juzgando. Luego sus ojos siguieron los de ella hasta la imagen del periódico. No hizo falta más.

Media hora más tarde, la llevaron por unas escaleras hasta un despacho. Dentro vio a tres hombres. Uno parecía el hermano gemelo del rey George VI. El segundo tenía una mirada astuta y sospechosa. Habría sabido que era policía al instante. El tercero parecía salido de las páginas de una novela romántica. Tenía una sonrisa amable y simpática. Si todos los hombres fueran así...

El hombre sombrío que parecía el rey habló primero.

—Gracias, señorita Evans, por unirse a nosotros. Soy el inspector jefe Jellicoe. Y tengo conmigo al sargento Beloved y a lord Christopher Aston, que nos está ayudando en este asunto.

Lydia Evans miró a los tres hombres. No hacía falta ser una superdetective para darse cuenta de quién era el lord. Su nerviosismo se disipaba poco a poco. Había una seriedad en el inspector jefe

que la atraía. Si la diligencia fuera una persona, sería algo parecido a esto.

—Tengo entendido que tiene alguna información relacionada con los recientes movimientos de la señorita Tunstall.

—Sí. Me encontré con ella un par de veces en el refugio.

—¿Dónde fue?

—En la calle Wootton. Ya sabe. Cerca de la estación de Waterloo. Jellicoe miró a Beloved y preguntó: —¿Hemos estado en ese?

Beloved consultó su cuaderno. Hojeó algunas páginas y llegó a la que buscaba. La miró.

—Aún no, señor. Creo que es uno de los más pequeños. Hemos estado investigando los más grandes.

Jellicoe asintió, pero no parecía contento. Esto no era una reflexión sobre Beloved por una vez. Mano de obra. Sencillamente, no había suficiente gente sobre el terreno.

Lydia Evans miró hacia Kit. Había una expresión de sorpresa en su rostro.

—Ese es al que ha estado yendo Mary. Jellicoe se volvió hacia Kit sorprendido.

—Lady Mary ha estado ayudando en un refugio.

—¿Lady Mary? —preguntó Lydia—. ¿La conoce?

Kit se ruborizó un poco por razones que no podía explicar.

—Nos casaremos el año que viene.

Por primera vez, Lydia sonrió. Miró a Kit y le dijo sinceramente: —Es un ángel, señor. Jellicoe enarcó las cejas y decidió reconducir la reunión.

—Señorita Evans, ¿estaría dispuesta a acompañarnos a esta casa para que podamos conocer a la gente de allí y averiguar más cosas sobre los últimos días de Patty Tunstall?

—Por supuesto, señor.

Lydia Evans sintió algo nuevo en ese momento. Era un sentimiento que no había tenido en mucho tiempo.

Esperanza.

*

La esperanza se convirtió en incredulidad en su viaje a Wootton Street.

—¿Nunca ha estado en un coche como este? —preguntó Kit.

—No, señor —dijo Lydia Evans, sinceramente.

Iban en el Rolls Royce de Kit. Lydia Evans parecía una niña el día de Navidad. Sus viajes en coche habían sido escasos. Ninguno como este. La tapicería de cuero era tan suave, tan cómoda. Quería llorar de felicidad. Santo cielo, qué historia tendría que contar a sus amigas.

Atravesaron el tráfico matutino con una rapidez que a Lydia Evans le resultaba aterradora y deprimente a la vez. No quería que el viaje terminara. Por primera vez en su vida, era una princesa montada en un carruaje con un apuesto príncipe. Era una fantasía, por supuesto, pero mientras durara, quería disfrutar de cada segundo.

Su rostro, antes tan temeroso, se iluminó. Kit le sonrió, pero sintió que el corazón le pesaba. No solo por su pasajera, que pronto volvería a la dura realidad de su vida, sino también por Mary. ¿Qué diría?

¿Qué pensaría cuando irrumpieran en su casa?

No estaba seguro de lo que encontrarían. Si Mary se enfadaba, que así fuera. Había una cuestión más prioritaria: su seguridad. Él no estaba en peligro. Ella sí. Así de simple. Las víctimas eran mujeres. Mujeres jóvenes. Muchas aún no tenían veintiún años, lo que era significativo. Mary era una presa potencial. Pero aun así le remordía la conciencia. Tanto Kit como Lydia temían el

final del viaje por razones totalmente distintas.

—Aquella casa de allí —dijo Lydia Evans señalando un hogar de ladrillo rojo. Era una casa grande y parecía haber sido construida uniendo dos edificios. Miller detuvo el coche justo delante. Un coche de policía conducido por Beloved se detuvo detrás.

—¿Debo quedarme en el coche, señor? —preguntó Miller, claramente consciente de que algo estaba pasando.

—No, Harry. Tal vez deberías unirme a nosotros, en un principio.

Miller ayudó a Lydia a salir del coche y los cuatro hombres la siguieron hasta la casa. Jellicoe miró a la joven expectante y ella llamó a la puerta.

Contestó una mujer mayor que Kit no reconoció. La mujer miró a Lydia Evans.

—Hola Lydia, ¿va todo bien?

—Sí, señorita Dinsdale. Estos caballeros son de la policía. ¿Podemos pasar?

Los ojos de la señorita Dinsdale se abrieron alarmados, pero inmediatamente dio un paso atrás y vio cómo Lydia Evans y los hombres entraban en la casa. Lydia fue la primera en cruzar la puerta, seguida de Kit.

Entraron en una estancia grande. Había varias mujeres jóvenes con niños. Kit se quedó con la boca abierta. Mary se volvió hacia él. Estaba con Isabelle Rosling y dos mujeres mayores. Mary entrecerró los ojos y arqueó una ceja de forma alarmante. Kit calculó que aquella mirada contenía unas diecisiete preguntas.

Pero no fue eso lo que le sorprendió.

—¿Qué demonios haces aquí? —El tono era tan perentorio como familiar era la irritación.

—Hola, tía Agatha —dijo Kit con toda la despreocupación que fue capaz de mostrar—. Estaba a punto de hacerte la misma pregunta.

Capítulo 32

Unas horas antes...

Mary miró por la ventana del salón que daba a Grosvenor Square. Era una mañana espantosa. La lluvia no era especialmente fuerte, pero la calle, la hierba, los troncos de los árboles e incluso el aire parecían empapados. Mary dio un sorbo a su té y observó a tía Agatha y a Fish caminando juntos por el parque del centro. «Pobre Fish», pensó Mary. Agatha era la única que hablaba.

Los dos septuagenarios habían llegado a la salida del parque. Cruzaron la calle vacía en dirección a la fachada de la casa. Uno o dos minutos más tarde, la puerta del salón se abrió y Agatha entró.

—Me alegro de haberte encontrado, Mary.

—Un día horrible.

—Espantoso. Dime —dijo Agatha, poniendo fin a cualquier otra discusión sobre la desafortunada susceptibilidad de Gran Bretaña a las despiadadas vicisitudes meteorológica—, ¿piensas visitar hoy la casa de Waterloo con la señora Rosling?

—Sí —respondió Mary—. No hay mucho que pueda hacer en el caso ahora.

—¿Te importa si te acompaño?

Mary sonrió a su tía adoptiva. Justo cuando pensaba que ya no podía dejarse sorprender por esta señora, como cualquier buen jugador de póquer, un juego en el que tía Agatha no tenía parangón, siempre se guardaba un as bajo la manga. En realidad, ese as bajo la manga se trataba de trampas, pero no importaba, siempre asombraba.

—Por supuesto, tía Agatha. Estoy segura de que la señora Rosling estará encantada de conocerte. — Para darle a Agatha su merecido, la expresión de su cara sugería que lo dudaba inmensamente. Reconoció que Mary exageraba la verdad no para burlarse de ella, sino porque era considerada. Le encantaba eso de Mary. Aunque nunca se lo diría. Mary se movía en la fina línea que separa la burla amable de la estima con una facilidad infalible. La echaría de menos cuando se fuera con Kit. De hecho, la echaría mucho de menos.

—Estoy segura de que estará encantada.

Nada en la voz de Agatha sugería que lo creyera o que le importara.

Mary soltó una carcajada. Esto obligó a Agatha a salir del salón, para no empezar a reírse también, alegando la necesidad de prepararse. Justo cuando el viejo reloj de pie daba las ocho, Mary y Agatha se pusieron en marcha conducidas por Bernard, el chófer ocasional de Agatha.

—Volveremos por la tarde —dijo Agatha a Natalie antes de marcharse—. Puedes tomarte el día libre.

—Gracias, señora —respondió Natalie ocultando su alegría. Tenía la intención de pedir eso mismo para ese día. Cerró la puerta y dio una palmada de alegría. Fue al teléfono y marcó un número.

En el piso de abajo oyó que empezaba a sonar música en un gramófono. Jazz.

*

Haymaker Harris roncaba plácidamente en el coche mientras Mary y Agatha bajaban las escaleras de la mansión antes de subir al nuevo Bentley conducido por Bernard. No tenía intención de quedarse a pasar la noche. Una vez que Mary había regresado a la mansión, él ya no

estaba de servicio. Sin embargo, estos días sentía más el cansancio. El frío tampoco ayudaba. Bebió unos sorbos de brandy de su petaca para entrar en calor. Pronto se quedó dormido.

Era media mañana y Haymaker soñaba que estaba en el ring dándole una buena paliza a Georges Carpentier. La indiscutible elegancia del francés en el manejo del cuadrilátero no le servía de mucho frente a la velocidad y la potencia de Haymaker. La pelea estaba a punto de llegar a un final devastador cuando...

Haymaker se despertó con el sonido de un golpecito en el lado del pasajero del coche. Era un policía. Los dos hombres se miraron durante unos segundos. En ese tiempo ambos se preguntaron si se habían visto antes. El policía asimiló rápidamente los rasgos de Haymaker: la oreja de coliflor, la nariz y los ojos ligeramente encapuchados. No se trataba de un hombre que pudiera ser habitante de uno de los lugares más exclusivos de Londres. El policía volvió a golpear el cristal. No hizo falta indagar más.

—Lárguese —aconsejó el policía.

Haymaker se tocó el sombrero y se dispuso a obedecer. Aún tenía sueño. Se frotó los ojos. Mientras lo hacía, se volvió hacia la residencia que Wag le había encargado vigilar. Una joven bajaba los escalones. Llevaba un abrigo oscuro y uno de esos sombreros de copa que todas las mujeres llevaban últimamente.

Era difícil distinguir sus rasgos. Justo cuando Haymaker pudo quitarse el sueño de los ojos, la ventana volvió a sonar.

—Muy bien, muy bien, no se preocupe —dijo Haymaker volviéndose hacia el policía. Cuando Haymaker se volvió, se dio cuenta de que un coche grande se acercaba a la joven. Momentos después, ella subió al coche, que se alejó a toda velocidad.

Haymaker se apresuró a arrancar el coche y se puso en marcha detrás del otro vehículo. El policía reanudó su tranquilo paseo por uno de los puntos menos conflictivos de Londres, con la seguridad de que seguiría siéndolo gracias a su inteligente intervención.

*

«Tiene prisa», pensó Haymaker siguiendo de cerca al coche grande. Era un Bentley de color claro. Sin duda podía cambiar de marcha y lo hacía cuando la carretera estaba suficientemente despejada. Una o dos veces, Haymaker tuvo que reconocer a algunos peatones enfadados que habían sido lo bastante temerarios como para intentar cruzar la carretera mientras él intentaba mantener el ritmo.

Por suerte, el trayecto fue afortunadamente corto, o tal vez habían ido a una velocidad excesiva. Llegaron a un destino a pocos minutos en coche, cerca de Sloane Square.

Un joven salió del coche. Iba bien vestido. «Un ricachón, sin duda», pensó Haymaker. Segundos después, la joven salió del coche. Cogió la mano del caballero y subió a la acera. Miró las casas a su alrededor. Eran casas altas, de cuatro plantas. Segundas residencias de gente rica del campo. Haymaker pudo ver inmediatamente dos cosas en ella. Parecía impresionada por la casa. Y lo que era más extraño, no parecía ser lady Mary.

—Maldita sea —dijo Haymaker o algo que se le parecía.

Se quedó y la vio entrar en una gran casa con el joven. Esto puso a Haymaker en un dilema. Que tenía que volver y el doble de rápido a Grosvenor Square estaba claro. Igualmente, claro era si debía admitir ante Wag su error.

Se le ocurrió una idea.

Veinte minutos más tarde, Haymaker estaba, una vez más, fuera de la mansión. Tras una breve espera, vio a Bernard, el chófer, caminando hacia la casa. Haymaker saltó del coche y detuvo al

chófer. Al principio, el chófer miró a Haymaker con desconfianza. Sin embargo, parecía conducir un coche bastante caro. Esas cosas impresionaban a Bernard.

—Perdone, señor, pero acabo de llamar la puerta. No hay nadie —dijo Haymaker.

—Sus señorías se han ido a una casa en Wootton Street, a un hogar para mujeres.

«Por supuesto», pensó Haymaker, «debería haberlo pensado». Le dio las gracias a Bernard y regresó a su coche. Bernard miró al exboxeador alejarse a toda velocidad. No volvió a pensar en el encuentro.

*

A menos que Mary se equivocara, percibió que la tía Agatha estaba un poco nerviosa. Normalmente se manifestaba cuando estaba callada y no repartiendo opiniones como confeti en una boda. Últimamente lo notaba más. Algo le preocupaba. Normalmente, con la tía Agatha se oía todo lo que le pasaba por la cabeza, excepto lo que realmente le preocupaba. Mary suponía que todas las tías eran así. Tal vez ella también llegaría a ser así. Un tipo humilde, de haber estado presente, podría haber señalado que esa era la definición misma de ser mujer.

Pronto llegaron a la casa de Wootton Street. Agatha siguió a Mary. Isabelle Rosling ya estaba allí. Con ella había otra mujer que Mary tardó unos instantes en reconocer.

—Esta es lady Mary, Millicent —dijo la señora Rosling a Millicent Fawcett.

Entonces apareció Agatha.

—¿Y ella es? —dijo la señora Rosling mirando a Mary. Mary había tardado unos instantes en acostumbrarse a ver a Millicent Fawcett tan de cerca. Casi se desmayó un momento después.

—Hola, Millicent —dijo Agatha.

—¿Agatha? —exclamó Millicent Fawcett—. ¿De verdad eres tú?

Los ojos de Mary se abrieron en perfecta sincronía con su boca. La señora Rosling no estaba menos asombrada.

—Sí, más mayor. Probablemente no mucho más sabia.

Había una humedad en los ojos de Agatha que fue el shock final para Mary. Millicent Fawcett se adelantó y cogió las manos de Agatha. Las dos mujeres se miraron durante unos instantes.

—Nos dejaste. ¿Qué pasó? —preguntó la líder sufragista.

—Me casé —respondió Agatha.

—Me enteré. ¿Lo amabas?

—Completamente.

Millicent Fawcett asintió y se volvió hacia Mary. Durante unos instantes, Mary conversó con Millicent Fawcett. Le temblaba la voz mientras luchaba por controlar sus emociones. Durante el resto de su vida no podría recordar lo que había dicho. Una tontería, tal vez. La emoción era casi demasiado grande. El honor era demasiado profundo.

Estaba claro, sin embargo, que Millicent Fawcett quería hablar con tía Agatha, así que, de mala gana, fue breve. «Al menos había tenido la sensatez de hacerlo», pensó después. Las dos ancianas empezaron a charlar en voz baja. Mientras tanto, Mary se dirigió a Isabelle Rosling.

—Mi tía me preguntó esta mañana si podía venir.

—No tenía ni idea de que conocía a Millicent. Se le notaba en la cara.

—Dijo que la había conocido —dijo Mary sonriendo, con un inconfundible orgullo en la voz—, pero no tenía ni idea de que fuera así. Mi tía Agatha está llena de sorpresas. Bueno, estrictamente hablando no es mi tía. Es la tía de Kit. Pero...

Mary sintió que la señora Rosling tomaba su mano. —Creo que entiendo. Bueno, estoy encantada de que nos acompañe.

Mary empezó a reírse. De hecho, tardó un poco en parar. La señora Rosling se unió a ella riendo, aunque no sabía por qué. Finalmente, ambas mujeres recuperaron la compostura.

—Bueno, Mary, creo que lo que estás diciendo, sin decir nada, es que podría arrepentirme de que se uniera a nosotros.

Mary negó con la cabeza, pero su sonrisa se ensanchó.

—Ciertamente es única, pero creo que sería una ventaja. La cuestión es que no siempre lo parecerá. A veces puede ser un poco gruñona.

La puerta se abrió de golpe. A veces parece que las puertas se abren de golpe cuando un policía, bueno, cualquier hombre, llega a una estancia. Mary se sobresaltó, al menos por tercera vez aquella mañana, al ver al inspector jefe Jellicoe y a Kit entrar en el salón. Había una mujer con ellos a la que reconoció vagamente.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó Agatha, que fue la primera en recobrar el sentido después de que se le pasara el susto inicial.

—Hola, tía Agatha, estaba a punto de hacerte la misma pregunta. —Kit miró a su tía y luego a Mary. Frunció ligeramente el ceño, ¿o fue una mueca? Mary se dio cuenta de que le incomodaba su entrada. No sabía si estaba indignada, sorprendida o simpatizaba con su situación. Ella siguió su corazón.

—Lord Aston. Qué agradable sorpresa —dijo Mary adelantándose y besándole suavemente en la mejilla—. ¿Has venido a ayudarnos?

De fondo pudo oír a Agatha susurrando, en voz bastante alta hay que decir, pues el oído de Millicent Fawcett ya no era tan agudo como antes, acerca de los recién llegados.

Curiosamente, fue la señorita Dinsdale quien salvó la situación.

—¿Les traigo té a los caballeros?

Esta sugerencia eminentemente sensata fue recibida con aclamación y permitió que floreciera la calma, la explicación racional y el intercambio de información. El inspector jefe Jellicoe y el sargento Beloved se adelantaron y explicaron su presencia. Durante los minutos siguientes, mientras Lydia Evans y la señora Rosling completaban las piezas de los rompecabezas relacionados con los últimos movimientos de Patty Tunstall, Kit se llevó a Mary aparte.

—Querida, habría dado cualquier cosa por no entrometerme. No tenía ni idea de que este era el mismo lugar donde trabajabas hasta que la señorita Evans lo mencionó.

Mary cogió la mano de Kit y lo miró.

—Lo sé. Lo entiendo, podía verlo en tu cara. Creo que no estás tan seguro de la señora Rosling. Me gustaría que la vieras como yo la veo. Es una mujer extraordinaria. La admiro muchísimo.

Kit sonrió y besó a Mary en la coronilla.

—Lo siento mucho. He sido un poco idiota. Un idiota celoso. Si hay algo que pueda hacer para apoyarlo que estás haciendo aquí, lo haré. Quiero ayudar.

Kit sonrió al decir esto último. Mary entrecerró los ojos.

—Bueno, ignorando por un momento la paradoja implícita en esa afirmación, ya que eres un hombre tan cambiado... —Mary estuvo tentada de añadir que ella también había cambiado gracias a él, pero optó por un método más romántico de transmitirle tanto el perdón como la confirmación de su futuro. Esto duró uno o dos minutos en el pasillo de entrada del refugio. Terminó con un cortés carraspeo.

Tía Agatha y Millicent Fawcett estaban cerca mirando a la pareja.

—Este es mi sobrino, como te decía, Millicent. Mary y él se casarán el año que viene. Aunque si siguen comportándose como dos animales en un campo, quizá tengamos que plantearnos

adelantar la boda.

La sufragista soltó una carcajada ante la severa reprimenda de Agatha a su sobrino.

—No has cambiado, Agatha.

*

Cuando Haymaker llegó a Wootton Street, su corazón se hundió. Fuera de la casa había un coche de policía. Luego vio un Rolls Royce que le resultaba familiar. El alivio le recorrió el cuerpo como un maremoto en un canal. Se acomodó y esperó. Por suerte, no tuvo que esperar demasiado, ya que los ruidos procedentes de su estómago le recordaron que no había comido nada en toda la mañana.

Kit Aston salió de la casa acompañado de lady Mary y de aquella vieja y malhumorada tía suya. Mary sonreía, caminando de la mano de Kit. «Hombre afortunado, muy afortunado», pensó Haymaker. No había envidia. Le gustaba el lord. Y estaba pagando un dinero excepcionalmente bueno por los servicios de Haymaker. Todo un caballero. Por supuesto, Wag recibía un pago, pero ¿por qué no? Él cuidaba de él y lo merecía.

Las dos damas entraron en el Rolls. Mientras tanto, Kit se detuvo un momento y miró a su alrededor. Entonces vio a Haymaker. Se quitó el sombrero ante el exboxeador, haciendo que Haymaker comprometiera allí mismo su vida o, al menos, sus puños a la protección de la joven.

—¿Ante quién te quitabas el sombrero? —preguntó Mary.

Kit se metió en el coche y levantó las cejas en lo que consideró una muestra de inocencia. A Mary no le gustó nada. Entrecerró los ojos y volvió a apretarle.

—Dímelo. No te lo calles.

Kit enrojeció ligeramente, temporalmente sin palabras o incluso sin una defensa decente. Pasaron por delante de Haymaker. Mary llamó la atención del exboxeador y le sonrió. El boxeador le devolvió el saludo antes de darse cuenta de que debía ir de incógnito.

—Ah—dijo Mary volviéndose hacia Kit con ojos risueños—. Tu amigo boxeador.

Kit se encogió de hombros y tuvo la decencia de parecer avergonzado. Mary no estaba precisamente enfadada, sobre todo porque era una buena oportunidad para practicar cómo poner en aprietos a su futuro marido. Era lo bastante mujer como para aferrar la oportunidad de sacar pecho; estaba lo bastante enamorada como para sentir una punzada de culpabilidad al hacerlo. Era difícil ir en contra de la naturaleza de su género. Era una mujer y punto.

—¿Mi ángel de la guarda?

—Sí —admitió Kit—. Vivimos en un mundo peligroso.

—Así es.

—¿Estás enfadada?

Mary le dio una fuerte patada en la pierna.

—Pierna equivocada —dijo Kit sonriendo ante el ruido sordo que hizo su pie.

—Lo sé —dijo Mary con una sonrisa—. Es un tiro de advertencia.

Agatha, si oyó algo de esto, no hizo ningún comentario. Volvía a estar perdida en otro mundo, con la mirada fija fuera de la ventanilla del coche. Kit y Mary se percataron de ello cuando su conversación se extinguió. Mary miró a Kit y luego a Agatha. Kit se encogió de hombros. Él también lo había notado, pero no tenía más idea que Mary de la causa. Quizá pudieran hablar con ella cuando el caso hubiera terminado. Si es que alguna vez terminase. Kit desechó la idea tan pronto como le vino a la cabeza.

Encontrarían al asesino.

Capítulo 33

La cena en la mansión de Grosvenor Square fue un tema silencioso. La mente de Agatha estaba en otra parte; Mary y Esther hablaban de bodas. Kit y Bright no tenían nada que ofrecer al respecto. Su trabajo consistía en estar allí ese día, idealmente sobrios, listos para comprometerse el resto de sus vidas con las chicas Cavendish. No era la peor perspectiva, reconoció Bright.

Todos estaban preocupados por Agatha, pero algo más se estaba convirtiendo en un problema.

—¿Natalie dijo adónde iba? —preguntó Esther.

—No, no le pregunté —admitió Agatha—. Le di el día libre y, bueno, se habrá ido.

—¿Fish o Bernard no tienen ni idea de adónde ha ido?

—Naturalmente, les pregunté —respondió Agatha, con un indicio de que su espíritu volvía a estar presente en su tono despectivo—. Y antes de que preguntes, hablé con Hemmings en la cocina antes de que se fuera. Natalie no dijo nada sobre sus planes para hoy. Así que no tiene sentido que me preguntes nada más sobre el tema.

—¿Ha hecho esto antes? —preguntó Kit, literalmente tomando su vida en sus manos. Agatha sostenía un cuchillo de untar, hay que añadir. ¿Quién sabe qué pensamientos cruzaron su mente? Puede que no fueran muy distintos de los de Kit, mientras miraba los cubiertos de plata que brillaban peligrosamente a la luz.

—No. No lo ha hecho.

Kit estaba claramente preocupado. Y su preocupación no tardó más de uno o dos segundos antes de que se extendiera por toda la estancia.

—¿Qué debemos hacer, Kit? —preguntó Mary.

Kit se frotó la frente. —Esto no me gusta. Iremos a Scotland Yard. Creo que deberían saberlo. Para estar seguros.

—Iré contigo, Kit —dijo Bright—. Si algo va mal, me siento mejor haciendo algo al respecto.

—¿Habrá alguien allí a esta hora, Kit? Es muy tarde —preguntó Esther.

*

—Sargento Beloved —dijo Kit—, esperaba encontrarle todavía aquí. Detective inspector Bulstrode, un placer.

Beloved y Bulstrode estaban sentados juntos fuera del despacho de Jellicoe. Ambos comían bocadillos y bebían cerveza. Parecían algo avergonzados por haber sido sorprendidos bebiendo, estando de servicio.

—¿Puedo presentarles a mi amigo, el doctor Richard Bright?

Hubo una ronda de apretones de manos y luego los visitantes se acercaron a dos asientos cercanos.

—Por favor, no dejen que les interrumpamos —dijo Kit, aunque era evidente que cada uno había perdido algo de apetito y sed—. ¿Han hecho algún progreso en la determinación de los últimos movimientos de la señorita Tunstall?

—Está incompleto, señor, pero ahora tenemos algunas líneas de investigación adicionales que continuaremos mañana.

—Me alegra oírlo —dijo Kit. Miró a Bulstrode—. ¿Se reincorporará al caso en algún momento? Esto fue recibido con un bufido, o al menos lo habría sido si Bulstrode no se hubiera detenido a tiempo.

—No, señor. Nos faltan unos hombres que han sido desviados a este caso. Estoy haciendo todo lo que puedo para terminar otro asunto.

—Ya veo —dijo Kit, y lo vio. Extrañamente, le tranquilizó ver a los dos hombres trabajando hasta tan tarde. Podían ser unos matones, pero su compromiso con la causa era intachable.

—¿Puedo preguntarle qué le trae por aquí a estas horas de la noche, señor? —preguntó Bulstrode.

Los cuatro hombres miraron el reloj de pared. Eran más de las nueve.

—Puede que no sea un problema, y ciertamente esperamos que no lo sea, pero Natalie, la joven criada de mi tía, no ha regresado de su día libre. No ha ocurrido antes, y no se nos ocurre ninguna razón por la que no debería haber vuelto. Dados los acontecimientos que rodearon la muerte de Bentham...

Kit dejó la siguiente idea en el aire. Estaba claro, mirando a los ojos de ambos hombres, que sabían lo que quería decir. Los dos policías intercambiaron miradas.

—Es mejor no arriesgarse —dijo Bulstrode.

—Estoy de acuerdo —respondió Kit.

*

Si Rufus Watts estaba consternado al ver la llegada de Beloved a su despacho, estaba completamente seguro de que iba a hacérselo saber al detective. Entonces vio la llegada de Kit. Fue una sorpresa, y no desagradable. Reconoció a Kit. Se estaba convirtiendo en un habitual de Scotland Yard. Además, había visto al noble en la Royal Opera House y en la National Gallery. Era un hombre de cultura, como él.

—Buenas noches, señor Watts —dijo Beloved—, ¿recuerda a su señoría?

—Lord Aston, es un placer volver a verle. ¿Se trata de una visita social o de negocios? Kit sonrió con pesar. —Negocios, por desgracia. Espero no interrumpirle ningún asunto. Es muy urgente.

El pequeño artista sonrió y extendió los brazos.

—Tengo un horario extraño. ¿Qué quiere que haga? —Watts se volvió hacia Beloved y dijo—: Y será mejor que compruebes si Shepherd sigue aquí o le telefonees para que venga. Con media hora o una hora bastará.

—Lo haré, señor.

*

El retrato apareció en los cuarenta minutos siguientes como un barco entre la niebla. Primero se distinguió la forma, luego los rasgos, después la sombra y finalmente, para asombro de Kit, un indicio de la persona.

—Ha perdido su vocación, señor Watts.

Watts no le contradijo, lo que divirtió mucho a Kit. Asintió con la cabeza ante la imagen acabada de Natalie.

Rufus Watts sonrió. Siempre era así. Para alguien de su talento, aquello no era más que una nimiedad, pero la aclamación de la crítica siempre llegaba, y él disfrutaba cada segundo. Normalmente, su público estaba compuesto por personas sin discernimiento ni gusto. Sin embargo, la reacción de alguien del rango de Kit era especialmente gratificante.

A pesar de la efusividad de Kit, el artista podía percibir la ansiedad. Y tenía razón. Kit estaba preocupado. Sus sentidos volvían a hormigear. Si algo le ocurría a Natalie, dudaba que pudiera perdonarse el haberla puesto en peligro, aunque fuera indirectamente. No quería pensar en lo que podría pasar, pero las imágenes de las jóvenes asesinadas se le vinieron a la cabeza.

—Tenemos que llevarle esto a Shepherd —dijo Watts.

—Adelante —respondió Kit.

Al decir esto, vio el bastón de Watts apoyado contra la pared. El mango era de plata y representaba una serpiente. Watts se dio cuenta de la dirección de la mirada de Kit. Se levantó y cogió el bastón, sacando la espada que contenía.

Kit sonrió y dijo: —¿Sabe lo que estaba pensando? Tengo un socio que tiene algo parecido. — Pensó en Smith-Cumming.

La punta de la hoja estaba a medio metro de la cara de Kit. Entonces Watts la bajó y entregó la espada, con la empuñadura por delante, a Kit. Levantándose de su asiento, Kit dio algunos golpes y estocadas con la espada.

—Veo que esgrime, su señoría.

—Solía hacerlo.

—¿Por qué dejó de hacerlo?

Kit se echó a reír. —Mi prometida me ganaba con demasiada facilidad para mi gusto. —Le devolvió el florete a Watts, que empezó a hacer algunos movimientos de esgrima. Estaba claro que sabía lo que hacía.

—¿Qué le pareció lo que le ocurrió al pobre Bentham? —preguntó Kit, observando cómo el artista embestía, fintaba, golpeaba y contraatacaba a un oponente imaginario.

—Me sorprendió, por supuesto. ¿Cómo podía saber alguien que trabajaba con nosotros?

—¿Cómo cree? —insistió Kit.

Watts se detuvo un momento y miró a Kit. Levantó una ceja y, al cabo de unos instantes, dijo: — La respuesta a eso sería preocupante.

Kit se levantó de su asiento y adoptó una postura de esgrima. Su bastón se convirtió en su espada.

—En guardia.

Los dos hombres estaban así cuando Beloved entró en el despacho. Se detuvieron inmediatamente, como dos colegiales traviesos a los que pillan fumando en el lavabo.

—De esto deduzco que el dibujo está listo, señor Watts.

—Lo está, querido sargento. Vamos a ver a Shepherd para que haga las copias. ¿Le mencionó que veníamos?

—No es necesario que baje, señor Watts —señaló Beloved.

—Lo es. Todavía tiene los cinco dibujos originales que hice con Bentham. —Volviéndose hacia Kit, a modo de explicación—. Me gusta conservar los originales.

Kit miró con extrañeza al pequeño artista. ¿Cinco dibujos? Los tres hombres se dirigieron al despacho de Shepherd, quien, al igual que Watts, solía trabajar hasta altas horas de la noche. Todavía estaba allí y los esperaba. El fotógrafo tenía unos sesenta años, adivinó Kit. Probablemente llevaba toda la vida utilizando una cámara, a juzgar por algunas de las fotos que tenía colgadas en la pared.

—¿Son suyas? —preguntó Kit mirando la galería. La mayoría mostraban a una mujer en distintas etapas de su vida.

—Sí —respondió Shepherd—. Empecé hace treinta años. Nunca pensé que sería mi trabajo.

—¿Cuándo tendremos las copias? —preguntó Beloved. No era hombre de charlas triviales. Por una vez, a Kit le gustaba la sensación de urgencia y se alegró de que el tono del sargento lo transmitiera.

—Mañana por la mañana —respondió Shepherd. Luego cogió el nuevo dibujo y miró a Natalie.

—Una chica preciosa. ¿Otra víctima? —Había algo más que un rastro de tristeza en su voz. Kit

sintió un vuelco en el corazón.

—Esperemos que no —dijo Beloved rápidamente—. ¿A primera hora?

—Primera hora —confirmó Shepherd. Se volvió hacia Watts—. ¿Quieres que te devuelva los originales, Rufus?

Watts asintió. —Sí, ya me conoces, querido.

Shepherd sonrió, metió la mano en un cajón y sacó un sobre. Cogió un abrecartas y, con un rápido corte, abrió un sobre del que extrajo los dibujos.

—Aquí tienes, Rufus.

Kit miró sorprendido el abrecartas. No se parecía a ninguno que hubiera visto antes. De hecho, se parecía más a un...

—Bisturí —dijo Shepherd, sonriendo a Kit—. Me lo dio el doctor French cuando me quejé de que había perdido mi abrecartas. O quizá me lo robaron. No se puede fiar de nadie en este edificio.

Los tres hombres salieron del despacho del fotógrafo y volvieron a subir las escaleras desde las entrañas del edificio hasta la entrada principal.

—Tengo que reconocerlo, chicos —dijo Kit—. Trabajan muchas horas.

—Ayuda no estar casado —dijo Watts alegremente.

Kit miró al artista; no insistió más en el tema, pero se le ocurrió una idea sobre el fotógrafo.

—He visto muchas fotografías de una mujer en el despacho del señor Shepherd. La misma mujer.

—Su esposa, señor —dijo Beloved—. La gripe se la llevó. Es viudo. El siguiente comentario de Watts paró en seco a Kit.

—Sí, pobre hombre —dijo Watts—. Deduzco que ha empezado a asistir a sesiones de espiritismo. Muy extraño, en mi opinión.

—Que usted sepa, ¿acuden muchos policías a sesiones de espiritismo? —preguntó Kit. Estaban en el vestíbulo del edificio de Scotland Yard.

Watts se rio.

—La verdad es que no tengo ni idea. Me lo mencionó de pasada. Estuve tentado de decirle que son tonterías, pero me pareció un consuelo. ¿Quién soy yo para criticar? De hecho —dijo Watts, hojeando los dibujos—, si mira este podría pensar que yo también asistía a esas ridiculeces.

Le entregó a Kit el rostro que Bentham había descrito. Había un parecido con Watts. Kit sonrió y dijo: —Sí, ya veo lo que quieres decir.

Watts cogió el dibujo, pero parecía perplejo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kit.

—Falta uno de los dibujos —dijo Watts—. No importa. Lo encontraré mañana, seguro.

Watts se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras. La desaparición del dibujo parecía una coincidencia. Se lo mencionaría a Jellicoe al día siguiente.

Capítulo 34

El tic-tac del reloj fue el ruido más fuerte en el desayuno de la mañana siguiente en Grosvenor Square.

Nadie dudaba de que Natalie había desaparecido y, muy probablemente, por motivos relacionados con el caso. Cuando Kit llegó para reunirse con ellos, acordaron que era inevitable registrar la habitación de Natalie. Hasta ese momento, habían mantenido la esperanza de que regresara. Ahora cada segundo era esencial.

—Mary y tú registrad la habitación, Christopher —sugirió Agatha—. Me reuniré con vosotros en un momento. —Se dirigió por el pasillo a la habitación de Fish. Después de llamar rápidamente a la puerta, entró en la habitación.

Kit y Mary se miraron.

—¿Vas a preguntar qué le pasa? —preguntó Mary, entrando en la habitación de Natalie. Kit se encogió de hombros ante la responsabilidad de hacer semejante pregunta.

—Cobarde —dijo Mary con precisión al héroe de guerra. Lo primero que encontraron fue un gran ramo de flores.

—Dios mío —dijo Kit.

—No te alteres —dijo Mary—. Estas flores eran para Esther. Las pusimos aquí para evitar cualquier disgusto.

—¿Bobo Andrews?

Mary miró a Kit y luego sonrió.

—Creo que te refieres a Bobby. No, Xander Lewis. Creo que la tía Agatha lo describiría como un cabezón. Con precisión, todo hay que decirlo.

El registro de la habitación no reveló rastro de ningún amante. Había un puñado de fotografías de la familia y algunas cartas de un primo en Francia. Nada que pareciera proporcionar la menor pista sobre su paradero.

Se dieron por vencidos al cabo de media hora y volvieron a reunirse con Agatha y Esther en el piso de arriba. El ambiente era decididamente deprimente.

—Por cierto, ¿dónde está Richard? —preguntó Kit a Esther—. No estaba por aquí esta mañana.

—Le pedí que visitara el refugio. Me dijo que estaba algo desocupado en ese momento.

Esther sonrió con orgullo. Sin embargo, estaba preocupada. Pronto empezarían su vida de casados y las cosas irían mejor si su marido tuviera trabajo. El dinero no era el problema. Su orgullo le obligaba a trabajar, pero quería obtener unos ingresos y, al mismo tiempo, hacer algo socialmente beneficioso. Encontrar un trabajo que combinara estos objetivos estaba resultando más difícil de lo que había previsto.

La llegada de Betty Simpson una hora más tarde levantó el ánimo de todos. Entró en la estancia como un tren desbocado bajando una cuesta empinada.

—Estoy aquí.

—Lo habíamos notado. ¿Cómo has entrado?

—La puerta principal estaba abierta.

Agatha dirigió a Kit una mirada severa que provocó una amplia sonrisa en el rostro de Mary. Entonces recordó qué día era.

—Lo había olvidado —le dijo Mary a tía Agatha—. Hoy tienes sesiones de espiritismo.

—Así es. Espero que a Doyle se le haya ocurrido algo mejor que las últimas.

—¿Vas a ir vestida así? —preguntó Betty, que provocó la segunda mirada severa en otros tantos segundos de Agatha.

*

Al caer la tarde, lo único que se sumergía más rápido que el sol eran los espíritus de Agatha y Betty. Dos sesiones de espiritismo separadas habían demostrado lo que las dos damas creían firmemente que la desgracia favorece a los tontos. Betty estaba especialmente enfadada cuando subió al coche.

—Una pérdida de tiempo. Dudo que alguna de esas personas pudiera vestirse sola sin ayuda. Deberíamos desempeñarnos como médiums, Agatha. Ganaríamos un dineral.

—Eso es tener visión —dijo Agatha con ironía.

—Muy divertido, querida —respondió Betty.

Unos instantes después, Agatha se dio cuenta de que había hecho un juego de palabras involuntario. Estaba demasiado ansiosa para reírse. El coche arrancó y se pusieron en camino hacia la última parada del día. Cerca de Sloane Square.

—Espero que la policía haya hecho progresos en la búsqueda de Natalie —dijo Agatha. Pasaron junto a un vendedor de periódicos en la calle. Betty no tuvo que preguntar. Se detuvo inmediatamente y le dio a Agatha la oportunidad de salir y comprar la edición de la tarde. Cuando volvieron a ponerse en marcha, Agatha hojeó el periódico.

—Sí, está aquí. Buen retrato de Natalie. Quienquiera que haya hecho esto, sin duda sabe lo que hace.

—A ver.

—Mantén tus ojos en el camino, querida.

Ambas habían renunciado hacía tiempo a la idea de que esta vía de investigación produjera algo más que la exposición a los más crédulos de la alta sociedad. Como habían llegado pronto, las damas decidieron que sería prudente hacer una parada para reponerse un poco y sobrellevar la dura prueba que les esperaba.

—Dos coñacs grandes, por favor —dijo Betty a la camarera del Royal Court Hotel.

Agatha miró hacia Sloane Square. Era de noche y el cielo se oscurecía ominosamente. La negrura de las nubes era como el velo de un ataúd.

—No me gusta el aspecto de ese cielo —dijo Agatha.

—Este brandy es de lo mejor, tengo que averiguar cuál es —replicó Betty.

—No me sorprendería que se avecinara una tormenta.

—Date prisa y téminate el tuyo, querida —dijo Betty—. Tendremos tiempo para otro.

Veinte minutos después, las damas estaban lo suficientemente revitalizadas como para aventurarse en la ligera lluvia que estaba cayendo. El aire era denso y opresivo cuando doblaron la esquina en dirección al lugar de la última sesión. La casa estaba a cinco minutos a pie. Llegaron a la puerta principal de la gran casa justo antes de que se relampagueara el cielo.

El anfitrión era un hombre de mediana edad con barba gris y negra y una sonrisa que parecía demasiado deseosa de agradar. Se presentó, pero las damas olvidaron enseguida su nombre. Le siguieron a una sala en la que había media docena de hombres y mujeres tomando una copa. La gente de siempre: viudas, viudos, padres que querían ponerse en contacto con los hijos que habían perdido. Las emociones de Agatha eran una mezcla letal de ira, alcohol y tristeza. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que el espiritismo era un negocio como cualquier otro. Se aprovechaba de los crédulos y del dolor.

La sala iluminada con velas se parecía a muchas de las que habían visto. Las cortinas negras caían desde el techo hasta el suelo, una escena religiosa sobre la repisa de la chimenea mostraba la Tentación de Cristo. Al cabo de unos momentos, el anfitrión se acercó para reunirse con Agatha y Betty.

—Buenas noches, señoras. Es la primera vez que vienen, si no me equivoco.

—No se equivoca —dijo Agatha con un poco de frialdad, lo que provocó que Betty le diera un codazo en las costillas.

—Hermosa casa —dijo Betty con una sonrisa—. ¿Es suya?

—No, no es mía —respondió el anfitrión con cierta evasiva—. ¿Puedo preguntar cuál es su interés en venir esta noche?

Cada una tenía su historia preparada. Ambas habían perdido a sus maridos. Ambas deseaban volver a comunicarse con ellos. No habían tenido mucha suerte en otros lugares, pero seguían siendo optimistas.

¿Se atenuó un poco la sonrisa del anfitrión? Parecía un vendedor trabajando para ganar una comisión. La pregunta, por supuesto, era qué vendía. Agatha indagó un poco más.

—Siempre nos ha interesado la filosofía más esotérica. Actualmente, esas ideas pueden estar mal vistas por la gente menos ilustrada. Es una lástima que instituciones religiosas que demonizan este tipo de pensamiento nos hayan negado tantos conocimientos antiguos.

Agatha levantó las cejas al final con la esperanza de provocar una respuesta. Los ojos del anfitrión volvieron a iluminarse. Asintió enérgicamente con la cabeza. Agatha continuó.

—El otro día le comentaba a mi nieta lo mal que se percibe el ocultismo hoy en día.

—Parece un tema inusual para una chica joven —rió el anfitrión.

—Bueno, no tan joven. Pronto cumplirá veintiún años. Estoy intentando convencerla de que deje de trabajar como modelo para artistas y busque un interés más cerebral —dijo Agatha, haciendo una pausa para calibrar la reacción a esta noticia.

Estaba claro que había juzgado perfectamente a su público. El anfitrión estaba jadeando. Betty también se quedó sin aliento, temiendo que su amiga estuviera exagerando un poco. ¿Una veinteañera modelo de vida? Afortunadamente, no era el caso.

—Tal vez, cuando terminemos nuestra reunión, podríamos hablar de esto en privado.

Justo cuando dijo esto, el reloj de pared dio las seis. Fuera se oyó un trueno. Agatha miró a Betty con una ceja levantada. Si se trataba de una especie de teatro creado para su beneficio, era sorprendentemente eficaz. Se respiraba una atmósfera especial en la casa. Agatha se volvió hacia su anfitrión cuando sonó el reloj.

—¿Tendré tiempo de visitar el cuarto de baño?

—Por supuesto, al final de la escalera, el segundo a la derecha.

Agatha asintió a Betty y salió de la estancia. No había nadie en el vestíbulo. En lugar de mirar abajo, se dirigió a la planta siguiente. Vio otro tramo de escaleras más adelante. Las luces parpadearon un momento y Agatha miró hacia arriba.

De la nada, apareció una mujer. Agatha se sorprendió y dio un paso atrás, casi cayéndose por las escaleras.

—¿Adónde va usted?

—Al baño —dijo Agatha, intentando disimular su sorpresa con una sonrisa.

La mujer la miró y no trató de ocultar su incredulidad. Tenía unos cuarenta años, el pelo oscuro y mechas grises a los lados. Los ojos eran pozos oscuros que transmitían una fuerza que a Agatha le pareció innegable. Es decir, innegablemente escalofriante.

Si se trataba de una médium, no cabía duda de que daba la talla.

—Si me disculpa —dijo Agatha y se fue al baño.

Cuando salió unos minutos después, la mujer seguía allí. Era, como mínimo, extraño. Hizo un gesto con el brazo para que Agatha bajara las escaleras con ella. No dijo nada. Afuera, la lluvia golpeaba las ventanas y los truenos rugían.

La mujer abrió la puerta a Agatha y ambas entraron en el salón. Agatha le hizo un gesto con la cabeza a Betty para indicarle que no había podido cumplir su misión. Una rápida mirada hacia la mujer le indicó por qué. El anfitrión emitió una ligera tos y la sala enmudeció de inmediato y miró expectante a la mujer. El repiqueteo de la lluvia contra la ventana hizo que Agatha se estremeciera; el salón parecía más frío que antes. Betty intentó abrocharse la chaqueta de tweed con escaso éxito. El anfitrión tomó asiento.

—Siéntense, por favor.

El anfitrión retiró un mantel. Agatha y Betty se quedaron heladas al ver el dibujo de la mesa. Era un pentáculo. En el centro, la silueta de una cabeza de cabra. La mujer que Agatha acababa de conocer fue la última en sentarse. Miró hacia el anfitrión. Exhaló lentamente. La estancia estaba tan fría ahora que provocó la aparición de un vapor. Silencio. El único sonido era el de la respiración.

Agatha sintió que una corriente de aire frío le lamía la cara. Era maligna, como un chorro helado. Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo. Por primera vez desde que tenía memoria, sintió miedo. Esta sesión de espiritismo era totalmente diferente a las anteriores. Había una presencia invisible y abrumadora. Podía sentirla en la piel. Casi tocarla.

Un trueno hizo sobresaltar a todos.

Las risas nerviosas cesaron de inmediato cuando miraron a la médium. Fuera del salón, en el vestíbulo, la puerta se abrió con un crujido. Agatha pudo oír pasos que caían silenciosamente sobre el suelo. Muchos pasos. Una mirada hacia Betty le dijo que ella también los había oído.

—Gracias por venir —dijo el anfitrión, ajeno a los sonidos apagados fuera del salón—. Hoy tenemos con nosotros, por primera vez, a una médium de gran reputación.

Todos los ojos se volvieron hacia la médium.

—Les presento a la señorita Eva Kerr.

Capítulo 35

Una de las cosas que más le gustaba a Wag McDonald de Haymaker Harris era que podía confiar en él. Lo había contratado no por su capacidad como luchador o guardaespaldas. Más bien por su integridad. No había un hueso deshonesto en su cuerpo. En más de cincuenta combates profesionales nunca se había tirado. La razón de ello iba más allá de la robustez de su mandíbula.

No había mencionado nada de los sucesos de la otra mañana, cuando se había dormido en el trabajo. Sin embargo, le rondaba por la cabeza. Tras una noche en vela, llegó al trabajo a la mañana siguiente con una idea clara. De hecho, la mente de Haymaker rara vez albergaba incluso un solo pensamiento en un momento dado. Era uno de los hacedores de la naturaleza.

Al llegar al pub, subió rápidamente las escaleras y llamó a la puerta de McDonald. Una voz desde el interior le gritó que entrara. Dentro estaban los hermanos McDonald y Alice Diamond. Obviamente, estaban reunidos. El tipo de reunión a la que Haymaker nunca era invitado. Los miró. Ellos le devolvieron la mirada. Por mucho que a McDonald le gustara Haymaker, era mejor no poner a prueba su paciencia.

—¿Sí? —dijo McDonald con una voz que incitó a Haymaker a ponerse manos a la obra.

—Lo siento, jefe, quizá debería volver más tarde.

—No, dilo rápido.

Haymaker se quitó el sombrero y lo agarró con las manos.

—Es por lo de ayer por la mañana. Me quedé dormido en el trabajo. Y cuando me desperté, seguí a la mujer equivocada. Lo siento, jefe. Quería mencionarlo.

La cara de McDonald sugería que no podía pensar en nada que le interesara menos en ese momento. Afortunadamente, era poco probable que Haymaker captara las señales. Sin embargo, se quedó allí esperando una instrucción, o el perdón, o ambas cosas.

—No pasa nada —dijo McDonald, volviendo la vista hacia los demás. Se le ocurrió una idea y volvió a mirar al boxeador—. ¿Por qué no te tomas el día libre? Has tenido muchos turnos de noche cuidando de «la guapita».

—Gracias, jefe —dijo Haymaker y salió corriendo de la oficina como un niño escapando del colegio para hacer novillos. Se apresuró a bajar las escaleras y salir al aire libre. Mientras caminaba hacia la parada del autobús, no vio pasar volando un Rolls Royce, pero Haymaker estaba totalmente distraído. Su mente, desahogada por su confesión a Wag McDonald, pensaba en lo que podía hacer ahora.

Hay que decir que los anales de la literatura policíaca no están llenos de relatos sobre lo que hacen los criminales en su día libre. Por la sencilla razón de que su trabajo suele ser más emocionante que las actividades que suelen realizar cuando no están infringiendo la ley. Haymaker se rascaba la cabeza, literalmente, mientras paseaba por la orilla sur del río. ¿Qué hacer? Entonces le vino la inspiración. Incluso los criminales empedernidos tienen responsabilidades familiares; él visitaría a su madre.

*

—¿Daniel? ¿Eres tú? —dijo la señora Dixie Harris desde el salón de su pequeña casa adosada de Lambeth. Una de las miles de casas de ladrillo rojo de la zona.

—Sí, mamá —dijo Haymaker cerrando la puerta principal.

Segundos después, Haymaker se enfrentó a uno de los espectáculos más aterradores conocidos

por la humanidad: una madre indignada en pie de guerra. La señora Harris se puso en pie y cruzó el vestíbulo con una rapidez de movimientos que, lamentablemente, no había transmitido a su hijo.

—¿Has perdido tu trabajo con ese simpático señor McDonald? —gritó el titán de metro y medio. Haymaker, al darse cuenta de que estaba a unos segundos de recibir un tirón en la oreja, se puso inmediatamente en posición de boxeo y empezó a defenderse. De hecho, el primer golpe de la señora Harris fue una bofetada bien asestada, ejecutada con una velocidad que incluso para un maestro del ring como Jack Johnson habría sido imposible de esquivar, por no hablar de Haymaker. La defensa nunca había sido su punto fuerte.

—Me has hecho daño —se quejó Haymaker, que se sentía, no sin razón, víctima de un castigo injusto. Además, no estaba seguro de que la palabra «amable» fuera exactamente como él habría caracterizado a Wag McDonald, por mucho que le gustara su jefe.

—¿Has comido?

La capacidad de una madre para pasar sin problemas de la violencia a la nutrición nunca había dejado de sorprender a Haymaker. Por suerte, le encantaba la cocina de su madre.

—¿Huelo estofado?

Unos minutos más tarde, estaba en el salón saboreando una de sus comidas favoritas. Ya había conseguido convencer a su madre de que su empleo en los Elephant Boys no se veía amenazado por tener un día libre. Por toda la estancia había fotografías suyas de sus días de luchador. Sin embargo, en la repisa de la chimenea había una foto suya con Wag McDonald vestidos de uniforme militar. Había estado con su jefe durante cuatro años en Flandes.

Hacia las cinco de la tarde, Haymaker anunció que probablemente era hora de irse. Su madre metió la mano en el bolsillo y le dio un chelín.

—Ve a buscarme el periódico de la tarde, Daniel.

Haymaker puso los ojos en blanco y obedeció. Aparte de la violencia física o verbal, otro talento especial de las madres de todo el mundo es hacer que sus hijos se sientan como si aún tuvieran seis años. Su madre se negó a aceptar que le devolviera el dinero e insistió en que pagara el periódico.

Unos minutos después, Haymaker volvió con el periódico y le hizo prometer que no volvería a dejar pasar tanto tiempo antes de visitar a su anciana madre. Calculó que su última visita había sido hace cuatro días.

Un corto paseo le llevó hasta la parada del autobús y luego de vuelta a la ciudad. No vio el gran coche negro que pasaba a toda velocidad junto al autobús, en dirección a Lambeth.

Diez minutos después de que su hijo se hubiera marchado, la señora Harris fue molestada por unos golpes en la puerta. No le gustó el tono de los golpes y se levantó dispuesta a darle una buena paliza a quien llamaba.

Cuando abrió la puerta, se quedó con la boca abierta. Lo había visto varias veces con su hijo. En esta parte de la ciudad, era una leyenda.

—Señor McDonald, ¿qué está haciendo aquí?

—Señora Harris —dijo Wag McDonald—, estamos tratando de encontrar a Daniel. ¿Está aquí?

*

Veinte minutos más tarde, Haymaker llegó de nuevo a las oficinas de los Elephant Boys. Saludó con la cabeza al camarero al entrar, pero ignoró el bar de la planta baja y se dirigió inmediatamente al piso de arriba. La planta superior estaba sorprendentemente tranquila. No había nadie, lo cual no era habitual. Daba la impresión de que se habían marchado con prisas,

porque había algunos periódicos tirados, a medio leer. Como no había nada mejor que hacer en ese momento, Haymaker se acomodó para leer él mismo el periódico.

Siempre empezaba por la parte de atrás, donde había noticias deportivas. Luego se dirigía metódicamente a la primera página. Era un lector lento, pero exigente. Se saltaba las noticias de negocios, política y tribunales. Leía los crímenes.

Entonces llegó a la portada interior. Había un dibujo de una mujer. Estudió el dibujo con detenimiento y luego miró el nombre. Era ella. La mujer que había confundido con «la guapita». Su cerebro se congeló en ese momento. Dos pensamientos entraron simultáneamente en su cabeza. Sabía dónde estaba y estaba en apuros.

Sintió una opresión en el pecho. Por primera vez desde que tenía memoria, Haymaker tuvo que tomar una decisión que no había tomado antes otra persona en su nombre. Echó un vistazo al bar de arriba. Estaba vacío. No había nada, nadie que le orientara sobre qué hacer. Sintió pánico. Tanto pánico que, en realidad, sintió ganas de llorar.

Solo había una cosa que hacer. En realidad, dos.

Unos instantes después estaba fuera del pub llamando a un taxi.

—Sloane Gardens —dijo Haymaker al conductor. El conductor miró al exboxeador y se preguntó qué demonios haría este hombre en Sloane Gardens. Pero un cliente era un cliente. Se pusieron en marcha.

—¿Puede ir más rápido?

El conductor miró al pasajero. No había duda de que se trataba de un hombre que había estado en el ring. La nariz era una ondulación sin huesos, sus ojos estaban hundidos tras almohadillas de tejido cicatricial y sus orejas eran como alfileteros.

Pisó a fondo el acelerador.

Llegaron menos de diez minutos después. Para sorpresa del taxista, fue recompensado con una propina o, más probablemente, el hombre tenía prisa. No importa, había hecho un viaje. Se había ganado un billete.

Haymaker se quedó mirando la gran casa al otro lado de la calle. La calle estaba vacía y caía la noche. Se trataba de una situación inusual para él en varios sentidos. Idear un plan nunca había sido su fuerte. Ahora necesitaba uno. Rescatar damiselas en apuros era algo nuevo para él. Pensó por un segundo en los héroes del cine que tanto le gustaba ver. «¿Qué haría Tom Mix?»

Mientras reflexionaba sobre cómo evadir a un pelotón o acorralar a los cuatreros, se dio cuenta de que la calle se había vuelto más concurrida. Los coches empezaban a detenerse frente a la casa. Hombres y mujeres subían los escalones para entrar. Otros llegaban a pie. Haymaker no se detuvo a pensar en su próximo movimiento. Estaba cruzando la calle antes de saber lo que hacía. Estaba seguro de haber visto a Tom Mix hacerlo. Siguió a los hombres y mujeres hasta la casa.

Al entrar por la puerta, un hombre se volvió hacia él y le dijo: —Creo que no le he visto antes.

La voz, el traje, la mirada condescendiente, todo le decía una cosa a Haymaker: este hombre era un pijo.

El boxeador se quitó el sombrero, sonrió y dijo con una voz que habría sido tan irreconocible para Wag McDonald como muy divertida para Kit.

—Soy nuevo.

Capítulo 36

Dos horas antes:

Mary acechaba el perímetro del salón como un animal enjaulado. Tras la marcha de Agatha y Betty, Kit había hablado con Jellicoe, pero ni él ni Mary podían añadir nada al esfuerzo policial que ya se estaba llevando a cabo.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dijo Mary, con un rostro incapaz de ocultar la preocupación que sentía.

—Tal vez —dijo Kit.

Mary lo miró extrañada, pero Kit ya se había puesto en pie. Volvió al pasillo y llamó a Miller. Pronto estaban en el Rolls, camino de Elephant and Castle.

—Una oportunidad para volver a conocer a la señorita Hill, Harry —dijo Kit.

—Excelente. Me están entrando ganas, señor.

Mary no parecía muy impresionada por los dos hombres y guardó un digno silencio mientras estos bromeaban sobre el amor no correspondido de Maggie Hill. Finalmente, no pudo aguantar más.

—No veo qué tiene de divertido. Esa pobre chica se ha criado en una pobreza inimaginable para nosotros. Ahora parece haberse enamorado de un hombre que no solo no la ama, sino que parece considerar divertido que ella sienta algo por él.

Kit y Miller, debidamente amonestados, acallaron de inmediato sus comentarios infantiles. Por supuesto, Mary tenía toda la razón, como suelen tenerla las damas cuando se trata de asuntos del corazón y de casi cualquier otro tema, excepto, tal vez, el fútbol. Se mostraron disculpas. Las disculpas fueron aceptadas y pronto estaban conduciendo por Waterloo Road.

—¿No es ese mi ángel de la guarda? —dijo Mary, señalando una figura solitaria que caminaba por la acera.

—Sí, desde luego se parece a Haymaker. Me pregunto a dónde irá.

Pronto llegaron al Duke de Wellington. Kit pidió a Miller que les esperara mientras él y Mary entraban en el pub y subían al despacho de McDonald. Se cruzaron con algunos hombres que parecían sorprendidos de ver a Mary. Ella les sonrió. Inmediatamente se quitaron los sombreros. Kit miró irónicamente a su prometida, que se limitó a encogerse de hombros ante el revuelo que estaba creando.

Wag McDonald se levantó inmediatamente al ver a Kit y Mary entrar en su despacho. Alice Diamond permaneció sentada mirando a Mary.

—Esto es una sorpresa —dijo Wag.

—Me temo que no son buenas noticias, señor McDonald —dijo Kit.

—¿Otro asesinato?

Kit sintió que se le partía el corazón. No quería pensar en semejante posibilidad.

—Natalie, la criada de mi tía, ha desaparecido. Creemos que puede haber sido secuestrada.

—No estoy tan seguro —respondió McDonald.

Kit y Mary miraron con recelo al líder de los Elephant Boys.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Mary.

McDonald relató lo que Haymaker le había contado antes. No era lo que Kit y Mary esperaban

oír.

—Desgraciadamente, le he dado el día libre a Haymaker, así que no puedo decirles adónde la he llevado el coche.

—Vimos a Haymaker caminando por Waterloo Road cuando veníamos hacia aquí. Mira, creemos que esto puede ser más importante de lo que piensa. El periódico de esta noche tendrá una impresión fotográfica de Natalie. No podemos correr riesgos con este monstruo.

—Wag, puede ser algo importante —dijo Alice Diamond.

McDonald miró a Alice Diamond, que le hizo un gesto con la cabeza. En un momento estaba de nuevo en pie. Estaba claro, tanto por el tono de sus voces como por sus caras, que estaban preocupados.

—¿Puede indicarme dónde lo vieron?

*

No había ninguna señal a lo largo de Waterloo Road mientras Miller llevaba a Wag, Kit y Mary. Alice Diamond, el hermano de Wag y sus socios les seguían en otro coche. Solo la presencia de Mary impidió que los dos hombres expresaran con mayor claridad la frustración que sentían.

Entonces a Mary se le ocurrió algo.

—¿Podría haber cogido un autobús?

Los dos hombres se miraron. El segundo pensamiento de McDonald sobre Mary fue que Kit era un hombre muy afortunado.

—El 381 va a su piso en Southwark. Lo habría cogido allí —dijo McDonald señalando una parada por la que habían pasado hacía un minuto.

Miller ya estaba girando el coche a la izquierda cuando McDonald dio la dirección. El coche de detrás le siguió. Pronto se dirigieron a Stamford Street y, unos minutos más tarde, llegaron a la puerta del piso de Haymaker. Kit y Mary se quedaron en el coche y esperaron a que McDonald localizara al boxeador. El edificio era tan feo como poco acogedor. Kit y Mary se miraron, recordando su buena suerte.

La mirada de McDonald contaba su propia historia cuando regresó del edificio. Subió al coche y se sentó cabizbajo. No tuvo que decir nada y ni Kit ni Mary le preguntaron. Unos instantes después, Alice Diamond y Wal McDonald aparecieron por la ventanilla del copiloto.

—Supongo que las noticias no han sido buenas. ¿Adónde vamos ahora? —preguntó Wal McDonald.

—¿Conocemos algún lugar que pueda visitar? ¿Un bar? ¿Familia? ¿Amigos? —preguntó Kit.

—No estoy seguro de que tenga muchos amigos fuera de nuestro círculo. Si se toma una copa, lo más probable es que sea en The Duke —respondió Wag McDonald. Miró a su hermano y luego dio una palmada.

—The Ring.

—Por supuesto —dijo Wal.

—Su club de boxeo. Todavía va a entrenar un par de veces a la semana —explicó Wag McDonald al ver que sus compañeros le miraban extrañados.

Media hora más tarde, no habían avanzado nada en la localización de Haymaker. El ambiente en el coche era desalentador.

—¿Ha dicho que tiene familia? —preguntó Kit.

—Su madre, Dixie, vive en algún lugar de Camberwell. No sé la dirección —dijo McDonald con tristeza.

—Estoy seguro de que Jellicoe podría averiguarlo.

McDonald asintió y miró por la ventana. Vio una cafetería llamada Mario's más adelante.

—Harry, ¿puede parar ahí? Tomaremos una taza de té y quizá pueda llamar a los azules su señoría —sugirió Wag.

Cuando Mario Marino vio a los hermanos McDonald y a Alice Diamond entrar por la puerta de su café, no sabía si salir corriendo, abrir la caja o sentirse honrado por la presencia de la realeza del hampa. Bajito y más bien fornido, Mario era siciliano de nacimiento y lo sabía todo sobre los mafiosos. Hacía treinta años que había abandonado la isla con su novia para empezar una nueva vida lejos de esa gente. Pronto comprendió que no había escapatoria. La mafia existía en todo el mundo. Por eso se sorprendió un poco cuando vio a las dos últimas personas que entraban en el café. Por su forma de vestir y de comportarse, no tenían nada que ver con los hermanos McDonald, más rudos.

—Buongiorno, Mario —saludó Wal McDonald con un gesto alegre—. Unos té y unos bollos, por favor.

Mario Marino casi solloza de alivio. Era un hombre muy propenso a llorar. Alegría, tristeza o rabia.

Todo era lo mismo para él y solía acabar, literalmente, en lágrimas.

—Prego, señor McDonald. Té para todos. En seguida, señores. —Mario se puso manos a la obra. Mientras lo hacía, el socio del McDonald se acercó a él. Mario se preguntó si sería su abogado.

—Es Mario, ¿verdad?

—Sí, señor. Mario Marino.

—Encantado de conocerle, señor Marino. Me llamo Kit Aston. ¿Tiene un teléfono que pueda utilizar un momento?

Mario levantó el mostrador y dejó pasar a Kit a la parte de atrás. Llamó a Anna para comunicarle que un hombre venía a utilizar el teléfono. La respuesta fue una explosión de dialecto siciliano que Kit no necesitó traductor para entender. A Anna Marino no le hizo ninguna gracia que un cliente entrara en la parte trasera de la cafetería. La irritación de Anna Marino se convirtió inmediatamente en algo más acogedor cuando vio pasar a Kit. El hecho de que midiera un metro ochenta, estuviera bien fornido, tuviera el pelo rubio y unos ojos azules que un novelista romántico medianamente talentoso podría haber descrito como penetrantes, no tuvo nada que ver, por supuesto.

—Señora Marino, ¿puedo usar su teléfono?

Kit llamó a Scotland Yard y habló brevemente para alertar a Jellicoe y Beloved de la posible pista.

—No encontramos a Haymaker por ninguna parte —admitió Kit—. ¿Tienen la dirección de una tal señora Dixie Harris? Puede que haya ido a ver a su madre. Vive en Camberwell, según tengo entendido, pero los McDonald no recuerdan dónde exactamente.

Kit escuchó mientras Jellicoe hablaba. Mientras lo hacía, llamó a Anna Marino. No fue necesaria una segunda invitación, y ella acudió como un galgo tras una liebre. Gesticulando, Kit le pidió el número de teléfono del café. Le dio un bolígrafo y ella lo anotó. Un minuto después, Kit volvió a reunirse con los demás.

—Nos llamará en cuanto lo sepa.

*

—Lo siento, señor McDonald, ahora no está —respondió la señora Harris—. Espero que mi hijo no haya hecho nada mal, señor. Si es así, se llevará una bronca de las buenas —dijo Dixie Harris.

Wag McDonald no dudó ni un instante de que la anciana que tenía delante era capaz de

causarle muchos problemas a su hijo si se equivocaba. Por eso sabía que podía confiar en Haymaker. Los valores que asociaba con él, la decencia, la rectitud y el honor, probablemente se los había inculcado su formidable madre.

—Daniel no ha hecho nada malo, señora Harris. Necesitamos hablar con él urgentemente, eso es todo. Es un buen chico, créame, señora Harris. El mejor.

Los ojos de Dixie Harris se humedecieron. Su Daniel. Su hijo. Un hombre entre estos hombres. Sintió una oleada de orgullo. Entonces reconoció la mirada de urgencia en los ojos de Wag McDonald.

—Oh, señor McDonald, se lo acaba de perder. Se fue hace diez minutos.

—¿Dijo adónde iría?

—No. No lo dijo, señor McDonald. No dijo nada de adónde iba.

Wag McDonald regresó al coche abatido. El convoy partió en dirección al piso de Haymaker y luego al Duke of Wellington. Eran más de las seis cuando regresaron. Kit y Mary se unieron a los demás y subieron al despacho de McDonald.

—Lo siento, su señoría. Lo hemos intentado.

—Sí, lo sé, señor McDonald —respondió Kit. El corazón le pesaba. Mary parecía cabizbaja. La preocupación en su rostro era demasiado evidente. Entraron en el despacho de McDonald.

—Haré que suban unas bebidas —dijo Alice Diamond—. No sé de vosotros, pero...

Todos asintieron distraídamente; nadie escuchaba realmente. Kit cogió la mano de Mary y se sentaron frente a Wag McDonald. Sobre la mesa estaba el periódico de la tarde. Estaba abierto por la página en la que aparecía la foto impresa de Natalie.

Todos se quedaron mirando el retrato. McDonald lo cogió despacio. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Mostró la página a Kit y Mary. Encima de la foto había un mensaje escrito:

SÉ DÓNDE ESTÁ. VOY A IR AHORA - DAN.

Debajo estaba escrita la dirección.

—Dios mío —dijo Mary—, ahí es donde se celebra la sesión de espiritismo de tía Agatha.

La puerta se abrió de golpe en ese momento y Alice Diamond entró corriendo con Maggie Hill. Sus ojos estaban excitados. Los ojos de Maggie estaban tan muertos como siempre.

—Hemos perdido a Dan. Estaba aquí hace veinte minutos —dijo Alice Diamond sin aliento, pero los demás ya se habían puesto en pie. McDonald agitó el periódico hacia Alice Diamond.

—Sabemos a dónde ha ido —dijo McDonald—. Vamos.

Capítulo 37

Ni Betty ni Agatha se atrevieron a mirarse cuando se anunció el nombre de Eva Kerr. Pudieron ver que nadie más estaba sorprendido, o tal vez asombrado. Las dos damas tardaron unos instantes en recuperarse. Curiosamente, algo en el rostro de Eva Kerr sugería que ella también estaba sorprendida.

El silencio reinó en el salón hasta que se oyó un ruido sordo en el exterior.

—Por favor, unan sus manos.

La voz de Eva Kerr era como una piedra arrojada a un estanque al amanecer. Betty se estremeció ligeramente. Se estremeció aún más cuando Agatha deliberadamente le apretó la mano un poco más fuerte. Betty, por supuesto, contraatacó. Rápidamente se acordó una tregua entre las dos damas para que las cosas no se descontrolaran aún más.

—Despejen la mente —ordenó la médium—. Escuchen solo el sonido de su respiración. Solo su respiración. Respiren profundamente.

Su voz era líquidamente hipnótica. Agatha se preguntó si esto era parte del truco.

—Cierren los ojos —continuó la médium. Todos lo hicieron. Excepto Agatha.

Mantuvo los ojos fijos en la médium. Eva Kerr hizo lo mismo con ella.

—Llamo a los espíritus de los muertos. Llamo a aquellos que hablan por ellos. Por favor, hablen. Hablen.

Entonces, en medio del silencio, se oyeron tres golpes. Momentos después, tres golpes dobles fueron seguidos. Luego, tres golpes otra vez.

Eva Kerr no apartó los ojos de los de Agatha, pero enarcó una ceja. Estaba claro que la médium conocía bien el código morse.

Un estruendo hizo que varios de los presentes volvieran a saltar de sus asientos.

—Intentémoslo de nuevo —dijo Eva Kerr—. —Cierren los ojos. —Observó cómo lo hacían todos menos Agatha. Asintió imperceptiblemente a Agatha. Luego parpadeó. Agatha asintió y cerró los ojos.

Afuera, los truenos retumbaban siniestramente y el ritmo de la lluvia se intensificaba.

—Escuchen la lluvia. No piensen en nada más que en ese sonido. —Las tres últimas palabras fueron pronunciadas con énfasis en las consonantes duras.

—Respiren despacio —susurró—. Despejen la mente. Respiren. Llamo a los espíritus de los muertos. Llamo a los que hablan por ellos. Por favor, hablen. Hablen.

Durante el minuto siguiente no hubo más ruido en el salón que la silenciosa respiración de la sesión. Agatha se estremeció involuntariamente, pero ahora sospechaba que se debía más a unas ventanas mal ajustadas que a una manifestación maligna en la estancia.

La respiración de Eva Kerr se hizo más pesada y sonora, como si la estuvieran estrangulando. Agatha quiso abrir los ojos, pero no pudo. Era como si una fuerza misteriosa la obligara a mantenerlos cerrados.

Entonces Eva Kerr gritó.

Todos abrieron inmediatamente los ojos. Luego gritaron las otras dos mujeres. Eva Kerr tenía la cabeza torcida en un ángulo inhumano. Agatha y Betty se levantaron inmediatamente para ver qué ocurría.

De pronto, el cuerpo de Eva Kerr se incorporó bruscamente. El iris de sus ojos había

desaparecido. Era de un azul impío, blanco. Su cabeza empezó a girar espasmódicamente de un lado a otro como si formara parte de un tira y afloja espiritual. Tenía la cara húmeda de sudor. Entonces, tan repentinamente como había comenzado su movimiento, se detuvo.

Todo seguía igual en la sala. Todos estaban de pie. Los hombres consolaban a las mujeres. El anfitrión se quedó boquiabierto, observó Agatha. «Parece que no ha visto nada igual antes», pensó.

Eva Kerr empezó a gemir.

Al principio suavemente y luego, poco a poco, más fuerte. Y más fuerte. Ahora era un grito angustioso como el de un animal herido. Era sobrenatural. Profundo, viscoso y doloroso.

Betty miró a Agatha. No era una mujer dada a las fantasías ociosas, los desmayos o el miedo, pero todo esto era demasiado. Se preguntó si Eva Kerr era extranjera. Este asunto del médium no le parecía particularmente británico.

Agatha aún no estaba segura de si se trataba realmente de una manifestación o solo de una rutina muy bien ensayada.

El cuerpo de Eva Kerr volvió a sacudirse. Luego se levantó, separó las piernas y se agachó. Sus dos manos agarraron su falda. Durante un horrible segundo Betty Simpson temió lo peor.

Pero el agarre de la falda y la pose solo acentuaron lo que ocurrió a continuación. Aulló como un lobo. En medio del aullido, Agatha pudo oír una palabra. Indistinta, pero sabía lo que había oído.

—Ayúdenme.

Eva Kerr cayó al suelo inconsciente justo cuando el siguiente trueno sacudió la estancia.

Agatha miró a su alrededor. Algunas gemían de miedo, y solo eran los hombres. Las otras dos mujeres sollozaban. Agatha y Betty se dirigieron al mismo tiempo hacia la mujer caída.

—Tráele agua, querida —dijo Agatha, pero observó que Betty ya había tenido la previsión de coger una copa de brandy. Notó con desagrado que era el brandy de Agatha y no el suyo.

Betty se arrodilló y lo acercó a los labios de Eva Kerr. No hubo respuesta.

—Betty, coge sus brazos, yo cogeré sus piernas.

—¿Adónde la llevamos? —preguntó Betty, algo asombrada.

Hubo un imperceptible movimiento de cabeza. Betty no necesitó que se lo dijeran dos veces y segundos después había cogido a Eva Kerr como si fuera una niña y se la había echado al hombro al estilo bombero. Agatha estaba tan asombrada como impresionada.

No es exactamente lo que esperaba, pero era eficaz.

Betty siguió a Agatha fuera del salón. En ese momento, el anfitrión recobró el sentido.

—¿Adónde la llevan?

Pero Agatha y Betty habían salido de la estancia con la afectada médium. Agatha cerró la puerta y, al ver que había una llave, echó el cerrojo.

—Bájala, Betty, querida.

Betty Simpson dejó a Eva Kerr suavemente en el suelo.

—Señorita Kerr, la puerta está cerrada —dijo Agatha en voz baja. Un momento después, los ojos de Eva Kerr se abrieron.

*

Haymaker Harris siguió a la docena de hombres y mujeres escaleras arriba, agachando la cabeza como había hecho Tom Mix en El Ciclón. Nadie le dirigió la palabra. De hecho, había un silencio bastante inquietante mientras subían las escaleras. Al final de la escalera, todos entraron en los dormitorios y él se quedó solo en el pasillo. Esto era un problema. Un gran problema. A menos que hiciera algo, pronto lo descubrirían.

Miró a su alrededor.

La casa estaba vacía. Fuera, el ruido de los truenos iba en aumento. Su sensación de pánico iba en aumento. Ojalá Wag estuviera ahí para decirle que golpear a alguien.

Exactamente. Golpear a alguien.

Haymaker eligió una habitación en la que recordaba a un hombre entrando solo. Se dirigió a la puerta y la abrió justo cuando sonó el trueno.

El hombre que estaba dentro ya no vestía un traje oscuro. Llevaba lo que parecía un camisón. Un camisón blanco. En la parte delantera tenía una estrella como la que había mencionado Wag. El hombre miró confundido al recién llegado. En medio de su confusión había una señal de alarma. Las facciones de Haymaker no parecían las de un miembro de la alta sociedad.

—¿Quién demonios eres tú?

En ese momento, Daniel «Haymaker» Harris demostró cómo había sobrevivido tantos años en el mundo brutal del boxeo. El puñetazo que acabó con el hombre fue un golpe seco de izquierda. El hombre quedó tendido en la cama. En ese momento, Haymaker juraría haber oído gritos. Corrió hacia la puerta. Había una conmoción en alguna parte. Razón de más para ponerse en marcha. Volvió corriendo hacia el hombre tendido y empezó a quitarse el turno.

Para disgusto del boxeador, el hombre estaba desnudo debajo del camisón. Esto llevó a Haymaker a hacer unos cuantos comentarios poco cristianos que estaban totalmente en consonancia con el carácter de la casa en la que se encontraban. Desde luego, él no iba a hacer lo que estaba haciendo aquel hombre. Se puso la bata blanca por encima de la camisa y se quedó con unos pantalones muy británicos. Pensó en remangárselos, pero, por casualidad, el hombre era tan alto y Haymaker tan bajo que le llegaban hasta los pies. Eso significaba que podía dejarse los calcetines puestos, lo cual era un gran resultado para cualquiera.

Oyó un alboroto en el pasillo. De un salto abrió la puerta lo suficiente como para espiar el exterior. Los demás salían de las habitaciones. Todos iban vestidos como él. Algunos llevaban capuchas. Se llevó la mano a la nuca y se subió la capucha. Como un monje.

Empezaron a subir el segundo tramo de escaleras. Haymaker esperó a que el último se hubiera ido antes de unirse a la fila. De nuevo, nadie habló. Fuera retumbaban estruendosamente los truenos. Subió el siguiente tramo que conducía a unas puertas dobles en la parte superior. Entró y se encontró en una capilla poco iluminada.

Haymaker no era precisamente cristiano. Se había criado como católico, pero, con los años, se había interesado menos por la religión organizada. Si le hubieran presionado, habría profesado algún tipo de fe. Y había rezado a Dios en muchas noches frías en el frente de Flandes. Sin embargo, cuando entró en ese templo, supo con absoluta certeza que estaba en un lugar del mal. Por primera vez desde la guerra, sintió miedo. El escalofrío que le recorría la piel no era solo consecuencia del frío que hacía en el interior de aquel extraño templo.

Era una gran sala que ocupaba todo el piso superior. El techo era una claraboya inclinada, pero aparte de algunas velas, no tenía luz. En el centro de la sala había un altar de piedra. Estaba en el centro de un pentáculo. En cada punta de la estrella había candelabros. Detrás del altar, al fondo de la sala, había una gran talla de madera negra. Era mitad hombre, mitad cabra. Haymaker no necesitaba que nadie le dijera lo que representaba. A la derecha de la talla, en lo alto de la pared, había un gran crucifijo. Estaba boca abajo. Justo debajo había un armario. La pintura del frente representaba a Adán y Eva. Una serpiente rodeaba a Eva de una manera que no había visto últimamente en ningún cuadro de iglesia.

Los feligreses estaban arrodillados ante el altar. Emitían un murmullo bajo que luchaba, sin

éxito, contra el retumbar de los truenos en el exterior. Haymaker se quedó en la puerta, clavado en el sitio. Aunque hubiera querido, dudaba que fuera capaz de moverse. Su respiración se hacía cada vez más superficial, como si el mal del espacio le estuviera atacando, estrangulándole la vida.

Había un olor extraño en la sala. Se parecía un poco al incienso que recordaba de cuando su madre le había llevado a rastras a la iglesia del Sagrado Corazón. Por primera vez fue consciente de la música. O algo que parecía música. El volumen era muy bajo, la melodía discordante. Haymaker retrocedió tras el pilar cercano a la puerta que daba a la claraboya. No había rastro de la chica.

Dos hombres salieron de otra puerta situada junto al altar. Uno de ellos era un joven de unos veinte años. Llevaba un gran libro encuadernado en cuero. El otro era mucho mayor, tenía el pelo canoso y un ridículo vello facial. Luego aparecieron otros dos hombres por la misma puerta y dos más después. Los recién llegados vestían túnicas blancas más pesadas. Los dos últimos llevaban algo envuelto en seda negra. Haymaker había visto suficientes cuerpos envueltos, así como para saber lo que contenía la sábana. Depositaron el cuerpo cuidadosamente sobre el altar y, con infinito cuidado y un suspenso teatral, desenvolvieron la sábana.

Haymaker sabía lo que se avecinaba, pero aun así jadeó involuntariamente al ver el cuerpo de Natalie. Afortunadamente, el sonido del trueno ahogó su reacción. Por lo que Haymaker pudo ver, no tenía marcas en el cuerpo. Sospechó que le habían drogado.

Entonces vio que una de las figuras vestidas abría el armario. De su interior sacó algo que brillaba a la luz de las velas.

El plan que estaba formulado en la cabeza de Haymaker empezó a desmoronarse.

El cuchillo, cuando lo vio, fue la confirmación definitiva de que Haymaker no tenía ninguna perspectiva de éxito. Estaba desarmado. Era improbable que un golpe de gracia y una reserva infinita de coraje prevalecieran contra esos números y alguien que llevaba un cuchillo.

Era inútil. Todo estaba perdido.

Por segunda vez aquel día, Haymaker sintió ganas de llorar.

*

Dos sorpresas aguardaban a Kit y Mary cuando su Rolls se detuvo frente a la casa identificada por Haymaker. La primera fue la presencia del sargento Beloved. Vio el convoy, formado ahora por otros dos coches aparte del de Kit, y saludó con la mano. En lo alto se oyó un trueno.

McDonald fue el primero en salir del coche, seguido de Kit. Cuando Mary fue a reunirse con ellos, Kit se volvió hacia ella y enarcó una ceja. Mary se detuvo un segundo y estaba a punto de discutir cuando vio que algunos de los hombres de McDonald salían de los coches cargados con barras de hierro. Alice Diamond y Maggie Hill aparecieron a la vista. Maggie tenía una mirada lejana en los ojos que sin duda sugería que la noche de alguien no iba a terminar bien. Por una vez, la discreción de Mary fue algo positivo.

—Eso espero.

Kit sonrió y asintió. Harry Miller apareció a su lado. Le entregó un revólver Webley. Mary sintió que se le oprimía el pecho. Miró a su prometido con temor. Entonces recordó que él probablemente había pasado por momentos más peligrosos en su vida. Y ella también. Sus miradas se cruzaron y se saludaron con la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó McDonald a Beloved. No sonaba acogedor—. ¿Viene la poli?

—Aún no —admitió Beloved, al tiempo que sus rostros se iluminaban por los relámpagos.

—Mejor —respondió McDonald. Sus ojos estaban fijos en la casa—. Haymaker ya está dentro. Cree que la chica también está allí.

Estaba claro que eso era nuevo para Beloved. Se volvió para saludar a Kit, que se les había unido.

—¿Vamos, caballeros? —dijo Kit.

Los dos hombres asintieron. Luego Beloved añadió: —Tienen diez minutos, Wag. Nada de matar.

¿Entendido?

—Entendido —dijo McDonald, que ya estaba cruzando la carretera con Wal McDonald. Seis hombres y dos mujeres cruzaron la carretera. Todos llevaban armas, aunque solo Kit tenía una pistola.

Cuando llegaron a la puerta, Kit se llevó su segunda sorpresa.

Capítulo 38

Eva Kerr miró a las dos mujeres. Las tres guardaron silencio un momento. Detrás de ellas se oían golpes en la puerta de la estancia que acababan de abandonar.

—¿Agatha? —preguntó Eva Kerr.

—Maldita sea —dijo Betty Simpson con voz asombrada—, es verdaderamente buena.

Agatha puso los ojos en blanco y miró a Betty.

—Es de la policía, querida.

Pero algo en el tono de la médium había planteado a Agatha una pregunta con una respuesta imposible. Volvió a mirar a Eva Kerr. Había algo en sus ojos que, afortunadamente, volvían a tener sus iris, que sugería que no estaba haciendo una pregunta. Su tono era el de alguien que había conocido antes. Pero eso era imposible, ¿no?

La atención de Eva Kerr pasó a la puerta y luego de nuevo a Agatha. Parecía confusa y entonces Agatha le mostró la llave del salón.

La médium asintió y dijo: —Bien pensado.

Las dos damas ayudaron a Eva Kerr a ponerse en pie. Inmediatamente se dirigieron a la puerta principal.

—Necesitamos ayuda. Creo que retienen a la chica aquí. No tuve tiempo de averiguar dónde.

Hay un templo arriba.

Agatha y Betty la siguieron hasta la puerta. Eva Kerr abrió la puerta de un tirón. En el umbral estaban Kit, los hermanos McDonald y el sargento Beloved. Todos se quedaron quietos un momento.

—Ah, ya estáis aquí —dijo Agatha que, inevitablemente, fue la primera en manifestarse—.

Bueno, no os quedéis ahí parados.

No lo hicieron. Todos los hombres de McDonald y las dos mujeres entraron en la casa seguidos por Kit y Miller.

—Tía Agatha —dijo Kit—, me alegra ver que estás bien.

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondió Agatha irritada. Luego indicó la estancia que habían dejado. —Hemos encerrado a algunos allí. El hombre de barba negra y gris forma parte de esto. Los demás son unos idiotas.

De fondo, Kit oía a Eva Kerr dando instrucciones a Beloved y a el grupo sobre adónde debían dirigirse. Todos a la vez empezaron a subir las escaleras. Agatha parecía a punto de unirse a ellos cuando sintió que un brazo la sujetaba. Para su sorpresa, no era Kit.

—Tiene que irse a casa. —Era Eva Kerr.

—¿Pero por qué...?

Agatha no tuvo oportunidad de profundizar en su pensamiento, ya que miró a los ojos de la médium. Eran del color de la noche. Sin embargo, la luz parecía brillar en ellos. Algo gritaba en el fondo de la mente de Agatha. Una voz. Un rostro. Pero permanecía tentadoramente fuera de su alcance, como un recuerdo perdido. O enterrado.

—Tiene que irse a casa ahora. Le necesita.

Una imagen destelló en la mente de Agatha. Era casi como si la mujer la hubiera colocado allí.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó Betty.

—Tenemos que irnos —dijo Agatha. Miró a Kit y a Harry Miller y chasqueó los dedos—. Las

llaves.

Miller parecía reacio. Kit no menos. Entonces apareció en los ojos de Agatha una mirada que solo podía describirse como de furia ardiente. Kit asintió a Miller y Agatha tenía las llaves del Rolls. Kit, mientras tanto, siguió a Miller escaleras arriba.

Las dos mujeres salieron a la húmeda noche. Vieron el Rolls de Kit aparcado al otro lado de la calle. Dentro vieron a Mary esperando. Al ver quién llegaba, puso cara de asombro.

—Déjame conducir —dijo Betty.

—Qué va —replicó Agatha—, estás borracha, querida.

—Bueno, ¿en serio? —dijo Betty Simpson, ofendida. Miró a su amiga y compañera de lucha durante todo el trayecto hasta el coche. Las dos señoras entraron rápidamente en el coche para escapar de la lluvia.

—¿Qué pasa? —preguntó Mary.

Agatha puso el coche en marcha, lo que provocó que Betty dijera con acritud para beneficio de Mary y oídos de su amiga: —Parece que no hay tiempo para explicaciones.

*

En la desolación hay sumisión. Pero también hay ira. Y las lágrimas de tristeza de Haymaker, que derramaba libremente, se transformaron poco a poco en rabia. Se convirtieron en un odio desbordante hacia las personas que acabarían con la vida de una joven con tanto por vivir. Pasara lo que pasara, se lo haría pagar.

Miró a su alrededor en busca de un arma. Vio un bastón apoyado contra la pared. No era gran cosa. Era más probable que picara a que hiciera daño, pero podría usarlo en una pelea. Si pudiera llegar hasta el hombre del cuchillo. Miró al hombre mayor y una oleada de repulsión recorrió su cuerpo. ¿Un hombre de mediana edad? No, un anciano. Su vida ya está vivida. ¿Qué derecho tenía a decidir el destino de esa joven? Lo miró fijamente. Ese sería su objetivo.

Lentamente se dirigió hacia el grupo. Todos estaban de pie, entonando algún cántico que no tenía ningún sentido para el boxeador. Parecían borrachos. Algunos se balanceaban, otros estaban doblados. El sonido que emitían era sobrenatural. Bajo, lento y en un idioma que no se parecía a nada de lo que había oído en el Duke of Wellington, ni siquiera a la hora de cerrar.

Poco a poco se fue acercando al grupo. Nadie parecía prestarle la menor atención. Pronto se abrió camino hasta el frente. La puerta por la que habían venido los hombres estaba al otro lado de la sala. Haymaker supuso que conducía a una escalera que podría significar una salida. No quiso pensar en las probabilidades de éxito.

A su alrededor, el tono de los cánticos parecía estar cambiando. Era un compás más rápido. Los hombres formaban un semicírculo alrededor de la joven en el altar. La congregación, completamente encerrada en el pentáculo, estaba delante. De repente, el hombre mayor levantó el brazo.

Silencio.

El joven abrió el volumen de cuero y empezó a leer. Parecía una lectura más breve que la que recordaba de la misa de su juventud. Haymaker casi lo agradeció. Ya tenía los nervios de punta.

Entonces empezaron de nuevo los cánticos.

El hombre mayor se adelantó con el cuchillo. Era el momento. Ahora o nunca. Haymaker se tensó y salió disparado de la congregación hacia el hombre del cuchillo. Dos de los otros sacerdotes se apartaron del camino mientras Haymaker cargaba. Golpeó al hombre mayor en medio del estómago. Oyó un gruñido de satisfacción. El cuchillo se soltó. El templo estalló en gritos y alaridos.

Y entonces todo se volvió negro para Haymaker.

*

Los hermanos McDonald irrumpieron por la puerta justo a tiempo para ver cómo Haymaker placaba al hombre del cuchillo. En el altar vieron a Natalie. No hubo tiempo de pararse a contemplar la escena. La llegada de los otros miembros de la banda obligó a los hermanos McDonald a avanzar. Kit y Miller les siguieron.

Kit vio a un hombre joven con un pesado libro golpear a Haymaker en la cabeza. El hombre mayor estaba de pie y Kit se maldijo por no haber podido verle la cara, distraído como estaba por el asalto al boxeador. Este ataque no fue nada comparado con el castigo que le estaban infligiendo los Elephant Boys y el sargento Beloved. Kit se estremeció cuando un neófito intentó golpear a la diminuta Maggie Hill. Ella esquivó el golpe con facilidad. Donde golpeó con la barra de hierro hizo que a alguien más que al hombre se le llenaran los ojos de lágrimas. Kit casi podía sentir su dolor. Alice Diamond había optado por renunciar a cualquier arma. Con razón, por lo que Kit podía ver. Sus puños ya habían dejado sin sentido a un atacante y estaba golpeando a otro con fuerza desenfrenada.

Kit avanzó cojeando y pudo ver cómo el hombre mayor escapaba por una puerta. Su joven socio le seguía cuando Wag McDonald ejecutó una sorprendente zambullida que le golpeó en los pies. El joven cayó al suelo. Segundos después, Wal McDonald estaba sobre él y eso fue la propia invitación al infierno para el joven.

La batalla, si es que la carnicería unilateral puede describirse así, fue corta, brutal y sangrienta. Eva Kerr contemplaba la escena desde la puerta. Se dio la vuelta y bajó tranquilamente las escaleras. Cuando llegó abajo, se acercó al teléfono y lo descolgó.

—Whitehall 1212. Póngame inmediatamente con el inspector jefe Jellicoe.

Esperaré.

Después de una breve espera, oyó una voz en la línea.

—Inspector jefe, soy Eva Kerr. Estoy con el Sargento Beloved. Tenemos a los satanistas.

Dio la dirección antes de colgar el teléfono. Luego, con una mirada indiferente a la estancia donde los presos seguían alborotando, se dirigió hacia la puerta principal. Junto a la puerta había un perchero y una selección de paraguas. Escogió un abrigo negro, pero ignoró los paraguas. Luego salió a la lluvia y desapareció en la noche.

*

Los movimientos de Kit escaleras abajo nunca iban a coincidir con los de los otros dos hombres. Wag McDonald perseguía al señor mayor. Kit sentía que la pierna ortopédica le rozaba la piel. Cada paso le dolía más. Miró a las dos figuras que se encontraban en los pisos inferiores. Frustrado, no pudo ver la cara de su presa.

Entonces oyó un portazo.

El fugitivo se había escapado y Wag McDonald golpeaba la puerta con rabia.

—El cabrón se ha escapado —exclamó McDonald al ver llegar a Kit.

Kit sacó su revólver.

—Atrás.

Disparó dos veces y la puerta se abrió. Los dos hombres se encontraron al lado de la casa. Un callejón daba a la calle principal. McDonald corrió hacia la calle y Kit pudo ver cómo miraba desesperado en ambas direcciones. La lluvia caía a cántaros sobre ambos. Finalmente, Wag

miró al cielo. Su rostro se iluminó con la luz de las lámparas y gritó de frustración. Kit sabía cómo se sentía. Entonces se le ocurrió una idea. Quizá aún no había terminado. Aún quedaba una

manera.

Se dirigió a McDonald mientras el sonido de las campanas de los coches de policía se hacía más fuerte.

—Lo mejor es que saques a tus hombres de ahí ahora. Beloved y la policía pueden encargarse de esto —dijo Kit.

McDonald asintió y los dos hombres volvieron a entrar. Pronto volvieron a la capilla. Harry Miller y los Elephant Boys tenían a los neófitos satanistas alineados contra la pared. Miller los apuntaba con una pistola, pero, en realidad, nadie movía un músculo. Maggie Hill patrullaba a medio metro delante de ellos dándoles de vez en cuando bofetadas para recordarles que las perspectivas no eran buenas.

Alice Diamond estaba con Haymaker. Desde su punto de vista, era difícil saber lo malherido que estaba. Kit se acercó al altar y comprobó el pulso de Natalie. Afortunadamente era fuerte. De fondo, pudo oír a McDonald dando órdenes a sus hombres para que se prepararan para partir.

Kit se acercó a Miller y Beloved mientras los Elephant Boys evacuaban el lugar por las escaleras traseras. Kit despidió con la cabeza a Wag McDonald mientras salía. Fuera, en las escaleras, Kit pudo oír un bullicio. Momentos después entró el inspector jefe Jellicoe. Se detuvo y contempló la extraordinaria escena que tenía ante sí. Luego se quitó el sombrero y sacudió la cabeza.

—¿Tienes a todos? —le preguntó al sargento.

Beloved contestó: —No. Creemos que su líder ha escapado.

Jellicoe asintió, todavía demasiado asombrado para enfadarse. Caminó a lo largo de la fila de fieles heridos. Había tres mujeres, no jóvenes, pero tampoco ancianas, sollozando. Algunos hombres también lloriqueaban. Un hombre no. El joven que había agredido a Haymaker miraba a Jellicoe con ojos ardientes. Jellicoe le sonrió. El joven se sobresaltó, pero el chasquido del revólver de Miller le detuvo. Entonces Jellicoe se volvió hacia Kit.

—Alguno de ellos hablará. Le encontraremos. De todos modos, puede que tengamos una pista sobre él. No irá muy lejos.

Se volvió hacia el joven y volvió a mirarle fijamente.

—¿Y quién es usted? —preguntó Jellicoe.

Una expresión de desprecio cruzó el rostro del hombre. Kit dejó a Natalie y se acercó al jefe inspector.

—Le presento a Xander Lewis, inspector jefe. Es el hijo de lord Lewis. El del conglomerado, Lewis & Wolf.

Lewis gruñó una respuesta más anglosajona que satánico-latina.

Kit ignoró a Lewis y se volvió hacia Jellicoe. —Necesitaremos una ambulancia para el Señor Harris. Es un héroe. Sus acciones salvaron sin duda la vida de Natalie.

Jellicoe asintió y se volvió hacia un policía uniformado. —Llévároslos.

Capítulo 39

Esther Cavendish y Richard Bright llamaron a la puerta de la mansión de Agatha en Grosvenor Square. No respondieron. Esther volvió a llamar. De nuevo, nada.

—¿Tienes llave, mi amor?

Esther negó con la cabeza.

—Salí sin ella. Lo siento.

Bright miró el reloj. Eran las diez y cuarto. Se encogió de hombros ante Esther y decidió darle a la puerta una prueba más contundente que el gentil golpe hecho por su prometida. Hacía frío y estaba húmedo. Quería entrar.

Finalmente, después de otro golpe firme, pudieron oír cómo se abría la puerta. Era Mary. Tenía lágrimas en los ojos.

—¡Richard! —exclamó—, me alegro tanto de que estés aquí. Ven rápido.

Los tres jóvenes se apresuraron a bajar a la habitación del servicio. Mary estaba demasiado alterada para decir nada más. Llegaron al pie de la escalera y se dirigieron directamente al dormitorio de Fish. Por una vez no había música.

—¿Y Natalie? —preguntó Esther.

—La encontraron. Kit me llamó hace una hora. Está a salvo —respondió Mary rápidamente antes de llamar a la puerta del anciano mayordomo y entrar.

Agatha y Betty estaban sentadas en su cama. Fish yacía inmóvil. Dormido. Agatha le cogía la mano. Tenía lágrimas en los ojos. Esther se llevó la mano a la boca y jadeó. Bright se acercó inmediatamente y le tomó el pulso. No había ninguno. Parecía en paz.

Agatha miró a los recién llegados. Su voz se quebró de tristeza.

—No me dijo que estaba enfermo hasta la semana pasada. Su corazón, al parecer. Ojalá me lo hubiera dicho antes.

—Pobre Fish —dijo Esther, abrazando a Mary.

Esther y Bright miraron los recuerdos visibles de la habitación. Había fotografías, libros, un telescopio, el nuevo gramófono con un puñado de discos del 78 y, si Bright no se equivocaba, lo que parecía una manopla de hierro. Enarcó las cejas cuando Esther lo cogió y lo sostuvo en la mano. Miró inquisitivamente a Bright, quien, a su vez, enarcó las cejas hacia la tía Agatha.

Entonces Esther vio una fotografía de un joven Judson Fish con su amo, lord Eustace Frost y una atractiva joven.

—¿Quién es? —preguntó Esther.

—Gabrielle —respondió Betty. Tenía los ojos húmedos, pero la tristeza era tanto por su amiga como por Fish. Podía sentir el dolor en Agatha, también la culpa. Y algo más. A medida que alguien envejecía, era más consciente de que la vida se compone tanto de finales como de nuevos comienzos. Esther volvió a mirar la fotografía de la mujer. Fish tenía la mano en el brazo de ella.

—¿Fish estaba casado? —preguntó Esther, realmente sorprendida, aunque no hubiera sido capaz de explicar por qué.

Agatha asintió lentamente. Una lágrima cayó sobre la mano de Fish.

—¿Qué pasó? —preguntó Esther, incapaz de resistir el impulso de saber.

—La asesinaron. Hace quince años —respondió Agatha lentamente—. Fue mi último caso.

Capítulo 40

A primera hora de la mañana siguiente, Kit y el inspector jefe Jellicoe llegaron a Grosvenor Square con un aspecto bastante desaliñado. Estaba claro que ninguno de los dos había dormido la noche anterior. Mary le comunicó a Kit la triste noticia de Fish mientras les conducía a él y al inspector jefe al salón. Luego fue a buscar a tía Agatha y a Esther.

Kit no recordaba la última vez que había abrazado a su tía. Antes de que ella pudiera oponerse, lo hizo en cuanto entró. La miró. La tristeza de su rostro era tan evidente como la falta de chispa en sus ojos. La cogió de la mano mientras se sentaban.

—¿Cómo está Natalie?

—Está muy mal —contestó Kit—. Le dieron una droga muy potente para dejarla inconsciente. Todavía le duran los efectos y tendrá que quedarse hoy en el hospital, pero mañana le darán el alta. Natalie estaba preocupada por ti, tía Agatha, y por Fish. Ahora entiendo por qué.

Agatha asintió distraídamente. Sintió que Mary le cogía la otra mano y, por una vez, no se opuso a que le prestaran atención.

—Me temo que las noticias de anoche son confusas —admitió Kit—. Detuvimos a todos menos a su líder. Escapó y no sabemos quién es. Esperamos que Haymaker pueda ayudarnos cuando vuelva en sí. Recibió un golpe terrible.

—¿Sabemos quiénes son esas personas? Kit miró a Mary y se le escapó una sonrisa.

—Sí, lo sabemos.

—¿Bobby Andrews? —preguntó Mary.

—No. No estaba allí. Debo admitir que me preguntaba por él. No, era su amigo Xander Williams.

Los ojos de Mary y Esther se abrieron de par en par. Se miraron la una a la otra, cada una con el mismo pensamiento. Kit volvió a hablar dando voz a lo que estaban pensando. Había un rastro de enfado en su voz. Y alivio.

—Sí, Xander Lewis, el bufón. Ahora ya no parece tan gracioso. Podría haber sido una de vosotras anoche. Mary y Esther no pudieron decir nada en su defensa y permanecieron en silencio. El inspector jefe dio los nombres de los demás detenidos. Todos pertenecían a familias adineradas y, en algunos casos, tenían título. Pero Esther y Mary seguían conmocionadas por la noticia relativa a Xander Lewis.

—Lo tuvimos delante todo el tiempo sin darnos cuenta —dijo Mary—. Las flores.

—Lo sé —dijo Kit—. Tengo que hablar con Peter Wolf. Xander Lewis es el hijo de su socio.

—¿Por qué harían esas cosas horribles? —preguntó Esther.

Jellicoe pensó un momento, pero no se le ocurrió nada que decir. Después de décadas investigando asesinatos, nunca se había enfrentado a algo así. Iba a la fuente de la naturaleza misma del hombre. La proximidad a semejante barbarie era algo que le horrorizaba. Kit también sintió vergüenza. Cada uno sacudió la cabeza, pero hubo silencio.

Finalmente, con todas las noticias comunicadas, los dos hombres se levantaron.

—Necesito un baño y una siesta —dijo Kit. Miró a Jellicoe.

—Tendré que volver a la comisaria, pero primero llamaré a la señora Jellicoe y le haré saber que todo está bien.

Mientras caminaban por el vestíbulo, sonó el teléfono. Mary contestó.

—Hola, Isabelle. Sí, estoy bien.

Un minuto después, asintió con la cabeza y colgó el auricular. Se volvió hacia Kit.

—¿Podría preguntarle a Richard si puede venir hoy al refugio? Por lo visto, el doctor French no ha venido hoy.

Kit miró al inspector jefe. Jellicoe no parecía muy afectado. Sin embargo, vio que Kit estaba preocupado por la noticia.

—¿No dijo que el artista, Watts, acudió a usted ayer por la desaparición de un dibujo? ¿Uno que resultó parecerse a French?

—Sí, pero le pareció gracioso. No creo que acusara a French de nada —señaló Jellicoe—. Me dijo que le había dado los dibujos al comisario, no a French.

—Pero ¿tengo razón al pensar que el despacho de French y el depósito de cadáveres se encuentran en el sótano, al final del pasillo donde está el fotógrafo?

Jellicoe negó con la cabeza, incapaz o no dispuesto a seguir la línea de pensamiento de Kit.

—El comisario Horwood podría haber ido a ver al doctor French —reconoció Jellicoe—. Pero es algo fuera de lo común. El doctor French ha sido médico forense de la policía desde que tengo uso de razón. Podría haber sido forense de la corona si así lo hubiera elegido. No puede estar diciéndolo en serio que él es el autor de estos actos viles.

Kit tenía una mirada que Mary conocía demasiado bien. Su mente ya había cambiado.

—¿Tenemos a alguien vigilando a Haymaker y a Natalie? Pueden identificarlos. Inspector jefe, creo que tenemos que ir al hospital. Inmediatamente. Si es él, no tendrá problemas para acceder a sus habitaciones.

*

El Hospital St. Thomas está situado al otro lado del río de las Houses of Parliament en Lambeth. Fue allí donde Haymaker Harris, no por primera vez en su vida, estaba inconsciente. Una combinación del vigor juvenil de Xander Lewis y el hecho de que el libro con el que había sido golpeado tenía grabado un pentáculo de metal significaba que había recibido un buen golpe en la cabeza. Volvió en sí en mitad de la noche, pero pronto cayó en un profundo sueño.

Kit había organizado su propia habitación en el hospital. Unas habitaciones más abajo estaba Natalie. Ella también dormía. Entre las dos habitaciones había un único policía, el agente Ron Wardell. Llevaba casi treinta y siete años en la policía. La jubilación no podía llegar lo bastante pronto. Treinta y siete años de servicio público. Estaba cansado de todo. Ser policía era un oficio de jóvenes.

Mientras dormía, las enfermeras, los médicos y los visitantes del hospital pasaban en silencio, asegurándose de no despertarlo. Ni siquiera el sonido de sus propios ronquidos, muy fuertes, era suficiente para penetrar en el profundo sueño que Wardell estaba disfrutando.

El pasillo estaba en silencio cuando apareció un hombre y se paró junto al policía que descansaba. Primero echó un vistazo a la habitación de Natalie. Una enfermera y un médico le estaban tomando la tensión. Continuó hacia la habitación de Haymaker. Había una mujer de espaldas a la puerta.

El hombre miró a un lado y a otro del pasillo. Estaba vacío, salvo por el policía tendido. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo. Le echó un poco de líquido. Con el corazón acelerado, se dirigió hacia la puerta de la habitación de Haymaker. Se movía con dificultad. Casi con toda seguridad, el grandullón delante de él le había roto una costilla. Sin embargo, el dolor le distrajo del nerviosismo que sentía.

La puerta estaba entreabierta. La empujó sin hacer ruido, pero no lo suficiente. La mujer sentada se dio la vuelta. Esperaba que gritara. ¿Por qué iba a gritar? Era una mujer corriente.

Pelirroja. Pequeña. Muy pequeña, de hecho. Ella vería entrar a un distinguido hombre de mediana edad. Tal vez un médico. No podía sospechar nada.

El hombre sonrió y se adelantó. Su mano izquierda ocultaba el pañuelo, su mano derecha, un bisturí de cirujano. Uno u otro serían necesarios. A estas alturas ya no le importaba cuál.

—Hola, señorita...

—Hill —respondió la mujer—, Maggie Hill.

*

Viajar en un coche de policía a toda velocidad con las sirenas sonando era, sin duda, una forma de sortear la creciente congestión de la capital. Sin embargo, a pesar de la prisa que llevaban, no era lo bastante rápido para Kit. Le hormigueaban los sentidos. Algo iba a ocurrir, si no había pasado ya. Tanto Haymaker como Natalie habían estado bien vigilados durante la mayor parte de la noche, pero con la vuelta a la normalidad de St. Tomás a primera hora de la mañana, Kit no estaba tan seguro de que fuera a ser así ahora. Por supuesto, no se permitirían visitas. ¿Pero un médico?

Incluso Jellicoe parecía nervioso, sentado atrás con Kit. O tal vez fuera la falta de sueño. Su dedo seguía tamborileando contra la ventanilla. Menos de diez minutos después llegaron al hospital.

—Ven con nosotros —ordenó Jellicoe al conductor de policía—. Cuantos más hombres, mejor.

—Era imposible saber si el doctor French, de ser él, actuaría solo o si había otros.

Irrumpieron en el pasillo uno o dos minutos después y a Kit se le encogió el corazón. Fuera de la habitación de Haymaker había unos cuantos médicos y enfermeras. Jellicoe sacó su placa y entraron en la habitación.

Era todo un espectáculo.

Haymaker estaba tumbado en la cama sin darse cuenta del alboroto que le rodeaba. Maggie Hill estaba sentada en la cama, cogiéndole la mano. El doctor French, mientras tanto, estaba siendo atendido por una enfermera. Tenía varios cortes feos en la cara y, si su posición fetal y sus gemidos eran un indicio, probablemente daños graves cerca de la ingle.

—Bueno, veo que tiene las cosas bajo control, señorita Hill —dijo Kit cuando recuperó la compostura.

Maggie Hill asintió y dijo simplemente: —Tenía un cuchillo.

«De mucho le sirvió», pensó Kit, y luego miró a Jellicoe. El inspector jefe levantó una ceja y los dos hombres se volvieron hacia Maggie Hill. Había un brillo en sus ojos que podía ser de miedo, alivio o algo más.

—Bueno, señorita Hill —dijo finalmente Kit—. Parece que ha atrapado a nuestro asesino.

Epílogo

Dixie Harris contempló con una mezcla de orgullo y no poca sorpresa cómo tres jóvenes de una belleza excepcional entraban en la habitación de su hijo en el hospital. Haymaker estaba despierto y no se estaba recuperando de las heridas sufridas en el rescate.

La señora Harris ya era consciente de la excepcional valentía de su hijo. Pero esto no era nuevo para ella. Era el chico que ella había criado. Esos eran los valores que había aprendido. A pesar de la certeza de una madre en estos asuntos, no pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla cuando cada una de estas jóvenes se turnaron para darle a su hijo un delicado beso en la mejilla.

Haymaker, por supuesto, lloró como un bebé.

Entonces, el caballero alto al que recordaba haber llamado el otro día se acercó a ella. Empezó a hablarle y ella apenas pudo asimilar lo que le decía. Reconoció que hablaba inglés, pero de una

forma que no había oído nunca. Kit la besó en la mejilla y le dio las gracias por tener un hijo tan maravillosamente valiente.

Unos minutos después, Wag McDonald entró acompañado de su hermano Wal, Alice Diamond y Maggie Hill. Nunca había estado muy segura de la chica Hill, pero su reacción fue instintiva. Dixie Harris la acercaba y la abrazaba antes de que Maggie Hill pudiera dar su puñetazo habitual que daría en circunstancias normales.

*

Unos días después...

Mansfield Smith-Cumming caminaba por el parque junto a un grupo de madres con sus hijos, un guardaparque y un hombre que recogía hojas en un gran montón. Se detuvo a mirar al hombre y luego caminó hacia él.

—¿Qué piensa hacer con esas hojas?

El hombre pareció sorprendido de que Smith-Cumming se dirigiera a él. Miró al oficial de marina retirado y, sin que él lo supiera, al jefe de la inteligencia británica.

—Quemarlas, señor —respondió el hombre al cabo de unos instantes.

Smith-Cumming asintió y siguió su camino. Más adelante vio a Vernon Kell que llegaba por otra entrada del parque. Ninguno de los dos se saludó. Se reconocieron de forma profesional pero fría. Kell miró el gran expediente que sostenía Smith-Cumming. Mostró a Smith-Cumming un expediente similar que él llevaba.

—Veo que ha venido preparado —dijo el jefe del MI5. Smith-Cumming sonrió y contestó: —Así es.

—¿Cuándo esperamos a Aston?

—Llegará dentro de media hora. Mientras tanto, he pensado que podríamos aprovechar la ayuda de ese caballero de ahí.

Smith-Cumming señaló al hombre con el que había hablado antes. Kell miró al hombre algo confuso. Luego vio que el hombre se agachaba sobre las hojas. Momentos después las levantó y las depositó en una gran cesta metálica para el fuego. Las llamas ya lamían el lateral.

—Buena idea —reconoció Kell. Empezó a caminar junto a Smith-Cumming en dirección a la pequeña hoguera. El guardaparque miró a los dos hombres.

—¿Le importa si usamos esto también? —preguntó Smith-Cumming.

El guardaparque miró a Smith-Cumming y se encogió de hombros. Fue suficiente. Los dos hombres colocaron con cuidado las carpetas en la cesta del fuego. El calor se intensificó. Desde la distancia resultaba bastante agradable en un día de octubre que, por lo demás, era frío.

—¿Qué le dirá a Aston?

—Es lo mejor. No le gustará, pero es lo bastante racional para saber que tenemos razón. Nadie puede saber lo que pasó. Nadie. Debe terminar con nosotros. Con él.

—¿Realmente lo aceptará?

—Es difícil ver qué opción tiene. Los rastros están siendo destruidos mientras hablamos. El comisario Horwood es un exmilitar. Recibe órdenes. Como nosotros, no va a querer que se revele que un médico de la policía fue responsable de la muerte de tantas mujeres.

—¿Juicio?

Smith-Cumming se rio y negó con la cabeza.

—French fue trasladado a un manicomio. No volveremos a saber de él.

—Me alegra oír que se siguió el debido proceso.

Smith-Cumming parecía notablemente indiferente y, de todos modos, el tono de Kell no parecía

el de un alma profundamente preocupada por las perspectivas del doctor French. Los últimos papeles empezaron a ennegrecerse con el calor. Ambos hombres, ahora con las manos vacías, contemplaron fascinados cómo se esfumaban todos los detalles de los asesinatos.

—Al parecer, French era viudo. Nadie se dio cuenta de esto, lo cual era una lástima. Podríamos haberlo investigado antes. Trabajó bajo Westcott; ya sabes. También nos perdimos eso. Lo teníamos todo ahí si hubiéramos tenido suficientes hombres para indagar. Se unió a la Orden Hermética y luego se fue por su cuenta a medida que sus gustos evolucionaban.

—¿Y los otros?

—Deberíamos poder condenar a los conspiradores por secuestro y complicidad en intento de asesinato

—respondió Smith-Cumming.

Kell asintió y contestó para sí mismo: —Justicia.

Smith-Cumming no tenía nada que decir al respecto, así que dejó el comentario en suspenso. Estudió a Kell un momento, con una media sonrisa en los labios.

—¿Te quedas a ver a Kit?

Vio cómo Kell le daba la espalda y se alejaba riendo. La sonrisa de Smith-Cumming se ensanchó y se acercó a un asiento del parque, cerca del calor del fuego. A lo lejos, vio una figura familiar que se dirigía hacia él. Una tristeza se apoderó de él. Lo que habían hecho estaba mal. Peor que una mentira, era una negación a las víctimas. Kit lo vería así. Se enfadaría. Se permitía el lujo de tener razón. Smith-Cumming no tenía ese lujo. Era su deber. Ese sería su mantra, como siempre lo fue.

—Hola, Kit. Me alegro de verle —dijo Smith-Cumming levantándose del banco.

*

Unas semanas después...

Henry Cavendish se levantó en el salón de baile de Cavendish Hall. Había sido transformado en comedor para los cincuenta invitados a la boda de Esther Cavendish con el doctor Richard Bright. Mientras Henry miraba alrededor de la sala a sus invitados. Mary lo estudiaba. Se maravilló, una vez más, de lo mucho que había cambiado en el último año.

Parecía más alto. Ciertamente estaba más curtido. Y tenía a Jane Edmunds a su lado. Junto a Jane Edmunds estaba la madre de Henry, la tía Emily. Esto era bastante sorprendente y un buen augurio en la evolución de su tía de víbora a señora.

—Nunca pensé que daría un discurso como padre de la novia a los diecinueve años, —empezó Henry. Esto provocó risas, pero Esther también sintió un nudo en la garganta. Se volvió hacia Richard Bright y sonrió. Kit nunca había visto a un hombre tan feliz. Y con razón. Estaba encantado por sus dos amigos. Por fin se habían casado. Las risas, mientras tanto, disminuyeron y Henry continuó.

—Quiero reconocer inmediatamente mi indignidad. Dos hombres mejores que yo deberían haber estado aquí hoy. Si se me permite, me gustaría que nuestro primer brindis fuera por su memoria. Arthur y John Cavendish.

Henry alzó su copa y los invitados se levantaron para brindar por la memoria del padre y el abuelo de Esther. Kit apretó la mano de Mary al ver las lágrimas aparecer en sus ojos.

Henry continuó hablando.

—Pero hoy es un día feliz, al que seguirá otra celebración en febrero...

Mary miró a Kit y sus ojos se entrecerraron. Solo tres meses. Parecía toda una vida. Cuántas

cosas habían pasado en el último año. ¿Cómo sería el resto de sus vidas si estos eran solo los primeros meses? No podía esperar.

Y luego estaba el asunto de la familia de Kit. Por fin los conocería. Algunas preguntas tendrían por fin respuesta.

*

Unas semanas más tarde de nuevo...

—Es más grande de lo que pensaba —dijo Mary. Kit detectó un ligero rastro de nerviosismo. Se bajaban del Rolls de Kit, que acababa de recorrer el largo camino de entrada a Cleves, la casa ancestral de Kit. Era, a todos los efectos, un palacio, aunque Kit se refería a ella como la casa solariega.

La casa era sin duda mucho más grande que Cavendish Hall. Estaba construida en estilo barroco inglés y enclavada en una finca de más de ocho millones de metros cuadrados. La casa era cuadrada y tenía torres en cada esquina.

—¿Vas a encerrarme en una torre? —preguntó Mary esperanzada.

—Los encerraré a él y a su padre en la torre —se oyó la voz de tía Agatha detrás de ello—. Vamos, daos prisa. Cuanto antes acabemos, mejor.

Para confirmarlo, apareció su paraguas. Esto bastó para obligar a Kit y Mary a avanzar para evitar que su impaciente tía les sacudiera. Las grandes puertas de la entrada se abrieron y salió Wedge, el anciano mayordomo de la familia.

—Señorito Kit, me alegro de verle —dijo Wedge—. Lady Frost, lady Mary. —Wedge saludó a los recién llegados y Kit le estrechó la mano.

—Hola, viejo amigo, ¿cómo estás? Cuánto tiempo.

—Mucho. Y ya sabe, señor, no estoy rejuveneciendo.

A Mary le cayó bien a primera vista. Conocía a Kit de toda la vida. Y le gustaba Kit, esto era evidente. Solo había una pizca de miedo en el respetuoso saludo a la tía Agatha que hizo sonreír a Mary. Los nervios estaban con ella a flor de piel. Sonrió a Wedge y miró hacia el gran vestíbulo.

Kit cogió la mano de Mary y caminó con ella hacia Cleves. El vestíbulo parecía del tamaño de Cavendish Hall. Enormes retratos de Lawrence y Raeburn adornaban las paredes, aunque no pudo ver ninguno de Kit.

Entonces apareció un joven de una de las puertas y caminó hacia ellos.

—Hola, Kit —dijo el joven con poco entusiasmo.

—Hola, Edmund —respondió Kit con una sonrisa, abrazando a su hermanastro. Mary detectó que el saludo era un poco forzado, como si Kit estuviera deseando caerle bien a su hermano.

Lo miró. Era tan alto como Kit y muy guapo. Había algo del viejo Henry en él: una tensión no resuelta entre la arrogancia natural del privilegio y la inseguridad de la juventud. Miró a Mary de un modo que le heló la sangre. Leyó lo que estaba pensando y no le gustó nada.

Sonrió y le tendió la mano. —Hola, Edmund, tenía tantas ganas de conocerte. — Parecía que le estaba dando la mano a una lechuga.

Mientras todo esto ocurría, Mary se dio cuenta de que otra puerta se abría y alguien se acercaba a ella. Se apartó de Edmund y se encontró con los ojos del padre de Kit.

Lancelot Aston era tan alto como sus dos hijos. A diferencia de su hermano Alastair, tenía el pelo plateado y bien peinado hacia atrás. Llevaba un bigote fino como un lápiz y una amplia sonrisa. Su andar era pausado, grácil como el de una pantera. Llevaba un traje oscuro de corte perfecto y no hizo ningún esfuerzo por reconocer a Kit. Para aquel hombre, Mary era la única

persona del vestíbulo.

Cuando por fin llegó hasta Mary, le cogió la mano con las dos suyas. Sus manos eran cálidas y suaves.

—Dios mío, Kit. Bravo, muchacho.

Cada palabra era pronunciada lentamente y parecía el ronroneo de un gato. Sus ojos azules se clavaron en los de Mary mientras hablaba. La cogió del brazo y se volvió para llevarla a la estancia de la que había salido.

—Será todo un placer, cielo.

Mary se volvió para mirar a Kit. Sus ojos se entrecerraron. Tenía el ceño fruncido por la diversión. Y Kit sabía exactamente lo que estaba pensando. Entonces le dijo una palabra.

—¿Cielo?

FIN

Notas de Información

Se trata de una obra de ficción. Sin embargo, hace referencia a personas de la reales. Gore Vidal, en su introducción a Lincoln, escribe que poner la historia en la ficción o la ficción en la historia no está de moda desde Tolstoi y que el resultado puede ser acusado de no ser ni lo uno ni lo otro. Defiende la práctica señalando que escritores como Esquilo, Shakespeare o Tolstoi lo han hecho con un éxito y un mérito nada desdeñable.

En esta novela he mencionado a varias personas y acontecimientos reales clave. Mi intención, en la siguiente sección, es explicar un poco más su conexión con este periodo y esta historia.

Para leer más sobre este periodo y los temas específicos de esta obra de ficción, recomiendo lo siguiente: Brian McDonald: *Alice Diamond and the Forty Elephants*. Matt Wingett: *Conan Doyle and the Mysterious World of Light*. Andrew Roberts: *Churchill, Walking with Destiny*. Keith Jeffrey: *MI6: The History of the Secret Intelligence Service*.

Winston Churchill (1874 - 1965)

Por increíble que parezca, Winston Churchill fue inducido o iniciado en la Antigua Orden de los Druidas en agosto de 1908. La ceremonia tuvo lugar en el Palacio de Blenheim, en el Templo de Diana, donde un día después le propuso matrimonio a Clementine Hozier. Se casaron pocas semanas después. No hay duda de que Churchill vio la ceremonia como algo más que una ocasión social. Churchill era masón desde hacía mucho tiempo y, por tanto, estaba familiarizado con esos curiosos y arcanos rituales. La idea de que fuera chantajeado por alguien, y menos por sus propios servicios de seguridad es, como ya se ha dicho, pura ficción.

Sir Conan Doyle (1859 - 1920)

La fascinación de Arthur Conan Doyle por lo paranormal comenzó al principio de su carrera médica. Investigó sesiones de espiritismo cuando era un joven médico en Southsea. Sus intereses se extendieron hasta la telepatía y la hipnosis. En 1887, el año de su primera novela de Sherlock Holmes, se convenció de que la comunicación con los espíritus era posible.

Durante el periodo en que creció su fama y la de su creación, Conan Doyle investigó los poltergeists, la escritura automática y la fotografía de espíritus. Confirmó su creencia en esta «nueva revelación» en 1916, cuando la Gran Guerra estaba en su apogeo. Los partidarios fueron muchos, incluido Harry Houdini, durante un tiempo, pero también sus oponentes, uno de los cuales fue el padre Bernard Vaughan.

Sir Mansfield Smith Cumming (1853 - 1923)

Cumming ayudó a fundar el Servicio Secreto Británico en 1909, entonces conocido como Oficina Especial de Inteligencia. En los años siguientes se le conoció como «C». Al igual que Kit Aston, perdió parte de una pierna en un accidente de automóvil antes de la guerra.

Tras el final de la guerra, el Servicio de Inteligencia se vio obligado a realizar recortes drásticos debido a la realidad económica. Esto se aplicó tanto al MI6 como al MI5. Sin duda, fue algo que la Oficina de Guerra consideró tras la guerra. Que no ocurriera es un tributo a la fuerte y efectiva presión de Smith-Cumming. La idea de que el MI6 chantajeó de alguna manera al secretario de Defensa sobre este asunto es, por supuesto, ficción.

General de División: sir Vernon George Waldegrave Kell (1873 - 1942)

Kell fue un general del ejército británico que fundó y se convirtió en el primer director del Servicio de Seguridad Británico, también conocido como MI5. Se le conocía como «K». La Sección Interior de la Oficina del Servicio Secreto tenía la responsabilidad de investigar el espionaje, el sabotaje y la subversión dentro y fuera de Gran Bretaña. La sección dirigida por Cumming se hizo responsable de las operaciones secretas fuera de Gran Bretaña.

La relación entre Kell y Smith-Cumming estuvo marcada por un cierto grado de sospecha de que uno buscaría desbancar al otro y hacerse con el control de un servicio unificado. Sin embargo, forjaron una asociación muy eficaz durante la guerra.

La Orden Hermética de la Aurora Dorada

Fue una sociedad secreta dedicada al estudio de lo oculto, la metafísica y las actividades paranormales durante finales del siglo XIX y principios del XX. Estuvo activa en Gran Bretaña, pero acabó extendiéndose por Europa y Estados Unidos. Es una de las mayores influencias en el ocultismo occidental del siglo XX. Fue fundada por Samuel Liddell Mathers, William Wynn Westcott y William Woodman.

Muchas celebridades de la época pertenecieron a la Aurora Dorada, como la actriz Florence Farr, la revolucionaria irlandesa Maud Gonne, musa del también miembro poeta irlandés William Butler Yeats, y Aleister Crowley.

La orden constaba de tres subórdenes: en la primera estaban todos los miembros o adeptos. Estaba abierta a hombres y mujeres, y limitaban sus actividades al estudio de la filosofía esotérica. La segunda orden se ocupaba de la magia, incluidos los viajes astrales y la alquimia. La tercera orden estaba cerrada a todos, excepto a los fundadores Mathers y Westcott, que afirmaban estar en contacto con los «Jefes Secretos».

La orden se escindió, como explica la historia, alrededor de 1900 por una variedad de razones, aunque las acciones de Samuel Mathers en la conducción a través de la membresía del controvertido Aleister Crowley fue un punto crítico.

Padre Bernard Vaughan (1847 -1922)

Vaughan era un sacerdote jesuita de origen acomodado. Su hermano Herbert era arzobispo de Westminster. Vaughan fue un crítico mordaz del espiritismo y de Conan Doyle en particular. Durante la guerra voló a Francia para atender a las tropas que participaban en el conflicto.

Charles «Wag» McDonald (1885 - 1943)

McDonald era el líder de una banda criminal del sur de Londres conocida como los «Elephant Boys», que tenían su base en la zona de Elephant and Castle de Londres. Contaba con la ayuda de su hermano Wal, y formaron una eficaz asociación con Billy Kimber (que aparece en la serie de televisión «Peaky Blinders»). McDonald tuvo una vida interesante. Luchó en la guerra de los Boers antes de regresar a Inglaterra para hacerse cargo de la dirección de los Elephant Boys. Después se alistó voluntario en el servicio activo durante la Gran Guerra. A su regreso de Francia, volvió a asumir el liderazgo de la banda antes de huir a Estados Unidos en 1921. Trabajó varios años en Hollywood, donde conoció a muchas estrellas. Su vida y la de las bandas de la zona han sido recogidas en algunos libros por su descendiente, Brian McDonald.

Alice Diamond (1896 - 1952)

Alice Diamond fue una delincuente profesional inglesa, vinculada al robo organizado en tiendas. Su carrera delictiva comenzó en 1912. En 1915 era la cabecilla de una banda conocida como los «Forty Elephants» por su asociación con los Elephant Boys dirigidos por Charles «Wag» McDonald. Su principal lugarteniente era Maggie Hill.

Formaban una extraña pareja. Diamond era alta y tenía una personalidad dominante. Hill era mucho más pequeña, intensa y violenta. Vivían la gran vida cuando podían, aceptando que el coste de ello sería pasar ocasionalmente temporadas en la cárcel.

Ella fue encarcelada en varias ocasiones. De hecho, uno de estos periodos de encarcelamiento tuvo lugar en la misma época en la que se ha ambientado este libro. Algunas licencias artísticas han garantizado la inclusión de Alice Diamond en el libro. Alice Diamond nunca se casó, pero mantuvo una relación con Bert, el hermano de Wag McDonald.

William «Billy» Hill (1911 - 1984)

Hill fue un delincuente inglés, vinculado al contrabando, la protección, el robo, la actividad en el mercado negro durante la Segunda Guerra Mundial y la violencia. Fue uno de los líderes del crimen organizado en Londres desde los años treinta hasta los sesenta. También estuvo implicado en estafas millonarias a la alta sociedad londinense en lugares clave del juego en Londres. Tenía fama de haber suministrado armas reales a los cineastas que participaron en la producción de «The Girl Hunters», de Mickey Spillane, en 1963.

Sobre el Autor

Jack Murray nació en Irlanda del Norte, pero ha pasado más de la mitad de su vida en las afueras de Londres, salvo algunos periodos en Australia, Montecarlo y Estados Unidos.

Artista y escritor, la obra de Jack figura en colecciones de todo el mundo y ha expuesto en Gran Bretaña, Irlanda y Montecarlo.

Ya son seis los libros de la serie Kit Aston.

Agradecimientos

No es posible escribir un libro uno solo. Son muchas las personas que han contribuido directa o indirectamente a lo largo de los años. Enumerarlas a todas sería una tarea imposible.

Mención especial merecen mi mujer y mi familia, que han sido pacientes y han soportado mi malhumor ocasional cuando trabajaba en este proyecto.

Mi hermano Edward y John Convery me ayudaron en las pruebas y me hicieron comentarios de apoyo que me sirvieron de gran ayuda. He tenido la gran suerte de que Kathy Lance me haya ayudado a corregir algunos de los problemas gramaticales que, francamente, plagaban mis libros anteriores. Ha sido una bendición.

A mi difunto padre y a mi madre les encantaban los libros. Me inculcaron el amor por la lectura. Les gustaban los libros de detectives, así que me quito el sombrero ante los dos mejores escritores de este género: sir Arthur y dame Agatha.

Después de escribir, viene la comercialización. Mi agradecimiento a Mark Hodgson y Sophia Kyriacou por sus consejos en este importante campo. También quiero dar las gracias a la maravillosa gente de 20Booksto50k.

Mi agradecimiento a los profesores que me enseñaron y alimentaron el amor por la escritura. Por último, he contado con la colaboración de María del Pilar de Castro Cortes con la traducción. Y también mi agradecimiento a Álvaro Bustamante Sendra que, una vez más, ha sido el lector a la prueba.